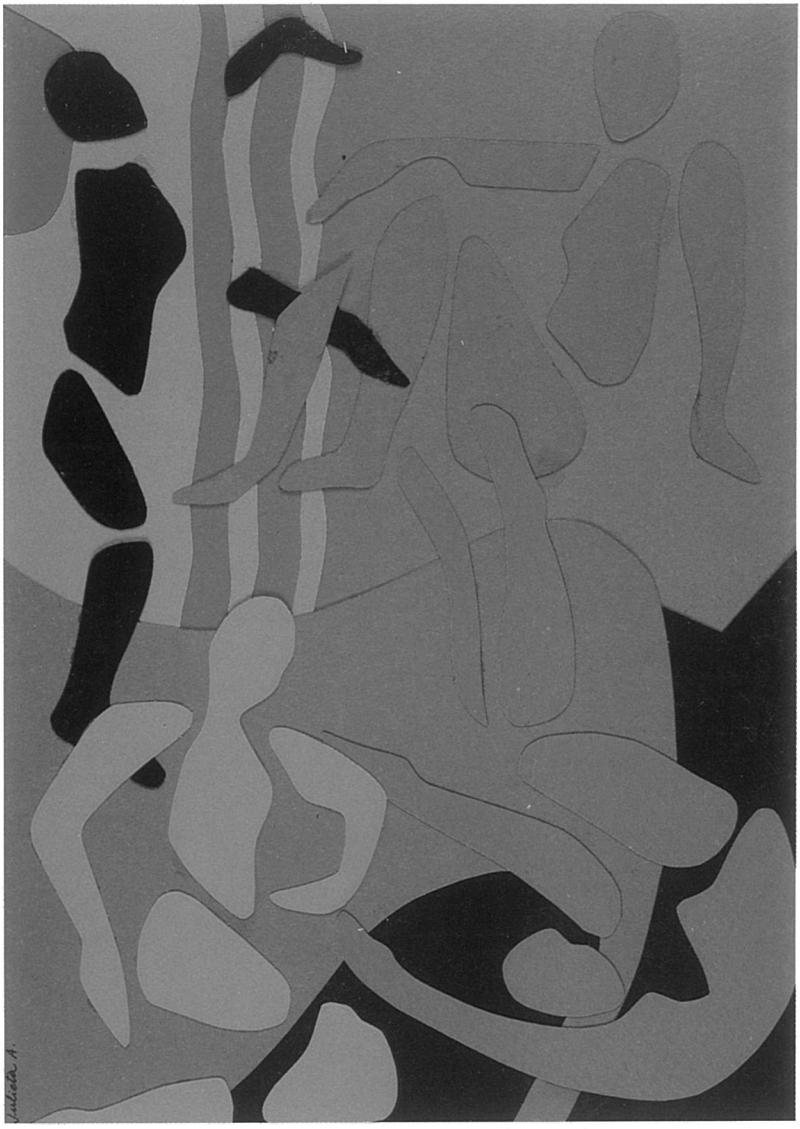
MUJERES, PODER Y POLITICA

Nuevas tensiones para viejas estructuras



EUGENIA HOLA / GABRIELA PISCHEDDA

MUJERES, PODER Y POLITICA

Nuevas tensiones para viejas estructuras

EUGENIA HOLA / GABRIELA PISCHEDDA

ediciones
Santiago, Chile

© **Centro de Estudios de la Mujer**
Nº de Inscripción: 87.342
ISBN: 956-7023-03-4
Ediciones CEM
Purísima 353, Santiago - Chile

Edición general al cuidado de: Loreto Bravo F.
Diseño portada y originales: SERVIMPRES
Impreso por Arancibia Hnos. y Cía. Ltda.

Va nuestro agradecimiento a las investigadoras del Centro de Estudios de la Mujer (CEM), por sus lecturas críticas y lúcidas. Y naturalmente a las mujeres entrevistadas que compartieron sus dudas y pesares a la vez que sus reflexiones llenas de optimismo sobre el presente y de proyección de futuro. Ellas son Soledad Alvear (Ministra Directora del Servicio Nacional de la Mujer), Pilar Armanet (Directora de la Dirección de Extensión, Ministerio de Educación), Teresa Clasing (Coordinadora del Departamento de la Mujer del PDC), Carmen Frei (Senadora), Clarissa Hardy (Jefa del Departamento de Programas Sociales del FOSIS), Pía Figueroa (Subsecretaria Ministerio de Bienes Nacionales), Carmen Grez (Alcaldesa), Soledad Larraín (Subdirectora del Servicio Nacional de la Mujer), Adriana Muñoz (Diputada), Lily Pérez (Concejala), Fanny Pollarolo (Presidenta PDI), Laura Rodríguez (Diputada, q.e.p.d.), María Antonieta Saa (Alcaldesa), Jacqueline Saintard (Dirigenta PDC), Adriana Sepúlveda (Candidata a Concejala), Laura Soto (Senadora). Las conversaciones sostenidas nos permitieron acortar la distancia entre los supuestos de la investigación y los datos de la realidad. Asimismo, nos entregaron estímulo para seguir avanzando.

I N D I C E

Prólogo ix

Introducción 1

PRIMERA PARTE 15

Capítulo I
La transición democrática: una compleja realidad 17

Capítulo II
Participación social y política: lo real y lo posible 47

Capítulo III
La dinámica de la discriminación 75

Capítulo IV
El poder en colectivo 115

SEGUNDA PARTE 129

Capítulo V
Las líderes hablan 131

Soledad Alvear 135
Carmen Frei 148
Soledad Larraín 159
Adriana Muñoz 173
Lily Pérez 186
Fanny Pollarolo 196
Laura Rodríguez 209
María Antonieta Saa 224
Jacqueline Saintard 237

Bibliografía 253

«Quien no fue mujer, ni trabajador
piensa que el de ayer fue un tiempo mejor.
Y al son de la nostalgia bailamos por error...»

Vals. M. E. Walsh

P R O L O G O

La constitución de las democracias reales siempre ha sido tensionada por la existencia de un ideal democrático. Tanto así que es posible sostener que este ha precedido, en cada oportunidad, los procesos de transformación social, política y cultural que han resultado en formas más avanzadas de vida colectiva.

El ideal democrático se ha nutrido desde su origen de una aspiración a la superación de los privilegios y las discriminaciones. El inmenso cambio cultural que significó el paso de la edad media al mundo moderno tuvo su centro en el cuestionamiento de las jerarquías rígidas e inmóviles y la asunción de la idea de inmovilidad y fluidez. Esta revolución que no acepta puntos privilegiados, ni en el cosmos ni entre los seres humanos, tiene su clave precisamente en el reconocimiento de la igualdad esencial de lo humano. Igualdad que se busca plasmar, a través de un laborioso proceso histórico, en la cultura e instituciones de distintas sociedades.

Este reconocimiento de la igualdad básica de los seres humanos, independientemente de su condición social, de sus creencias religiosas, de su sexo, de su condición étnica o cultural, está en el núcleo de la idea de secularización que se va desplegando -diferenciadamente- en el desarrollo de las sociedades modernas.

Diferencia y complejidad; tolerancia y articulación, conflictos e integraciones constituyen las características de la vida colectiva; simultáneamente con la discriminación, el privilegio, la intolerancia y la incomprensión de la realidad del otro.

El reconocimiento de lo otro y del otro permanece como una de las más difíciles tareas de la convivencia humana. La noción de que lo diferente que encarna la otredad, constituye una amenaza a mi orden -que entiendo como un orden natural- se fundamenta en la imposibilidad de asumir que todo orden, junto con clasificar y jerarquizar, mantiene un significativo remanente de ambigüedad.

Es esta ambigüedad la que imprime en la experiencia social e individual una inescapable polivalencia, que cuestiona la imagen de cauces predeterminados o innecesarios. Dicha circunstancia abre la inmensidad y belleza del desafío de ser personas libres, que buscan forjar los cauces de las sociedades sin grandes certidumbres, aunque sí con ideales y esperanzas éticas y estéticas.

La distancia que históricamente se ha dado entre los ideales democráticos y las democracias reales ha producido, entre otras, dos tipos de reacciones notables. Una que tiende a descalificar los logros de la democracia real en nombre de sus enormes carencias vis a vis a las aspiraciones ideales. La otra, que en nombre de las conquistas concretas y de los valores prácticos -del realismo- tiende a descalificar las posiciones ideales por utópicas e inalcanzables.

Ambas reacciones, paradójicamente, son la expresión, a la vez, de las necesidades existentes, tanto de los mundos subordinados como de los mundos de poder, y de la incapacidad para asumir ambas plenamente. En efecto, todo proceso histórico de constitución de modos de vida e instituciones representa una extensa complejidad en la cual se encuentran comprometidas múltiples y contradictorias, cuando no opuestas, experiencias, necesidades, intereses, demandas, deseos, sueños, proyectos y valores humanos. Igualmente la vida de las sociedades reales se encuentra cruzada simultáneamente por procesos de conflicto y solidaridad en torno a la producción, apropiación, elaboración y uso de bienes simbólicos y materiales. En pocas palabras, se trata de complicados procesos de construcción de identidades, base de toda pertenencia social.

Los intentos de reducción de estos procesos a un solo principio o elemento de explicación y la deducción de este mismo de los sentidos de la acción colectiva y de la vida humana ha representado gigantescos costos y reiterados fracasos en la historia de nuestro planeta. La cercanía de estos fracasos se encuentra en el centro de la vaciedad y desertificación valórica que actualmente experimentamos.

Construir secularmente nuevas significaciones, potenciando las dimensiones solidarias que se encontraban anidadas en los poderosos

sueños de igualdad que vivimos, y en cuya realización fracasamos durante este siglo, constituye un desafío cada vez más difícil de eludir si se aspira a subsistir con dignidad y libertad junto a los demás.

Lo anterior supone la crítica de los sentidos comunes; la investigación y reflexión sobre la diversidad y sus necesidades, el cuestionamiento de los privilegios y el reconocimiento de la otredad. Supone una poderosa elaboración cultural y un nuevo diálogo que exprese demandas múltiples, reclamos dispersos y dimensiones éticas, estéticas, étnicas, regionales, ambientales, clasistas y sexuales que puedan ser reconocidas y contenidas en instituciones legítimas, abiertas y estables.

•

El libro de Eugenia Hola y Gabriela Pischedda **Mujeres, poder y política. Nuevas tensiones para viejas estructuras** representa una exposición de las realidades sociales fundamentales; la de la mujer en Chile, en el contexto de un proceso de democratización que debe contar con ellas como sujetos y objetos relevantes. Evidentemente el tema de la mujer tratado como parte de un conjunto de realidades sociales conlleva una crítica a las visiones reduccionistas que asumieron la categoría de género como única explicación, al igual que, por ejemplo, fue asumida la categoría de clases.

La tarea que enfrentaron las autoras no era fácil. Como se podrá observar durante el curso de su lectura, debieron articular un conjunto de categorías provenientes de diferentes matrices teóricas en el seno de la misma investigación.

La dimensión cultural que se ha tratado de revelar en este libro se encuentra inserta en una historia concreta. Esta es la de la transición democrática en Chile, que hemos experimentado con el desarrollo de una democracia real tensionada por la necesidad de desplegar y ampliar el ideal democrático. En esta tarea, el empeño de las diferentes

demandas colectivas, de las identidades cuestionadas y de la intelectualidad en la representación crítica de los sentidos comunes dominantes, ha sido realmente precario. De allí, que empujar el carro del debate intelectual como lo hace este libro, es una importante contribución al desarrollo del ideal democrático.

Juan Enrique Vega

INTRODUCCION

Por muchos años se razonó sobre la base de que a un determinado sexo le correspondía determinadas características fijadas genética y hormonalmente. Tener características fisiológicas masculinas implicaba rasgos de: agresividad, racionalidad, pensamiento abstracto; en cambio tener un sexo femenino implicaba automáticamente tener características tales como: suavidad, sumisión, emotividad, pensamiento concreto. Estas características definían lo que las mujeres y hombres deben, pueden o quieren hacer y pensar. La biología determinaba así la posición y el rol de cada sexo en la sociedad. La consecuencia inmediata de esta forma de pensar llevó a sostener que los sexos serían complementarios, idea que aún está muy presente en nuestra sociedad. Entre los dos conformarían una totalidad. Ninguno constituiría una totalidad por sí mismo.

A partir de cierto momento la reflexión feminista cuestiona esta manera de pensar, resignificando los conceptos. Se elabora el concepto sexo-género. El género vendría a ser la construcción cultural, intersubjetiva de lo que es ser mujer u hombre, y entonces se habla de lo masculino y lo femenino que se encuentra en una persona. El sexo sería un hecho biológico, ser macho o hembra. Se sostiene como premisa que la producción y reproducción de la subordinación se debe a una socialización diferencial de acuerdo al sexo. La construcción de la identidad femenina como inferioridad social, responde a elaboraciones culturales y el proceso de socialización que las crea es discriminatorio para las mujeres y mutilador de las diferencias reales entre las personas. Desde ésta óptica, los sistemas de sexo-género son los conjuntos de prácticas, símbolos, representaciones, normas y valores que las sociedades elaboran a partir de la diferencia sexual biológica y que dan sentido a la satisfacción de los impulsos sexuales, a la reproducción de la especie humana y en general a toda forma

de relación entre los sujetos. Cualquiera que sea la clase de relación que se tiene, ésta se da en tanto personas socialmente sexuadas y no sólo en tanto personas a secas.

A las discusiones acerca de si lo masculino y lo femenino viene o no determinado por la biología se sigue pues una orientación que sostiene que la cultura, el proceso de socialización, define las identidades sociales de acuerdo al sexo.

Estudios realizados en la última década muestran que hay características psicológicas, de temperamento y de comportamiento incluso, que no se explican sólo por efecto del aprendizaje cultural o socialización y que podrían tener una cierta base genética. Estamos, en cierto modo, de vuelta de la negación de un determinismo biológico pero también de un determinismo socio-cultural. Se postula una unidad psico-socio-biológica que explicaría la construcción de la identidad femenina. Las mujeres serían menos agresivas que los hombres no sólo por la socialización recibida sino también como consecuencia de una predisposición genética.

Las elaboraciones más recientes consideran los sistemas de sexo-género como sistemas de poder que surgen de un conflicto social. La dominación del hombre sobre la mujer es el resultado de un conflicto que se resolvió -en algún momento de la historia- en forma desfavorable para las mujeres. Al respecto, existen múltiples intentos de explicar el dominio masculino los cuales provienen de distintas matrices teóricas: el psicoanálisis, la antropología, el materialismo histórico, y últimamente el posestructuralismo.

Las preguntas presentes en cualquier intento de explicación han sido: ¿en qué momento los hombres se apropian de la capacidad sexual y de la fuerza de trabajo de las mujeres? ¿Cómo es que esas capacidades se tornan en subordinación? ¿Cómo se produce y reproduce la división sexual del trabajo?

Hombres y mujeres somos biológicamente iguales en muchos aspectos y diferentes en otros: ambos tenemos la posibilidad de producir placer en el cuerpo del otro, pero sólo las mujeres producen niños. Hombres y mujeres son imprescindibles, como se ha visto, para

la fecundación, pero sólo el cuerpo de las mujeres ha asegurado -hasta ahora- la sobrevivencia del huevo fecundado y, por lo tanto, de la especie humana. Toda sociedad que pretenda sobrevivir debe asegurarse la existencia de mujeres en edad de reproducir. En esto reside el poder de la mujer, el poder del cuerpo de reproducir la especie; pero es precisamente esta condición de poder lo que pone a las mujeres, como categoría social, en una condición de subordinación. El hecho de que hombres y mujeres sean biológicamente diferentes y realicen actividades diferentes, no hace a un sexo ser inferior respecto de otro. Las diferencias que portan las mujeres no tendrían por qué ser decodificadas socialmente como inferioridad.

De acuerdo con De Barbieri (1990), si los hombres quieren reclamar su derecho sobre los hijos deben asegurarse de tener el control sobre la sexualidad de las mujeres. También tienen que controlar el trabajo de la mujer porque trabajar puede cambiar su relación de dependencia respecto del hombre y exigir el reconocimiento social de su maternidad en términos no sólo discursivos, sino de poder real. Estas capacidades de dar y sentir placer, la maternidad y el trabajo no pueden ser eliminadas o desplazadas, por lo cual deben ser controladas. Al igual que muchas otras autoras De Barbieri se pregunta ¿cómo es que si el cuerpo de las mujeres como el de los hombres tienen la capacidad de producir placer, sólo el cuerpo de la mujer se constituye en objeto erótico por excelencia en nuestras sociedades?

Se afirma que para que la familia funcione y la sociedad se reproduzca a sí misma, no perezca, se necesita de algunas precondiciones: por lo menos un hombre y una mujer y una división sexual del trabajo. El confinamiento de las mujeres al ámbito doméstico es visto como resultado de su condición de reproductora de hijos. Y el hecho de que el trabajo doméstico no sea considerado trabajo lleva a que se considere carente de valor al propio sujeto que lo realiza, la mujer. Es el hombre el que despliega las tareas valoradas socialmente como importantes.

Para Rubin (1977) y otras teóricas del feminismo esta reflexión nos devuelve a la cultura como la explicación última de la construcción

social de las identidades de hombre y mujer. El género sería pues el resultado de una división de los sexos socialmente impuesta: los hombres son diferentes de las mujeres, hombres y mujeres son dos categorías socialmente excluyentes. Pero, ella agrega, «para que las mujeres se constituyan en el sexo oprimido los hombres tienen que reprimir a las mujeres y al reprimirlas se reprimen a sí mismos pues deben inhibir aquellas características que comparten con las mujeres. Esto por la exigencia de una división de roles sexuales rígida».

Rubin considera que es necesario explicar no sólo cómo se produce sino cómo se reproduce la subordinación. Dice, «lo que en verdad necesitamos es una economía política de los sistemas sexuales. Estudiar cada sociedad y determinar los mecanismos por los cuales algunas concepciones particulares de sexualidad se producen y perduran. Hay que analizar los ámbitos sociales donde interactúan las personas de géneros distintos, los espacios de evidente predominio o exclusividad de cada uno de los géneros, pero también aquellas esferas aparentemente neutras desde el punto de vista del género como el armamentismo, el desarrollo, la recreación, la deuda externa, el Estado, etc. Cada uno de estos temas y todos los que se nos ocurran pueden y deben ser estudiados desde una perspectiva de género».

Para una economía política del sexo es necesario tomar en cuenta el parentesco y el matrimonio, pues en algunos sistemas la posición en una jerarquía política y la posición en un sistema matrimonial están íntimamente ligadas. Históricamente se ha visto que en ciertas sociedades las mujeres se casan con hombres de mayor rango. En otras, la situación es inversa. Las mujeres se casan hacia abajo y el linaje dominante da esposas a los demás. En tanto los datos son muy precarios, todavía es necesario realizar investigaciones que demuestren cómo los sistemas de matrimonio se intercalan con los procesos políticos de gran escala en la formación del Estado. Los sistemas de matrimonio pueden estar relacionados con una serie de modos en la acumulación de la riqueza al mantener un acceso diferencial a los recursos económicos y políticos y en la formación de alianzas. En otras palabras es necesario reconocer la interdependencia

entre sexualidad, economía y política.

De acuerdo con Scott (1990), el término género «es un elemento constitutivo de las relaciones sociales basadas en las diferencias que distinguen los sexos y es una forma primaria de relaciones significantes de poder». Y agrega, citando a Rosaldo, «el lugar de la mujer en la vida social humana no es producto, en sentido directo, de las cosas que hace, sino del significado que adquieren sus actividades a través de la interacción concreta. Para alcanzar el significado, debemos considerar tanto a los sujetos individuales como a la organización social y descubrir la naturaleza de sus inter-relaciones, porque todo ello es crucial para comprender cómo actúa el género y cómo tiene lugar el cambio».

En el marco de esta perspectiva, no es posible estudiar en forma separada a hombres y mujeres en tanto se les define en referencia de los unos a las otras. La información sobre mujeres es también información sobre los hombres, un estudio implica al otro. Esta forma de abordar el concepto género enfatiza que el mundo de las mujeres es parte del mundo de los hombres y rechaza la idea de esferas separadas según el sexo. Permite diferenciar la práctica sexual real de hombres y mujeres de los roles asignados socialmente; es decir, permite -como veremos en el desarrollo de **Mujeres, poder y política. Nuevas tensiones para viejas estructuras**- poner el acento en el sistema de relaciones de poder y, concomitantemente, en las resistencias y contrarrespuestas de las mujeres a esa dominación.

Al mismo tiempo, denota el origen social de las identidades, esto es, la construcción cultural impuesta sobre un cuerpo sexuado. En este punto es necesario prestar atención a los sistemas simbólicos o de representaciones de acuerdo al sexo, pues estos no son construidos de una vez y para siempre, no son fijos sino que varían según el contexto y el momento histórico. Esto implica que el sujeto está en un proceso constante de construcción. Para Varikas «la experiencia femenina es un perpetuo va y viene entre lo dado y lo vivido, lo subjetivo y lo objetivo, las determinaciones y los márgenes de maniobras, un va y viene en el cual se inscribe el proyecto de una vida que construye

y reconstruye sin cesar el universo social en el cual se afirman, en tanto que sujetos, los individuos y colectivos... El análisis de las experiencias de vida permite, entonces, restituir la multiplicidad de las experiencias femeninas, la multiplicidad de las formas en que han enfrentado las presiones, las múltiples vías que han tomado o toman para afirmarse como sujetos» (Guzmán y Pinzás, 1992).

Siguiendo a Scott, el género implica cuatro elementos interrelacionados: símbolos culturalmente disponibles que evocan las representaciones simbólicas múltiples y a veces contradictorias. Conceptos normativos que se expresan en doctrinas religiosas, educativas, legales, científicas y políticas, que afirman categórica y unívocamente el dominio masculino como lo único posible; la norma entonces aparece como producto del consenso social más que del conflicto. La constitución del género y las articulaciones de poder en las distintas esferas de la sociedad: familia, educación, mercado de trabajo, política, etc. y entre las diversas instituciones y organizaciones sociales; el género se construye a través del parentesco, pero no en forma exclusiva, se construye también mediante la economía y la política. Por último, la identidad subjetiva, cómo se va configurando y cómo se relaciona con las actividades, organizaciones sociales y representaciones culturales históricamente especificadas.

En suma, la categoría de género es central para comprender la bipolaridad sexual, las diferencias de conducta entre los sexos, las identidades sexuales, la división sexual en las actividades sociales y la representación simbólica de la masculinidad y feminidad.

Como consigna De Barbieri, esta manera de enfocar el problema conlleva algunas consecuencias metodológicas. En primer lugar, la subordinación de las mujeres es producto de determinadas formas de organización y funcionamiento de las sociedades, por lo cual hay que estudiar las sociedades concretas. No existe *la* mujer ni tampoco *el* hombre, existen mujeres y hombres en diferentes contextos sociales y culturales, en distintas etapas del ciclo de vida y en diferentes momentos históricos. En segundo lugar, tanto en el ámbito doméstico como en el mercado de trabajo y en la esfera pública es

necesario analizar la división sexual del trabajo. La división sexual del trabajo es un ámbito fundamental del sistema de géneros, pero como consecuencia del conflicto de poderes y no como factor clave desde donde se origina la opresión/subordinación de género. Tercero, los estudios deben ser realizados desde la perspectiva de las sociedades divididas en géneros y desde el conflicto de poderes presentes en tal división. No menos importante es estudiar la dinámica del poder tanto desde los dominadores como de las dominadas las cuales tienen la posibilidad de adecuarse, desobedecer, resistir o manipular desde su subordinación. Los lugares donde las mujeres son controladas, son también lugares de poder de las mujeres. Y, por último, la dominación de género se articula con otras formas de dominación. La posición de los sujetos es el resultado de múltiples determinaciones (de clase, etnia, etc.) que se dan en un contexto específico.

El que se haya establecido una distinción entre sexo y género -cualquiera que sea la perspectiva que intente explicar la génesis y reproducción social de la condición de opresión de las mujeres- tiene gran importancia pues, si el sistema sexo-género no es inmutablemente opresivo, sino que se construye de modo socio-cultural, es posible concebir una estrategia conciente orientada a cambiar esa condición. Todo planteamiento feminista propone un cambio en la forma de relacionarse de los sexos y, por tanto, una nueva forma de articulación de la sociedad. Sin embargo, es importante identificar una u otra orientación -aquélla que privilegia como eje del análisis la socialización diferencial, la división sexual del trabajo o el poder- porque ello define la naturaleza de las estrategias que habría que implementar para cambiar o revertir la condición de opresión/discriminación de las mujeres.

En este punto, como se señala en The Gender of Power (Davis y Leijenaar, 1991), tanto trabajar con la perspectiva de género como utilizar las teorías sociológicas del poder resulta ser insuficiente. Y ello, porque las teorías de género no tratan el poder de manera explícita y porque las teorías del poder silencian el género. Concordamos con estas autoras en que la teoría del poder es más fructífera que la teoría

de género, pues las relaciones de poder se pueden leer en las relaciones de género. La dinámica del poder presenta una gran similitud entre los diversos tipos de relaciones sociales y las relaciones de género.

En su teoría de la estructuración de las sociedades, Giddens (1979), trata el poder como uno entre varios conceptos esenciales para el análisis de la vida social. En su formulación la estructura social y la acción humana no están en una relación de oposición; más bien una presupone a la otra. A partir de aquí conceptualiza el poder como un modo dinámico, en proceso, y complejo. Las dimensiones de su concepto de poder tienen la mayor importancia teórica y práctica en el análisis de las relaciones de género.

Estas dimensiones son: 1) el poder es constitutivo de toda interacción social. Está presente en todos los niveles de la vida social, desde las ideologías y culturas globales hasta las corrientes interacciones de cada día. 2) El poder es intrínseco a los actores sociales. El poder no aparece sólo en la dimensión estructural de la sociedad sino que también está presente en las relaciones cara a cara entre actores. El análisis del poder debe incorporar lo que los actores hacen o rechazan hacer, lo que logran o fracasan en lograr y lo que ellos pueden hacer y no hacen. En el decir de Lukes (1974) el poder no sólo es acción sino también inacción. En otras palabras, lo que los actores o la organización no hacen es tanto o más importante que lo que hacen. 3) El poder es relacional, envuelve relaciones de dependencia y autonomía. Los actores movilizan recursos en orden a lograr sus metas o influenciar el curso de los sucesos en una dirección determinada. Pero no todos los actores tienen acceso a los mismos recursos para afectar los resultados de las interacciones. Los recursos están distribuidos en forma asimétrica de acuerdo con la estructura de dominación (de clase, de género, etc.). 4) El poder limita tanto como permite. Los actores no solamente intervienen en el curso de los sucesos sino que también tratan de ejercer control sobre otros a través de prácticas sutiles de desaprobación, crítica o simplemente ausencia de respuesta y a veces en forma de amenaza, fuerza o violencia explícita. 5) El poder no es sólo dominación sino también resistencia

y contrarrespuesta de los dominados. Algunas autoras han llamado a estas resistencias «los intentos microscópicos de poder» en tanto resultan ser insuficientes para alterar las relaciones de dominación vigentes. 6) El poder entendido como proceso. Esta concepción de poder no se centra en los resultados o productos del ejercicio del poder, sino en cómo los actores construyen rutinariamente, mantienen y también transforman sus relaciones de poder (Davis y Leijenaar, 1991).

En esta perspectiva, el presente estudio utilizó un marco conceptual que explique de qué forma se entretejen las relaciones de poder y relaciones de género en el ámbito de la política. Se examinó el espacio de la política como un ámbito donde las relaciones de poder entre hombres y mujeres presentan características específicas y donde las prácticas individuales se consideraron en su interacción con las prácticas institucionales. Concomitantemente, se abordaron las contrarrepuestas de las mujeres a la subordinación, contrarrespuestas que a lo largo de sus vidas políticas se fueron configurando como estrategias individuales y colectivas.

El comportamiento de hombres y mujeres en la política no es susceptible de ser explicado por meras motivaciones personales, sino en su relación con normas implícitas y explícitas que provienen de la organización. Para investigar la dinámica del poder en el ámbito de la política nos centramos en aquellas situaciones estratégicas posibles de generar conflictos y en interacciones amistosas y agradables que dan lugar a formas sutiles de discriminación y manipulación. Junto con dar cuenta de las asimetrías de poder entre los sexos se estudió cómo las mujeres mismas desarrollan prácticas para alterar el sistema de relaciones de género. Es decir, cómo las mujeres tratan las relaciones de poder como algo que puede ser negociado al interior de las instituciones, en un momento dado. En la capacidad de negociar juegan un papel importante los recursos personales, organizacionales y contextuales que puedan activar las mujeres.

En términos generales es posible señalar que si bien los procesos de modernización de los últimos 20 años en Chile han tenido un

impacto en el mundo de la política, no han alterado sustancialmente el sistema de dominación de género por el cual las mujeres son segregadas y devaluadas socialmente. Aun cuando se han producido cambios, éstos no se reflejan en su mayor incorporación al ámbito de la política, y menos en los niveles de decisión, debido a que no ha variado la consideración social por la cual el mundo de la mujer es el espacio doméstico en tanto que el espacio público, el mundo de la política, es masculino.

Incluso, la división sexual del trabajo se reproduce al interior de las instituciones políticas marcando las áreas y niveles susceptibles de incorporar mujeres y aquellas que son de dominio masculino. Para la sociedad y para los hombres, en particular los que están insertos en la política, el parámetro de toda conducta sigue siendo la conducta masculina, lo masculino es lo normal; lo femenino es lo distinto y como tal representa una desviación de la norma. Por el contrario, las mujeres que participan en política han iniciado un proceso de desconstrucción de la identidad femenina socialmente asignada y una batalla por la democratización, en el sentido que la política sea capaz de hacerse representar por la diversidad de los actores sociales y contener la diversidad de demandas de la población.

En la sociedad chilena coexisten tendencias y dimensiones premodernas, que sobreviven con fuerza y funcionalidad, con otras modernas que no han llegado a arraigarse plenamente. Esta modernidad incompleta conlleva algunos rasgos favorables en orden a impulsar un cambio en la condición de la mujer y de los mecanismos que producen y reproducen la subordinación genérica. En primer lugar la idea de progreso cuenta con legitimidad social y, en tanto tal, éste debiera llegar también a las mujeres en forma de democratización de género y de integración de las mujeres al desarrollo, como requisito indispensable de la democratización profunda de la sociedad en su conjunto. En segundo lugar, la ideología de la igualdad hace necesario desmontar el principio sumisión-poder como el modelo de relación entre los sexos. En tercer lugar, la discriminación de la mujer se torna injusta y símbolo de atraso cultural. Existe un reconocimiento -aunque

parcial- de la justicia y conveniencia de la incorporación de la mujer al mundo público y a la toma de decisiones, la pertinencia de sus derechos, la necesidad de generar acciones orientadas al cambio de las pautas culturales que sustentan la desigualdad de género.

Un proceso de modernización, por muy incipiente que sea, lleva a que las necesidades insatisfechas de los sectores subordinados -en nuestro caso las mujeres- se vuelvan cada vez más inaceptables precisamente como efecto de la penetración de la modernidad y lleva, a su vez, a que el carácter excluyente de ésta frene el proceso mismo de modernización. De allí surge una tensión fundamental en la unidad social entre los resabios del autoritarismo aún prevaleciente en las conductas, actitudes y valores y la necesidad de ampliar la participación a sectores hasta ahora marginados.

Sin embargo, el sexismo -una forma específica de relaciones de poder- es una dimensión presente no únicamente en instituciones, organizaciones o partidos políticos burocráticos tradicionales, sino que sexismo y modernidad cohabitan y se articulan. Para decirlo en términos simples: la mujer hoy sigue siendo discriminada en el mundo de la política. En palabras de Lagarde, «el patriarcado se moderniza». Es más, es discriminada, como lo han demostrado reiterados estudios para el caso chileno, aun en los ámbitos más modernos, allí donde desde el punto de vista del discurso sus derechos serían más reconocidos. Esta forma de dominio se realiza a través de ciertos mecanismos que establecen los espacios y acciones posibles para las mujeres en la vida política.

La vinculación entre masculinidad y poder organizacional sugiere que la discriminación no se acaba con el solo reconocimiento de procesos de modernidad en el ámbito político. Se requiere de un cambio en las relaciones de poder entre los sexos que abarque todos los espacios de la vida social, tanto públicos como privados. En palabras de las mujeres «democracia en el país y en la casa».

Como veremos a través de importantes testimonios de dirigentes, que representan al amplio espectro político del país -quienes narran sus experiencias de discriminación, participación y construcción de

poder para ellas-, la política no es un campo neutral para las mujeres.

En el presente estudio se aborda, en primer lugar, el contexto de la transición política en democracia, los factores determinantes de este proceso y las limitaciones que aún están presentes. Luego la reflexión se detiene en el tema de la participación social y política en general y desde la perspectiva de las mujeres. Ambos aspectos se constituyen en antecedentes necesarios para comprender la dinámica de la discriminación política hacia la mujer en el momento actual y, más importante aún, la potencialidad que contiene esta coyuntura en términos de mayor equidad, democracia y participación, de modo de superar «el punto límite» al cual ha llegado la relación hombre-mujer-política. Para concluir, dado que los mecanismos de discriminación son múltiples, postulamos la necesidad de trabajar en colectivo un conjunto de estrategias, a distintos niveles y en distintos espacios. Es pertinente traer en este punto la reflexión sobre la participación social de las mujeres, entendida ésta como prácticas que pueden llegar a incidir efectivamente en las transformación de las relaciones de género. Estamos en los inicios de un camino que nos puede llevar a retroceder o a abrirnos a relaciones sociales más diversas y articuladas emprendiendo, como sociedad, acciones en orden a una creciente igualdad ante la ley y en las interacciones cotidianas en todos los ámbitos de la realidad.

El propósito que nos orienta es avanzar sobre esta tarea haciendo visible lo invisible, afirmar lo que es negado, recuperar la totalidad de la persona-mujer, reiterar la posibilidad de relacionarse de un modo válido para todos/as.

PRIMERA PARTE

I

La Transición Democrática: una compleja realidad[1]



Para algunos, el escenario actual es considerado, más que un período de transición hacia una democracia plena, una democracia limitada, sacralizada en la Constitución de 1980, la cual establece un rol tutelar o de árbitro de las Fuerzas Armadas entre las autoridades públicas y la ciudadanía; y porque se hace del mercado la institución que organiza el conjunto de las relaciones sociales y donde las organizaciones, partidos y movimientos tenderían a perder eficacia y sentido. Desde nuestra perspectiva concordamos con aquellos que caracterizan el primer período democrático después de la dictadura como el gobierno de la transición que es, por definición, un tiempo estrecho y el tiempo del doble poder (Maira, 1992). Una sociedad signada por un equilibrio inestable y donde los sectores democráticos constituidos como mayoría no pueden hacer una marcha rápida de los cambios necesarios para perfeccionar y ampliar el sistema democrático. El paso a una democracia real requeriría de una institucionalidad que garantice la igualdad de oportunidades, la constitución de sujetos sociales con capacidad y voluntad política de impulsar procesos de transformación, participación de la sociedad civil en los proyectos de integración y desarrollo, una reflexión crítica acerca de los efectos perversos del modelo económico-social (pobreza, individualismo, consumismo, enajenación, entre otros), y de los alcances y características de la democracia futura.

Al asumir, el Gobierno democrático se encuentra con un conjunto de desafíos que enfrentar y de cambios por hacer, siendo la reconstrucción de la democracia la tarea fundamental. Esta habría de desarrollarse en el marco de: una institucionalidad heredada del gobierno militar, un modelo económico ya consolidado, una situación

1. Este capítulo incorpora como aporte sustantivo la ponencia de Rebeca Salazar sobre el modelo económico, expuesta en el Seminario Interno «Bases para un debate sobre la inclusión de los problemas de género en la agenda pública». Santiago, CEM, 1992.

social marcada por profundas desigualdades y una situación política caracterizada por una débil participación.

En este escenario el Gobierno de la Concertación se plantea una estrategia en la que se han de conciliar los objetivos de crecimiento económico con los de equidad distributiva y plena participación.

I. El escenario actual

Institucionalidad

En la segunda mitad de 1989 Pinochet, al igual que el Ejército, inician una estrategia para dificultar la tarea del primer gobierno democrático a través de lo que se llamó «las leyes de amarre». Con posterioridad se asiste a una negociación entre régimen y oposición en torno a los temas ejes de toda transición: flexibilización del marco institucional para transitar a la democracia, garantías para las Fuerzas Armadas y término de las proscripciones políticas. Esta negociación, que se da durante el régimen militar, no consagra una democracia política plena. Es tarea del actual Gobierno democrático establecer políticas y generar mecanismos y procedimientos encaminados a resolver los principales problemas heredados del régimen anterior, como son la extrema pobreza y la ausencia de participación.

Los consensos alcanzados hoy en la sociedad chilena han permitido la reconstrucción de las relaciones del Parlamento con el Poder Ejecutivo y el Poder Judicial. El Ejecutivo ha establecido relaciones entre el estamento político y las Fuerzas Armadas dándose una convivencia con tensiones. El peso del pinochetismo dentro del Estado y en el Ejército impone restricciones respecto de los cambios que se quieran realizar.

Se avanza en el proceso de descentralización regional y local de la estructura administrativa del aparato estatal. La Ley de Municipalidades permitió la realización de elecciones posibilitando la cons-

trucción de una instancia de decisión, participación y representación ciudadana, aunque no exenta de problemas.

El Gobierno se comprometió en un sostenido pero infructuoso esfuerzo de reformas constitucionales, entre las que es interesante destacar las referidas a la inamovilidad de los Comandantes en Jefe de las Fuerzas Armadas, y la reforma del sistema electoral que plantea el cambio del sistema hoy vigente, binominal[2], a otro de representación proporcional.

La necesidad tanto de estabilidad económica y social como de legitimidad frente a los trabajadores motivaron la iniciativa gubernamental de reformar la legislación laboral. Sin embargo, hay que señalar que una más de las tareas impostergables para el próximo gobierno es la de avanzar sobre estas reformas las cuales, en su actual estado, son insuficientes pues no garantizan una integración con equidad de los trabajadores.

Otra de las tareas pendientes de este período es la reforma y modernización de la gestión estatal, para adecuarse al papel modernizador del Estado.

Sistema económico que produjo profundas transformaciones

Hoy parece ser de aceptación casi general que las orientaciones en las que se basó la transformación del país durante el gobierno militar son las que deberán seguir conduciendo las decisiones económicas del actual Gobierno. Tal aceptación proviene en mayor medida de los círculos gubernamentales. Por su parte, un sector de la población mantiene ciertas reservas respecto a los beneficios concretos que

2. Por cada unidad de representación popular, distritos y circunscripciones, se eligen dos diputados y dos senadores. Para que una mayoría elija dos representantes debe duplicar a la segunda opción más votada.

podrán derivarse del manejo económico en el período actual[3]. Esas orientaciones son:

a) La inserción del país en el mercado internacional por la vía de la liberalización comercial.

b) El mercado como mecanismo principal de asignación de recursos para la actividad económica, mediante la eliminación de los mecanismos de control y fijación de precios y de la intervención estatal directa sobre todo en las actividades productivas.

Si bien a partir de 1990 se ha mantenido la orientación exportadora de la economía, el liderazgo de la empresa privada y del mercado, a la vez se plantea que el Estado tiene un papel fundamental de regulación en las áreas o actividades donde el mercado no opera adecuadamente, en tanto es necesario no sólo mantener el crecimiento económico sino también alcanzar una mayor equidad social.

En cuanto al manejo de la política económica, el nuevo Gobierno tuvo que enfrentar primero la situación resultante de las medidas implantadas por la administración precedente, que derivó en un «sobrecalentamiento» de la economía.

En consecuencia, el Gobierno de Aylwin se vio en la necesidad de adecuar la capacidad de gasto de la economía a la capacidad productiva del país. Es decir, tuvo que iniciar su gestión con una política de ajuste. Esto se presentaba como indispensable dada la prioridad que tiene el garantizar las condiciones que permitan la conservación del equilibrio macroeconómico y el mantenimiento del dinamismo que la economía experimentaba en los dos años anteriores. Estos elementos son considerados fundamentales tanto para la estabilidad democrática

3. En este punto es interesante considerar las tesis de Hirschman (*La estrategia de desarrollo económico: una reevaluación*. 1983) a las que hace referencia Oscar Muñoz sobre el «desarrollo antagonista»: el crecimiento desigual sería tolerado siempre que en una fase siguiente haya un crecimiento más igualitario, sin retroceder en el desarrollo productivo. Muñoz plantea que las condiciones actuales podrían ser favorables para el desarrollo antagónico ya que hay un cierto grado de tolerancia a la desigualdad como resultado del nuevo estilo de la política: negociación, concertación de intereses, y posiciones moderadas del movimiento sindical.

como para la satisfacción de los objetivos de equidad y justicia social que se ha planteado.

Para este propósito se debe impedir el desarrollo de cualquier forma de presión sobre los precios, principalmente los resultantes de los desajustes entre oferta y demanda que deriven de la propia acción estatal. De aquí la necesidad de controlar el gasto fiscal por medio del presupuesto público. Ingresos y gastos estaban equilibrados al asumir el nuevo Gobierno, pero este equilibrio se había logrado sobre la base de la reducción del gasto social, situación cuyas consecuencias habrán de sentirse en el país todavía por un tiempo prolongado.

Para mantener el dinamismo económico es fundamental aumentar la inversión. Aunque el crecimiento promedio del producto entre 1986 y 1990 fue de 6.2%, los análisis indican que se basó en la utilización de la capacidad productiva ociosa resultante de la crisis de 1982-83. El agotamiento de esta capacidad ociosa hacia 1989 indicaba que el objetivo de crecimiento en el futuro debería basarse en la expansión de la capacidad productiva, es decir nuevas inversiones. Las proyecciones indican que si se quiere crecer a una tasa del 5% anual es necesaria una tasa de inversión del 20% (Vial, Butelmann y Celedón, 1990). Existen signos alentadores que indican que es posible, tanto por las tendencias que ha mostrado la inversión en el último año como por el desarrollo de la capacidad empresarial que ha mostrado el sector privado. Por otro lado, es de esperar que la inversión extranjera siga financiando grandes proyectos.

Otra función del Estado busca adelantarse a las previsibles limitaciones de la estrategia económica seguida hasta el momento. Tal estrategia, en Chile significó la producción de bienes intensivos en recursos naturales. Lo que se buscaría ahora es estimular una mayor industrialización de estos recursos; es lo que se ha denominado en los círculos gubernamentales como la segunda fase de las exportaciones: menos 'commodities' y más exportación de bienes de mayor valor agregado. Estos habrán de concurrir a mercados más pequeños pero con mejores precios.

La nueva estrategia exportadora se sustenta en el aumento de

la productividad por la vía de la innovación tecnológica, lo cual involucra desde cambios e innovaciones en la educación y en la organización de las empresas, hasta una institucionalidad para el desarrollo de la ciencia y la tecnología.

Por otro lado, se mantienen los incentivos a las exportaciones tales como los aranceles bajos y parejos, el tipo de cambio relativamente alto, y la promoción de los acuerdos bilaterales de comercio y de reducción de las barreras a los productos chilenos en otros países, como parte de una estrategia de búsqueda de nuevos mercados.

Una situación social marcada por profundas desigualdades

Las graves desigualdades sociales que afectan al país han puesto en evidencia que el crecimiento por sí mismo no basta para mejorar las condiciones de vida de la población. El Gobierno de la Concertación ha planteado que para lograr la equidad es necesaria una activa intervención del Estado a través de la política social. Se abandona la teoría del «chorreo».

Cuando asume el Gobierno del Presidente Aylwin, el 20% más rico de los hogares consumía más de la mitad de los bienes disponibles en el país (MIDEPLAN, 1992). Según cálculos realizados por la CEPAL para Chile, entre 1970 y 1987 la población pobre aumentó del 20% al 44.4%, lo que en términos absolutos significa que en 1987 había más de 5 millones de pobres.

Esta es la situación que hereda el nuevo Gobierno. De ahí que la disminución de la pobreza y la atención de las demandas sociales en materia de salud, educación, pensiones y servicios públicos largamente postergadas, se constituyan en prioridades de la política social.

Como la realización de una tarea de tal magnitud exige recursos, es decir un aumento del gasto público, lo primero que hizo el Gobierno

de la Concertación fue una Reforma Tributaria[4] para obtener el financiamiento requerido, calculado en 600 millones de dólares anuales. Los ingresos adicionales permitieron que el gasto social del primer año de gobierno se incrementara en un 12.2% respecto a lo que se había presupuestado. El gasto se concentró, principalmente, en infraestructura de salud y de los sectores de educación y vivienda y, en menor medida, en el aumento a la atención hospitalaria, aumento de las pensiones, asignaciones, subsidio único familiar, subsidios habitacionales, programas de alimentación escolar, aumento del gasto para escuelas en sectores pobres, programas para reintegrar a la juventud, programas para mujeres jefas de hogar, capacitación laboral, apoyo a la pequeña y microempresa.

Las declaraciones del Gobierno indican que la política social no se sustenta solamente en el aumento de los recursos destinados para los fines que se han descrito, sino que se trata de un nuevo enfoque que considera que el desarrollo social ha de contribuir al desarrollo económico (García, 1991). Esto en la medida que el gasto se considera una inversión social y, según los proyectos de que se trate, se genera también capital productivo, nociones que rompen con el enfoque asistencialista del gobierno militar.

Por otro lado, la focalización se considera también un instrumento para llegar a los más pobres y demás grupos denominados «vulnerables». Además, no se da en un contexto de reducción del gasto social sino de su incremento logrado con un mayor aporte de los grupos de ingresos más altos, por la vía de la Reforma Tributaria. Con el objeto de romper el carácter asistencial y el paternalismo en la acción social del Estado, el Gobierno ha señalado la necesidad de dar énfasis al apoyo productivo más que al otorgamiento de subsidios monetarios

4. La reforma consistió en: (a) el incremento del impuesto a las utilidades devengadas, no retiradas como era antes, de las empresas (del 10% al 15-20%); (b) la redefinición de tramos y tasas del impuesto a la renta (Impuesto Global Complementario); (c) la corrección de deficiencias del sistema tributario puesto que había sectores que tributaban sobre rentas presuntas cuando en general el cálculo se basa en las rentas efectivas; (d) incremento del IVA del 16% al 18%.

o en bienes y servicios; es decir, se otorga un mayor peso a la generación de ingresos propios.

Una situación política signada por la falta de participación

El contexto actual se caracteriza por un ambiente político democrático-aperturista en concomitancia con un proceso de control de las demandas ciudadanas. Se sostiene que si bien desarrollo y equidad son las principales metas del Gobierno democrático ellas no pueden ser alcanzadas de la noche a la mañana, sino mediante procesos graduales.

Desde su inicio el Gobierno de la Concertación despliega acciones políticas orientadas a establecer una democracia de los acuerdos, un ambiente de colaboración que incluye a fuerzas de oposición. El logro de consensos con la oposición no se da de manera permanente sino de modo puntual en torno a aspectos que es necesario transformar. Las preguntas que surgen respecto de esta manera de hacer política son ¿qué tanto se transforma?, ¿quiénes se ponen de acuerdo?, ¿sobre qué materias? y ¿quiénes pierden en estas negociaciones?

Este ambiente político de colaboración y democracia de los acuerdos ha acrecentado el liderazgo y peso político del Presidente Alywin. La relación entre el Ejecutivo y el Congreso ha sido en general de negociación-colaboración dando lugar a la aprobación de un conjunto de leyes sobre las cuales hubo consenso con la oposición. Cabe señalar que importantes proyectos de ley no han logrado el acuerdo de las fuerzas políticas representadas en el Congreso. No obstante, no ha sido el Congreso el escenario principal de la negociación ni tampoco han asumido tal rol los partidos políticos de la Concertación. La tendencia dominante ha sido una negociación manejada desde La Moneda por Alywin con su equipo político, en relación con la derecha política. Y también en relación con lo que se

ha denominado «el partido transversal», constituido por dirigentes de nivel nacional de los distintos partidos quienes toman acuerdos y negocian de manera cupular. De esta manera se ha desvalorizado el rol político del Congreso y de los partidos. Las figuras más importantes son la del Presidente y de «los hombres del Presidente». Como consigna Garretón (1992), durante la campaña presidencial los partidos de la Concertación firmaron un acuerdo por el cual se estableció que el Gobierno del Presidente Alywin sería de tipo «suprapartidario», esto es, sería la autoridad presidencial la que conduciría el Gobierno.

En otras palabras, la democracia de los acuerdos ha sido un proceso de negociación entre el Gobierno y la oposición para un lento avance democratizador, sin afectar todavía los enclaves de poder del autoritarismo (senadores designados, ley electoral, inamovilidad de los Comandantes en Jefe de las Fuerzas Armadas, de los funcionarios de la administración pública, de las rectorías universitarias y del Poder Judicial, entre otras).

Al examinar los resultados de las últimas elecciones municipales (junio de 1992) se observa que: Renovación Nacional (RN) cuenta con un 18% de la votación, la Unión Demócrata Independiente (UDI) con un 12% de las preferencias y la Unión de Centro Centro (UCC) con un 8% de los votos. En el seno de la Concertación la Democracia Cristiana (DC) y sus aliados directos obtienen un 35.6% de la votación. El Partido por la Democracia (PPD) un 9.2%, el Partido Socialista (PS) un 8.5% de los sufragios y comunistas y socialistas no renovados un 6.6% de los votos. Vemos pues que la derecha tiene un tercio de los votos, la DC obtiene algo más que un tercio y la izquierda suma un 24%, observándose un cuadro que recuerda la división política en tres tercios previa al golpe militar (Falaha, 1992).

La cooptación que caracterizó el proceso de reorganización de los partidos políticos durante la dictadura originó cierto elitismo, centralización y un grado creciente de separación entre los dirigentes, sus bases políticas y la «gente». Los partidos, como sus representantes en el parlamento, no han generado mecanismos y procedimientos eficaces de consulta al interior y fuera de sus organizaciones. Tampoco

han impulsado un debate crítico en torno a los diversos temas que preocupan a los distintos grupos de intereses de la sociedad. Ejercen primordialmente un rol de control social y cuando negocian lo hacen en nombre de «la gente», determinando lo que es mejor para la sociedad. En el decir de Garretón (1992), la coalición de partidos de la Concertación se constituye sólo en base de apoyo o respaldo al Gobierno, sin un papel creativo en la conducción política. Esta queda entregada a un cálculo inmediatista de éxito que transforma al Gobierno y a la coalición en agentes puramente instrumentales, desechando elaborar estrategias de largo plazo.

Más aún, en orden a evitar el conflicto, temas tan cruciales como el rol del Estado en la economía no han sido objeto de debate democrático, a pesar de que al interior de la coalición de gobierno hay orientaciones diferentes sobre esta materia. También existen visiones diferentes respecto del rol social y del rol político del Estado.

Para ciertas fuerzas políticas el valor fundamental es la democracia y para otras la democracia se ha convertido en una actividad subordinada a lo económico, regulada por las leyes de la economía y por el mercado. El mercado se presenta como un orden dado, objetivo, que opera no sólo como asignador eficiente de los bienes y servicios sino también como un marco conceptual que limita a priori los objetivos sociales y las posibilidades de debate público acerca del proceso democrático mismo, en tanto prima la lógica económica.

La expresión más nítida de ello la encontramos en el mundo del trabajo. Concordamos con Feres[5] en que los cambios introducidos a la legislación laboral heredada del autoritarismo no afectan sustancialmente la concepción neoliberal de la economía ni de las relaciones laborales. Se mantiene una desregulación de las relaciones individuales de trabajo, generando niveles de desprotección legal tales como: exclusión de grupos de trabajadores de la cobertura de la legislación laboral (trabajo a domicilio); extensión de la jornada or-

5. Comunicación escrita de María Ester Feres, abogada laboralista y asesora de la Central Unitaria de Trabajadores (CUT) y de la Secretaría Técnica de la Mujer de la CUT.

dinaria de 48 horas vía el establecimiento de la jornada extraordinaria; ampliación de las facultades empresariales de modificar unilateralmente las cláusulas de los contratos de trabajo; mantención del despido unilateral de parte del empresario. La falta de una política de empleo tiene como consecuencia que todas las disposiciones legales que afectan al contrato individual sean funcionales al esquema neoliberal y no signifiquen una flexibilización de las relaciones laborales sino una desregulación y desprotección de los trabajadores, en la medida que la legislación excluye a la organización sindical de todo rol en estas materias.

En el caso de las mujeres trabajadoras, las reformas del Gobierno democrático no incluyeron el tema de las guarderías y jardines infantiles. Las trabajadoras siguen sujetas a una legislación que dificulta y muchas veces impide su incorporación al mercado de trabajo. El argumento que se esgrime es que si se establece la obligatoriedad de contar con guarderías y jardines infantiles, ello desestimularía al empresariado a contratar mano de obra femenina. Sin ir más allá de nuestro continente, sabemos que en Argentina existe, por el contrario, un incentivo al empresario que contrata mujeres al liberarlo del pago de impuesto a las empresas.

En el esquema que venimos describiendo, la acción política se justifica en términos de los resultados efectivos que obtiene, relativizando la urgencia de producir transformaciones sociales (cálculo instrumental). Aquí se advierte un pragmatismo erróneamente llamado no ideológico, pragmatismo que constituye una estrategia política en tanto sitúa entre paréntesis los conflictos en orden a lograr consensos básicos. Dicho clima -al decir de Vega (1992)- ha ayudado a vincular la idea de consenso con la «demonización» de cualquier conflicto.

Aunque la política tienda a ubicarse por encima de los partidos y las clases sociales, los conflictos son constitutivos de la estructura social y económica y en la medida que esa estructura no sea alterada persistirá la desigualdad social y las contradicciones latentes. En el presente los antagonismos no son únicamente entre empresarios y trabajadores sino que son multisociales lo cual hace, sin duda, más

difícil y compleja la construcción de consensos estables. Para Berman «las experiencias modernas atraviesan todas las fronteras de la geografía y la etnia, de la clase y la nacionalidad, de la religión y la ideología: se puede decir que, en ese sentido, la modernidad une a toda la humanidad. Pero es una unidad paradójica, la unidad de la desunión: nos arroja a todos en una vorágine de perpetua desintegración y renovación, de lucha y contradicción, de ambigüedad y angustia (...)» (Rojas Hernández, 1990).

El sistema político vigente instituye como actor protagónico al Gobierno el cual, al implantar la estrategia del consenso/colaboración -necesaria para enfrentar el período inmediatamente posterior a la dictadura-, ha contribuido a reforzar las tendencias al pragmatismo y a debilitar la dimensión de proyecto de la acción política.

En el presente los partidos -de todas las tendencias- aspiran a constituir mayorías estables y a profesionalizar (léase modernizar) la política, aspiran a construir un sistema político más autónomo, esto es, ajeno a las presiones y representaciones de clases. Este sistema, se dice, garantizaría mayor estabilidad. Ello puede tener a lo menos dos consecuencias: la primera, que los sectores sociales busquen autorepresentarse o autonomizarse en tanto los partidos no canalizan las demandas y conflictos de la sociedad. Y una segunda consecuencia sería que esta manera de ejercer la política genere y fortalezca tecnocracias políticas que progresivamente irían copando las instancias del poder político-estatal. La existencia de tales tecnocracias debilitaría el sistema democrático planteándole a la política el problema de su legitimidad.

Respecto del modelo económico se observa un incremento de la racionalidad instrumental que penetra distintos espacios sociales, distintas esferas de la vida humana, aunque de manera desigual. La institución del mercado como ámbito de la integración social exacerba la motivación individual y rompe con solidaridades básicas generando competitividad económica y política que posterga todo interés social. Sin embargo, frente a este pragmatismo surgen voces de políticos/as e intelectuales de la Concertación que ponen el acento en una

dimensión ética. Se sostiene que el rescate de valores como la solidaridad, la justicia social, la libertad, la tolerancia, son aspectos claves de la política moderna, que la modernidad convive en nuestra sociedad con la falta de equidad para un amplio segmento de la sociedad y que nuestra democracia no puede afirmarse sin atacar los problemas de equidad.

Para los trabajadores el proceso de acuerdos con el Gobierno es una expresión de su compromiso con la estabilidad de la democracia, por cuanto han tenido que limitar sus expectativas y aceptar un conjunto de modificaciones que no satisfacen plenamente sus demandas. Hay reformas laborales pendientes en la agenda de los trabajadores lo que ha llevado a tensiones entre sus organizaciones, en especial la Central Unitaria de Trabajadores, CUT, y el Gobierno y a tensiones al interior de la CUT. Sus dirigentes nacionales encuentran resistencias a negociar en el marco de las reglas del juego impuestas, por parte de una minoría que interpreta esta restricción como dependencia de la dirigencia en relación al Estado.

Respecto del empresariado chileno tenemos una amplia gama de empresarios tradicionales y un segmento de «nuevos empresarios» en transición, competitivos y orientados al mercado. Como efecto del «éxito» del modelo neoliberal se va generando una visión favorable a la inciativa privada y un cambio de la imagen de los empresarios. La empresa privada -a diferencia de otras épocas cuando el papel más significativo estaba dado a la iniciativa del Estado- pasa a jugar un rol relevante en el desarrollo económico y los empresarios devienen en un grupo de presión con gran peso político. El Gobierno y el empresariado tienen intereses comunes a la marcha de la economía, pero a la vez presentan desacuerdos no sólo puntuales sino esenciales. Se observa una permanente tensión entre ambos actores sociales, dado el énfasis del Gobierno en saldar «la deuda social» con los pobres, los trabajadores, etc., lo cual contraviene la necesidad del capital de asegurar tasas crecientes de ganancia. Sin embargo, las partes hacen uso de la negociación más que de la confrontación. La disposición a buscar acuerdos se expresa en que los empresarios han tenido que

suavizar sus recelos respecto del Gobierno y también controlar sus temores frente a los posibles «excesos» en las demandas de los trabajadores. El Gobierno, por su parte, propugna las condiciones para el Acuerdo Marco, primera instancia de negociación entre trabajadores y empresarios (entre la Central Unitaria de Trabajadores y una de las mayores organizaciones empresariales, la Confederación de la Producción y el Comercio -CPC) e impulsa la creación de espacios de negociación, manteniéndose al margen al no generar políticas de empleo.

En relación al movimiento social, éste se encapsula, aísla, descompone. Ello tiene que ver -en parte- con el tema de la apatía que se acrecienta en todo el mundo. La apatía nos lleva a plantear como crucial para la política moderna el tema de la participación ciudadana. La participación en Chile hoy se presenta más de una manera corporativa que asocia a grupos menores que comparten intereses, y menos de la forma tradicional de hacer política donde los partidos y organizaciones jugaban un rol de intermediación entre los ciudadanos y el Estado en torno a demandas nacionales. La ausencia de visiones globales ha dado paso a una preocupación por la identidad específica del grupo y sus necesidades, produciéndose una fragmentación de las demandas.

Es así como se observa la articulación de grupos en torno a ciertos intereses tales como: los empresarios de la locomoción colectiva, los obreros del cobre, los profesores, los médicos, los funcionarios de la salud y no menos importante la defensa de sus condiciones de vida de minorías étnicas como mapuches y aymaras. Por otra parte, no han dejado de estar presentes expresiones de militantes de izquierda y pequeñas organizaciones de base que reconocen como propio el discurso del socialismo revolucionario. No son claros los intersticios en que este sector se ubica en el marco de una sociedad como la chilena, que privilegia el consenso y la democracia.

Las mujeres por su parte, habían venido desarrollando durante la dictadura un amplio movimiento. Un número significativo de sus integrantes se reincorporó al compromiso partidario al producirse la

progresiva legalización de los partidos políticos, manteniendo una doble militancia. Entre 1988 y 1989, aquellas que se habían destacado políticamente negociaron en forma individual con los partidos dado que el movimiento de mujeres no levantó una estrategia colectiva de acceso al poder. El resultado fue la ausencia de figuras femeninas en cargos de decisión gubernamentales o partidarios (una ministra, tres sub-secretarias, seis diputadas de un total de 120 y solamente 2 senadoras -elegidas- de un total de 38), y la desarticulación de sus organizaciones. Estas, al igual que las organizaciones de pobladores y jóvenes, perdieron protagonismo público en el nuevo escenario político.

Aunque no se observa todavía la construcción de un referente de mujeres que pueda levantar propuestas compartidas, un estudio reciente de Chuchryk[6] señala la existencia de grupos de mujeres que son núcleos potenciales de articulación de intereses, de generación de hechos políticos de género y de interlocución con otros actores políticos y sociales. En tanto portadores de esta potencialidad, se trataría de la expresión de un movimiento. Si bien el debate actual plantea la constitución de nuevas formas de referentes que no pasan necesaria y únicamente por la constitución de *una* organización, postulamos que la sola virtualidad no es condición suficiente para constituir movimiento. Existe movimiento de mujeres si los grupos, por pequeños que sean, comparten una cosmovisión orientada a revertir la condición de subordinación de género, si generan legitimidad en tanto referentes específicos -válidos para determinados actores sociales y políticos- que manejan cierto conocimiento, experiencia y habilidad y si, todos ellos, a su vez, construyen una fuerza y mantienen una articulación aunque sea muy móvil en el marco de relaciones de sororidad[7].

6. Comunicación escrita de Patricia Chuchryk, socióloga Ph.D., investigadora de The University of Lethbridge, Canadá.
7. Sororidad: significa la amistad entre mujeres diferentes y pares, cómplices que se proponen trabajar, crear y convencer; que se encuentran y se reconocen en el feminismo, para vivir la vida con un sentido profundamente libertario. Ver Lagarde, Marcela. 1989. «Enemistad y sororidad: hacia una nueva cultura feminista». Revista Memoria Vol. IV, N. 28, septiembre-octubre. México.

Una reflexión en profundidad acerca de la participación social y política y de la relación entre mujer y participación se abordará más adelante.

II. Los desafíos en este contexto

Hoy existe un reconocimiento general del buen desempeño de la economía durante los dos últimos años de Gobierno democrático: la inversión se encuentra en el nivel más alto de los últimos veinte años, la actividad económica ha crecido a tasas altas, la inflación se ha mantenido aun por debajo de los niveles que la autoridad económica se había propuesto, se han reducido sustancialmente los niveles de desocupación, etc..

Pero surge una pregunta: ¿es posible el logro de una mayor equidad y participación social en el marco de una economía de mercado? Esto lleva a señalar las limitaciones del modelo de crecimiento con el que se encuentra comprometido el Gobierno.

Uno de los límites de la forma de crecimiento del país se encuentra en la estructura productiva que se propuso desarrollar y que, en la práctica, se ha sustentado en el aprovechamiento intensivo de los recursos naturales relativamente abundantes. Es posible pensar que, a menos que se dediquen recursos y esfuerzos para evitar su sobreexplotación y posible agotamiento, esta ventaja tienda a desvanecerse. A esto hay que agregar la competencia proveniente de otros países de América Latina que se están incorporando al mercado internacional.

Otra limitante está relacionada con la demanda de los productos nacionales en el mercado internacional. La mayor parte de las exportaciones del país la constituyen productos primarios o materias primas de escaso valor agregado, cuya demanda en el exterior crece lentamente y, al mismo tiempo, tiene una baja elasticidad-ingreso en los mercados internacionales. Es decir, la demanda por esos productos varía muy poco ante las variaciones en el ingreso de los consumidores.

La mano de obra barata es otra ventaja comparativa en la que se ha sustentado el crecimiento económico. No hay que olvidar que el actual esquema se desarrolló en un marco de bajos niveles salariales, debido tanto a las altas tasas de desocupación que prevalecieron en el país, como al escaso poder de negociación de los trabajadores a lo largo del gobierno militar. En las condiciones actuales de menor desempleo y de un aumento de la capacidad negociadora de los trabajadores, se podría esperar un incremento de los salarios reales.

La promoción de una política de desarrollo productivo tal como ha sido planteada por el Gobierno (basada en el aumento de la productividad mediante la inversión en tecnología que permita una mayor industrialización de los productos que se exportan, diferenciación de mercados, mejoramiento de la educación y capacitación para generar la mano de obra calificada que se requiere), no tendrá resultados en el corto plazo. La postura del Gobierno ha sido clara: los aumentos salariales estarán condicionados por el aumento de la productividad. Se puede afirmar que mientras madura esa política, se tratará que las demandas salariales de los trabajadores sean contenidas.

En relación a esto es necesario destacar la influencia que actualmente tiene la negociación colectiva en la determinación de los salarios. Si bien aún es muy baja la proporción de la población asalariada que negocia colectivamente -alrededor del 15%[8]-, es de esperar que en un clima de democratización y con cuasi pleno empleo (la tasa de desocupación de diciembre de 1992 no alcanza el 5%) este porcentaje se incremente.

En este contexto surge como desafío mejorar la calidad del empleo caracterizado hoy en día por la precarización, la desregulación, la inestabilidad. Asimismo, dentro de una perspectiva de aumento de la productividad, es importante conocer hasta qué punto, en las condiciones actuales, éste se dará por la vía de una intensificación del

8. Programa de Economía del Trabajo (PET). 1992. *Página económica*, N. 116, diciembre. Santiago.

trabajo que resultaría desventajosa para la salud y la calidad de vida de los trabajadores. Sabemos que es sustantiva la proporción de mujeres que se insertan en el mercado informal (21.7%), que están en el servicio doméstico (19.2%)[9] y que se encuentran en otros trabajos precarios como trabajo a domicilio (calzado y textiles básicamente), temporeras de la agricultura de exportación, trabajadoras eventuales de la industria pesquera, trabajadoras temporeras de la industria conservera.

En 1985, la Conferencia de Nairobi señaló que «dada la recesión económica mundial y las escasas perspectivas de recuperación a corto plazo, las perspectivas para la mujer son peores que las que se visualizaban una década atrás, ya que los gobiernos están dedicados a la pobreza en general relegando a un segundo plano las cuestiones relativas a la igualdad de la mujer». En un contexto expansivo, como es el caso chileno hoy, se hace necesario aprovechar la situación para negociar mejores condiciones laborales pues la proporción de mujeres respecto de la fuerza de trabajo femenina sin contrato de trabajo y sin seguridad social es mayor que la proporción de hombres respecto de la fuerza de trabajo masculina (17.8% frente a 16.7%)[10]; además se mantiene la segregación ocupacional según el sexo. Se requiere de una intervención consciente orientada a romper los patrones vigentes. Aun más, la solución de algunos problemas económicos -como la escasez de mano de obra especializada- puede radicar en un papel más activo de las mujeres, iniciativas de capacitación laboral y en una política social más integradora de los sectores discriminados.

Por mucho tiempo se estimó que era suficiente la incorporación de la mujer al mundo del trabajo remunerado para cambiar sustantivamente su condición de subordinación. Los acontecimientos han mostrado que esta condición se reproduce en el mundo laboral

9. Rebeca Salazar y Rosalba Todaro. *Las mujeres chilenas. Quiénes son y qué hacen.* CEM-MIDEPLAN, Santiago, 1992.
10. Rebeca Salazar y Rosalba Todaro, op. cit.

y que es necesario contar con una cuota de poder importante para hacer efectiva la meta de la igualdad. De allí la importancia de la participación de la mujer a nivel del Estado, de los partidos políticos, de las organizaciones gremiales y sociales como forma de ejercer influencia en los centros de poder.

La transformación de la sociedad requiere entonces de un modelo de desarrollo no excluyente en lo económico y de una sociedad democrática en lo político. En la mayoría de los países como el nuestro no se cumplen ambas condiciones. Gran parte de la población, y en particular las mujeres, no disponen de los recursos necesarios para salir de la pobreza. Más que una hipótesis, la feminización de la pobreza es una realidad en el contexto chileno. Del mismo modo, las mujeres han sido sistemáticamente excluidas de las esferas de poder lo que refuerza su marginalidad social, económica y política.

No es fácil imaginar cuál puede ser la evolución del Estado chileno en el futuro. Desgraciadamente, como dice Ottone (1992), los datos del presente nos muestran que la democratización del Estado es una posibilidad entre otras.

Uno de los escenarios posibles, que nos propone el autor, es aquél que le asigna a las FF.AA. el rol de cauteladoras del modelo neoliberal garantizándole a las clases dominantes las exclusiones necesarias para el desarrollo del orden impuesto. Esta modalidad -el gobierno en manos de los civiles y las Fuerzas Armadas como tutelares- sería la forma de gobierno privilegiada por la derecha de vertiente pinochetista.

Otro tipo de escenario posible es uno de continuidad caracterizado por un proceso de democratización del Estado en el marco de una economía de mercado y de «Estado mínimo», lo cual limitaría su capacidad de respuesta a la demanda social creciente. Se movería en la contradicción permanente entre manejar los equilibrios macroeconómicos y garantizar la gobernabilidad social.

Un tercer escenario posible es el de extensión democrática. En éste, el gobierno impulsaría un pacto de construcción democrática con capacidad de asegurar el diálogo entre sectores con intereses contra-

puestos. Siguiendo al autor, «la democracia aparece aquí no como transición sino como una práctica permanente, difícil, como la construcción siempre precaria y flexible de una sociedad que asume sus divisiones y conflictos y con aceptación de la diversidad ideológica, cultural y política. Este Estado deberá escapar al falso dilema de más o menos Estado. Se trata de tanto Estado como se requiera para enfrentar los desafíos del desarrollo, en función de sus tareas igualadoras y uso justo de los excedentes y tan poco Estado como sea posible en función del dinamismo empresarial, del crecimiento de la sociedad civil, de sus solidaridades 'desde abajo', de su capacidad de autogobierno y de la participación popular. Un estilo de desarrollo que combine mayor justicia social y mayor democracia».

En Chile existe un acuerdo, en el marco de la Concertación, de ir a niveles crecientes de justicia social, solidaridad y equidad pero también hay conciencia de la dificultad de lograr este gran objetivo. Las estrategias a desarrollar ameritan una reflexión profunda que tanto los organismos gubernamentales como no gubernamentales, el Estado como la sociedad civil, deben asumir.

Algunos de los cambios que sería necesario impulsar en la perspectiva de ese futuro son:

Reforma del Estado

En lo que respecta al perfeccionamiento de la gestión pública, se requiere de una reforma administrativa que promueva una mayor eficiencia en la gestión interna. Este perfeccionamiento de la gestión interna es necesario para lograr que las políticas públicas tengan la agilidad y la efectividad necesarias para producir los efectos e impactos deseados, en el sentido de resolver problemas.

La reforma es necesaria para que el Estado pueda ejercer de manera eficiente y eficaz su papel en la dinámica socioeconómica, alentando el proceso de desarrollo sustentable y contribuyendo a la democratización. Esto es:

a) Contribuir a la dinámica de las transformaciones económica y social orientadas hacia una mayor equidad y a asegurar la sustentabilidad

ambiental del modelo. Desarrollo de una capacidad de regulación del Estado que haga posible replantear la relación Estado-mercado con el objeto de corregir las fallas en el funcionamiento de este último. «El mercado por sí solo no genera ni sustenta un orden social y, por el contrario, presupone una política de ordenamiento» (Lechner, 1992a).

b) En lo que respecta a superar los enclaves autoritarios, el Estado debe tener la capacidad de manejar mecanismos que aseguren una base mínima para la igualdad de oportunidades sociales. Por ejemplo:

- descentralización administrativa del Estado con desconcentración efectiva de poder y de recursos,
- un ejecutivo y legislativo con capacidad para reglamentar el uso de los recursos públicos con efectos redistributivos (municipios ricos respecto de municipios pobres, empresarios respecto de los trabajadores, etc.),
- un manejo de política económica orientado a evitar la existencia de precarización o, de existir, a impedir que ésta recaiga mayoritariamente sobre los grupos discriminados; y a promover una mayor transparencia del mercado de trabajo al poner en contacto la demanda con la oferta (oficinas de empleo de los municipios, por ejemplo),
- una mayor participación de los excluidos (pobres, mujeres, minorías étnicas, etc.) en la orientación y ejecución de políticas sociales.

Se debe pensar en una reforma del Estado tomando en cuenta, como dice Lechner (1992b), que en el plano internacional ya no hay una soberanía ilimitada del Estado sino un conjunto de actores, instancias supranacionales, normativas internacionales que limitan la soberanía de un país. De igual modo, en el plano interno la sociedad se ha vuelto muy compleja por lo que no es posible que el Estado imponga unilateralmente una forma determinada de mirar el proceso económico y social. Lo que hay es una red entre Estado y actores, y al interior del Estado entre distintas instancias que en conjunto acuerdan las reglas del juego. Lo cual no quiere decir que las reglas que se concuerdan sean justas para todos los actores involucrados. Eso va a depender de la capacidad de negociación de los actores

políticos y de la voluntad de regulación del Estado. Lechner destaca el rol de responsabilidad colectiva que cumple el Estado en orden a disminuir las desigualdades («los de abajo» como «los de arriba» tienen que verse beneficiados por la modernidad y la inserción al mercado internacional), su función normativa (el Estado como agente cultural) y su rol de protección contra la incertidumbre ciudadana proveniente del mundo económico. Nos dice: «El gran desafío es cómo hacer un sistema de protección social que funcione no en tiempos del 'boom', cuando nadie lo necesita, sino en tiempos de crisis cuando la gente lo demanda y el Estado enfrenta problemas presupuestarios».

En síntesis, el Estado tiene que poseer mecanismos orientados a asegurar la igualdad de oportunidades. No nos referimos a un Estado populista sino a un nuevo Estado regulador que garantice los beneficios de la modernidad a todos los ciudadanos y no a una minoría.

Sociedad civil y autonomía ciudadana

La cuestión más significativa en este punto es la de enfatizar la política no sólo como una actividad a desplegar desde el Estado y la clase política, sino desde la sociedad civil a través de sus organizaciones. En otras palabras, el Estado debe garantizar los derechos ciudadanos. En relación a ello, dos aspectos fundamentales:

a) Acortar la distancia entre sociedad civil y Estado. Es necesario el establecimiento de intermediaciones que pongan en relación las necesidades de los diversos sectores sociales con la capacidad de solución de éstas por los agentes del Estado. En este sentido, se nota la ausencia de mecanismos institucionales que recojan y den curso a la satisfacción de las necesidades de la población, como también la inexistencia de partidos políticos que estén jugando un rol de representación (capaces de absorber las demandas de los grupos menos organizados) y de ampliación de los espacios de participación social y política.

b) Frente al debilitamiento de la capacidad de articulación y representación de la sociedad civil, impulsar la construcción de ciudadanía, para lo cual es menester:

- resolver la contradicción entre partidos de militantes (estructura piramidal) y partidos de ciudadanos (estructura de red),
- resolver el sentido de la participación: la política como pura negociación o la política como realización de valores superiores compartidos, y
- la política como oferta de productos diversificados en un mercado o la política como reposición de valores y cultura democrática.

Profundización de la democracia

El perfeccionamiento de la democracia supone contar con ciudadanos educados, informados, comunicados.

a) El poder económico y político cada vez más está en la formación de la capacidad humana. Hoy lo que explica en gran medida el crecimiento económico es el nivel de desarrollo de la gente.

b) Un país con gente más educada es un país que tiene un potencial democrático más alto porque la gente demanda y participa más, ejerce su propia autonomía.

c) Información y comunicación son imperativos básicos del desarrollo y la democracia. La lógica del rendimiento subyace a los procesos productivos y también en la política. La idea de eficiencia es vendida como un valor, como una promesa de desarrollo personal. Actualmente, como señala Hopenhayn (1992) «sociedades tan inequitativas como las nuestras pueden tecnificarse; pero mientras permanezcan con tan altos niveles de exclusión, uno de los campos más fértiles de tecnificación será el del manejo cada vez más modernizado de la pobreza (...). La comunicación e información, tal cual está propuesta en el modelo, tiende a la manipulación intersubjetiva y a la consagración de relaciones de dominio en un orden social muy inequitativo (...). En una sociedad integrada la informática y la tecnología tendrían una función subordinada al desarrollo personal y estarían al alcance de sectores cada vez más amplios».

d) El Estado debe garantizar la existencia de mecanismos que hagan de los derechos humanos, de la verdad y de la justicia, una realidad

permanente. Hemos obtenido parte de la verdad (Informe Rettig)[11] y poco de justicia dado que los procedimientos impartidos no han mostrado agilidad y eficiencia para aclarar los casos de detenidos desaparecidos, que los gestos de reparación a los familiares de las víctimas son escasos e inadecuados, que no se ha derogado la Ley de Amnistía y que casi la totalidad de los juicios a militares quedan radicados en los tribunales militares.

III. Las mujeres hacia el futuro

Como visión de futuro es necesario superar los rasgos de esta sociedad en transición que presenta un síndrome político-cultural de cambios a medias. Si como se ha dicho, los aspectos básicos en la construcción de una sociedad democrática son la equidad, la igualdad de oportunidades y la ampliación de la participación, la activación de una sociedad participativa obliga a reconsiderar el papel de las mujeres en la economía, en la política; en la cultura, en todos los espacios de la vida social. La inequidad convive en nuestra sociedad con la modernidad. Sin equidad de género no hay modernidad democrática.

Pero la realización del objetivo de equidad exige considerar las consecuencias del ajuste económico sobre los excluidos, en este caso, las mujeres y la necesidad de una transformación del sistema en vistas a su integración.

De acuerdo con la OCDE (1992), el ajuste estructural es un proceso global y dinámico que modifica profundamente la economía y la sociedad. Al comienzo el enfoque de OCDE sobre el ajuste estructural consideraba nada más que los procesos económicos. Hoy día amplía su perspectiva al considerar como parte del proceso de ajuste al conjunto de las transformaciones sociales. Nos dice: «El ajuste

11. Se trata de una iniciativa del Ejecutivo que, por designación presidencial, presidió Raúl Rettig entre los años 1990 y 1991. Se constituye para estudiar los atropellos a los derechos humanos durante la dictadura, pero sólo de aquellos casos con resultado de muerte.

estructural no consiste en una evolución predeterminada a la que los individuos deben adaptarse pasivamente. Puede configurarse en función de las necesidades prioritarias de la sociedad. La innovación social es el proceso mediante el cual -a través de nuevas instituciones y reglas del juego- la sociedad se adapta a las nuevas exigencias y posibilidades que resultan de la evolución tecnológica y económica, a la vez que satisface las necesidades cambiantes de sus miembros».

El éxito del ajuste estructural depende de la participación activa de los individuos, hombres y mujeres. Para que las mujeres puedan tener un papel activo en el ajuste estructural es necesario establecer los factores sociales, económicos y políticos que les impiden participar.

En las décadas del 70 y 80 se consideraba que la legislación era el medio más eficaz para garantizarle a las mujeres la igualdad de derechos. El límite de esta propuesta fue parcialmente superado cuando los gobiernos introdujeron programas de igualdad de oportunidades como complemento indispensable a la legislación antidiscriminatoria. Aunque estas medidas son necesarias resultan insuficientes frente al fenómeno de la discriminación sexual. Si los mecanismos de discriminación son sistémicos también tienen que serlo las proposiciones y medidas (programas, legislación, etc.) para su superación. Se requiere de un enfoque global de los cambios institucionales que permita atacar las contradicciones y las tensiones que se producen entre el mundo privado de la familia y la vida pública.

El clima de transformación de la institucionalidad vigente y una sostenida orientación hacia una sociedad participativa, puede resultar favorable en la medida que abre perspectivas a las mujeres como grupo social diferenciado. Se facilitaría la incorporación de los intereses y necesidades de las mujeres desde una perspectiva de género. Pero estos cambios pueden también ir acompañados de ciertas limitaciones, por ejemplo, la influencia y capacidad de negociación de otros sectores sociales frente a los escasos recursos de que dispone el Estado y a la situación específica de Chile en el concierto de las naciones (mayor o menor inserción en la economía mundial, comportamiento del mercado, terciarización e informalización de la economía, legitimidad internacional, etc.).

El solo reconocimiento de estos intereses y problemas de género no necesariamente conduce a la adopción de medidas tendientes a su solución. Las necesidades llegan a formar parte de la agenda política cuando los actores sociales las construyen como demandas. Un planteamiento de este tipo implica la concepción de la mujer no sólo como objeto de políticas sino como sujeto social con capacidad para identificar sus necesidades, para construirlas como problemas políticos y para incidir en su solución.

En esta perspectiva se plantea como fundamental el rol del movimiento de mujeres, de las mujeres con capacidad de liderazgo, así como las diferentes organizaciones de la sociedad civil, que se constituyen en mediadores que articulan la visión de mundo con perspectiva de género al proyecto político de sociedad en marcha.

En un escenario de extensión democrática el desafío consiste en lograr la inclusión de las demandas de género en el proyecto global de sociedad. De esta manera las mujeres y sus demandas contarán con un soporte cultural que les brindará mayor legitimidad. De lo contrario, la incorporación de los intereses de las mujeres se hará de manera subordinada al modelo global ya sea reforzando la condición actual de subordinación y exclusión de la mujer o emprendiendo acciones meramente discursivas.

El reto a futuro es avanzar con diferentes estrategias. Se requiere de una cuota de poder que permita consolidar el aporte y los logros de las mujeres en la institucionalidad, en el trabajo y la política y hacer, al mismo tiempo, propuestas de cambio a futuro con el objeto de mejorar sus oportunidades. Es posible pensar en otras o nuevas formas de participación si se cuenta con un liderazgo claro, no sólo desde las organizaciones autónomas de mujeres sino al interior del mundo laboral y político. No es posible sumar avances relevantes si la mujer no se constituye en un grupo de presión que sea capaz de negociar y proponer políticas orientadas a la igualdad y la justicia social.

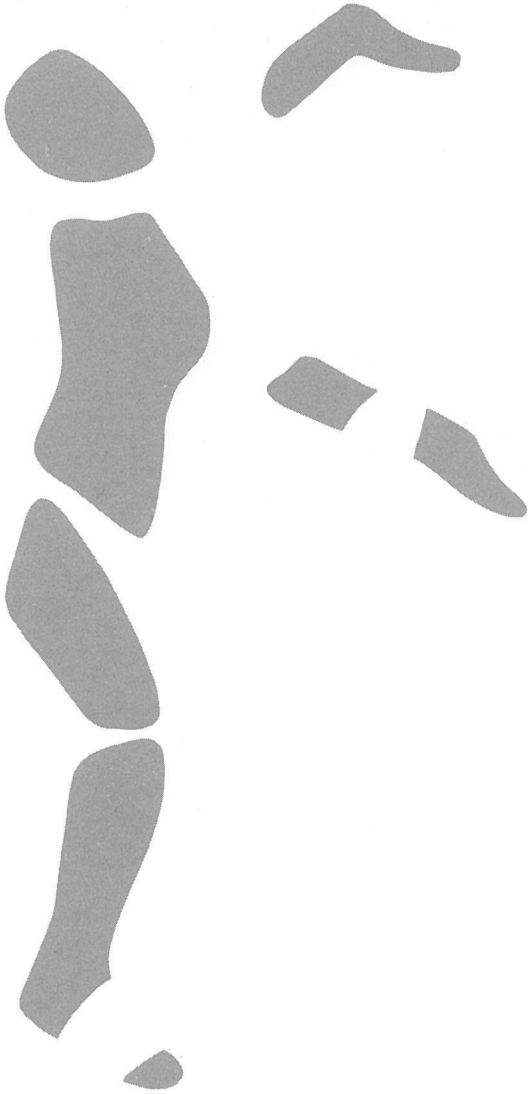
Lo sustantivo está en cuestionarse acerca de la capacidad de la democracia de integrar -y no sólo incorporar- a las mujeres, y de

reflexionar y realizar acciones individuales y en colectivo orientadas a desestructurar el sistema del poder entre los sexos, a impulsar y desarrollar la participación y el liderazgo femenino, y a elaborar propuestas claves para hacer realidad políticas anti-discriminatorias, entre otras y principalmente, el plan de igualdad de oportunidades.

Esta nueva fase nos trae nuevos desafíos que se irán enfrentando desde la reflexión y la praxis, involucrando tanto al Estado -lo cual hace una diferencia fundamental con el pasado- como a instituciones y organizaciones, en particular aquellas en torno a las cuales se concentran mujeres.

II

Participación social y política: lo real y lo posible



En este capítulo se trata de situar el tema de la participación -social y política- en el contexto actual de transición democrática. En primer lugar se ordena la reflexión en torno a la relación entre la participación política y la participación social, luego acerca de los actores políticos de la participación y finalmente, de manera específica, de las formas y sentidos de la participación de las mujeres.

El proceso de transición en Chile tuvo como principal objetivo desmontar el poder autoritario. En el período inmediatamente anterior los sectores democráticos, si bien mayoritarios, no contaban con la capacidad suficiente para fundar una institucionalidad al margen de las otras expresiones políticas: Fuerzas Armadas, el empresariado, los partidos políticos opositores. Fue necesario negociar, hacer alianzas, proponer ciertas normas que garantizaran a los representantes del autoritarismo su subsistencia en la restauración de la democracia. También se negoció, se hicieron alianzas y se establecieron normas con los sectores sociales que apoyaron el proceso de democratización y a los cuales había que dar ciertas garantías y satisfacer demandas. En el actual período el Gobierno ha debido equilibrarse, necesariamente, entre estas dos fuerzas para asegurar la gobernabilidad; tal equilibrio es el que marca pautas, como veremos más adelante, en el estilo y formas de la participación social y política.

El análisis de ciertos pensadores (Berman, 1981; Ferguson, 1985; Capra, 1982), muestra un mundo que cambia, una humanidad que está en tránsito de una forma de ver y organizar la realidad, de definir el desarrollo. Cambios de enfoque en el análisis de fenómenos físicos, biológicos, psicológicos, políticos, económicos, sociales marcan otros cambios en múltiples ámbitos de relaciones: de los países entre sí, de los seres humanos, de éstos con la naturaleza y las cosas. Capra, en su libro «El punto crucial», argumenta que los nuevos conceptos

en la física están transformando, para los científicos, su visión del mundo desde un paradigma mecanicista a uno que él denomina ecológico cuyas bases están en la cooperación y la justicia social, en la conservación del entorno sin detener los avances tecnológicos, en la tendencia a vivir no sólo para satisfacer necesidades materiales sino también existenciales.

El mundo en que vivimos, caracterizado por una gran interconexión, está profundamente interrelacionado en todas sus expresiones sociales, políticas, biológicas, ambientales. En distintos puntos del planeta surgen pensamientos y acciones de grupos que buscan una nueva visión de la sociedad y que se expresan en experiencias aún incipientes y fragmentadas. Hoy conviven orientaciones conservadoras y tradicionales con experiencias innovadoras que pueden llegar a ser incluso rupturistas. Esto deviene en un clima de incertidumbre, de inestabilidad, pero también de gran desafío a la creatividad, a la búsqueda de nuevas formas de organización, a la reformulación de ciertos valores éticos básicos (Coraggio, 1992).

No es fácil actuar en períodos históricos de esta naturaleza, cuando en vez de certezas y respuestas absolutas, se acuñan un sinfin de interrogantes. En consecuencia se actúa en base a lo ya conocido (el pasado), lo que se está viviendo (el presente) para intentar soluciones pragmáticas de corto plazo. Existe temor a dar soluciones o hacer propuestas teóricas y estratégicas de largo plazo que tiendan a rigidizar o sobreideologizar el pensamiento, el conocimiento, el quehacer. En el caso de Chile se extreman los cuidados frente al riesgo de romper consensos y la frágil unidad conseguida para vivir en una democracia que aún imperfecta, es democracia.

Lechner y Heine (1992), insisten en la necesidad de reflexionar sobre la sociedad y los cambios profundos que surgen día a día en todos los ámbitos de la vida pública y privada. Es necesario revisar el quehacer político y social, las relaciones entre los distintos actores sociales; las articulaciones y construcciones de redes que surgen entre ellos. Es necesario estudiar, regular e intentar liderar un proceso de desarrollo económico y político de crecimiento sostenido, con equidad

y justicia. Esta tarea no es responsabilidad de algunos. Corresponde a todos los actores sociales y políticos, a la sociedad en su conjunto, lo cual restablece la relevancia de la pregunta por la participación.

I. La participación en debate

La discusión acerca de la participación, como concepto y como práctica, se produce entre posiciones diversas y encontradas dependiendo de los espacios desde donde se opine, las ideologías que la sustentan y los actores sociales que están involucrados. Es un tema en debate y también en construcción: exige reflexión para profundizar en su sentido e iluminar y conducir la acción.

Para dilucidar esta orientación es importante abordar la relación que hay entre democracia y participación, entendiendo que no existe una sin la otra. En el transcurso de la historia se producen situaciones que intentan, con avances y retrocesos, generar espacios cada vez más amplios de participación en vías de una profundización de la democracia. Sin embargo cuando la humanidad se aproxima al año 2000 vivimos una situación política paradojal. La democracia parece consolidarse y ser consensualmente considerada como la mejor forma de organizar la vida política y social. Por otro lado, este proceso contiene en su interior una crisis de participación que tiene como efecto la falta de motivación y movilización de la población, situaciones que se detectan en el alto desinterés y alejamiento de la sociedad civil de la política y en la burocratización y lejanía del Estado de los problemas de la vida cotidiana, por mencionar algunos signos. ¿Por qué esta desvinculación entre construcción democrática y participación? ¿De qué situaciones históricas, políticas, sociales y económicas depende superar esta contradicción? Lo fácilmente constatable en la realidad es que en la democracia subsisten muchos enclaves de desigualdad y privilegios que deberían ser motivo de revisión crítica de los proyectos políticos y sociales que la sostienen, proceso que afortunadamente ya se está dando en muchos países, gobiernos e instituciones.

Un segundo punto en la reflexión, estrechamente ligado con el anterior, es el tipo de democracia y participación que se quiere construir. Según Palermo (1987) existen dos escenarios posibles de construcción democrática y de participación: uno, la constitución de la legitimidad política centrada en la representatividad y otro, la construcción de la misma desde la plena participación. En el primer escenario, el Estado y los partidos -como instituciones políticas por excelencia- asumen la representación de las necesidades y demandas de los ciudadanos, por delegación mediante la emisión de votos. Los ciudadanos entonces, ejercen su participación política a través del sufragio universal. En el segundo escenario se reconoce la existencia de la sociedad civil, un conjunto de actores sociales que interactúan entre ellos y con el Estado interviniendo en las propuestas, planificación y control de los hechos políticos y sociales que los involucran.

Estos planteamientos conducen a una tercera reflexión que se refiere a la relación que existe entre participación social y participación política.

Para facilitar el análisis tomamos una definición de Molina (1989) que aborda participación social y participación política como dos ámbitos distintos. En el ámbito de lo social considera aquellos aspectos relacionados con las organizaciones, sus objetivos, actividades y su presencia en la construcción del tejido social. Incluye relaciones entre los sujetos sociales, igualmente construcción de redes, situaciones de cooperación y acciones conjuntas para enfrentar necesidades y demandas concretas. Al ámbito de lo político, en cambio, le corresponderían los objetivos, actividades y posibilidades de participar en los espacios de poder y decisión a nivel local, regional y nacional.

Otro enfoque plantea que lo político y lo social son dos expresiones de un mismo proceso como dos caras de una misma medalla. Lo político y lo social se consideran dimensiones inseparables que se construyen en un proceso único y simultáneo. Desde esta perspectiva de construcción de un sujeto político, se puede asignar un protagonismo mayor a los movimientos sociales y acortar distancia entre el Estado y la sociedad civil (Calderón, 1990). En esta postura

se ubican experiencias concretas como los aportes desde el Movimiento de Derechos Humanos en Argentina (Jelin, 1987), del Movimiento de Mujeres en el Perú y de los movimientos feministas de América Latina (Vargas, 1989). En esas situaciones se plantea una estrecha relación e interacción entre lo social y lo político. Hay hechos sociales que son parte del diario vivir, que por su trascendencia y generalización se transforman en hechos políticos que involucran al Estado, a las instituciones, a las organizaciones, a la sociedad civil en su conjunto.

Vargas señala que se hace política no sólo en relación con el Estado. Se hace política desde todos los espacios públicos y privados y desde todos los temas. Lo que en el pasado fue considerado sólo parte de la vida privada-doméstica: relaciones familiares, violencia contra la mujer, divorcio, aborto, SIDA, hoy son hechos políticos. La política, afirma Vargas, no es un asunto técnico-organizativo, es un asunto vital y se da a partir de cada individualidad en la construcción de lo colectivo.

En esa misma perspectiva, Arditi (1993) lee lo social y lo político como espacios de cooperación, y no de exclusión. Caen las barreras y separaciones tajantes que asignaron la función política sólo al Estado y los partidos y la función social sólo a los movimientos, a la sociedad civil.

Sobre estas cuestiones hay en Chile opiniones que se expresan directa o indirectamente en el debate político y acerca de las cuales el consenso es menor que en otros aspectos. El discurso de los distintos actores sociales y de la opinión pública expresada en encuestas y en los medios de comunicación se inclinan mayoritariamente por la democracia y la participación. Sin embargo, la complejidad y trascendencia del tema en una sociedad dinámica y cambiante dificultan, muchas veces, un análisis más acabado y certero de la participación. Conviven mitos e imágenes del período pre-autoritario -que sobrevaloran la democracia y participación que se vivió entonces-, con percepciones del presente, diversas según el ángulo desde donde se las mire y viva. No es lo mismo juzgar la cantidad y calidad de la participación si se está en el gobierno o en la sociedad civil, si se

pertenece a los sectores medios o a los sectores populares, si se es dirigente político o ciudadano «común y corriente».

Frente a esta situación creemos que es importante preguntar ¿participación, para qué? Responder a esta pregunta requiere de observar cuál es la actitud de la «gente» frente a la participación. Hay un cierto grupo de personas, que no siente mayor interés en participar activamente: «con mi voto basta, esa es la única manera de participar», «la política es tan complicada que no la puedo entender», «a los políticos no les interesa lo que pienso o lo que me pasa, ellos son los que tienen el poder», «la gente como yo no tiene ninguna participación» (Lazarte, 1991).

Esta actitud es la que comúnmente se denomina apatía. La apatía política y social es actualmente un fenómeno mundial que cruza todos los sectores comprometidos con las necesidades de la sociedad civil. A la hora de analizar sus causas existen múltiples factores entre los cuales la pérdida de credibilidad en los gobiernos y partidos políticos tiene mucha incidencia. La sociedad civil, los distintos sujetos sociales perciben que la política «promete pero no cumple». Hay quienes sienten que divide, que conflictúa y que «usa» a la gente. Identifican política con sujetos que están profitando del quehacer político sólo para su ventaja personal. La política es vista como lejana, como campo de acción de otros sujetos (Jelin, 1987). La veracidad o no de estas percepciones no forma parte de este análisis. Sin embargo es importante destacar que estos argumentos han sido utilizados en su favor por aquellos sectores más tradicionales y autoritarios interesados en descentivar la participación y desprestigiar el quehacer político.

La apatía también surge de la impotencia, de la percepción que no se poseen las herramientas conceptuales y prácticas para poder participar e incidir de alguna manera en la toma de decisiones que conduzcan al bien común.

Algunos analistas sociales atribuyen la apatía a coyunturas socio-económicas en las cuales el mercado incentiva el consumismo y el individualismo y las personas se centran en las resolución de sus

problemas privados e individuales y en la satisfacción de sus necesidades.

Junto al grupo anterior existen sectores que sí reclaman por más participación social y política, pero están anclados a dificultades y trabas heredadas de períodos anteriores. Quieren que sus demandas sean asumidas por el gobierno y el sistema político, quieren incluso influir con sus propuestas en la solución de los problemas económicos y sociales que los aquejan. Expresiones de estos grupos las encontramos en varias democracias latinoamericanas, como es el caso de los países del Cono Sur, Argentina y Uruguay y más recientemente Paraguay y Chile.

Sin embargo, estas manifestaciones se producen en un contexto que no les favorece. Específicamente en el caso chileno, 17 años de gobierno autoritario produjeron una fuerte ruptura del tejido social y una fragmentación de la sociedad civil, en la cual existe el miedo «a volver al pasado», de dañar la naciente democracia. En esas circunstancias las presiones son medidas, se busca el consenso. El Gobierno, también heredero de ciertos rasgos del pasado soporta, pese a los esfuerzos para alivianarla, una burocracia que dificulta una relación más cercana y fluida entre Estado y sociedad civil. Asimismo, la articulación y relación entre instancias gubernamentales (Poder Ejecutivo, Parlamento, Poder Judicial, ministerios, servicios), es aún muy débil. Coexisten en el Gobierno espacios democráticos y enclaves autoritarios, resabios del régimen político anterior. Ante esta situación la sociedad civil tiene dificultades para participar. No ve de manera clara y transparente los posibles canales de participación o bien no sabe utilizarlos cuando ellos existen.

En la actual transición chilena a la democracia la distribución del poder político, social y económico es aún muy desigual. Está concentrado en el Gobierno, de carácter presidencialista y suprapartidario, en los empresarios ligados a las multinacionales y en los militares. El mensaje transmitido desde estos ámbitos a la sociedad civil, con matices en el lenguaje, es que hay ciertos problemas y asuntos que todavía no se pueden tocar. El Gobierno asume administrar,

arbitrar y negociar esta situación. Frente a cada conflicto, problema o demanda social interviene generando los espacios para que los actores se encuentren, dialoguen, y negocien, silenciando -transformando si es necesario-, las situaciones de manera de minimizar los conflictos. Se piensa que de lo contrario se estaría arriesgando la gobernabilidad. Su actuación se ve reforzada y se hace creíble por cuanto este Gobierno ha tenido éxito en muchos aspectos: control de la inflación, disminución de la cesantía, negociación exitosa de los conflictos. Frente a ello la sociedad civil, capaz de activarse contestatariamente durante la dictadura, baja el perfil de la movilización y de la participación, reduce su capacidad de elaborar propuestas, en síntesis, se mantiene más pasiva.

Por último existe un tercer sector de personas que quiere participar desde una nueva perspectiva, analizando e integrando todos los elementos que entrega la modernidad, la globalización del mundo y la complejidad de la realidad social. Es un proceso que se inicia y cuyos resultados no son conocidos ni predecibles, es la construcción democrática y participativa desde la incertidumbre y la creatividad. Son grupos y personas que rescatan como primer elemento el de construir la participación social y política desde la territorialidad, desde el espacio donde se vive, se piensa, se siente, se crece y se trabaja. Es el rescate de lo local y comunal para desde allí proyectarse a lo regional y nacional. Así la participación en el sistema democrático se organizaría sobre otras bases: la descentralización regional y los gobiernos locales. Esto implica otra forma de convivencia, de relaciones humanas y organizacionales, de distribución de recursos y de participación política.

Otro elemento que caracteriza al sector mencionado es el rescate y valorización de la vida cotidiana, de la construcción de las relaciones en el día a día con sus demandas, propuestas, y satisfacción de necesidades básicas, no sólo las de tipo material sino también las afectivas, psicológicas, intelectuales y políticas.

El tercer elemento que identifica a este sector es el de reconocer que la ampliación de la democracia y la participación tiene que

considerar la diversidad: una sociedad compuesta por hombres y mujeres, por distintas clases sociales, por diferentes grupos de edad, de raza. El mensaje es: «No somos homogéneos, no somos iguales y es desde esa diversidad desde donde construimos la participación y la democracia». Significa en último término reconocer que existen otros y otras (Serrano, C. y Valdés, X. 1993). Esta es una manera diferente de entender la participación social y política que tiene beneficios pero también dificultades, como toda empresa humana.

Lo pequeño, lo local, el nuevo espacio puede dar lugar a mejores y más fáciles formas de articulación, de intercambio, tanto más cuando ellas están construidas por necesidades, demandas y propuestas sentidas por el conjunto de las personas que lo componen. De igual manera es posible construir canales de comunicación, información y participación más claros y transparentes, de constituir actores y sujetos que se sientan involucrados y para quienes estar presentes en la vida pública tenga algún sentido. Lo local, lo pequeño, el nuevo espacio tiene también un aspecto negativo, puede quedarse en una participación reducida sin ninguna proyección nacional y política y lo que es más grave, conducida por pequeños caudillos locales.

Frente a lo expuesto surge entonces una nueva pregunta ¿cuál es el sentido de la participación? Todos y todas necesitan encontrar sentido a su hacer y su potencialidad de ser en la vida. Como miembros de una sociedad quieren estar de alguna manera presentes en el acontecer nacional; tener posibilidades de incidir, de proponer, de controlar lo que sucede; tener capacidad de hacer demandas y ser escuchados, ser «sujetos de su propio destino», en último término participar del poder, aunque sea con una pequeña cuota. Es la necesidad de ser, sentirse ciudadanos tal como lo expresa la Declaración Universal de los Derechos Humanos, pudiendo ejercer plenamente sus derechos políticos civiles y sociales.

En esta perspectiva Chile es escenario de una democracia y de una participación incompleta y a veces contradictoria. Incompleta porque se viven permanentes tensiones en torno a la gobernabilidad frente a la participación ciudadana, a la representatividad política

frente a las propuestas y el control ejercidos desde la sociedad civil. Estas situaciones se acentuaron en los períodos de transición de un régimen autoritario a la democracia. En otras palabras, son los dilemas entre democracias protegidas y tuteladas por grupos dominantes o democracias plenas y participativas que emergen con la integración activa de todos los sectores sociales. Contradictoria porque si bien Latinoamérica ha sido y es escenario de grandes luchas sociales reivindicativas y revolucionarias, existen derechos formalmente definidos y aceptados que la gente no demanda, no ejerce, no se apropia de ellos.

En el fondo de todas estas situaciones está el gran tema de la construcción y constitución de ciudadanía, tema que surge con mucha fuerza en el Continente en la reflexión tanto de académicos, como políticos y ciudadanos. El concepto de ciudadanía está relacionado con un conjunto de prácticas concretas desde las más básicas como el derecho a votar o la libertad de expresión, hasta situaciones más complejas como incidir en la elaboración de políticas públicas o impulsar y presionar organizadamente para cambios más estructurales, haciendo que hechos de la vida cotidiana se transformen en asuntos políticos. El concepto de ciudadanía tiene relación con ejercer alguna forma de poder. Jelin (1992) expresa que el ejercicio del poder es una práctica conflictiva en permanente proceso de construcción y cambio y que ser ciudadano es «el derecho a tener derechos»; significa tener derechos, conocerlos y el poder para ejercerlos.

La ciudadanía, que implica atribuciones y responsabilidades, se ejerce; este ejercicio supone un aprendizaje que no se da en el vacío sino en marcos institucionales concretos. Más precisamente nos referimos, por un lado, a un proceso de aprendizaje desde la sociedad civil del ejercicio de derechos y deberes y por otro, a la creación de un encuadre institucional democrático que posibilite el ejercicio de la ciudadanía, situaciones no excluyentes entre sí, sino por el contrario complementarias e interrelacionadas.

Lazarte (1991) plantea que para participar en política y ejercer la ciudadanía hay que tener un alto sentido de eficacia y competencia

política entendida ésta como: conocer y aprender las reglas del grupo político y social, conocer a los actores que actúan en este sistema, y tener facilidad para analizar y distinguir los problemas que están en juego, aun los que no aparecen claramente explícitos. Esto supone tener herramientas teóricas, técnicas y prácticas para conocer, evaluar y comprender; son herramientas que se aprenden en el diario vivir y en experiencias de aprendizaje intencionado. Agrega, citando a Abramson, que los actores sociales, los potenciales ciudadanos, construyen eficacia política y social interna, las cuales descansan en la creencia de tener medios para influir. La creación de un encuadre institucional democrático que haga posible este ejercicio de la ciudadanía contribuye a la eficacia política externa. Involucra al sistema y a un conjunto de autoridades que se deja influir por la sociedad civil.

Jelin (1992), dice textualmente: «A menos que el contexto político estatal institucional fomente las prácticas de responsabilidad colectiva ciudadana y garantice los mecanismos de expresión de las demandas y derechos, el aprendizaje social carece de espacios públicos para su expresión».

En períodos cruciales como la transición democrática, construir ciudadanía significa desmantelar instituciones y enclaves antidemocráticos, exige cambios profundos en las reglas del poder, aprender a reconocer los derechos de los otros y los propios derechos y deberes. Para aquellos que vivieron anteriormente la democracia es retomar, resignificando a los nuevos tiempos, prácticas ya conocidas. Para los más jóvenes significa aprender prácticas nuevas. Para todos es reconocer que la democracia es el sistema político que, aun con sus defectos, da posibilidades de construir una sociedad con mayor justicia y equidad, en definitiva con mayor humanidad.

En síntesis, la participación es una difícil y larga construcción de un sinnúmero de factores en equilibrio y armonía: información, conocimiento, equilibrio emocional y personal; implementación de estrategias individuales y colectivas; voluntad política de estar en el poder; un sistema con voluntad política de dar espacios de poder. Es un proceso que genera preguntas, muchas de las cuales están aún en

vías de responderse: ¿cómo se construye la participación?, ¿desde qué espacios?, ¿con qué poder?, ¿con cuáles actores?

II. Los actores de la participación

Se dijo que la tarea de profundizar la democracia es de todos/as. Algunos autores (Jelin, 1987; Rojas, 1990) le asignan -con diferentes grados de responsabilidad, compromiso y factibilidad- la construcción de democracia y por ende de participación y ciudadanía a cuatro actores: Estado, partidos políticos, movimientos sociales y los aportes del mundo académico (universidades, institutos de investigación y formación, organizaciones no gubernamentales).

En un sistema democrático las relaciones del Estado con la sociedad civil son dinámicas. El Estado no se sitúa por sobre la sociedad y los conflictos sociales, sino que está involucrado en una interrelación relativamente estable cuya profundidad varía según las situaciones, los actores involucrados, coyunturas políticas, gravedad de los conflictos. El Estado busca la integración generando un sistema de normas y representación que regulen la vida ciudadana y a su vez interviene e interactúa con los distintos grupos sociales. No sólo crea, genera y distribuye recursos materiales y sociales sino que crea y reproduce legitimaciones sociales que debieran dar forma a la integración y participación social.

En la historia nacional, respecto del rol del Estado se encuentran dos polos: el Estado de Compromiso o Estado de Bienestar, y el Estado Subsidiario. En el primero se asume con creciente grado de responsabilidad, mediante la aplicación de políticas sociales, el mejoramiento de la calidad de vida de los ciudadanos, sobre todo los más desposeidos. El Estado otorga beneficios y asume los conflictos políticos.

El gobierno militar (1973-1989) produjo una ruptura y un profundo cambio en la relación Estado-sociedad civil. La participación asume un carácter institucional en la cual las relaciones sociales y económicas están reguladas por el mercado. El Estado tiene un rol

subsidiario, la participación activa no interesa, la construcción de sujetos sociales no está en sus preocupaciones, los pobres son sólo objeto de políticas sociales (Valdés, T. 1989).

La conquista de la democracia, después del triunfo en el plebiscito de 1988 y de las elecciones de 1989, se hace apoyada en un discurso que reafirma la necesidad de producir cambios institucionales profundos, de incentivar la integración y participación de los ciudadanos. Se enfatiza la necesidad de pagar la deuda social con los pobres produciendo una distribución más justa de los bienes y servicios, sin tocar sustancialmente un modelo económico que ha sido exitoso. Esto significa un largo y lento proceso de democratización y búsqueda de equidad social. Significa también tener voluntad política de crear mecanismos claros y transparentes, que permitan y motiven mayor participación social y política.

Respecto a otro actor de la participación, los partidos políticos, cabe señalar que en la sociedad contemporánea estos no son el único espacio desde donde se hace la política y no son los únicos interlocutores entre el Estado y la sociedad civil. Desde esta perspectiva hay que reflexionar acerca de cuál es el rol que están cumpliendo, cuál es el que deberán cumplir.

Los partidos debieran ejercer funciones que en gran medida no puede asumir el Estado. Los partidos, junto con mediar transparentemente entre el Estado y la sociedad civil, deben mirar y señalar caminos a largo plazo, pensar la sociedad con una visión proyectiva. A su vez deben ser espacios de acción eficientes, sustentados por el conocimiento, la información, el acercamiento real a los problemas de la sociedad. A la vez, deben ser espacios de democracia interna conducidos con transparencia para hacer creíble la política y la participación política de la gente. De lo contrario producen un efecto de apatía y desinterés por el acontecer y la actividad pública y nacional, que se percibe como reducto de cúpulas.

A partir del período pre-plebiscito los partidos emergen en la vida nacional y logran reorganizarse y recuperar espacios en la opinión pública. No es posible desconocer el papel que jugaron en la construcción

de una Concertación Democrática y en la formulación programática del Gobierno de la transición. Pese a ello tuvieron y continúan teniendo dificultades para relacionarse con la sociedad civil. Muchas veces se situaron equivocadamente intentando revivir esquemas del pasado y hacer pesar sus decisiones automáticamente sobre las organizaciones sociales.

Pese a que la gente sigue votando mayoritariamente por partidos, su legitimidad y credibilidad no es la misma. Esto ha obligado a los partidos a repensarse, a remontar su precariedad política y orgánica. Han necesitado volcarse hacia adentro para constituirse en una instancia de poder con una propuesta nacional, que les permitiría perfilarse con mayor legitimidad en el escenario actual. El proceso no ha terminado. Los partidos políticos están haciendo un aprendizaje para buscar consensos internos y con otras fuerzas sociales, están aprendiendo a construir gobiernos de mayorías, deponiendo la opción de caminos propios y excluyentes.

Un tercer actor de construcción de participación social y política son los movimientos sociales. Hasta 1973 actuaron como instancias articuladoras entre la sociedad civil y el Estado canalizando las demandas reivindicativas de ciertos sectores sociales. A partir del golpe militar, pese a la atomización y desarticulación, los movimientos asumen la lucha contra la dictadura y la conquista de la democracia. El referente común les dio sentido de pertenencia y participación. Cada grupo o persona cede parte de la construcción de su identidad como actores en pro de lo colectivo. Con el derrocamiento del gobierno militar el objetivo común explícito desaparece, el referente que los une se pierde, surgen las diferencias y la necesidad de reconstruir las identidades de los grupos. Los actores sociales se vuelcan más sobre sí mismos buscando formas de organización, integración y participación que si bien rescatan algunos rasgos de lo preexistente, exploran nuevas alternativas (Alburquerque, 1990).

En relación a los movimientos sociales, Rojas (1989) plantea una hipótesis interesante. Los actores sociales, sobre todo en los sectores populares, se repliegan sobre sí mismos y sobre el espacio

local. Dicho repliegue sería una nueva estrategia de los sectores con menos poder para generar una resistencia a la exclusión. Es la búsqueda de otro espacio de reproducción, de organización de su vida, de expresión de sus intereses y demandas. No se ocupan de grandes teorías sociales ni de macropolítica. En la democracia formal votan, participan como electores. Su preocupación fundamental gira en torno a la sobrevivencia y mejoramiento de la calidad de vida. La lucha es por no ser excluidos, por integrarse a su manera, con sus valores. Mientras se mantenga el actual equilibrio de poderes, los movimientos sufren una pérdida relativa de visibilidad pero no desaparecen. Es posible que se estén generando nuevas formas de relaciones sociales, de participación de construcción de ciudadanía; es posible que se estén detectando y aprendiendo a usar nuevos recursos para situaciones que también son nuevas. Ello les permitirá actuar y crecer aprovechando los espacios e intersticios que deja el sistema vigente.

Por último es importante rescatar el aporte a la democracia y a la participación que se debe hacer y se hace desde el mundo académico. Las universidades, los institutos privados, los centros culturales, las organizaciones no gubernamentales, son instituciones dedicadas a producir conocimiento, formación, capacitación. Difundir su reflexión-acción, promover el debate y la confrontación de ideas, diseminar los nuevos hallazgos y, muy importante, las nuevas preguntas que favorecen la construcción de una sociedad más democrática y más participativa, son parte de una dimensión que necesita ser fortalecida.

Mención especial merecen las ONG. Emergen con fuerza durante el régimen militar jugando un rol de reconocida importancia. Se constituyen en el referente de grupos, movimientos y partidos políticos, sirviendo de apoyo material, afectivo, educativo y organizacional. Sustituyen en buena parte la función del Estado y los partidos políticos frente a los sectores más desposeídos.

Como bien dice Rojas (1990) son, en este período, instituciones paralelas y muchas veces en conflicto con el Estado autoritario. De ellas surgieron nuevas e iluminadoras concepciones sobre desarrollo social y político.

La llegada de la democracia puso a las ONG en situación de reflexionar y analizar sus proyecciones, validando su aporte presente y futuro a la reconstrucción y profundización de la democracia. Estas organizaciones actualmente investigan, recogen necesidades y problemas; las hacen presente en los diversos espacios sociales y políticos: Gobierno, partidos políticos, sociedad civil, como un interlocutor crítico y propositivo. Además operan como instancias formadoras y capacitadoras, entregando herramientas técnicas y teóricas para contribuir a que grupos y sectores sociales amplien sus espacios de participación en el desarrollo.

III. Formas y sentidos de la participación femenina

Según Angélica Ducci, «faltan 475 años para que haya igualdad entre hombres y mujeres en las esferas superiores de decisión política y económica, si sigue el actual ritmo de incorporación de la mujer a los niveles directivos». Aunque resulta poco alentadora, esta afirmación es un certero diagnóstico sobre la participación de la mujer en la vida pública. Si bien es cierto que la presencia y visibilidad del tema de la mujer ha aumentado considerablemente en nuestro país y en otras regiones, la condición de subordinación y discriminación subsiste (CEM, 1989; Hola, E. y Todaro, R., 1992).

Analizando sólo la cantidad de mujeres presentes en el espacio político tenemos ya un claro indicador. Las mujeres en Chile son el 51.3% de la población. Un alto porcentaje de ellas están inscritas en los registros electorales y votaron casi sin abstenciones en los últimos actos eleccionarios. Pese a ello, están claramente subrepresentadas en el espacio político. De 120 diputados, 6 son mujeres; de 38 senadores elegidos hay sólo 2, lo cual representa el 7.2% y el 5.2% respectivamente. En el Poder Judicial la situación no es mejor. En la Corte Suprema no hay ninguna representante mujer y en la Corte de Apelaciones sólo un 19.1% son mujeres. Es en los Juzgados donde

hay mayor presencia femenina. Las mujeres representan un 45% del total de jueces.

La situación en el Poder Ejecutivo también es discriminatoria. De 19 Ministros hay una sola Ministra (Directora del Servicio Nacional de la Mujer, cargo con rango ministerial) y 3 subsecretarias de un total de 27 cargos. No hay ninguna Intendente y sólo cuatro Gobernadores mujeres. En los cargos directivos intermedios de la administración pública, se incrementa el número de mujeres: hay un 32.5%.

El Municipio ha sido tradicionalmente un espacio atribuido y/o elegido por las mujeres para desarrollar su participación social y política. Pese a ello, en la actual situación, la presencia en cargos directivos es escasa. En las últimas elecciones municipales (1992), el porcentaje de candidatas para el cargo de Concejales fue de un 16.6% y fueron elegidas un 11.9%. Son 247 mujeres frente a 1.833 hombres. Del total de mujeres electas concejales, sólo 18 son alcaldesas, en circunstancias que hay 334 municipios con sus respectivas alcaldías en el país.

Los partidos políticos, pese a tener un discurso aceptador de la participación femenina y contar en sus filas con una alta militancia de mujeres, tienen una práctica discriminatoria hacia ellas. Los cargos directivos no están ocupados por mujeres. En efecto, en este ámbito encontramos una presidenta, dos secretarias generales, escasas vicepresidentas y el mínimo de representantes en las comisiones políticas, puestos obtenidos muchas veces por la aplicación de la acción positiva, en aquellos partidos que la tienen.

La presencia femenina en las organizaciones sociales varía según el sector en que se ubican. La directiva de la Central Unitaria de Trabajadores (CUT), que representa a los trabajadores y trabajadoras del país, tiene en su directiva nacional -compuesta de 59 directores- sólo 5 mujeres, lo que representa un 8.5% del total; y 63 mujeres (11.4%) de un total de 552 cargos de dirigencia en todo Chile. Las directivas de las principales federaciones de estudiantes están compuestas mayoritariamente por hombres con un 18.9% de vocales mujeres y un 15.6% en las comisiones directivas, en circunstancias

que las mujeres representan el 45% de la matrícula universitaria.

El espacio donde la presencia femenina es más significativa es en las organizaciones comunitarias territoriales, en las cuales representan un 36.6% de los cargos directivos de las Juntas de Vecinos y un 27.3% en las Uniones Comunales. Los porcentajes de mujeres participantes en cargos directivos suben considerablemente en las organizaciones relacionadas con la subsistencia, consumo alimentario, talleres productivos y servicios sociales. Del total de personas que participan en este tipo de organizaciones el 73.3% son mujeres, y a nivel de dirigentes son mujeres el 76.9%. (Valdés, T. y Gomáriz, E., 1993)[1].

Los datos expuestos son una rápida radiografía que ilumina la reflexión sobre la participación femenina. Un primer punto de esta reflexión tiene relación con el cómo y dónde se expresa la participación de las mujeres. ¿Constituyen o no un movimiento social? ¿La participación social de las mujeres tiene también carácter de participación política?

Vargas (1989) plantea que la acción social y política de las mujeres se expresa en los llamados «nuevos movimientos sociales» cuya característica es ser organizaciones heterogéneas y pluralistas en su composición y acción. Se conforman y articulan espontáneamente, movidas muchas veces por situaciones coyunturales. Tiene una presencia y continuidad en el tiempo y en el espacio social variable y desigual. Como «movimiento nuevo» las demandas no son siempre claras, explícitas; pueden ser ambiguas e incluso contradictorias. Sin embargo las mujeres se unen en torno a una nueva forma de participación que parte del reconocimiento del carácter político de la cotidianeidad y la vida doméstica. Igualmente se unen en la búsqueda de una identidad genérica. Desde esta perspectiva el movimiento de mujeres no es lineal ni unívoco. Es móvil y frágil, sin una estrategia clara y acotada lo que hace que se desenvuelva permanentemente entre las soluciones a los intereses prácticos y los intereses estratégicos de las mujeres.

1. Fuente de todas las cifras citadas en los párrafos que preceden.

Continuando en la misma reflexión De Barbieri (1991) señala que el espacio de acción pública es un ámbito heterogéneo con distinto grado de estructuración e incidencia social y política, que da origen a distintas formas de organización de las mujeres: participación en organizaciones de tipo político, movimiento social y grupos constituidos por intereses diversos. Un primer nivel estaría conformado por organizaciones de carácter netamente político cuyo referente es el Estado y el Gobierno y que compiten explícitamente por el poder. En un segundo nivel estarían las organizaciones que sin formar parte del sistema político ni querer apropiarse del poder del Estado, están presentes proponiendo, demandando, cuestionando, controlando. Este es el ámbito de los movimientos sociales desde donde se gesta la acción y opinión pública. Por último un tercer nivel constituido por agrupaciones de variada índole que pueden o no tener como referente al Estado y al gobierno. Demandan y cuestionan parcialmente. Se organizan en función de problemas concretos y constituyen la sociedad civil que se expresa a través de acciones organizadas esporádica o coyunturalmente.

Las mujeres van y vienen entre los tres espacios, teniendo muchas veces triple participación: en el sistema político, en el movimiento de mujeres, en las agrupaciones organizadas normalmente para el mejoramiento de la calidad de vida. El tránsito entre la participación social y política es fluido, poco delimitado y dinámico, con un vaivén que depende de los momentos políticos y sociales.

En el caso específico de Chile están aquellos o aquellas que consideran que las mujeres, no obstante tener presencia en el espacio social e incluso protagonismo y aportes valiosos en momentos determinados de la vida social y política, no han logrado constituirse en un movimiento social (Garretón, 1990). Desde esta mirada o perspectiva las mujeres no han llegado a constituirse en un movimiento fuerte y sostenido que «logre incorporarlas a la vida política y cambiar la naturaleza de la vida social en lo que afecta a la relación hombre-mujer». Rodó y Hevia (1992) reconocen la participación de las mujeres en grupos o redes que reemplazan la acción del Estado y los partidos

políticos cuando estos están ausentes o relativamente poco presentes. Reconocen su acción como soporte de la subsistencia, de la aplicación de políticas sociales, como nexo con el Estado. Son mujeres que se relacionan en torno a intereses concretos que tienen que ver con el ámbito de la reproducción pero que no logran, salvo contadas excepciones, organizarse con un carácter más político y reivindicativo ni articularse para constituirse en movimiento. Según Garretón todo movimiento social, para constituirse como tal busca, aparte de reivindicaciones concretas, cambiar su forma de relación, cambiar un tipo de sociedad, propuesta que desde las mujeres todavía aparece fragmentada, dispersa y poco nítida.

Si bien pareciera que no hay acuerdo en los diferentes autores desde dónde, cómo y con qué poder participan las mujeres, no es posible desconocer que en el transcurso de la historia las mujeres han estado en movimiento; no siempre visibles pero siempre en movimiento.

Una cierta forma de «feminismo» está presente ya sea en el discurso o en la práctica de grupos de mujeres. Aunque no es posible hablar hoy de un movimiento de mujeres articulado y con fuerza para incidir públicamente en la toma de decisiones, creemos que existe un sinnúmero de organizaciones y grupos que son simiente de movimiento. Las mujeres están participando como actores sociales ya sea desde el espacio local y comunal, ya sea desde los partidos políticos y desde el Estado. Es necesario repensar desde los grupos de mujeres, desde la militancia partidaria, desde los proyectos que las incluyen, cómo apoyar la generación de diversos espacios desde donde incidir con poder en la transformación de la sociedad.

Hay diversas miradas sobre el tema. Por un lado se postula la generación de espacios intermedios autónomos, no excluyentes ni aislados. Un ejemplo, Foro Mujer en el Perú, integrado por mujeres de todos los sectores políticos, de instituciones públicas y privadas que se congregan frente a temas específicos para lograr acuerdos que beneficien a las mujeres. No son el movimiento de mujeres, son una parte de él y desde allí se gestan instancias de complicidad, negociación y contratos de mujeres. Desde esta postura se toma la opción del

espacio amplio para la participación política y social sin restringirla sólo al partido político o al grupo específico. Es, como llama Arditi, «la ciudadanización activa de la sociedad». Se refiere a «acciones organizadas que demandan y proponen y que complementan la acción que se hace desde la gestión y representación política-partidaria».

Desde otra mirada se prioriza la participación desde el partido político como el lugar «natural» para la participación. Según esta posición es desde el partido, con formas y estructuras propias para cada uno, donde se supone que las mujeres se organizan y generan estrategias individuales y colectivas para incidir en la toma de decisiones. La pregunta que surge de esta definición es si existe la posibilidad de construir, ejercer poder y participar desde la lógica masculina imperante en la política y en el marco de las reglas del juego institucional; o si cabe una participación femenina portadora de una lógica y características propias. O si más bien se trata de implementar una dinámica no rupturista. No se está pensando en revalidar un modelo andrógino que por lo general destaca los rasgos masculinos -aunque incorpora lo femenino-, sino desarrollar uno que considere las características de ambos, hombres y mujeres, y se las valore por igual reconociendo las diferencias.

En nuestra perspectiva, sean cuales sean las formas participativas desde las mujeres, falta una fuerza construida por ellas, un espacio de confluencia que incluya todas las sensibilidades, tendencias y expresiones de la vida de las mujeres: las militantes de partidos, las feministas, las mujeres de base, las trabajadoras, las pobladoras, las profesionales. Un espacio de confluencia con estrategias múltiples que apoyen y sumen esfuerzos e iniciativas para tener y ocupar diversos y variados espacios desde donde ejercer, con poder. Asumir desde las mujeres lo que tantas veces se ha dicho, unidad en la diversidad.

En este sentido creemos que estamos viviendo en Chile un proceso interesante. La presencia de mujeres en los ámbitos cultural, social, político y laboral es cada vez más numerosa. No sólo se están enfrentando los problemas específicos de las mujeres sino también asumiendo los temas sobre los problemas generales de la sociedad,

con una mirada desde el género, con una práctica en que tiene influencia la teoría y acción feminista. El desafío actual es constituir un discurso y una práctica integradora que apoye la articulación de los distintos grupos y organizaciones de mujeres y que potencie el «empoderamiento» femenino. Como dice Serrano (1992) «lo que falta es un pacto entre mujeres con estrategias claras para estar en el poder. Transformar las demandas de las mujeres en propuestas y acciones a y desde la democracia».

Por último es importante especificar qué sentido tiene la participación social y política de las mujeres. A continuación se identifican cuatro de sus principales propósitos.

En primer término, contribuir a la construcción de una democracia real, plena y sustantiva donde los aspectos normativos y formales estén en equilibrio con la libertad y la igualdad para todas y todos. Una sociedad que aspira a vivir en democracia con crecientes grados de perfeccionamiento, en constante progreso, no puede estar ajena a la discriminación y marginación de las mujeres. Mientras no se alcancen altos niveles de simetría y equidad en las relaciones de poder y participación entre hombres y mujeres, no habrá plena democracia.

En segundo lugar, y complementariamente, es necesario construir legitimidad política y social para la problemática relacionada con la mujer. La cultura patriarcal, en tanto es dominante en la sociedad, se vive sin ningún sentido crítico. La formación y capacitación debe conducir a tomar conciencia, analizar, criticar su impronta de negación y a producir una cultura que considere la condición y situación de la mujer y de todas las minorías discriminadas.

Pese a los avances logrados en este sentido resta aún mucho por hacer. Es necesario hacer que la sociedad en su conjunto (Estado, sociedad civil, partidos políticos, iglesias) asuman el problema de género como inherente a la construcción democrática. La legitimidad de la mujer como actor social y de la discriminación como fenómeno social, se construye cuando la sociedad conforma un consenso respecto de la necesidad de transformar esta condición. Este consenso, para tener validez nacional, debe traducirse en normas y acciones

orientadas a la superación de esta condición social secundaria de la mujer. En otras palabras, que las acciones y discursos de la clase política sustenten la necesidad de integración de la mujer con equidad a la sociedad, que se establezcan mecanismos de regulación de los conflictos entre los sexos, que se creen imágenes culturales que le otorguen a la mujer, como grupo social diferenciado, una identidad colectiva favorable tanto en el ámbito privado como público.

Esta tarea es, a nuestro entender, la más compleja y de más largo plazo; exige conocer aquellos elementos que deslegitiman a las mujeres; acordar con las instituciones y actores existentes cuáles son los intereses particulares de las mujeres y cuáles son los intereses generalizables; y establecer nuevos principios de organización de la sociedad que significan nuevas formas de integración social.

Aunque el discurso institucional incorpora la necesidad de cambiar la condición discriminada de la mujer, este discurso no se corresponde necesariamente con la práctica. El discurso se ha hecho público y muchas veces controversial, y también ha encontrado espacios de legitimidad sobre todo en algunos sectores de intelectuales. En este proceso es indispensable tratar de incidir en el partido político, pero también explorar y conocer otros espacios y sujetos, en los cuales el tema empieza a cobrar una cierta legitimidad, como una forma de dar impulso a lo ya iniciado y obtener resultados más estables. Estamos pensando específicamente en el amplio mundo de las mujeres jóvenes: pobladoras, estudiantes universitarias que reiteradamente se acercan a indagar sobre feminismo, situación y condición de las mujeres en Chile. No son ajenas a esta misma inquietud dirigentes de organizaciones sociales, relacionadas con la comunidad local, que hoy empiezan a plantearse la necesidad de integrar los contenidos de género a sus demandas y reivindicaciones para mejorar la calidad de vida.

Un tercer propósito que da sentido a la participación, es el de politizar la vida cotidiana. Tradicionalmente los temas de la política tienen poco que ver con el acontecer diario, especialmente con el de la vida cotidiana de las mujeres. La vida familiar, la sexualidad, el trabajo doméstico, la calidad afectiva de la vida, el espacio local son

cuestiones no incorporadas al quehacer de la política y de los políticos. En las últimas décadas se han dado, desde la influencia del feminismo y de los grupos de mujeres algunos pasos reparadores en ese sentido. Avanzar para dar contenido político a la vida cotidiana e invisible de las mujeres es un desafío no exento de dificultades. La cultura patriarcal asigna a las situaciones de la vida cotidiana el ámbito de lo privado donde la política no «puede ni debe» intervenir. Es necesario hacer conciencia, develar, que cualquier experiencia humana es un hecho político, tiene repercusiones en la sociedad y como tal le atañe a la política.

Como cuarto y último propósito que identificamos es el de desarrollar estrategias de «empoderamiento» de las mujeres.

El poder político es, en general, propiedad del mundo masculino. Está organizado de manera tal que se reproduce excluyendo la participación de las mujeres. Dado que los mecanismos de discriminación son múltiples y sistemáticos, para producir relaciones simétricas y con equidad es indispensable generar estrategias individuales y colectivas también múltiples y complementarias, que apunten a desmontar los nudos del poder. Es necesario generar poder real y propio para las mujeres de manera que puedan estar en la toma de decisiones en los espacios públicos y políticos. No ignoramos, por cierto, el surgimiento de prácticas masculinas que se oponen a la posibilidad de las mujeres de generar poder, de conflictos que surgirán entre los intereses de aquellos que ejercen el poder y los intereses reales de aquellos a quienes excluye, en nuestro caso las mujeres. Estas prácticas se manifestarán principalmente en situaciones estratégicas, donde haya necesidad de hacer opciones efectivas (adopción de decisiones, surgimiento de problemas institucionales o personales, surgimiento de nuevas normas, etc.).

En síntesis, el tema de la participación social y política de las mujeres es difícil y controversial. Si bien se reconoce casi unánimemente que las mujeres están hoy presentes en el espacio social y político, no es igualmente unánime su reconocimiento como actor social con capacidad de incidir. Constituye un reto recoger sus

demandas y necesidades, transformarlas en propuestas teóricas y prácticas y producir un cambio social y político que suprima toda forma de discriminación contra la mujer. Creemos que es desde un espacio de confluencia de mujeres, con toda su heterogeneidad, pluralidad y dinamismo desde donde se puede impulsar este cambio.

III

La dinámica de la discriminación



La persistencia, todavía bastante generalizada, de esquemas valorativos sexistas nos está señalando que si bien la organización general de la sociedad podría haber incorporado el principio de la igualdad de oportunidades para las mujeres a nivel del discurso, todavía están fuertemente presentes actitudes y prácticas discriminatorias. La mayoría de las entrevistadas tienen conciencia de haber sido y ser objeto de discriminación, excepto dos que señalan que «en el Partido no hay discriminación porque nosotras hemos ganado espacio».

La toma de conciencia de esta discriminación es un proceso que corre paralelo al surgimiento y posterior fortalecimiento del movimiento de mujeres y del movimiento feminista durante los años de dictadura, expresión social que desde el plebiscito de 1988 muestra un perfil político muy bajo.

A pesar del protagónico papel político jugado por las mujeres en los años del autoritarismo, el planteamiento feminista fue visto por la clase política -salvo intelectuales ligados a las ciencias sociales y élites políticas ilustradas- como simple imitación de corrientes foráneas quizás pertinentes para otras realidades y, en el caso de la izquierda más ortodoxa, como expresión de sectores pequeño burgueses y un freno a la articulación de clases. Sin embargo, las reivindicaciones de género provocaron cambios internos en algunos partidos llegando hoy día a una aceptación parcial de los planteamientos feministas y de la idea de que el poder debe ser compartido. Se trata, como señala una entrevistada, de «machos en transición» que están siendo afectados por los cambios que se dan en el mundo y por las demandas de las mujeres a nivel nacional y global. Los hombres han incorporado en su discurso la temática de la mujer, los partidos han hecho suyas ciertas demandas incluyéndolas en su programa de trabajo y el Estado está implementando algunas reformas encaminadas a mejorar la condición

de discriminación de la mujer en la sociedad, pero todo ello no ha tocado elementos sustanciales del sistema político.

La expresión común de propósitos desde el Gobierno y los partidos políticos para superar la actual condición femenina no ha alterado la posición secundaria de las mujeres en tanto continúan ubicadas en instancias y tareas con escasa significación social y política. Están presentes en organizaciones de base, movimientos sociales, partidos políticos y el Estado, pero no acceden a puestos de liderazgo ni de opinión relevantes, salvo excepciones. Ello explica en gran parte la falta de socialización y llegada real de las demandas de género que permeen a los partidos, a las organizaciones y a la sociedad en su conjunto. Los intereses políticos priman sobre los intereses de género poniendo límites a las acciones y reivindicaciones de estos últimos por la vía de negar directamente la existencia de discriminación, considerarla no prioritaria o estimar que es un problema que atañe sólo a las mujeres. Los sectores políticos de todo signo -aunque en grados diversos- le restan significación a la diferenciación de género. De allí que los intereses estratégicos de los grupos de mujeres no forman parte de los contenidos programáticos. A su vez, los intereses inmediatos de género, cuando son incorporados, se incluyen desde una perspectiva reivindicacionista fragmentaria y, muchas veces, desde una óptica tradicional de lo que son las necesidades de género y sus soluciones. Por otra parte, las formas de ejercicio del poder permanecen inalteradas. Cabe preguntarse si aún persiste la creencia de que la democracia de por sí hará posible en el futuro cambios positivos para las mujeres.

En general existe consenso en señalar que las mujeres son conservadoras en política o, a lo más, son menos radicales que los hombres. Asimismo se sostiene que históricamente muestran una escasa participación en la política, que cuando participan desempeñan un rol marginal y secundario y que ello se debe a su falta de interés.

En este estudio, más que adoptar una perspectiva de análisis que aborde el conservadurismo o la falta de interés de las mujeres en la política, nos centraremos en detectar las prácticas que ponen límites a la acción de las mujeres por considerarlas como no apropiadas

para la política. Este estereotipo define una posición de marginalidad o secundariedad de las mujeres en este campo, situación que se reproduce a través de mecanismos discriminatorios que provienen tanto de las instituciones políticas como de los sujetos involucrados en ellas.

En orden a comprender apropiadamente la reproducción social de la discriminación necesitamos conceptualizar los procesos por los cuales la diferenciación de género se reproduce simbólica y materialmente en el interior de las organizaciones políticas, es decir, analizar las prácticas sociales y las consecuencias de las acciones de individuos o grupos poderosos y subordinados. No basta decir que la discriminación existe en el interior de la organización. Lo que también interesa es poder afirmar mediante qué procesos, prácticas y mecanismos esta situación se produce y reproduce. En estos procesos se conjugan y combinan factores propios de las organizaciones, del ámbito privado de la familia y de las personas y, lo que es más relevante, las relaciones entre ellos.

Los mecanismos pueden definirse como recursos sociales sistemáticos y recurrentes -concretos o simbólicos, sutiles o directos, reglamentados o no, explícitos o implícitos, materializados por hombres, mujeres o colectivos con poder de decisión-, a través de los cuales se garantiza una articulación entre la estructuración general de la organización política y los roles que pueden desempeñar las mujeres, en tanto individuos pertenecientes a una categoría discriminada. Son sistemáticos porque no funcionan en forma aislada unos de otros sino relacionados entre sí y porque los efectos de cada uno refuerzan a los otros en orden a mantener las distinciones entre lo que deben ser, hacer y pensar las mujeres; son recurrentes porque se ponen en acción en todo momento como una manera de sostener el poder masculino cuando éste es cuestionado o cuando las mujeres se distancian del rol socialmente definido. Estos mecanismos operan para reproducir el orden social de acuerdo al sexo y, por lo tanto, son prácticas conservadoras orientadas a impedir el cambio de lo que socialmente deben ser y hacer las mujeres. Es de máxima importancia detectar

los mecanismos de discriminación porque estos tienen efectos inmediatos y concretos sobre la condición subordinada de la mujer en el mundo de la política y porque su interrupción frenaría o eliminaría la reproducción sistemática de la discriminación.

Para avanzar en el conocimiento de cuáles son estos mecanismos y cómo operan debemos centrarnos en las prácticas concretas desplegadas por los individuos y ello porque el discurso político vigente no integra el fenómeno de la discriminación o, cuando lo hace, es para negar su existencia al situarlo como un problema ya superado. Si se detectan expresiones reales de discriminación en la organización se estima que éstas irán desapareciendo paulatinamente producto del proceso de modernización o bien son vistas como resabios del pasado que es necesario eliminar si queremos completar el proceso de modernización en nuestra sociedad. En otras palabras, se trata de un discurso en proceso de transformación respecto del rol de la mujer en la política que se queda atrapado en sesgos ideológicos aunque mira al futuro. En especial, los partidos no han logrado aún articular un discurso y menos una práctica política que exprese la idea que ya tiene alguna legitimidad en su interior, cual es la igualdad de oportunidades de la mujer en el mundo de la política.

En este contexto y de acuerdo a las hipótesis generales, la discriminación de género -una forma concreta de relaciones de poder entre los sexos- no opera en el interior de las instituciones políticas en tanto mecanismos formalmente instituidos sino que radica en pautas sistemáticas de conducta, expectativas de rol, adecuación a las circunstancias internas y externas a la organización, estructura de oportunidades, etcétera. Estas pautas actúan sobre la base de otros precedentes culturales como son los resultados individuales de los procesos de socialización diferencial limitantes: tendencias a la autodiscriminación, inflexibilidad del rol respecto de la esfera familiar, ausencia de estímulos, deficiente capital cultural, y otros. En otras palabras, los mecanismos de discriminación no operan únicamente como un conjunto de restricciones o coacciones impuestas al sujeto contra su voluntad, sino también y principalmente como un conjunto

de expectativas recíprocas aparentemente compartidas que se constituyen en pautas orientadoras de acción.

Esta discriminación existe sin que sus protagonistas, hombres y mujeres, tengan clara conciencia de ella ni como discriminación política en sí misma ni como mecanismos que se ponen en acción en el interior de las instituciones. Las mujeres hacen mención de las dificultades para ascender y ser reconocidas, sin asociar estas situaciones-problema con la existencia de discriminación sexual. Ello es así salvo para aquellas que han reflexionado desde una perspectiva crítica y aquellas, aunque no todas, con carreras exitosas las cuales han experimentado y, por lo tanto, visualizado más nítidamente, la existencia de bloqueos asociados a su condición de mujer. Aun así la discriminación, por lo común, es mencionada -tanto por hombres como por mujeres- como algo antiguo y superado, tal vez presente en otros sectores o en las mentalidades más retrógradas. Si bien se trata de una falta de conciencia de la discriminación, la negación de la existencia del fenómeno del sexismo en la política se debe también, en parte, a que existe una sensibilidad respecto del tema, a nivel de Gobierno como de algunos partidos políticos. La no discriminación aparece como una norma social, como una condición de la democracia que deben resguardar los individuos y las organizaciones. Tanto es así que el Gobierno democrático -como se ha dicho-, en el marco de las propuestas de las mujeres a los partidos de la Concertación, creó el Servicio Nacional de la Mujer que tiene como objetivo diseñar políticas sociales que permitan la integración con equidad de las mujeres al desarrollo. A su vez, algunos partidos han implementado acciones positivas en orden a garantizar un mayor número de mujeres en los distintos niveles de la estructura partidaria. No desconocemos el factor puramente político instrumental que puede estar operando, pero aun así estas medidas colaboran en generar una legitimidad, al menos discursiva, de los intereses de género en la sociedad chilena.

En el marco de esta realidad se analizarán los mecanismos de discriminación que operan en la política, sobre la base de entrevistas realizadas a mujeres en posiciones de relevancia en los partidos y en

el Gobierno. A través de sus testimonios es posible ver cómo se hace presente un sistema de prácticas y actitudes que en conjunto reproducen la discriminación, qué mecanismos confluyen a configurar esta situación discriminatoria o excluyente, cómo se desplazan en la jerarquía institucional en el sentido que los pueden hacer operar diferentes actores en diferentes momentos -incluso el partido en un momento determinado puede operar como escollo al despliegue de la carrera política de las mujeres-, cómo adquieren legitimidad y pasan a formar parte de la cultura de las organizaciones, qué resistencias y estrategias se generan en las mujeres.

Aunque este sistema de mecanismos está presente en la cotidianeidad de las relaciones políticas, se hace más visibles a las entrevistadas en situaciones estratégicas, esto es, momentos de toma de decisiones, elecciones, designaciones o conflictos que son claves en el desarrollo de una carrera política. Centramos el análisis en las relaciones de fuerzas que se dan en esas situaciones y donde el poder se hace concreto. Cuando los intereses o expectativas son diferentes o contrapuestos respecto de la normatividad cultural, si bien pueden surgir comportamientos por parte de las mujeres de aceptación del lugar secundario tradicional asignado a lo femenino en un mundo por excelencia masculino, también se producen formas de resistencias y/o contrarrespuestas de las mujeres a esa preeminencia. Estas contrarrespuestas son tan creativas, móviles, sutiles y recurrentes como los propios mecanismos de poder y pueden tomar la forma de adaptación, confrontación, negociación o evasión del conflicto, ganando o perdiendo espacios de poder.

I. El reconocimiento de la discriminación

No hay duda para ninguna de nuestras entrevistadas que el mundo de la política y, en particular, los partidos son masculinos. Esto porque prioritariamente están constituidos por hombres que establecen un sistema homosocial de complicidades y porque la lógica y el estilo que

allí imperan son masculinos. De acuerdo con la socialización diferencial los hombres han internalizado -y las mujeres también- las limitaciones para la participación femenina en el mundo público. Las instituciones de la política no están abiertas a la incorporación de las mujeres y éstas a su vez no se sienten llamadas a insertarse excluyéndose de los espacios políticos. Esta autoexclusión se sustenta en un sedimento cultural que construye identidades diferenciales de acuerdo al sexo y que, en lo sustantivo, asigna a las mujeres a la esfera de lo doméstico-familiar. Por tanto, toda participación en el ámbito público significa un gran desafío para ellas, pues a la necesidad de articular el rol doméstico con el rol político debe agregarse el hecho de que ese espacio social está estructurado y pensado por y para hombres: el reglamento, los horarios, los ritmos, los códigos de lenguaje, los comportamientos, los estilos de trabajo, lo que es valioso socialmente y lo que es políticamente significativo, son decididos por los varones.

A pesar del creciente reconocimiento formal de la igualdad entre los sexos, existe una desigualdad real en tanto priman nociones culturales profundamente arraigadas en prejuicios que sostienen la inferioridad de las mujeres. Concordamos con Nordstrom (1990) en que aún estamos «en una fase de tutela o protección del más débil, más que en una fase de promoción de una verdadera y real igualdad». Las mujeres aparecen sin capacidad para establecer negociaciones, pactos o contratos. El poder legítimo para pactar lo tienen los hombres. «Se afirma que son las voluntades 'la esencia de todo pacto', pero solamente los varones son los 'intérpretes' de las voluntades en cuanto se constituyen como los portadores del logos reconociéndose como los interlocutores legítimos. La voluntad de la mujer solamente aflora al espacio público mediada por la interpretación y asumida por la voluntad del sujeto reconocido de protagonismo social» (Amorós, 1990).

Por lo general la discriminación sexual toma la forma de no aceptación de las mujeres en determinados cargos en la estructura piramidal de la organización y en determinadas áreas de experiencia. Este sistema de discriminación, como señala una de las dirigentes

consultadas, «relega a la mujer a la casa y dentro de la casa se la ubica más bien en la cocina. Si una llega arriba lo hace rascándose con sus propias uñas, absolutamente sola por su esfuerzo personal».

A medida que se avanza en los niveles de jerarquía y las instancias son más claves, las mujeres van desapareciendo. En el nivel local, si bien existe la imagen de que la mujer puede tener un buen desempeño porque la comuna es «una casa grande» en la cual se resuelven principalmente los problemas cotidianos, las formas de sexismo permanecen, a menudo de manera encubierta o inconsciente, al no considerar a las mujeres como sujetos de plenos derechos. Respecto de espacios como el partido, el parlamento o los ministerios, a lo largo de las entrevistas surgieron abundantes ejemplos de comportamientos discriminatorios: «Tengo como pareja a un miembro importante del Partido y yo estoy en la instancia máxima también, pero cuando estamos juntos no soy considerada como dirigente, soy la señora de. Cuando voy sola es distinto»; «en el Partido no se imaginan que una mujer puede ser capaz. Se parte con un 'handicap'»; «te miran primero como mujer sexo, como mujer objeto que adorna la reunión y luego como militante»; «el otro día íbamos a La Moneda y los carabineros nos empezaron a decir ¿para dónde van? Les dijimos 'perdonen, pero nosotras somos subsecretarias' y nos contestaron '¡qué van a ser subsecretarias ustedes!'; «en el Estadio Nacional había un espectáculo. Yo tenía mi tarjeta fija de asiento y me dijeron 'oye, ándate para la casa'. Cuesta mucho que crean que una tiene una función de gobierno»; «yo voy al Congreso y en la mitad de la sesión los parlamentarios discuten en un tono de broma absurdo si me tienen que decir señora o señorita. Esa discusión no la tienen si va un hombre»; «a la hora del discurso las fuentes siempre se dejan claras, pero cuando la idea es de una mujer ellos incorporan tranquilamente lo que una está diciendo pero sin nombrarnos»; «incluso los hombres consiguen más fácilmente los medios económicos para llevar adelante una candidatura».

Desde el momento en que las mujeres ingresan al ámbito público se ponen en acción prácticas discriminatorias. Como señala una

entrevistada «los hombres fabrican estereotipos y nos descalifican permanentemente porque sienten sus espacios invadidos». El estereotipo más negativo es el que considera a las mujeres demasiado emocionales e infantiles mientras los hombres tienen el monopolio de la racionalidad. Aquellas que quieren hacer carrera política deben demostrar la habilidad de que pueden pensar como los hombres, y de hacer acercándose a la forma masculina. Con excepciones, como se verá más adelante, las mujeres son juzgadas como miembros de un grupo que presenta grandes limitaciones y no como individualidades. Las interacciones están generalmente marcadas por mensajes masculinos que dejan establecido cuál es el rol subordinado. Se da una comunicación sobre la base de que las diferencias son mal toleradas o no toleradas en absoluto y que las mujeres deben adaptarse a ciertos patrones de conducta presentes en la política. Ganar aceptación y ser capaz de difundirla es muy importante para cualquier persona que desee avanzar políticamente, pero lo es aún más para las mujeres.

Frente a una mujer que está iniciando su actividad, los hombres presentan un comportamiento protector patriarcal que cambia a una conducta directamente confrontacional cuando observan que una mujer está en la estrategia de desarrollar una carrera política en competencia con ellos.

Aquellas mujeres que se destacan en su desempeño político serán más severamente evaluadas que los hombres producto de la falta de costumbre de trabajar con o para ellas, de la falta de confianza y credibilidad, de los mitos y prejuicios compartidos colectivamente. Los hombres se saben con el derecho a ocupar cualquier cargo y las mujeres, en general, tienen que ganarse ese derecho. La legitimidad es una base de poder organizacional importante. Para ello la mujer debe realizar actividades extraordinarias, visibles y relevantes orientadas a disminuir las incertidumbres que personas e instituciones tienen acerca de ella. Aunque la confianza se basa en la existencia de valores y experiencias sociales compartidas, ello no es suficiente respecto de las mujeres las cuales deben mostrar un compromiso que atenúe las dudas, ansiedades, tensiones y críticas, esto es, deben aprender a

controlar fuentes relevantes de incertidumbre hacia ellas.

Una mujer eficiente en el trabajo partidario puede recibir reconocimiento permanente si no está en el intento de levantar un liderazgo personal. El acceso a puestos caracterizados propiamente de administración, rutinarios, no son vistos como amenazantes por los hombres. La 'gran política' es un espacio reservado a los hombres. Es así que las mujeres son aceptadas en tanto se dediquen a tareas concretas, prácticas y no abstractas, se orienten a la satisfacción de las necesidades de la organización y no a intereses personales, se inclinen por desarrollar actividades en el campo de lo asistencial y no en lo propiamente político, o desempeñen diversos trabajos de manera flexible más que funciones especializadas. Una ejemplificación de esta situación es dada por una entrevistada quien dice: «Se daba una subordinación intelectual; era tratada como una pobre pendeja y mis aportes sólo podían estar en la acción. Había una fina condescendencia, aunque se partía de que yo estaba limitada».

Adentrarse en el ámbito propio de los varones implica arriesgarse a relaciones confrontacionales y perder apoyo institucional. En algunos testimonios las mujeres demuestran que una manera de afirmar su legitimidad consiste en obtener reconocimiento externo a la organización. Una de las entrevistadas que trabaja en el ámbito público en un cargo de importancia, señala: «Cambió la situación para mí y las colegas que trabajan en mi departamento cuando llegó de vuelta un comentario generalizado de valoración a nuestro trabajo». Otra manera de afirmar alguna legitimidad política es no competir por posiciones de liderazgo y poder. Las preguntas que cabe hacerse son ¿qué significa, entonces, tener legitimidad? ¿legitimidad para qué? ¿qué laya de liderazgo y poder pueden alcanzar las mujeres?

Lo cierto es que en el transcurso de toda su carrera política la mujer estará luchando contra interacciones caracterizadas por la desigualdad y, no poco habitualmente, contra comportamientos abiertamente discriminatorios. Algunas políticas señalan que esta conducta masculina depende de la actitud más o menos seductora que las mujeres manejen en su interacción con los hombres.

Para una interacción relativamente igualitaria cuenta, de manera importante, la capacidad de la mujer para desplegar estrategias conscientes orientadas a bloquear los mecanismos de poder, estrategias que dicen relación no sólo con la utilización correcta de ciertos recursos personales sino también con el respaldo político que sea capaz de construir y que reciba de la organización o de ciertas personas claves, a la capacidad de propuestas que pueda desplegar, a su capacidad de negociación. Existe un claro reconocimiento por parte de las dirigentes entrevistadas que una estrategia «exitosa» está basada, de forma muy importante, en el talento para desplegar y articular recursos personales en orden a constituir una base de apoyo político sustantivo, esto es, orientar sus recursos personales a activar recursos institucionales para el logro de sus objetivos.

Todas nuestras entrevistadas tienen cargos políticos importantes: subsecretarias de Estado, senadoras, diputadas, alcaldesas, concejalas; presidentas, vicepresidentas y miembras del Comité o Comisión Política de sus partidos. Todas ellas reconocen la existencia de discriminación como un fenómeno que les ha ocurrido en lo personal o a otras mujeres, es decir, algunas sostienen no haber vivido esa experiencia. Esta forma de decodificar la realidad responde a la necesidad -muchas veces inconsciente- de distanciarse del resto de las mujeres consideradas «no exitosas», en otras palabras, distanciarse de lo considerado inferior, de todo aquello que pudiera recordarle a los varones que ella es también una mujer.

Desde hace algo más de una década se observa un incremento de mujeres en distintas organizaciones políticas y también en los partidos, en unos más que en otros, dependiendo de su grado de modernidad o pragmatismo. En algunos partidos se observa un desarrollo de carrera de las mujeres más rápido que en otros, aunque siempre éste será más lento si lo comparamos con los hombres en el interior de la organización. Por lo general existe el prejuicio de que las mujeres no sirven para la política, prejuicio que incluso portan las propias mujeres porque, como señalan algunas estudiosas del tema, hemos sido socializadas en el no-poder. En igualdad de condiciones

los hombres desarrollan una carrera política más rápida que una mujer o, dicho de otro modo, es más difícil que una mujer llegue a niveles de dirigencia. Se ha observado, incluso, que si alcanza niveles de dirección, la organización despliega prácticas discriminatorias que impidan el ejercicio real de su representación pues el liderazgo es visto como una característica prototípicamente masculina. Aun en aquellos partidos con estructura más horizontal, con liderazgos más colectivos que personales, con relaciones más democráticas e igualitarias las mujeres no dejan de estar marginadas ya que el poder masculino introducirá distinciones que le permitan asegurarse el control genérico de lo que ocurre en su entorno.

¿Cuáles son las percepciones de las mujeres respecto de actitudes y prácticas discriminatorias y de quiénes las ejecutan? De los testimonios se desprende que se considera como discriminatoria la forma de funcionamiento de la estructura partidaria y del aparato del Estado al igual que las prácticas de militantes, funcionarios y dirigentes. Se hace mención, en forma muy especial, a los procedimientos utilizados por los partidos para cerrar los espacios negándoles oportunidades a las mujeres y se enfatiza acerca de las relaciones poco solidarias y de competitividad que se dan entre mujeres.

Cuando las mujeres logran insertarse en instancias de alto nivel jerárquico, una presunción muy generalizada es que no pueden desplegar el poder o autoridad del cargo, en parte por el peso de los números (los varones constituyen una mayoría) y en parte porque lo que opine no va a tener incidencia en las decisiones. Estaríamos hablando aquí de lo que en la literatura sobre el tema se conoce como una mujer símbolo ('token'), que por lo común es utilizada por las instituciones para efectos de proyectar una imagen de democracia y modernidad. De esta manera se afirma la no discriminación hacia la mujer, aunque en los hechos ocurra.

II. Mecanismos de discriminación

Para saber cómo se va configurando la discriminación de la mujer en un nivel que vaya más allá de meras descripciones, hay que analizar las prácticas desfavorables que provienen de los individuos, las instituciones y los colectivos involucrados en el quehacer político. Las más comunes son: diferencias de interés hacia el trabajo de las mujeres, en otras palabras, devaluación de las actividades que realizan; diferencias de normas o doble standard, lo cual implica que, aunque las mujeres estén en igual situación que los hombres, no se les aplican los mismos patrones o su aplicación puede realizarse de modos distintos; diferencias de interacción, esto es, que las mujeres participan menos y de diferente manera que los hombres de las redes formales e informales que existen en la organización lo que se traduce en mayor aislamiento, menor información, etc.; diferencias de opciones, vale decir, las mujeres ven alterada su capacidad de tomar opciones debido a las demandas que surgen del ámbito doméstico las cuales pueden llegar a ser incompatibles con el cumplimiento del desempeño político y también como efecto de su socialización limitante; por último, diferencias de control institucional o, dicho de otro modo, la desigual inserción de las mujeres en las estructuras organizacionales de poder la convierten en sujeto de control y de constante evaluación institucional.

La falta de interés hacia las mujeres es una de las prácticas institucionales más habituales. En parte ocurre por la existencia de una concepción de lo que es «el modo femenino» el cual enfatiza el rol de apoyo y servicio de las mujeres dadas las características socialmente reconocidas de que poseen una gran capacidad para escuchar y de comunicación verbal, receptividad, empatía y comprensión. Y luego porque, en base a la identidad asignada socialmente, también se las considera carentes de racionalidad, dependientes, que se pierden en detalles, poco confiables, poco profesionales, inestables, sensibles, habladoras, carentes de credibilidad, etc.. Esta mirada sexista las pone -como grupo social- en una posición que

dificulta, limita, condiciona su resocialización lo que, a la vez, refuerza su exclusión al cerrar los niveles altos a las mujeres. Para que la resocialización tenga lugar es fundamental desarrollar una fuerte identificación afectiva con los agentes de socialización e internalizar, hacer propias, las orientaciones, sensibilidades, pautas de conducta, normas explícitas e implícitas y estilos de trabajo vigentes en las instituciones políticas. La resocialización nunca es uniforme para todos los individuos que participan en la organización. Esta va a depender de la mayor cercanía que tenga la persona respecto de los dirigentes y la flexibilidad para adecuarse rápidamente a los cambios.

Si una persona quiere hacer carrera política deberá tener una mayor interacción con los dirigentes y proyectar una imagen que sea no sólo aceptada sino considerada relevante en su medio político. En otras palabras, debe saber «venderse», debe lograr visibilidad social. En el empeño de promoverse es necesario desempeñar eficientemente la tarea, aunque también existen otros factores -de los cuales no se habla- que deben ser probados. Hay que aprender cómo hacer un trabajo bien y al mismo tiempo detectar la existencia y el carácter de distintos niveles de comunicación; cómo interpretar las acciones y decisiones de la organización y los sistemas de símbolos; cómo desarrollar estrategias que permitan su asimilación a la organización sin perder su identidad. Dado que el estilo que se impone es masculino, éste es rápidamente internalizado por los hombres; en cambio las mujeres deben hacer un triple esfuerzo: aprender las reglas escritas y las no escritas, remodelar el rol de acuerdo a la cultura organizacional y forzar la aceptación de sus capacidades y cualidades en tanto personas y mujeres.

Las entrevistadas identifican la existencia de mitos que se expresan en el lenguaje como desvalorización a priori de las acciones de las mujeres, descalificaciones que por lo general se fundamentan en argumentos que aluden a su condición de mujer. Una parlamentaria cuenta que «en la mitad de una discusión, por ejemplo, defendiendo un proyecto de ley ellos empiezan a decir bromas. Hay que ponerse dura para hacer valer un punto de vista, no tenerles susto y avanzar

frente al tema que interesa desarrollar porque es muy fácil quedarse pegada en esa situación de distracción. Lo que pasa es que a ellos no les interesa discutir las leyes con las mujeres porque nunca lo han hecho».

La asignación de tareas fáciles o la flexibilidad en el cumplimiento de ciertas obligaciones puede considerarse como un mecanismo de discriminación que opera bajo la forma de un interés «paternalístico» y que ubica a las mujeres entre las personas no importantes. De igual modo, la asignación de tareas complejas o de un gran volumen de trabajo aumenta el riesgo de que no cumplan y se las considere ineficientes. Se crea así un círculo vicioso que actúa como filtro para que muy pocas mujeres -sólo aquellas excepcionales- lleguen a niveles altos en la toma de decisiones.

Aunque en algunas instituciones se observa un desgaste de los estereotipos sexistas, éste no corresponde necesariamente a una ideología de la igualdad de género que logre permear tanto a las instituciones como a los individuos. Los prejuicios en el interior de la organización no son sino un reflejo de los prejuicios más generales que se dan en la sociedad. De allí que la falta de interés hacia las mujeres no sea un rasgo que se dé exclusivamente en el mundo de la política. Es puesto en práctica en todos los ámbitos del acontecer social. Tanto es así, que las mujeres consultadas hacen notar que los medios de comunicación tienden a focalizarse mucho más en los hombres, los escuchan y les publican más. Sin desconocer el hecho de que ciertas mujeres no desarrollan estrategias adecuadas para captar la atención permanente de los medios, lo cierto es que en las representaciones colectivas prima la idea de que lo que hacen y dicen las mujeres no tiene peso político. Creen, al igual que la mayoría de la gente, que es mejor un parlamentario o un alcalde o un dirigente hombre que una mujer. Una entrevistada consigna que cuando era dirigenta sindical entró a un partido y fue desvalorizada a pesar de estar en la dirección. Hoy día, los hombres que ingresaron a la organización en la misma época que ella están en puestos de mayor jerarquía: son diputados, senadores, ministros.

La falta de interés instala a las mujeres en la invisibilidad lo que, a su vez, conspira contra la posibilidad de formación y capacitación para hacer una carrera política en competencia con los hombres.

El hecho de que las mujeres enfrenten una situación difícil en el ámbito de la política se explica parcialmente porque son escasas a niveles dirigenciales. La presencia de una o dos mujeres en un conjunto de hombres aumenta la autoconciencia de los varones de las características sociales diferenciales que portan las mujeres y, en tanto diferentes, distorsionan el comportamiento de las mujeres de manera de ajustarlo a las generalizaciones o estereotipos pre-existentes. Las mujeres en posiciones que impliquen algún grado de poder son altamente visibles, pero como personas diferentes y, en tanto tal, son severamente controladas. La imagen que portan los hombres es que son todo lo que ellos no son, se las define desde la negación, desde la carencia de características valoradas social y políticamente. Llevan la marca de lo plural en tanto todas son vistas como iguales.

Esta visibilidad «por contraste» tiene consecuencias simbólicas y prácticas. Son objeto de control permanente, de conversaciones, de murmuraciones acerca de «cómo las mujeres se desempeñan». Tienen la responsabilidad de representarse a sí mismas y al conjunto de las mujeres pues si su desempeño es evaluado positivamente ello será válido para esa mujer en particular, en cambio, si su evaluación es negativa afectará la imagen que los varones tengan no sólo de ella sino de aquellas otras que quieren llevar adelante una carrera política. A la vez, pueden ser objeto de aislamiento si se enfrentan con problemas y fracasan en su solución. En ese caso, sus pares las abandonarán aunque hayan demostrado logros a lo largo de su carrera. No es el caso de los hombres. En igual situación se argumenta que es «mala suerte» o «parte del juego político». En toda organización «la aceptación de los iguales» es parte de la clave del éxito para asegurarse promociones o responsabilidades apreciadas y lo es más en la política. De allí que las mujeres que están en niveles intermedios de poder («las mujeres del medio») deben crear un delicado balance entre

hacerlo bien y no generar envidias y resentimientos, lo cual dificultaría más aún su ascenso.

En síntesis, la presencia de pocas mujeres en posiciones altas en la organización política y la visibilidad «por contraste», en tanto no representa el modo dominante de hacer la política, se constituyen en impedimentos que las mujeres deben aprender a neutralizar si quieren articular apoyos y lograr la cima.

Frente a este mecanismo las mujeres presentan una gran sensibilidad, capacidad de respuesta y redefinición de la situación. Es fácilmente reconocible para ellas porque es una de las prácticas discriminatorias más usuales y menos sutiles utilizadas por los hombres y porque, a la vez, éstas tienen como referencia el colectivo. El mensaje se hace público como una forma de mandar señales a sus pares y subordinados de que la legitimidad para hablar, proponer, tomar decisiones y actuar es patrimonio masculino porque, como señala una entrevistada «no es lo mismo que lo diga un dirigente que una 'dirigenta'. Yo hice una propuesta que no fue recogida por nadie. Media hora más tarde lo mismo, pero con más adornos, fue dicho por un dirigente y fue la gran idea del congreso».

La división sexual del trabajo tiene consecuencias en tanto conduce a una práctica diferenciada por sexos. El modelo cultural y las expectativas sociales respecto de las actividades femeninas en el campo de la política, se sustentan en la convicción compartida socialmente de que las mujeres deben desplegar principalmente un rol asistencial, de mero apoyo de las prácticas y decisiones políticas que permanecen en manos de los hombres. De este modo, no se reconoce a las mujeres como iguales y con capacidad para actuar en la realización de propuestas y objetivos en conjunto con los varones.

Es por ello que en el marco de la institucionalidad política las mujeres quedan sometidas a patrones o normas diferentes, o se les aplican las mismas pero con consecuencias distintas. No estamos hablando de discrecionalidad en la aplicación de la norma, sino de un doble standard por el cual lo que es válido o legítimo para los hombres no necesariamente será así para las mujeres. Si un hombre

expone con firmeza sus puntos de vista significa que sabe lo que quiere, si una mujer lo hace entonces es «disidente», «loca», «obstinada», «anarquista». Estas descalificaciones se esgrimen en orden a obligarlas a adaptarse -léase ser más sumisas- pero fundamentalmente constituyen una advertencia: «Estás siendo un problema». Si una mujer es competente, se la «avizora como conflictiva». La eficiencia es un valor social asignado a los hombres. Si a un hombre se le ve acompañado de una dirigente es porque está haciendo su trabajo, si por el contrario una mujer aparece en público con un dirigente es porque lo está instrumentando sexualmente para hacer carrera política. El que los hombres tengan ambiciones es considerado positivo, el que las mujeres tengan ambiciones es visto como negativo. La supuesta incapacidad de las mujeres para ser líderes es otro rasgo de la política. No se cuestiona la idea de que un hombre pudiera estar en la carrera por construir su liderazgo pero si una mujer emprende este camino es «como si una estuviera contagiada de lepra». En síntesis, que una mujer sea portadora de un valor aceptado colectivamente es visto como amenazante pues la hace más similar a los hombres que al resto de las mujeres. En otras palabras, está quebrantando la diferenciación de roles consagrada, está violentando los límites de su campo de acción y situándose en las fronteras de lo que es considerado «normal».

La aplicación sistemática de mecanismos de doble standard ha creado, como consignan algunas investigadoras, una super-raza de mujeres talentosas y seleccionadas a través del proceso darwiniano por el cual sólo las más capaces sobreviven.

El trato en el interior de la institución política puede resultar discriminatorio cuando las mujeres son interpeladas básicamente a partir de su condición de ser sexuado y no de acuerdo a su status. Una diputada cuenta que sus colegas la llaman por su diminutivo, lo cual «es raro porque nadie le diría al presidente de la Cámara, Josecito. Una puede poner esto a su favor, sin duda, pero muchas veces con ello tratan de debilitar tu posición, tu planteamiento». Una dirigente narra que es tratada paternalísticamente por sus compañeros de partido a pesar de tener un cargo de dirección pues se dirigen a ella

como «la querida compañera». Otra alusión, no carente de sentido del humor, es la de una subsecretaria que relata que en las ceremonias públicas «se me regala flores como si fuera la reina de la primavera. A las autoridades masculinas se las trata como autoridades. Una puede aburrirse mucho de todo este cuento o puede llevarse las flores para la casa y armar un superflorero. Bueno, yo finalmente he optado por eso». En este caso la cortesía tiene un sesgo discriminatorio, pues en el desempeño de su cargo tiene más peso el hecho de que ella sea mujer y no que sea subsecretaria.

Las personas con credibilidad son más escuchadas porque se supone tienen algo importante e interesante que decir, tienen más espacio para errores y pueden tomar más riesgos. La credibilidad es un rasgo otorgado sin más a los hombres. En cambio las mujeres deben probar su capacidad, inteligencia, conocimiento, seguridad, juicio equilibrado, habilidad para obtener resultados. Una parlamentaria señala que en las comisiones «si un hombre da un informe lo aceptan fácilmente, en cambio a una mujer la interrogan más porque no le tienen confianza». Tras experiencias como la vivida por una militante a la cual le correspondía ir a la reelección de su cargo en el partido, pero que no fue incluida en la lista de candidatos, o en el hecho de que ninguna mujer parlamentaria haya acompañado al Presidente de la República en sus giras internacionales, se encuentra la falta de reconocimiento al desempeño político de las mujeres, lo cual limita sus oportunidades; salvo que tenga el respaldo o patrocinio de alguna autoridad, por lo general masculina. Como veremos, el papel de los mentores es clave en el desarrollo de una carrera, pero lo es aún más para la mujer.

Las mujeres también son vistas como teniendo conflicto de lealtades, por lo cual deben demostrar identificación con los intereses institucionales y de los dirigentes, no deben buscar ventaja personal, no deben entrar en relaciones competitivas, no deben desarrollar resentimientos por su inmovilidad política, no deben esperar recompensas. Por el contrario, deben mostrar orientación al servicio, iniciativa y entusiasmo.

Es sabido que en los espacios políticos los hombres tienden a relacionarse más con otros hombres que con mujeres y más con aquellos semejantes en términos de extracción social, educación, estilos de comportamientos, etc. En las organizaciones se da una discriminación de clase asociada a una discriminación generacional y de sexo, lo cual implica que no necesariamente todas las mujeres son discriminadas ni del mismo modo. Un ejemplo de ello lo da una de las entrevistadas al referirse a Evelyn Matthei: «Creo que en Renovación Nacional al comienzo le abrieron espacio porque ella viene del mundo del poder, es desenvuelta, rubia, bonita, joven, simpática e inteligente. Entonces no la podían dejar olvidada en la última fila».

La falta de interacción o un tráfico menor de interacciones entre mujeres y hombres se relaciona con el tipo de sociabilidad y el lenguaje que se usa en el partido, en el ministerio, en el parlamento o en la alcaldía. En cada instancia se habla con estilos diferentes y sobre diferentes temas pero, a la vez, hay distinciones de acuerdo al sexo. Los hombres, como señala Marilyn French (1985), usan «un lenguaje tecnocrático e instrumental en aras de conseguir una meta y olvidan la emoción en un intento de sugerir objetividad. Las mujeres se caracterizan por plantear dudas e incertidumbres, usan más las preguntas e incorporan la emoción».

Las mujeres que están en el ámbito público han aprendido a descifrar este lenguaje masculino, a leer entre líneas, pero aún existe una brecha entre lo que ellos dicen y lo que ellas interpretan, o viceversa. Muchos hombres sostienen que se tarda mucho en comunicarse con las mujeres porque «uno nunca sabe qué entendieron» o «cambian de idea todo el tiempo». Juicios como estos nos muestran la dificultad de los varones de incorporar elementos heterogéneos. Al visualizar a las mujeres como seres diferentes se les niega la posibilidad de una comunicación equivalente a la que mantienen los hombres entre sí. Y es de conocimiento general que cuanto más amplio sea el lenguaje que se comparte mayor será la integración y la consideración de los otros/as como parte del colectivo de referencia. Desde el punto de

vista de las entrevistadas, en política se usa un determinado lenguaje que es necesario comprender y manejar si quieren establecer una comunicación adecuada, pero lo importante «sería que, aun no teniendo ese lenguaje, hubiera respeto a la diversidad».

Esta comunicación imperfecta hace que las mujeres estén menos informadas, no sean consideradas interlocutoras válidas, no participen de las relaciones y espacios informales, presenten un grado de aislamiento mayor. Son varios los testimonios acerca de cómo parte importante de las decisiones, en los partidos o instancias de gobierno, se toman en actividades que funcionan en horarios y espacios de difícil acceso a las mujeres, por sus responsabilidades domésticas y porque rige el prejuicio de que ese «no es un lugar apropiado para ellas». Si una mujer logra insertarse en estos espacios informales «el poder se desplaza a otros espacios». En pocas palabras, las mujeres experimentan grandes dificultades para estar en el lugar y momento apropiados a la toma de decisiones.

Un factor que explica en parte la persistencia del aislamiento es la constitución de subculturas en el interior de las instituciones. Si bien es cierto que la existencia de un colectivo de mujeres supone aspectos positivos en tanto genera una identidad compartida en torno a intereses específicos, capacidad de propuesta para superar su condición de opresión/subordinación y, por tanto, valoración y visibilidad, se corre el riesgo de ser aisladas y/o aislarse. Se genera así una subcultura la que a su vez refuerza su aislamiento. Internamente se produce una presión para mantenerse unidas, funcionando como ghetto. Alejarse es visto como un acto de deslealtad, sobre todo si se trata de una oportunidad individual para ascender. El ascenso de alguna del grupo es vivido como conflicto en tanto toman conciencia de que están insertas en un sistema móvil en donde ellas no son móviles. La conformación de un ghetto político de mujeres se observa en algunos partidos donde existen frentes, comisiones o equipos técnicos específicos. En esos espacios las mujeres, si obtienen legitimidad como grupo experto en el tema de género, pueden jugar el rol de interlocutoras válidas frente a la estructura partidaria o, en caso

contrario, experimentar aislamiento y una intensa sensación de fracaso al tener escasa o ninguna incidencia organizacional, lo cual se traduce en crítica a los rangos superiores. La falta de oportunidades deprime su auto-imagen y aspiraciones, lleva a un sentimiento de falta de eficacia y rechazo a la jerarquía, pero de una manera más bien pasiva. A su vez, las líderes mujeres pueden desplazar la crítica y la agresión hacia abajo, hacia las personas con menos poder, debilitando al grupo. En el decir de Kanter (1977), «el estilo de liderazgo (femenino) controlador es un resultado más que una causa de hostilidad y resistencia de parte de los subordinados».

Existe el reconocimiento -tanto de mujeres como de nombres- que ellas son evaluadas con una enorme falta de objetividad. Una mayor interacción o una relación más próxima permitiría que los hombres superaran estos prejuicios, generándose oportunidades reales de poder para la mujer. Cada una debe manifestar sus capacidades y cualidades de manera permanente y si logra aceptación ésta será válida sólo para ella, será tratada como una excepción, como un caso especial. Lo dice una entrevistada: «Yo era la única mujer de una delegación de 19 personas, me integré muy bien. Me dijeron 'si no hubieras sido tú, tal vez la cosa habría sido distinta'». Por el contrario, si una mujer no ha logrado insertarse en las redes de lealtades que se forman en la institución, estará carente de apoyos por muy idónea que sea. En palabras de una dirigente: «Yo no fui candidata a diputada porque era menos amiga de los hombres».

El quehacer político y, en particular, estar en cargos directivos exige una disponibilidad y flexibilidad en lo que a horarios y tareas se refiere y también una vinculación personal y un compromiso ilimitado, generalizado y difuso. Las mujeres tienen muy claro que la política no se ejerce a tiempo parcial y que su no disponibilidad producto de las responsabilidades y existencia de presiones familiares alteran su capacidad para tomar opciones: impone límites a su trabajo político y entrega a los hombres un argumento objetivo contundente para su exclusión. A su vez, la política no da espacio a la incorporación de lo personal. La valoración de que «lo personal es político» es una

forma de pensar que proviene del feminismo y que todavía está muy lejos de ser incorporada como un elemento necesario para la transformación y humanización de la política.

El rol doméstico tiene un peso decisivo en el desarrollo de carrera de las mujeres, pues se constituye en un telón de fondo siempre presente, en una idea que opera como escollo a su participación. Las obligaciones domésticas determinan que los hombres vean con preocupación su potencial compromiso con el trabajo político y la continuidad y entrega que éste requiere. Debido a ello, la evaluación que se haga de su desempeño estará permeada por el estereotipo de esposa-mujer-madre que opera en las representaciones colectivas y que atribuye a la mujer una menor eficiencia y dedicación como producto de su doble rol. Opera el juicio anticipado de que es inevitable que ella privilegie su rol doméstico. Las entrevistadas han tenido un sinnúmero de experiencias de este orden. Los hombres constantemente «me preguntan cómo lo hago con mi hijo. A mi marido nadie le pregunta cómo compatibiliza su función de padre con su función política», o bien «aun cuando soy parlamentaria me siguen viendo como en el rol de la casa. Si nos quedamos hasta tarde me dicen '¡qué pena que esté aquí y no en su casa!'. Tú nunca escuchas que ese comentario se lo hagan a un hombre». Por su parte, las mujeres buscan equilibrar el rol político con el rol doméstico, seleccionan responsabilidades y tareas evitando el conflicto, la culpa, la mala conciencia, las frustraciones, el stress.

El peso de lo doméstico es diferente dependiendo de la ambición y motivación que se tenga. Salvo una entrevistada que afirma haber superado «hace tiempo la culpa», aquellas mujeres que privilegian el rol político desarrollan un discurso no carente de culpabilidad pues la política les supone una entrega que, por lo común, significa disponer de menos tiempo para compartir con la familia, en particular con los hijos. Al mismo tiempo les supone una gran tensión producto de la escasa comprensión y apoyo de la pareja a su proyecto político personal y de la necesidad de activar permanentemente recursos que vayan a sostener el proyecto del varón. Hay una asimetría en términos

de los apoyos que se prestan mutuamente pues «el hombre arriesga mucho más su vida familiar y de pareja cuando trabaja en política. La mujer siempre trata de armonizar pues se inclina a lo afectivo más fuertemente que el hombre». El hecho de que las responsabilidades familiares no sean compartidas supone mayores cuotas de soledad, conflictos y trabajo y la necesidad de estar constantemente tomando opciones y combinando actividades. Parafraseando a Rico Godoy «acomodándose como sea, nuestras mujeres han sabido hacer política... sin morir en el intento».

Por último, las diferencias de poder institucional son atribuibles socialmente a que las mujeres presentan menos ambiciones e incapacidad para realizar funciones de responsabilidad. En los hechos, los hombres ponen en práctica una serie de conductas basados en su propio interés o en un sustrato paternal inconsciente, que no son sino formas sutiles de control genérico. Se las evalúa social y políticamente de forma más severa que a los hombres. Existen numerosas afirmaciones de las entrevistadas en el sentido de que no deben decir «cosas tontas» o mostrarse «emocionales o débiles». No sólo son evaluadas de manera diferencial sino que son sujetos de control institucional constante. Esto ocurre con base en criterios diferentes según el sexo. Se fiscalizará el cumplimiento de las tareas o metas más que otorgarles confianza: «Siempre están mirando por encima del hombro para ver qué hago», «las mujeres son controladas en su desarrollo político». Al sufrir las consecuencias de tales controles, las mujeres presentan conductas defensivas que son visualizadas como rasgos individuales que las descalifican para desempeñar un rol político y no como respuesta a la experiencia de discriminación que viven.

Por lo general las mujeres no están en los centros de poder. Pueden tener acceso a la institucionalidad -estar en algún cargo- pero ello no significa necesariamente tener poder. Cuando consiguen tener legitimidad, autoridad, o poder, éste operará respecto de la esfera particular de su quehacer político, aspecto que es radicalmente opuesto en el caso de los varones. Una vez que un hombre ha logrado llegar a posiciones de autoridad o poder obtiene un reconocimiento

de sus pares cualquiera que sea el ámbito en que se maneje.

Además, existe el supuesto de que las mujeres desarrollarán un liderazgo más orientado a las personas, más maternal lo cual resulta ser desfavorable en el ámbito de la política donde se requiere de un liderazgo fuerte, experto en el sentido de trazar objetivos, afirmar valores, motivar, lograr unidad, representar a un grupo, servir de símbolo. El apropiarse de estos rasgos identificados con el perfil de todo líder, por parte de las mujeres que desean hacer carrera política, es un requisito que colabora para que la organización y la sociedad les otorgue su confianza, pero obtener posiciones destacadas les exige además el despliegue de estrategias orientadas a desgastar los prejuicios vigentes.

La ausencia de mujeres a niveles de poder también dice relación con la baja autoestima que activan las propias mujeres, producto de su socialización genérica y de comportamientos o prácticas discriminatorias cotidianas, desplegadas por personas e instituciones que aseguran el lugar que «deben» mantener las mujeres en la división sexual del trabajo.

Un factor que limita la carrera política femenina es su concepción altruista-afectiva de la política. El trabajo político es visto como una misión y el éxito consiste en poner lo mejor de sí mismas, impulsar valores de crecimiento y desarrollo personal, de humanización de la política y de la sociedad. Un número apreciable de entrevistadas manifestó no querer ascensos o poder sino más bien realizar tareas orientadas a lograr una sociedad más justa, que vaya en beneficio de las personas: «Ser un líder de opinión y poder hacer más cosas por más gente»; «transformar la sociedad para hacerla más fraterna y buscar por todos los medios la erradicación de la pobreza y de las desigualdades»; «desarrollar lo que es servicio, tener opinión pública y ejercer ese derecho»; «despertar interés, contribuir a enriquecer el tratamiento de temas o encontrar caminos de solución a problemas»; «formar corrientes de opinión para potenciar la democracia». No están ausentes aquellas que estiman que «el poder total corrompe absolutamente y el poder mal administrado también corrompe». Otras

entrevistadas reconocieron su deseo de tener poder entendido éste como «poder para negociar», «poder para hacer cosas». Pero lo importante «es revertir la lógica del poder, aprender a negociar y luego aprender a retener el poder, que es lo más complicado». Un testimonio sintético de lo que les ocurre a las mujeres con el poder es aquel que señala: «Oscilamos desde la idea de no contaminarnos con el poder porque éste es maligno, hasta mujeres que acceden al poder con los métodos más masculinos que pueda haber».

Algunas entrevistadas señalan límites al desarrollo de su carrera porque no están dispuestas a asumir los costos del juego político, entre ellos:

- luchar por reconocimiento y poder («tuve mucho pánico a la pelea interna partidaria», «tenemos mucha menor disposición a entrar en una lucha interna por el poder»);
- sufrir el stress que ello implica («es muy acongojante ese mundo»);
- superar las inseguridades («las mujeres somos menos seguras en términos de la cosa política», «ando como pidiendo permiso», «hablamos sólo cuando estamos seguras, en cambio los hombres son fantásticos porque se equivocan y no les importa», «ninguna parlamentaria ha sido gran oradora en la sala, pero sí hemos tenido un desempeño muy fuerte en las comisiones»);
- los miedos («mi peor enemigo es el miedo, me cuesta dar pasos adelante», «estamos muy condicionadas, tenemos mucho miedo»);
- la autocensura («no sé si el partido me ha puesto límites o yo me los he puesto»).

Para un número importante de mujeres que están en la política, incluso aquellas que han llegado a ser dirigentas, la autolimitación se explica porque los costos que deben asumir si quieren permanecer en la carrera son más altos que los que experimentan los hombres debido al modelo de identidad que han internalizado; básicamente lo que se refiere a la tensión que experimentan en el desempeño del doble rol y al «miedo al éxito», «miedo al conflicto», «miedo a correr riesgos», «a innovar», «a tomar decisiones», «a dirigir un grupo». El desempeño de toda actividad -y aún más en el campo de la política- implica la

posibilidad de crítica, de oposición y de prácticas conspirativas como rasgos característicos de la forma de hacer política y muchas de ellas no se sienten preparadas para enfrentarlos.

Las mujeres han experimentado e internalizado el antagonismo que se genera cuando incursionan allí y muchas de ellas experimentan grandes temores los cuales pueden conducirlas a usar la estrategia de hacerse socialmente invisible, de asumir un bajo perfil como forma de evadir las presiones o situaciones controversiales dejando a los hombres el liderazgo visible y los créditos. Esto lleva a la organización a concluir que las mujeres no son eficientes, que toman pocos riesgos y que son impredecibles. El miedo al éxito puede ser el miedo a ser visibles.

Otras se abstienen de desarrollar una carrera política sobre la base de decisiones concientes. Por un lado, en tanto el rol político puede llegar a ser incompatible con el cumplimiento de sus responsabilidades familiares, participan poco en política como una forma de evitar el conflicto que puede surgir del ámbito privado. Por otro, se desalientan frente a una dinámica política que conlleva disponibilidad y esfuerzo, empuje y trabajo, presión y, a veces, hasta conductas poco éticas. Y, no menos importante, la dedicación exclusiva a la política puede ser vivida como enajenación más que realización pues «en la medida que una se va comprometiendo, pierde espacios de libertad» o bien «no estoy dispuesta a cortarme las venas por una carrera política; es importante tener tiempo para mi profesión y para la casa, conjugar ambas cosas».

Frente a los mecanismos discriminatorios que se activan en el campo de la política, las mujeres generan contrarrespuestas o estrategias para superar los bloqueos a su carrera. Como señala Foucault (1981), «no existen relaciones de poder sin resistencias» y «no hay un sólo foco de resistencia sino varias resistencias posibles... Frecuentemente nos enfrentamos a puntos de resistencia móviles y transitorios que se desplazan rompiendo unidades y suscitando reagrupamientos».

Las mujeres «exitosas» y con conciencia de género dan cuenta en detalle y en mayor medida de estos mecanismos que aquellas con

menos responsabilidades políticas y/o carentes de conciencia genérica. Son «exitosas» precisamente porque han desplegado acciones que ponen en jaque o neutralizan las prácticas masculinas e institucionales de desvalorización de la mujer, consiguiendo así revertir su situación. Las mujeres de «abajo», en la medida que no han salido de los ghettos femeninos, que se mantienen en espacios segregados, no pueden detectar y denunciar las prácticas discriminatorias. Estas se hacen visibles cuando surge un conflicto de intereses o cuando intentan romper la segregación y avanzar hacia la cima. Por su parte, aquéllas sin conciencia de la condición oprimida/subordinada de la mujer consideran «natural» el orden establecido.

III. Estrategias individuales de poder

Las acciones de resistencia y contrarrespuestas son tan móviles como los mecanismos de represión genérica. En tal sentido, las mujeres ponen en circulación saberes aprendidos cultural y socialmente que se orientan a desestructurar las formas de sometimiento y compensar el poder que ejercen los hombres. En otras palabras las mujeres, aun como grupo subordinado pueden -y de hecho así lo hacen- desplegar poder para evitar, limitar o contrapesar el que ejercen los varones. Las distintas concepciones, espacios de acción y recursos de poder que manejan hombres y mujeres llevan a formas diferentes de ejercicio del mismo.

Por otra parte, estas contrarrespuestas al poder masculino son prácticas individuales que no se expresan sólo de manera confrontacional sino principalmente como conductas adaptativas a las reglas del juego e intereses institucionales y de los que sustentan el poder. Las mujeres -como cualquier grupo subordinado- despliegan la mejor estrategia posible en el marco de los recursos de poder con que cuentan (situación social, capacidades personales, experiencias, contactos, etc.). Un número importante de aquellas que han hecho carrera política cuentan con familias que refuerzan un modelo de rol más orientado a la

igualdad, lo cual implica una ruptura de los estereotipos sexuales vigentes en tanto afirma su condición de persona más que el hecho de ser mujer. Para un número importante de casos les sirvió de modelo algún hombre u hombres de la familia («en la casa se hablaba mucho de política», «mis tíos han sido diputados», «mi abuelo fue intendente», «mi padre era un líder»).

El hecho de otorgarle significación a las figuras masculinas tiene como efecto un distanciamiento o un rechazo abierto al arquetipo femenino tradicional. Si se da una identificación con mujeres ésta será en torno a aquellas que muestran ser independientes y fuertes, sea la madre, la abuela u otras mujeres destacadas a nivel intelectual, político, etc. No es simple casualidad que las entrevistadas no hayan mencionado a Margaret Thatcher como un modelo de mujer a seguir. Por el contrario, algunas se refieren a ella y otras mujeres estadistas de manera negativa en tanto imitan el modelo masculino de hacer política, aspecto que trataremos más adelante.

A pesar de este proceso de socialización más igualitario coexisten, a nivel inconciente, expectativas y sentimientos contradictorios: deseos de asumir los desafíos junto al miedo a los conflictos, la toma de decisiones racionales en el marco de consideraciones afectivas, la necesidad de proyectar una imagen pública y las inseguridades y timidez para hablar, negociar, defender.

A diferencia de las mujeres «exitosas» en al ámbito laboral (Hola y Todaro, 1992), la mayoría reconoce estar en el juego del poder y haber tenido experiencias discriminatorias a lo largo de su vida política. Poseen una gran perspicacia para detectar prácticas de marginación, aun aquellas sutiles y a veces inconcientes que desarrollan tanto militantes como dirigentes. Argumentan que el comportamiento androcéntrico es una constante en el mundo de la política («en política se juntan muchos misóginos»), que se trataría por lo general de prácticas deliberadas en orden a ejercer el control sobre las mujeres y preservar la política como un campo reservado prioritariamente a los hombres. Para algunas de las entrevistadas cuando las mujeres logran llegar a puestos de decisión es porque «han tenido que pasar

por situaciones más duras que un hombre». El esfuerzo personal y los desafíos que enfrentan pueden llegar a producir un clima de confianza hacia ellas pues «no me cabe duda que está tremendamente preparada si llegó allí». Se produciría un desgaste de los estereotipos y un reconocimiento a su desempeño. Una de ellas consigna que «al principio tenía que hacer diez para que se notara uno. Ahora no es necesario, ya llegué arriba». Sin embargo, esto no significa desconocer el peso que tiene el proceso por el que deben estar dispuestas a rendir pruebas constantes, a probarse aun frente a los que poseen menos poder o legitimidad que ellas mismas. En este probarse estaría la llave del éxito.

Los actores involucrados en la dinámica política privilegian que los cargos, y sobre todo aquellos de poder, sean ocupados por hombres, basándose en el supuesto de que sólo hay que tener mujeres en actividades que realicen mejor, como son aquellas que requieren de minuciosidad, paciencia, concentración, buena comunicación, etc. La persistencia del modelo de rol femenino restringe lo que las mujeres pueden hacer obligándolas a probarse en forma perseverante. Al comienzo de la carrera ello es especialmente necesario, pero continúa siéndolo en el transcurso de ésta. Probarse implica trabajar arduamente, tener un buen desempeño, generar pensamiento y propuestas, saber tomar las decisiones en los momentos adecuados, ser independiente pero saber trabajar en equipo, ser inteligentes, capaces, brillantes y, no menos importante, hacer que estos rasgos sean visibles para el conjunto de la organización y hacia fuera de la misma. Para tener legitimidad en el mundo de la política «hay que ser muy decidida y con un gran respaldo de acciones, tareas y de capacidad sostenida». Proyectarse hacia la cima no es fácil porque hacia arriba disminuyen los cargos y porque las jefaturas o directivas son relativamente estables. Y porque, por lo general, la decisión de darles responsabilidades es considerada un riesgo. La persistencia de aquellas mujeres que quieren ascender y la existencia de oportunidades en espacios antes cerrados a la participación femenina ha tenido como resultado que

en la actualidad se cuente, aunque de manera muy restringida, con algunas mujeres en los niveles altos de decisión.

En los partidos, sobre todo en aquellos que se consideran modernos, se redefinen ciertos rasgos tipificados como femeninos en términos de que son orgánicamente funcionales y, en tanto tal, se les puede llegar a valorar como positivos. Pero aun cuando las mujeres demuestren capacidad, lealtad, seguridad, no se alterará en lo sustantivo el sustrato cultural sexista.

Probarse también implica contar con respeto institucional. Como hemos visto, la falta de interés hacia las mujeres es una práctica habitual. Los hombres interrumpen, desautorizan, ridiculizan a una mujer para reforzar ante los demás -hombres y mujeres- su propio poder y para manifestar públicamente que ellas no deben aspirar a éste. Para las mujeres es más fácil hacerse respetar si están en cargos medios y altos pues para llegar allí han tenido que hacer méritos que han sido reconocidos por la organización. Si la organización reconoce poder y legitimidad a una mujer, ésta no puede ser discriminada por sus miembros, pero ello la obliga a cuidarse, a mantener la imagen de inteligencia, habilidad y eficiencia que la ha acreditado como miembro del grupo en el poder.

Otra estrategia individual es saber «venderse», «mostrar lo que se hace», «darse a conocer». Para ello las mujeres mandan señales que les permitan, a los que poseen el poder, considerarlas como parte de esa élite: «Llegar a ocupar cargos exige destacarse, opinar, acertar, ser lider de opinión». Pero, fundamentalmente, deben explicitar su opción de poder y planificar su carrera, un aspecto que no es asumido mecánicamente por las mujeres. Por el contrario, algunas señalan que no planificar constituye un resabio de su socialización de mujer, que los hombres saben «lo que quieren de aquí a veinte años» y que en cambio las mujeres «somos más inmediatistas», que los hombres están mucho más involucrados en lo que son diseños de estrategias de poder pues «eligen sus opciones con mucha racionalidad». En cambio las mujeres a veces usamos «hasta criterios domésticos, hacer tal cosa en tal barrio porque es donde vivo».

Saber venderse implica elegir hombres poderosos como interlocutores, consejeros, modelos. Establecer relaciones hacia «arriba» más que hacia sus pares o subalternos, como una manera de identificarse con ellos. Generar una cercanía en relación a la dirigencia, buscar mentores, articular alianzas y crear redes de apoyo. Para ello utilizan sus contactos personales, familiares y políticos, sobre todo para lograr insertarse en las redes informales de lealtades. En las entrevistas no se observan estrategias orientadas a crear o reforzar redes de apoyo entre mujeres. Se percibe más bien una concentración de esfuerzos destinados a establecer alianzas y buscar apoyos de algunas personas que poseen una alta legitimidad y poder internos a la organización. Si, en general, la dirigencia es esencial en la creación de oportunidades para hacer carrera, lo es todavía más para las mujeres al darles reconocimiento, aconsejarlas y ayudarlas en sus logros. Influyen en la mayor incorporación de mujeres a puestos de decisión -por lo tanto, a disputar el poder- ciertos prestigios adquiridos o simbólicos, historias pasadas, parentescos, apoyos organizacionales, grupos de amigos, etc.. Y de manera muy significativa la capacidad de acortar distancia social con los portadores de poder. Como señalan las entrevistadas, «el trabajar cerca de la dirección del Partido me dio finalmente credibilidad y me tuvieron confianza»; «prima por sobre todo el apoyo que tengas de tu grupo más cercano»; «las lealtades afectivas y las trayectorias compartidas crean lazos de complicidad que pesan mucho más que las adscripciones ideológicas».

En el intento de establecer estas alianzas o apoyos orgánicos las mujeres despliegan conductas adaptativas: tratan de evitar aquellos comportamientos que implican desprestigio o sanciones en la cultura política. Reprimen sistemáticamente la emocionalidad y sensibilidad pues los hombres interpretan estas expresiones como falta de seguridad, de racionalidad y de objetividad. Demuestran que pueden trabajar tan bien como el mejor de los hombres y que pueden debatir en términos lógicos y en el lenguaje que ellos manejan. Aquellas que enfrentan la oportunidad de avanzar en su carrera política se orientan más hacia los grupos de poder y tomarán a sus miembros como modelos. Estas

conductas adaptativas -concientes o inconcientes- están motivadas por la necesidad de que se las conozca, entienda y acepte «como uno más de los muchachos». Pero el problema no termina allí. Las mujeres que están en posiciones de bajo poder se comportan como si carecieran de éste y aquellas que hacen uso del poder tratan de mostrarse como no amenazantes.

La debilidad de las relaciones de las mujeres respecto de los hombres con poder es atribuida, por éstos, a la incapacidad femenina para establecer redes y por ellas a las actitudes y conductas de las dirigencias masculinas que tienden a interactuar con personas de igual nivel o importancia. Juega de manera importante el que la relación se establece sobre bases de dependencia, de forma que las mujeres serían portadoras de un poder vicario, de un reflejo del poder que sustentan los hombres. Cualquiera que es protegido/a pierde poder pues el éxito es atribuido a la ayuda de otros más que a las acciones de la persona misma.

El establecimiento de relaciones con hombres con poder supone hacerlo sobre bases sólidas, lo cual exige capacitarse. Una manera de lograr reconocimiento de los dirigentes es especializándose en temas atractivos; con ello generará un auditorio interesado que le servirá de apoyo para llegar a puestos altos. La capacitación es entendida no sólo como adquisición de conocimientos objetivos sino, más importante aún, como capacitación para el poder, para su ejercicio y mantención. Una entrevistada señala que las mujeres tienen que estar permanentemente en un aprendizaje de lo que son los elementos esenciales de la política, de lo que es el poder y cómo se ejerce. Nos dice: «Las mujeres tenemos que aprender que, muchas veces, el ejercicio del poder es conspirativo. Los hombres son verdaderos equilibristas, verdaderos magos, verdaderos hacedores del poder. El poder no es una entelequia, es una cuestión que se va construyendo con actos cotidianos, permanentes, encadenados. Estonces nosotras tenemos que dedicarnos, hacer de ello una profesión para pesquisar por dónde va el poder. Llegar a tener poder es más complicado de lo que nos habíamos imaginado: hay que pesquisarlo y ejercerlo».

Debido a la dificultad masculina de incorporar «lo distinto», una parte importante de líderes políticas femeninas se asimilan al estilo predominante desde el punto de vista del discurso, de la habilidad política, del manejo de las negociaciones, «a costa de reprimir lo afectivo». En palabras de las entrevistadas «eso ha servido para darme legitimidad, para ser considerada una persona inteligente lo cual es un arma positiva pues es muy difícil triunfar como mujer a menos que seas genial».

Si se da un proceso de asimilación sin matices del rol masculino -lo que en la literatura sobre el tema se ha conceptualizado como «thatcherización»-, la masculinización o pérdida de la identidad femenina se constituye en objeto de críticas, tanto de hombres como de mujeres: «Se comportan como marimachos». Si actúan de acuerdo con el estereotipo femenino se las define como «inestables», «débiles», «inseguras», «indisciplinadas», «tozudas» y así hasta el infinito. Esta crítica unida a la renuencia de los hombres a incorporar mujeres en cargos directivos, las obliga a una remodelación del rol que combine las características femeninas más valoradas en la cultura política junto a características asociadas a los varones y estimadas imprescindibles (don de mando, iniciativa, etc.). El participar en espacios de poder configurados exclusivamente por hombres les permite una resocialización de acuerdo con una cultura, estructura y reglas del juego esencialmente masculinas. Como vehículo importante de modificación intersubjetiva, el diálogo continuo provee a las mujeres de un sentido e interpretaciones compartidas al mismo tiempo que les permite coordinar acciones con los miembros de la organización. Una gran escuela puede ser la comisión política de su partido, círculos de poder institucional, espacios casi siempre integrados únicamente por varones.

La totalidad de las mujeres entrevistadas, con una larga trayectoria política, han realizado una operación conciente o inconciente para configurar un rol que exprese un equilibrio entre rasgos femeninos y masculinos con el objeto de obtener reconocimiento y credibilidad. Concuerdan en que «estamos en una transición, pues lo femenino y

lo masculino se dejan ver en la mujer». Afirmaciones tales como «soy muy competitiva, segura, autoexigente y muy metida en el mundo de los hombres, pero quiero ser una política de polleras» o «me relaciono en términos racionales con los hombres, pero uso la seducción en el buen sentido de la palabra», son comunes entre nuestras entrevistadas. Esto es lo que se ha denominado estilo de comportamiento andrógino que, al decir de algunos autores, está empezando a ser el estilo de gestión apreciado en las corporaciones, instituciones y organizaciones modernas.

Sin embargo, concomitantemente, se observa en algunos testimonios una referencia a la necesidad de potenciar las características tipificadas como femeninas de intuición, imaginación y flexibilidad, por otorgarles una alta valoración per se y, en especial, en el ámbito de la política. Varias entrevistadas afirman que asimilar el estilo masculino de hacer política es un grave error, que la mujer tiene que desarrollar sus cualidades y su propio perfil sobre la base de su condición de mujer, pues «tenemos mucho que aportar con nuestro propio rol».

De igual modo, desarrollan distintos modelos de rol -maternal, seductor, de compañera- de acuerdo con la situación y las personas con quienes están interactuando. Respecto de la seducción se da un doble discurso. Por una parte, es censurada por hombres y mujeres pues es considerada una manipulación para obtener ventajas e influencia. Pero, a la vez, se estima una práctica deseable en tanto permite un clima favorable al trabajo en equipo. Explícitamente se privilegia un estilo de comportamiento asexuado -aunque en los hechos éste no opere- porque «ese juego se vuelve en contra», «puede ser un 'boomerang'», «pierdes el respeto político». Como una forma de asentar las relaciones se desarrollan interacciones que combinan la seducción, la solicitud, el afecto o la camaradería. Esta gran capacidad de alternancia en los roles funciona como un recurso orientado a evitar sanciones y/o conflictos y a lograr mayor confianza y prestigio institucional. Sin embargo, la seducción es considerada por algunas entrevistadas una estrategia empleada para contrarrestar,

resistir, oponerse al poder masculino; dicho de otro modo, una estrategia compensatoria frente al dominio del varón. Para ciertas teóricas la seducción «es una forma de poder paralelo, poder del impotente que presiona en forma lateral desde las zonas que considera sus reductos» (Amorós, op. cit.).

Los testimonios reunidos no hacen mención en forma espontánea al tema del asedio sexual. Frente a la pregunta relatan experiencias de asedio de las mujeres hacia los hombres, fenómeno que creemos tiene altas probabilidades de darse puesto que son los hombres los portadores del poder, del éxito y del status y, en tanto tal, los que pueden otorgar favores y oportunidades. Se omite hablar sobre el asedio sexual del que ellas pueden ser objeto, ya sea como subordinadas o porque comparten con los hombres posiciones de poder. Esta omisión no es casual. Quizás porque el asedio sexual cuestiona el «ser persona», hay una tendencia a no hablar de ello o a negar que les ha ocurrido.

Una estrategia clave para la participación femenina en política dice relación con la necesidad de equilibrar el rol doméstico con el rol político. Ante la pregunta de si le ha costado mucho compaginar sus actividades una entrevistada señala: «Quedarnos hasta las dos de la mañana en una reunión significa pleito. O se tiene una pareja que entiende y asume estar con los hijos hasta esa hora de la madrugada o si no hay que irse. Y en política no estar es lo peor. Por otra parte, si se va a una reunión y el marido se queda cuidando los niños eso produce culpas inmensas». La estrategia frente a la pareja es la negociación, como una forma de lograr consensos básicos. Además, como la mayoría de los testimonios entregados lo señala «para estar en la política hay que aprender a vivir de otra manera y dejar de preocuparse si la casa o los niños van a funcionar sin una o si se va a deteriorar la relación con la pareja o si me va a ir mal en el trabajo político».

En este «aprender a vivir de otra manera» están contenidos dos procesos: uno, el surgimiento del conflicto entre la identidad asignada socialmente y las presiones para modificarla en función de los re-

querimientos que exige la práctica política; y otro, cuando la desarticulación de la subjetividad da paso a un esfuerzo por organizar un sistema de representaciones coherentes con la práctica del presente, esto es, estructurar un nuevo equilibrio sobre nuevas bases. La reflexión de Guzmán y Pinzás (1991) acerca de los análisis de Sainsaulieu y Pharo es muy pertinente respecto de este punto. Nos señala: «Para ambos autores, la identidad en un nuevo medio social tiene relación con el referente simbólico individual de cada sujeto. La identidad de origen de las personas les provee de esquemas de pensamiento, de saberes, haceres y de representaciones de sí mismas, que van a condicionar la manera cómo se perciben, cómo se examinan, cómo deciden e interpretan la nueva realidad. También tiene relación con las condiciones materiales y sociales que les provee el nuevo medio, el que otorga cuotas de poder y de negociación diferenciales a los sujetos para afirmar su igualdad y sus diferencias con los demás; con la apropiación, a través del lenguaje, de los medios de producción de sentido que comparte el colectivo al que se integra el sujeto. Gracias al lenguaje, los recién llegados al medio van apropiándose de los saberes sociales y de los medios de producción de sentido construidos por el colectivo. Y al hacerlo se van modificando a sí mismos ya que las nuevas maneras de percibir las cosas y los fenómenos inducen modalidades diferentes de situarse, de percibirse y de representarse. Desde esta perspectiva, adquirir identidad supone tiempo, un espacio propio y una red de relaciones sociales, en el interior de las cuales él o la recién llegada va desarrollando nuevas facetas de la representación de sí mismo/a al tiempo que va apropiándose de los saberes sociales grupales».

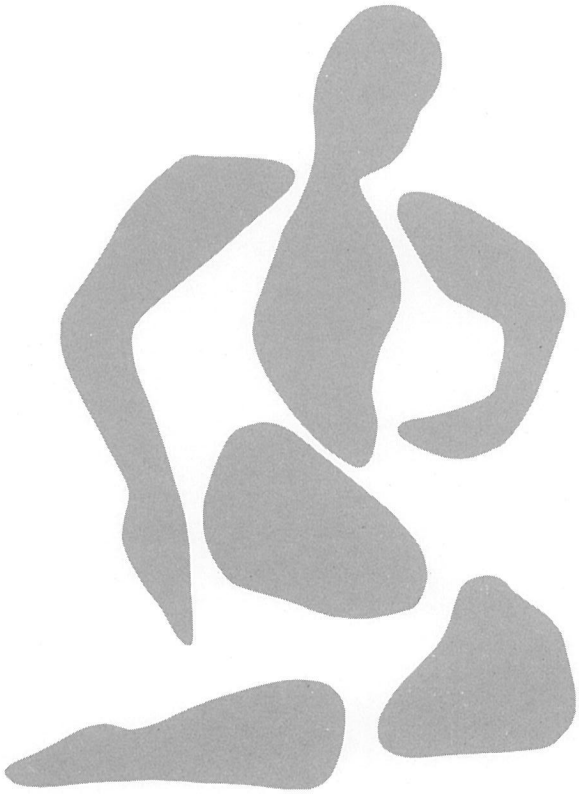
Para las mujeres, reconocerse como parte de una experiencia social y política colectiva es posible, tanto a partir de la toma de conciencia de la opresión/subordinación y de los mecanismos de discriminación que se ponen en acción en el ámbito político, como de la necesidad de desarrollar estrategias orientadas a atenuar o anular estas prácticas.

La existencia de prácticas individuales de ascenso al poder

resulta ser necesaria aunque insuficiente para provocar procesos de transformación. La totalidad de las entrevistadas, como se verá en el capítulo siguiente, reconoce como indispensable para provocar el cambio en la condición subordinada y discriminada de la mujer, el despliegue de estrategias colectivas. Es necesario contar con una masa crítica de mujeres en puestos de poder. El peso de los números, el hecho de que haya cada vez más y más mujeres en la toma de decisiones, al igual que la estrategia de la acción positiva y la complicidad involucran a colectivos. La existencia de estos colectivos en conjunto con mujeres en situaciones de poder -unas y otras se necesitan recíprocamente- haría posible la implementación de estrategias de alto impacto social -aspecto que no es posible señalar frente a estrategias individuales-, permitiendo la transformación de la interacción social y, por tanto, de las organizaciones políticas creando nuevas formas de trabajo que generen más oportunidad y más fuerza para las mujeres, al producir un desbalance en las cuotas de poder que históricamente han manejado los hombres.

IV

El poder en colectivo



El transitar hacia la política es un camino difícil para las mujeres. Al hacer política rompen los mundos genéricos pues junto con dejar de estar únicamente en el ámbito doméstico, se apropian de ciertos poderes para intervenir en la sociedad. Estos poderes son considerados socialmente como específicos del género masculino y, en tanto tales, su apropiación por las mujeres es juzgada una transgresión a su identidad.

Si vamos más allá, hacer política desde las mujeres y para las mujeres, implica no reproducir el orden político existente sino reconstruirlo, trastocarlo, transformarlo para hacer de la sociedad una democracia también desde el punto de vista del género.

Sin excepciones, las líderes sostienen que se han incorporado a la política para cambiarla, en términos de humanizar las relaciones, hacerlas menos competitivas e incorporar nuevos contenidos de modo de generar propuestas sociales integrales. Algunas entrevistadas señalan que «si bien el tema Mujer puede resultar atractivo, es necesario abordarlo en el marco de los problemas que la gente considera importantes, de aquellos que surgen en la coyuntura y de los temas que son parte de la agenda del partido». Dicho de otra forma, el tema Mujer no cuenta con legitimidad en sí mismo, todavía no es considerado un tema clave de la política.

Las dirigentes hacen mención al trabajo en colectivo realizado durante la dictadura, a la capacidad para articular una propuesta de mujer y su incorporación en la propuesta general de la Concertación de Partidos por la Democracia, el cual fue el punto de partida para la creación del Servicio Nacional de la Mujer (SERNAM). En ésta como en otras iniciativas se consiguieron los objetivos programados por el despliegue de una articulación de fuerzas de mujeres y el logro de consensos sobre ciertos puntos sustanciales. Como consignan algunas entrevistadas «dimos una batalla muy linda, absolutamente concertada entre nosotras y la ganamos».

También se encuentran aquellas que, sin desconocer la importancia de un referente de mujeres que opine, proponga y negocie, en la práctica actúan solas porque no les gusta trabajar en equipo. Se señala que las mujeres tienden, al revés de los hombres -que sí establecen una confraternidad-, a defender su cuota de poder solas y que ello se explicaría por rasgos personales como «el individualismo», «la rebeldía frente a la disciplina partidaria», «negarse a adular a las directivas», «no reconocer la importancia de las normas institucionales». Y también por razones como la «debilidad de las mujeres para negociar en forma colectiva», «dificultad para ponerse de acuerdo y presionar». Se estima que estas dificultades se deben, en parte, a que prima la lógica, el programa y acuerdos partidarios los cuales, por lo general, entran en contradicción o ignoran los intereses particulares de género. Y en parte, a la ausencia de solidaridad entre mujeres que haga posible elaborar una estrategia real y unitaria. La solidaridad, como dice una de las entrevistadas, «se fue quebrando, empezaron las tensiones, las divisiones, las descalificaciones».

La mayoría de las líderes se refiere a la necesidad de constituirse en colectivo si se quiere influir en política. Sólo la capacidad de presión de un referente único de mujeres haría posible una negociación que cambiara las reglas del juego vigentes, llevando a una inserción -con poder- de la mujer en los espacios de la política. Para ello se requiere de una «complicidad» entre mujeres, en particular de aquellas que son cuadros dirigentes.

Para otras, el énfasis está puesto en la presencia de la mujer en términos individuales y colectivos en los distintos niveles sociales -partidos políticos, sociedad civil y Estado- más que en la existencia de una única instancia articuladora del conjunto de los grupos de mujeres. Ello permite articulaciones específicas en torno a determinadas situaciones. Desde estas integraciones transitorias, se sostiene, también es posible avanzar en una propuesta y prácticas democráticas que incorporen la dimensión de género. La articulación de todos los colectivos de mujeres, un programa común y estrategias compartidas

es visto como un proceso al cual se podrá llegar en el futuro. En el presente, el temor a lo que puede significar la emancipación femenina está suscitando un reforzamiento social de una identidad de género tradicional en tanto se sostiene que las mujeres «quieren y deben volver a su mundo, el hogar familiar». Esto, junto al reflujo de los movimientos sociales y muchas veces a su desarticulación y la toma de decisiones políticas cupulares, son factores que provocan impactos y consecuencias negativas y dificultan gravemente la capacidad de articulación de las mujeres en un movimiento autónomo.

La *estrategia de la solidaridad* es el tema fundamental que está en el fondo de estas reflexiones y que sostiene la posibilidad del trabajo colectivo de mujeres. Establecer solidaridades de género no es natural, se requiere de un proceso que vaya construyendo esta fraternidad. Las mujeres viven enormes dificultades, como dice Lagarde (1989), para identificarse entre ellas, porque en su admiración de lo que no son y de lo que no tienen, en su necesidad del poder, intentan identificarse con el hombre.

Siguiendo el pensamiento de la autora, las lealtades entre mujeres aparecen muy móviles, en el sentido que comprometen a distintas mujeres en distintos momentos. Surgen rivalidades producto de la necesidad de apropiarse del poder y, a partir de ello, la atribución de cualidades negativas a las otras. Esta rivalidad se funda «en una de las bases del mundo patriarcal: ninguna mujer es por sí misma». Obtienen su reconocimiento social en su relación con los hombres. Cualquier mujer es potencial enemiga. Cada una disputa a todas las demás un lugar en el mundo a partir del reconocimiento del hombre y de su relación con él, de su pertenencia a instituciones sociales y del amparo del poder. También se dan relaciones de amor-odio en las cuales se construyen afinidades o enemistades temporales o permanentes, dependiendo de ciertas personas y de ciertas circunstancias.

Al respecto, son muchos los testimonios de las entrevistadas: «He tenido problemas en el partido tanto por el machismo de los hombres como también de las mujeres. En los partidos y en los lideratos

de mujeres nos cuesta mucho reconocernos a nosotras mismas y aceptar que hay espacio para todas. Las mujeres nos sentimos siempre compitiendo por los pequeños espacios de mujeres. Una siente que la otra es un potencial escollo para su trabajo». «En mi Partido sí he tenido apoyo de las mujeres, pero es un sí dubitativo. En general no hay una relación diaria de amistad salvo cuando hay que romper barreras. En ese caso se trabaja juntas». «Me propusieron para un cargo importante en el Partido y hubo dos mujeres que se opusieron. Fueron a hablar con el líder que me llevaba en su lista y le dijeron que no debía ir. Me impidieron ser dirigente nacional del Partido y esto tuvo como consecuencia que no fuera como candidata a diputada después». «Nosotras las mujeres tenemos mucha dificultad para darle reconocimiento a otras mujeres».

Preferimos utilizar el concepto de complicidad, en vez de el de solidaridad, entendido como la capacidad de las mujeres de establecer un contrato temporal a objeto de enfrentar una tarea. La complicidad no requiere de reconocerse como iguales en el pensar, sentir o hacer. Sino que, en el marco de la diversidad, las mujeres trabajan en colectivo porque comparten intereses de género comunes.

Una segunda estrategia es la del *peso de los números* -más mujeres en todos los niveles políticos y en particular en los niveles superiores-, la cual se expresa en la necesidad de apoyar a las mujeres en el momento que emprenden una carrera política y luego durante su desempeño. Una estrategia que fue exitosa en el pasado y que sigue siéndolo en el presente, es la de formar equipos y constituirse en grupos de presión para negociar cada vez más cargos para mujeres.

Los sistemas políticos no aseguran por sí mismos resultados positivos para las mujeres, a menos que las estructuras de oportunidades y de poder sean afectadas por el incremento de mujeres en los niveles de toma de decisiones. A su vez, el solo hecho de que haya más mujeres -mayor participación- no garantiza por sí mismo el ejercicio del poder. La participación femenina en los círculos superiores puede ser un mero sustituto (símbolo), como ya se vio, del verdadero ejercicio del poder. La participación puede ser un mecanismo

de adaptación social más que de equidad; a menos que afecte la estructura organizacional altamente diferenciada y jerarquizada -de acuerdo al sexo-, para que así otorgue iguales posibilidades de caminos de carrera y de ascensos a las mujeres.

Este libro ha intentado mostrar que las prácticas desde y hacia las mujeres en el ámbito de la política se deben a factores estructurales básicos, tales como las limitaciones impuestas por los roles, la inflexibilidad valórica y cultural de la organización política, la carencia de poder y de oportunidades y la segregación o escaso número de mujeres en los niveles institucionales altos. El punto aquí no es sólo llegar a tener una presencia mayor de mujeres en los cargos superiores -un mejor balance de los números- sino, a la vez, llegar a establecer una participación que dé real poder a las mujeres.

En tal sentido, la mayoría de las líderes concuerdan en asignarle la máxima importancia a *la estrategia de la acción positiva*, o discriminación positiva como también se la ha llamado. Sin embargo, esta estrategia despierta fuertes oposiciones de parte de otras dirigentes. Consiste en establecer cuotas de participación para que las mujeres estén permanentemente presentes en la toma de decisiones. Según Lagarde (1993), es un pacto político previo a los cambios que se proponen. Las mujeres, las pactadas, proponen compromisos y se asumen como sujetos. Es un pacto suprapolítico, de todas, que negocian con quienes elaboran las normas y así conquistan más y mejores espacios para las mujeres. Alcanzar la acción positiva, transformarla en pacto social, legitimarla en el seno de la sociedad es un proceso difícil y complejo. Se trata de movilizar una gran fuerza social que impulse y presione. Esto pasa por acordar y negociar con las mujeres provenientes de distintos espacios sociales e ideológicos y con hombres claves, potenciales aliados.

Dado que el objetivo final de una política de mujeres es el «empoderamiento», existe un alto consenso entre las líderes respecto a la necesidad de desarrollar prácticas eficaces para acceder a la toma de decisiones. A nivel individual ello se logra activando recursos que permitan «marketearse», aprender a negociar, ganar legitimidad social

y política, formarse políticamente. Pero más importante aún, es la necesidad de capacitarse -personal y grupalmente- en el ejercicio del poder.

El poder no es sólo conflicto sino también negociación y manipulación entre personas con recursos desiguales, en nuestro caso, las mujeres respecto de los hombres. A pesar de su situación subordinada, las mujeres pueden alterar el curso de acción de hombres poderosos aunque sea en el largo plazo. El poder también es acción e inacción; lo que las instituciones e individuos no hacen es tan significativo o quizás más que lo que hacen. Poder indica una capacidad personal y, más importante aún, una relación. No se puede ignorar que el poder es «para» y también el poder es «sobre». El hecho de que las mujeres se abstengan de hacer algo en el campo de la política juega en su contra en términos individuales y colectivos. La existencia, en cualquier grupo, de posiciones de liderazgo definidas engendra poder, el cual se puede usar para alcanzar las metas deseadas por la mayoría de los componentes del grupo. Y, a la vez, los miembros de un grupo que actúan concertadamente están ejerciendo poder. El poder del líder se irradia al grupo en términos de influencia y el grupo acrecienta el poder del líder. Para Lukes (1985) el poder puede o no ser una forma de influencia, según intervengan o no sanciones, mientras que autoridad e influencia pueden ser una forma de poder, según intervenga o no un conflicto de intereses.

Pero no es sólo un problema de lo que las mujeres no hacen sino de lo que los líderes hombres hacen o dejan de hacer. Sus prácticas o abstención de acciones responden a la prioridad que le otorgan a la estabilidad de la transición democrática -lo cual limita la participación ciudadana- y a la necesidad de concentrar el poder, considerado un recursos escaso, lo que dificulta todavía más la capacidad de respuesta de las mujeres en este ámbito. En síntesis, en la carencia de una estrategia clara de las mujeres para conseguir poder como colectivo, juega un papel muy importante la acción o no acción de los actores en los sistemas políticos, más de los hombres que de las mujeres en tanto poseedores de poder real.

¿Qué significa ejercer el poder? Ejercer el poder supone poner en práctica un conjunto de recursos personales, institucionales, familiares, etc., que hagan posible el control sobre otro/s individuo/s. El ejercicio del poder puede entenderse en un sentido colectivo y en un sentido individual. En el primer caso, la obediencia se genera de manera indeterminada, difusa, puesto que la acción misma de una o varias personas o de éstas en el marco de ciertas circunstancias produjeron la obediencia. No es posible preguntarse cuál de ellas introduce una diferencia en el resultado, pues ejercen poder en conjunto. En el segundo caso, se puede identificar claramente quién ejerce el poder, en tanto el cambio de conducta de otro/s es resultado del mandato de una persona específica. El ejercicio puramente personal del poder se puede llegar a transformar en el curso del proceso social en un ejercicio colectivo del poder, esto es, de un grupo sobre otro, sobre un individuo o sector socio-económico, sobre la sociedad toda. Ahora bien, sólo si la acción de uno o varios sujetos asegura la obediencia de otro/s se puede hablar propiamente de un control social, de un ejercicio efectivo del poder, efectivo en el sentido de producir cambios. Una hipótesis plausible para el momento actual sería que las mujeres han conseguido tener algún poder como colectivo: muchas mujeres confluyen hacia un mismo objetivo, la defensa de los intereses de género, en el marco de circunstancias muy dinámicas; y han conseguido poder personal -algunas tienen acceso a la toma de decisiones- pero que, en ambos casos, la dificultad consiste en que las mujeres, si bien emergen como actor social, carecen de poder efectivo, no tienen la fuerza necesaria para producir transformaciones.

Los puntos centrales de interés, que intentamos responder en el curso de este trabajo, se refieren a cuáles son las prácticas orientadas a lograr que las mujeres hagan y piensen o dejen de hacer y pensar. En el ejercicio del poder, los actores involucrados en las organizaciones políticas utilizan determinados mecanismos para reproducir la discriminación sexual y, en segundo lugar, se abordan las formas utilizadas por las mujeres para eludir o sobrepasar la subordinación.

Es necesario identificar, empero, las dimensiones y elementos

no sólo internos sino de fuera de la organización que impiden o dificultan que la problemática de género surja como parte del debate político habitual. También cuenta de manera importante el comportamiento de la organización como tal. Una organización política -el partido, por ejemplo- si es fuerte e influyente puede inhibir el desarrollo de esta problemática, toda vez que ello no le reporte un beneficio inmediato, ignorando el incremento de su influencia y el enriquecimiento de su programa en el largo plazo, precisamente a partir de la defensa de la democracia para grupos excluidos como las mujeres. Las prácticas políticas, de hecho, inhiben la capacidad de transformar las necesidades de las mujeres en problemas y estos en demandas. Hay una cultura partidaria implícita que fomenta una percepción sesgada, selectiva y fragmentaria de los problemas y conflictos que aquejan a las mujeres. De esta manera, las instituciones y los dirigentes pueden ejercer un considerable control sobre las demandas, lo cual puede llegar a cercenar la conciencia colectiva confinando esta problemática a espacios secundarios o simplemente ignorándola y afectando la oportunidad de una reidentificación de las mujeres con la política. Esta práctica, junto a la persuación racional que se utiliza para mostrar que «la coyuntura exige el tratamiento prioritario de otros asuntos», pueden ser considerados mecanismos de discriminación institucionales, entre muchos otros, en tanto afectan de modo significativo a las mujeres.

La implementación de las estrategias señaladas de *complicidad*, del *peso de los números* y de *la acción positiva* para el acceso al poder, requiere de prácticas muy diversas. El quehacer político de las mujeres está marcado por variadas prácticas que se aplican según la situación y los sujetos involucrados. Sobre la base de que no es posible diseñar estrategias y prácticas de ahora y para siempre, puesto que la realidad está en permanente movimiento, las entrevistadas han hecho mención de aquellas que consideran prioritarias en los diferentes ámbitos sociales. Con el objeto de clarificar los tipos de prácticas éstas se han ordenado en: culturales, político-sociales y técnico-académicas. El mayor número de ellas se detectan en el área político-

social. Estas son:

- identificar y otorgarles reconocimiento a mujeres calificadas para asumir responsabilidades, de manera que no se pueda decir que «no hay mujeres disponibles»;
- identificar mujeres que sean líderes potenciales y apoyarlas en sus carreras;
- hacer «lobby» presionando a las/los políticos a la vez que darles apoyo o criticarlos, lo cual puede hacer de ellos personajes populares o impopulares. Se crean así intereses compartidos entre las élites de poder y las mujeres;
- ejercer el poder que se tiene como individuo y como colectivo;
- buscar alianzas con hombres poderosos no sólo en el ámbito de la política, sino en los distintos espacios institucionales y no institucionales a nivel nacional e internacional;
- aprender a negociar sobre asuntos posibles, sobre hechos concretos, acotados en el tiempo;
- usar los espacios sociales para actividades que otorguen poder y expandan la participación de las mujeres hacia esferas mayores.

Las prácticas de tipo técnico-académico que detectamos son:

- convertirse en un grupo experto, con especialización en uno o más tópicos específicos, por ejemplo, desarrollar conocimiento acerca del tema de la mujer trabajadora o constituirse en grupo de elaboración y apoyo a proyectos de ley;
- constituirse en un grupo de elaboración y apoyo a proyectos de ley relacionados con la mujer y coordinados con proyectos de interés social general;
- establecer con claridad objetivos concretos en el corto, mediano y largo plazo;
- analizar situaciones específicas de manera de comprender la naturaleza de los problemas y emprender acciones apropiadas. Las experiencias exitosas pueden ser usadas como modelos al mismo tiempo que permiten identificar los fracasos y evitarlos;
- suscitar la formulación tanto de políticas públicas como de políticas

empresariales, aprovechando las brechas que ofrece el modelo actual de sociedad. Un ejemplo sería perfeccionar el funcionamiento de los mercados a través de la implementación de una política de apoyo a empresarios pequeños o medianos, entre los cuales se encuentra una proporción significativa de mujeres. En otras palabras, articular la problemática de género a la propia lógica del mercado. En el mismo sentido, pensar los demás espacios sociales, en particular: la educación, la cultura, la política.

Por último están las prácticas de tipo cultural:

- desafiar los mitos a través de enfrentar situaciones que normalmente se suponen no aptas para mujeres (optar a un cargo electivo, por ejemplo);
- incrementar el nivel de conciencia colectiva acerca de los problemas de género;
- reconocer y aceptar la existencia de diferencias -saber que se tiene afinidades con algunas y con otras no- para llegar a establecer pactos, negociar con otras fuerzas sociales y avanzar;
- incrementar las capacidades para el manejo de grupos y procedimientos institucionales;
- sensibilizar a los medios de comunicación sobre la realidad de las mujeres.

En síntesis, de la misma manera que las prácticas discriminatorias son múltiples, las estrategias deben ser múltiples. Es por ello que la estrategia mayor, **la estrategia de las estrategias**, sería desplegar éstas en forma simultánea, en diversos espacios sociales y a distintos niveles jerárquicos. Esta afirmación obliga a reflexionar acerca de la naturaleza de las estrategias. Todas ellas pueden emprenderse en el marco de una lógica de la gradualidad que dice relación con una postura ideológica, con el contenido del discurso que sustenta la práctica, con el alcance de las reivindicaciones. Desde esta perspectiva el proceso empezaría por reivindicaciones mínimas, por la búsqueda de consensos básicos y en espacios de poder más cercanos y de segundo orden. La perspectiva que se sitúa en el otro extremo, plantea una lógica de

la aceleración de los cambios y del proceso de «empoderamiento». El proceso gradual es visto como una pérdida de tiempo y esfuerzos. Pensamos que es posible que ambas lógicas convivan dependiendo de las determinaciones histórico-culturales, de la coyuntura, de la oposición o alianzas que se generan, de la fuerza de las mujeres.

La existencia de espacios de mujeres múltiples, pluralistas y heterogéneos es importante en la medida que da lugar a todas las expresiones menos o más radicales; a la ocupación del microespacio y también del macroespacio; a los intereses inmediatos e intereses estratégicos de género; a estrategias individuales y colectivas; a la negociación entre mujeres, entre colectivos y con otros actores sociales y políticos. Concomitantemente, la aceptación de esta diversidad hace posible que estos espacios subsistan como un aporte a la «feminización» de la sociedad. Cada grupo, organización y colectivo debe constituirse en actor estratégico, a partir de su especificidad en términos de contenidos, metodologías y prácticas concretas y en tanto grupo experto y referente legítimo para otros actores claves de la política. En el camino hacia la construcción de movimiento, las mujeres y los colectivos -aun desde articulaciones fragmentarias y transitorias y como resultado de situaciones concretas- están potenciando los cambios. Desde estos espacios se recrea la identidad genérica, se permea la sociedad colectivizando la propuesta de mayor participación y poder de las mujeres, se pone en la agenda política los temas del cambio social.

Como se puede ver, es ardua la tarea a realizar. No por casualidad el feminismo ha sido definido como la revolución más larga y el proyecto más ambicioso, en tanto intenta modificar no sólo la sociedad sino el estatuto de lo humano.

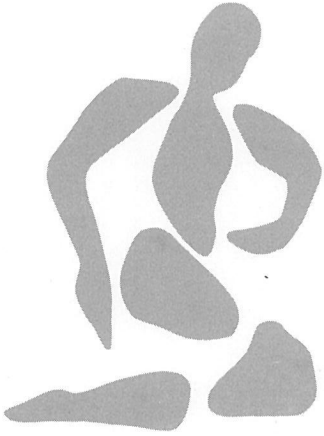
SEGUNDA PARTE

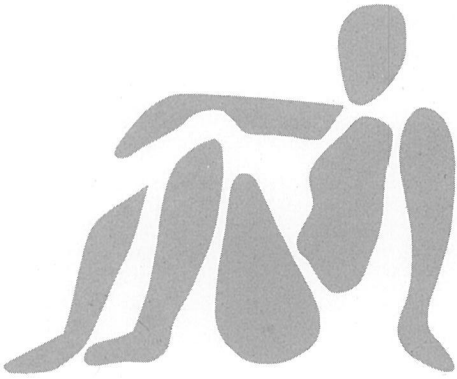
V

Las líderes hablan









En esta segunda parte, la palabra la tienen las líderes. Las entrevistadas son algunas de las pocas mujeres de todos los sectores políticos que han conquistado cargos que las colocan en la primera línea de dirección, lo cual les permite estar e influir en la toma de decisiones.

En las entrevistas se tocaron temas que van desde la vida personal y familiar, los por qué de su opción política, hasta los problemas que conlleva dicha opción. Vale decir, los modelos de rol que las orientaron hacia la política, las limitaciones del doble rol de esposas/madres-políticas, las discriminaciones de que son objeto en este ámbito específico y las estrategias que han debido desplegar para llegar a posesionarse con poder del espacio político.

Durante las entrevistas las líderes hablaron espontánea y libremente, expresando sus miedos y fortalezas, sus logros y dificultades y cómo los viven diariamente. Sin embargo, en el texto final se pudo percibir una selección de temas eliminándose aquellos que se refieren a situaciones personales problemáticas y otras que podrían generar controversias no deseadas con actores e instituciones de la política. Con todo, esas narraciones ausentes fueron utilizadas en el análisis sobre la dinámica de la discriminación.

Las dirigentes entrevistadas son, al igual que otros actores sociales, una síntesis de sus experiencias prácticas y su posición actual es el resultado de sus capacidades para darle un sentido a su vida política. En la medida que se han ido configurando como actores del proceso han, a su vez, producido cambios en otros/as al expresar su voluntad de transformar la realidad discriminada de la mujer en el presente.

Sin embargo, a través de sus palabras se percibe un sentimiento que dice relación con la inexistencia de un movimiento social de mujeres que se articule a sus luchas en soledad. Enfatizan que esta ausencia les resta potencialidades a su acción y viabilidad a una propuesta de cambio. Que si bien es cierto el contexto actual encierra

limitaciones también contiene potencialidades que es necesario explicitar. Que no existen, a nivel de la sociedad civil, espacios de acción e interacción donde las necesidades colectivas femeninas diversas sean reconocidas y representadas o simplemente organizadas.

En la mayoría de las entrevistadas está presente una profunda nostalgia por la pérdida de los espacios autónomos de mujeres y el prota-gonismo social y político alcanzado en otros momentos históricos. Sin embargo, esas experiencias pasadas han dejado tras de sí, como señala Arditi (1992), los efectos de su accionar como una suerte de «banco de datos» práctico y cultural para otras iniciativas colectivas.

El trabajo político de casi la totalidad de las líderes consultadas está marcado por la importancia de esas experiencias y la posibilidad de recuperarlas hoy, pero falta -señalan- configurar un liderazgo colectivo que formule una propuesta y le dé visibilidad, de modo que adquiera una intencionalidad compartida. Además, se requiere de un espacio que haga posible el desarrollo de acciones provenientes del campo social y aquellas que surgen del campo político con el propósito de provocar efectos institucionales de larga duración.



Soledad Alvear

Recuerdo que tenía apenas 13 años cuando me sentí atraída por primera vez por la actividad política. Fue durante la campaña de Eduardo Frei Montalva, para las elecciones presidenciales de 1964. ¡Pensar que hace ya casi 30 años!

Quien me despertó este interés fue mi padre. El era ejecutivo en la Compañía Manufacturera de Papeles y Cartones, empresa en la que llegó a ocupar la Gerencia del Personal. Aunque nunca fue militante, siempre simpatizó con la Democracia Cristiana. Con decir que durante la campaña de 1964 pidió permiso durante seis meses para dedicarse a trabajar por don Eduardo Frei, a quien profesaba gran admiración. Cuando su candidato fue elegido Presidente de la República, mi padre volvió a trabajar en la empresa y nunca ocupó cargos políticos.

Tengo grabados en la memoria muchos recuerdos de cuando, todavía niña, acompañaba a mi padre a reuniones y actos de la candidatura de Frei. Visitábamos poblaciones en Puente Alto, Pirque y sus alrededores. Pude captar así la pobreza en que se debatían tantos hogares y la enorme esperanza que depositaban en un cambio que les ofreciera mayores oportunidades de justicia y bienestar.

También participé, hacia fines de esa campaña, en esa imborrable experiencia que fue la Marcha de la Patria Joven, que marcó tan a fondo a un número considerable de personas de esa generación. Todavía me acuerdo

del fervor con que marché hasta el Parque O'Higgins en la columna que venía desde el Cajón del Maipo.

Desde ese momento quedé con una gran inquietud por la cosa pública, por todo el tema político. Eran tiempos de agudos enfrentamientos ideológicos, que anticipaban ya la extrema polarización a la que se llegaría hacia fines de esa década.

Para entender mejor lo que significaba la Democracia Cristiana, me volqué a la lectura de ensayos políticos. Por entonces yo todavía estaba en el colegio, en el tradicional Liceo 1 de Niñas, de calle Compañía, cerca de la Plaza de Armas de Santiago. Nuestra familia, que había vivido en Puente Alto, se trasladó a Santiago. Mi madre siguió dedicada fundamentalmente a las actividades del hogar.

Llegué a la Universidad en momentos de gran efervescencia estudiantil, a causa de la reforma universitaria y la aparición de movimientos extremistas. Me costó decidirme qué estudiar, ya que me gustaban tanto Pedagogía en Historia como Derecho. Me incliné por esta última porque percibí que me atraía sobremanera, todo lo que significase la superación de conflictos en el marco jurídico de un Estado de Derecho. Decano de la facultad en la Universidad de Chile era por entonces don Eugenio Velasco Letelier, que tan descollante y valiente actitud en defensa de los derechos humanos habría de tener durante el régimen autoritario. Numerosos jóvenes, independientemente de su opción partidaria, estaban interesados en el conocimiento de las grandes ideologías. Se leía y discutía mucho acerca de pensadores sociales y políticos.

A mí me impresionaron Erich Fromm, con «El arte de amar», y una serie de pensadores cristianos. Hice un seguimiento de los escritos de Maritain, Mounier y Teilhard de Chardin hasta sentir fuera de toda duda que sus ideas conformaban el marco doctrinario e ideológico que mejor me interpretaba.

Junto con iniciar mis estudios me incorporé como militante de base al núcleo de la Democracia Cristiana Universitaria en la escuela. Durante una larga primera fase desempeñé labores modestas, relacionadas básicamente con el diario mural, a través del cual procurábamos difundir el pensamiento demócratacristiano, y no ejercí ningún cargo de responsabilidad.

En los últimos años de mi carrera en la Universidad ingresé a la Juventud Demócrata Cristiana, donde pronto me asignaron funciones de mayor nivel. Así, en 1971 fui elegida integrante de la Mesa Directiva de la JDC que pasó a presidir el ahora Senador Ricardo Hormazábal. Me hice cargo del Departamento de Capacitación, donde me aboqué por largos años a la tarea de preparar militantes, tarea a la que asigno gran importancia. Teníamos tres niveles de capacitación, con cursos todos los días. Una vez que los jóvenes egresaban del tercer nivel pasaban a una escuela de verano durante tres semanas. De esta manera recibieron capacitación doctrinaria un gran número de líderes juveniles, algunos de los cuales ocupan hoy en día puestos destacados en la vida pública.

Me casé en 1973 y continué con estas labores, aunque ya no vinculada en forma tan estrecha. En los años siguientes, en la fase más dura del régimen del General Pinochet, trabajé en la reconstitución de las bases del Partido Demócrata Cristiano y estuve muchos años a cargo de un núcleo en la comuna de Ñuñoa, en la cual aún milito, organizando, asesorando en distintas materias político-técnicas a ese nivel. Al interior del Partido sólo he realizado labores de asesoría jurídica en temas de mujer y familia y preparado documentos sobre otros tópicos para el departamento femenino.

Mi marido es el diputado Gutemberg Martínez. Llevamos 18 años de matrimonio y tenemos una niña de 16 y dos varones, uno de 14 y otro de 9 años.

No quiero parecer pedante, pero la verdad es que en mi quehacer político he procurado siempre actuar de la manera más responsable posible, entregando todas mis capacidades y con fe en lo que estoy haciendo. He sido muy exigente conmigo misma, dándole el máximo de mi tiempo a esta actividad, dedicándome en forma exclusiva y dejando de lado cualquier otra preocupación, excepto, naturalmente, mi familia y mi vida privada.

El ejemplo de mi padre, en el sentido de entregar sin buscar recompensa, me marcó muy a fondo. Estoy convencida de que la política no sólo es búsqueda de poder, sino, principalmente, una actividad de servicio. Nunca he aspirado a ningún tipo de cargo al interior del Partido ni en la universidad, en buena medida, tal vez, porque he tendido a creer que mi aporte a la función pública está en un campo de carácter más intelectual, en el ámbito de la elaboración de proyectos y de ese tipo de cosas.

También Gutemberg ha sido una gran influencia en mi vida, incluyendo, por cierto, el quehacer político. Nosotros tenemos ya muchos años de vida en común, desde que nos conocimos en primer año de universidad. Ello ha significado crecer y desarrollarnos juntos en pos de lo que buscamos. Reconozco que pocas mujeres han tenido una oportunidad como la mía.

Percibo, asimismo, que en distintas etapas de mi vida el Partido me ha planteado desafíos importantes, que me han ayudado a crecer. Tenía apenas veinte años cuando me encomendó la responsabilidad de formar líderes juveniles, otorgándome no sólo el respaldo de la estructura partidaria, sino poniendo a mi disposición personas capacitadas para dar charlas formativas y elaborar materiales. Así pudimos salir airosos en esta tarea que significaba tener en funcionamiento de manera simultánea durante el verano, siete escuelas de formación en distintas regiones a lo largo del país.

Pienso que lo primero que debe hacer la mujer para insertarse en la política es interesarse por la cosa pública y capacitarse doctrinaria

e ideológicamente para poder emitir opiniones fundadas. No se trata de que sea experta en todo, pero sí en el rubro o en el ámbito específico que la motiva y en cada instancia de su trabajo.

Mi experiencia me indica que las dificultades con que tropieza la mujer que incursiona en política no provienen básicamente de su condición femenina, sino del desafío que supone para ella tratar de compatibilizar su espacio privado con la actividad partidaria. Tal desafío es por cierto mayor para la mujer casada o con pareja.

El quehacer partidario tiene lugar principalmente después de la jornada laboral y se prolonga a menudo hasta la madrugada. Entonces, aquella que tiene responsabilidades hogareñas se echa sobre sus hombros una carga muy pesada y conflictiva, especialmente si el hombre no está involucrado en el mismo mundo de ella. Porque si no hay un apoyo real de la familia será casi imposible que la mujer pueda dedicarse a la política y al mundo de las relaciones que ella envuelve.

Con razón una parlamentaria ha señalado que si el varón tiene una reunión política avisa a su casa que va a llegar más tarde; si la mujer debe participar en el mismo tipo de reunión tiene que pedir permiso y dejar todo organizado antes de salir.

En nuestra propia familia hemos debido, con Gutemberg y los niños, desplegar un esfuerzo muy consciente para adecuarnos a una situación en que la madre y esposa ejerce una función pública. En el momento de aceptar este cargo al frente del Sernam yo estaba bastante consciente de lo que iba a significar en términos de la vida familiar. La decisión fue asumida después de una discusión abierta con mi marido e hijos en la que tratamos no sólo la propuesta de mi nombramiento, sino también el ejercicio de Gutemberg como diputado y su creciente involucramiento en la conducción del Partido.

Me parece que en una situación como la que vivimos Gutemberg y yo es indispensable comprometerse a salvaguardar a toda costa espacios para la vida familiar, tiempo para la pareja y para los niños. Si uno no adopta compromisos claros para asegurar estos espacios, es evidente que esta incursión de cada uno en diferentes ámbitos del quehacer público puede terminar deteriorando, en lugar de fortalecer, la relación de pareja y la vida de hogar.

En la campaña de Gutemberg, como candidato a diputado por Ñuñoa y Providencia, en 1989, participamos activamente nuestros tres hijos y yo. Nos metimos a fondo en su mundo y andábamos los cinco para todos lados. Ahora eso ha cambiado: estamos en esferas del quehacer público distintas y cada cual respeta al otro y los compromisos que su cargo supone.

Gutemberg fue quien más me motivó para que asumiera este cargo. A mí, en cambio, me costó un mundo decidirme. Cuando el entonces Presidente Electo, don Patricio Aylwin, me llamó para ofrecerme el cargo yo estaba haciendo una consultoría para las Naciones Unidas acerca de la condición de la mujer en distintos países de América Latina, tarea que hube de abandonar.

¿Por qué me decidí y ahora me siento contenta en este cargo? Pues porque consideré, y ahora lo he visto confirmado, que dirigir este Servicio ofrece la posibilidad de hacer algunos aportes significativos a la consolidación de la democracia en nuestro país. Yo creo que hay que decir con absoluta claridad que la persistencia de obstáculos culturales y prácticos para la participación auténtica de las mujeres en todos los niveles de decisión, torna inviable el propósito de fortalecer la democracia en el país, toda vez que ellas representan cerca del 52% de los chilenos mayores de 18 años.

De allí que revista tanta importancia el trabajo orientado a lograr la inserción de la mujer en las decisiones políticas. A mi juicio, debiera descartarse el expediente de crear instancias especiales sólo para mujeres, que a la postre se transforman en ghettos

femeninos aislados. Me inclino mucho más por el fomento de la incorporación de las mujeres, de igual a igual, a las instancias en que se desenvuelven los varones.

La creación de este Servicio mediante ley no fue nada de fácil. Tuvimos que jugarnos a fondo para convencer, tanto a parlamentarios de la Concertación como opositores, acerca de la conveniencia de disponer de esta herramienta. Luego hubo que echarlo a andar, adscrito a la estructura del Estado, lo que ha obligado a bregar por la superación de rigideces e inercias burocráticas.

El ejercicio de la dirección de Sernam ha representado una experiencia muy interesante para mí, que nunca me había desempeñado en el ámbito público ni trabajado en una institución vinculada al Estado, ya que me había limitado a mi estudio jurídico y a mis funciones de consultora internacional. Insertarme en el ámbito público, en el que se ejecutan políticas desde el punto de vista del Ejecutivo, participar en calidad de Ministro en la tramitación de las leyes con el Poder Legislativo, conocer en el Consejo de Gabinete cómo se van estructurando las políticas al interior de los diferentes ministerios, trabajar con el conjunto de los ministros de este Gobierno, constituyen actividades que, en lo personal, han representado auténticos privilegios, máxime si se considera, y esto sin duda que me duele, que soy la única mujer.

Las dificultades no han sido escasas, lo que era previsible dado que se trata de un servicio nuevo. Hay que reconocer que en diversos sectores de la sociedad chilena, incluidos los poderes del Estado, persiste una actitud reticente ante el Sernam. Esta es una barrera con la que otras agencias estatales no están obligadas a lidiar. Son muchos los que continúan poniendo en duda la utilidad de este Servicio, preguntando para qué se creó y por qué no hay una institución similar para los varones. A mi juicio, la formulación de estas interrogantes deja en evidencia que no existe todavía una comprensión cabal del sentido de nuestra misión y enorme potencial, aún inexplotado, de la mujer en la sociedad chilena.

Por otra parte, una institución que se relaciona con el quehacer de un buen número de ministerios —Educación, Salud, Justicia, Vivienda—, cuyos programas deben llegar principalmente a mujeres, exige que un servicio como el Sernam se caracterice por su flexibilidad y tamaño reducido. Es decir, nos ha obligado a presentar los rasgos que tendrán que ir siendo hacia adelante característicos de la administración pública moderna.

El término del mandato del Presidente Aylwin hace inevitable que me pregunte qué me gustaría hacer en el futuro. Sin duda soy una privilegiada porque me parece que el abanico de posibilidades es bastante amplio. La posibilidad de retornar a mis clases en la universidad me parece apasionante. Otra alternativa sería el desempeño de asesorías, ya fuere al Parlamento, en la tramitación de leyes por las cuales me siento especialmente motivada, o al Ejecutivo en algún ministerio donde mi aporte fuese necesario.

La verdad es que no me veo realizando una trayectoria como parlamentaria o concejal. Al interior del Partido tampoco me he propuesto acceder a cargos de mayor relevancia. La razón de fondo tiene que ver con la familia.

Cuando asumí el cargo ministerial tenía clara conciencia del costo que significaba en términos de la vida de hogar. Han sido años de intenso trabajo y creo que me vendrá bien un respiro al término del período del Presidente Aylwin, si él decide que le acompañe hasta el final en estas funciones.

Después de 1994 desearía dedicar un poco más de tiempo a mis hijos. Siento que aún hay etapas muy importantes en la vida de ellos en las que no quiero estar ausente, muchas tareas por cumplir con ellos que no quiero dejar de lado. Que quede claro que en mi opinión ejercer una función pública es perfectamente compatible con la vida familiar. Estoy convencida, además, de que el país requiere que un número mucho mayor de mujeres se desempeñe en funciones públicas. Sin embargo, hay que reconocer que cuando

los dos integrantes de la pareja participan en la cosa pública, los costos para la familia resultan bastante elevados.

En mi opinión, hombres y mujeres están igualmente preparados para participar en política. Creo, sin embargo, que hay una formación que parte desde la escuela y que más bien tiende a lanzar a la vida pública a los hombres y a dejar a las mujeres rezagadas en el ámbito privado. El varón está en ventaja porque desde niño se le prepara con el objeto de que acceda al campo laboral: incluso desde el nivel escolar los contenidos de los textos refuerzan esta discriminación. En Sernam estamos haciendo una investigación acerca de los estereotipos sexistas que persisten en los textos escolares: seguro que los resultados serán sorprendentes y dejarán de manifiesto el carácter intensamente machista de nuestra sociedad.

Pese a la desventaja que acabo de señalar, considero que desde el momento en que la mujer decide involucrarse en la actividad política, su formación y su capacitación le dan una aproximación muy valiosa, necesaria y hasta insustituible a la vida pública.

En general, la mujer que trabaja fuera del hogar muestra mayor interés por la vida política que aquella que permanece en casa. Tiene mayor capacidad para salir al mundo público que la persona que se ha dedicado sólo a las actividades del hogar, cuyo único referente son los medios de comunicación.

Pienso que es imprescindible ayudar a un número creciente de mujeres a descubrir que los temas de la vida cotidiana son también temas políticos. La búsqueda de soluciones a problemas reales es una actividad por esencia política. Señalemos a modo de ejemplo la Ley de Jardines Infantiles, que ayuda a solucionar el problema de los hogares en los que trabajan el hombre y la mujer o en la que ella es la jefa de hogar y debe procurar el sustento de la familia. Esa ley fue dictada cuando el Congreso Nacional llegó a tener una cantidad suficiente de parlamentarias, las cuales decidieron

abocarse, por encima de banderas partidarias, a la tarea de elaborar un proyecto que ofreciera una solución a este problema.

Pero, de otro lado, considero que en el quehacer político la mujer es más vulnerable que el varón. Mi impresión es que su involucramiento afectivo es mayor, lo que le produce un desgaste más intenso. Para la mujer es difícil apagar el interruptor, desconectarse de los problemas, como lo hacen a menudo los hombres, llegar a casa y desentenderse de la situación. En general, eso a las mujeres nos cuesta más y tendemos a mezclar el mundo privado y el mundo público tanto en el plano laboral como en el nivel propiamente familiar.

A este respecto, nada más claro para mí que los testimonios de Golda Meir cuando fue entrevistada por la periodista Oriana Fallacci. Decía la ex Primera Ministro israelí que cuando estaba en la vida pública siempre experimentaba un sentimiento de culpa por no estar junto a sus hijos; y cuando estaba con sus hijos, ese sentimiento de culpa persistía, pero ahora por tener abandonadas sus funciones públicas. Creo que esa es una dificultad concreta cuya superación no será posible mientras la sociedad no comprenda que hombres y mujeres debemos asumir en conjunto y por igual el mundo privado y el mundo público.

Hay quienes consideran que las mujeres en general son inseguras, débiles e inestables, por lo que no sería recomendable su incursión en la actividad pública. Por mi parte, creo que la mujer ha demostrado muchas veces que es capaz de enfrentar con enorme fortaleza situaciones límites. Baste recordar lo sucedido en este país a consecuencia de la masiva violación de derechos humanos fundamentales perpetrada por el régimen autoritario. Quienes salieron a la calle para denunciar estos hechos fueron principalmente mujeres, familiares de las víctimas. Fueron ellas las que se organizaron en ollas comunes o comedores populares para sobrevivir a a una coyuntura económica extremadamente crítica, en que la tasa global de desempleo se empinó a 30%.

Recuerdo que cuando hice la práctica como abogada en los juzgados del crimen, comprobé que los domingo el 90% de los visitantes a los reos comunes en la cárcel eran mujeres, la mayoría de ellas sus madres. Demostraban así un amor incondicional y muy concreto, independiente por completo del delito que hubiese cometido el hijo.

En consecuencia, no me parece válido decir que las mujeres en este país se caractericen por su debilidad, timidez, falta de decisión o escasa generosidad para participar en la cosa pública.

Por desgraciada, indiscutiblemente la presencia femenina en la política es muy escasa. No hay ninguna mujer en la Corte Suprema, pese a que muchas jueces estarían perfectamente capacitadas para ocupar un puesto en ese tribunal. Nuestra presencia al frente de Ministerios, Subsecretarías, gerencias de empresas públicas, en la Cámara y el Senado es igualmente muy débil.

Atribuyo la responsabilidad principal a los partidos políticos en general. El peso de los prejuicios culturales sigue siendo abrumador. Recién se va desvaneciendo en el ámbito laboral la idea de que la mujer está en condiciones de desempeñarse en tareas que tradicionalmente fueron consideradas masculinas. En el ámbito político los prejuicios siguen muy arraigados. Se sigue pensando que el ámbito del ejercicio del poder es cuasi monopolio del varón.

En el aspecto laboral la mujer ha tenido que ganarse un espacio y en la actualidad un tercio de la población femenina trabaja. Pero su acceso al mundo político ha sido más difícil. No hay que olvidar que el derecho al sufragio femenino se consiguió en Chile en 1949, al cabo de una lucha de medio siglo.

Los prejuicios de orden cultural determinan, de otro lado, que en muchas ocasiones se manifieste, y no sólo en el ámbito político sino también en el profesional, más confianza en el varón que en la mujer. Por ejemplo al elegir a un cirujano se busca normalmente

a uno de sexo masculino. Reconozcamos que otro tanto sucede a la hora de elegir alcalde, diputado, senador o Presidente de la República.

Creo que en la primera instancia de toma de decisiones, cuando se emite el sufragio, la mujer participa más que el hombre. Así lo comprueba el análisis de los resultados del trascendental plebiscito de 1988 y de las elecciones presidenciales y parlamentarias de 1989. También en las instancias de decisión que podríamos llamar intermedias (juntas de vecinos, centros de padres), hay una gran participación femenina. Los problemas comienzan cuando ya la mujer aspira a ejercer cargos de mayor dedicación, aquellos que requieren decisiones, porque se les hace en extremo difícil compatibilizar sus obligaciones familiares con el mundo de lo público.

La democratización de los municipios ofrece un campo que podía facilitar la incorporación masiva de mujeres a la vida pública. El poder local es una instancia muy cercana al mundo femenino, se asemeja al manejo de una casa grande. Está relacionado con cosas que le interesan sobremanera a la mujer: el consultorio de su barrio, la plaza, el pavimento de la calle, el jardín infantil, el centro comunitario. En mi opinión sería necesario que los partidos incentivaran fuertemente a las mujeres para que incursionaran en estos espacios, en los que podrían ir ganando en la práctica la experiencia indispensable para acceder a niveles de decisión política más elevados.

También las propias mujeres que alguna conciencia tienen de la discriminación que afecta al sexo femenino deben hacer lo suyo. Las militantes de nuestros partidos debieran prepararse en materias atingentes a la gestión comunal. Es preciso que se capaciten para conocer la estructura de los poderes del Estado y la forma en que la comuna se inserta en esa estructura.

Les sugeriría, además, que traten de familiarizarse con el tema de la mujer. Reitero: no habrá verdadera democracia si no abrimos cauces a una auténtica participación de la mayoría de los chilenos, mientras no removamos obstáculos objetivos que impiden o dificultan esa participación.

Una sugerencia final a las mujeres, ojalá cada día más numerosas, que se decidan a incursionar en la actividad pública. Les recomendaría que sean tremendamente auténticas, que nunca adopten actitudes masculinas, que no es preciso ser agresiva para ganar apoyo o robustecer las posiciones propias. Siendo femeninas, con todos los atributos que cada mujer posee, se puede ser convincente y lograr llegar sin necesidad de gritar, de interrumpir o de manejar un lenguaje incorrecto. La mujer debe crear su propio modelo y no copiar modelos ajenos; debe contribuir a la búsqueda de soluciones reales y no demagógicas; debe ser eficiente y muy realista; mantener buenas relaciones interpersonales; y ser capaz de hacer compatible la vida privada y la vida pública.

De esta forma podremos avanzar más rápida y firmemente en la asunción de nuevas responsabilidades públicas. Candidatas mujeres lograrán el apoyo no sólo de sus congéneres, sino también de muchos varones. Y los partidos políticos estarán más dispuestos a presentar candidatas, porque ellas se constituirán en alternativas nuevas y creíbles que contribuirán a la consolidación de la democracia y al establecimiento de una sociedad más humana.



Carmen Frei

Provengo de una familia muy unida. Generalmente cuando eso sucede los hijos siguen el camino de los padres. A veces, por tradición, todos son abogados o arquitectos y en mi caso es prácticamente igual. Viví la actividad política siempre, acompañábamos mucho a mi papá en su trabajo partidario y público; mi quehacer actual ha sido como una continuación de lo que venía haciendo. Recuerdo que siendo chica, cuando mi papá se presentó como candidato a senador por Atacama y Coquimbo, nos fuimos a vivir todo el verano con él a La Serena. Después, en la campaña de 1958 cuando fue candidato a Presidente de la República por primera vez, yo lo acompañé y recorrimos todo el país.

A mi papá le gustaba mucho conversar con la gente joven y en las noches la casa se llenaba de juventud. Fue así como me integré al grupo que trabajaba en la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile. Pero ya había entrado al Partido Demócrata-cristiano cuando estaba en el último año del colegio y después de la campaña de mi papá, ese mismo año, juré como militante.

En verdad empecé bastante joven. Primero en la Juventud donde tuve cargos en la FECH y dentro de la Universidad. En el Partido fui Consejera Nacional en los años 1970 y 1971, más tarde directora del Departamento de la Mujer, después Vicepresidenta del Partido en la primera Mesa de Gabriel Valdés.

Pero esto, contado así, aparece como algo fácil, muy fluido. Sin embargo, me ha costado ganarme este espacio porque en el Partido las mujeres eran y siguen siendo muy pocas en cargos directivos, aunque somos mayoría entre los militantes. Siempre hubo un ambiente muy masculino y eso se traduce en que cuesta que a la mujer la tomen en serio. Los hombres le tienen mucho afecto, pero son un poco condescendientes, paternalistas. Para lograr su respeto y su consideración hay que prepararse más, pues siempre piensan que una va a plantear cosas muy vagas o muy superficiales por el hecho de ser mujer. En el fondo, para la mujer hay una doble exigencia pese a todo el esfuerzo que una hace, muchas más exigencias que para los hombres.

Esta situación la viven todas las mujeres del Partido. Y es curioso, porque en la época de la dictadura, en los peores años, la cantidad de militantes mujeres activas en nuestro Partido era impresionante. Como mi marido era Secretario General del Partido y él lo reorganizó a lo largo del país, recorrí Chile muchas veces en mi calidad de Directora de la Mujer. Las reuniones eran con mujeres presidentas provinciales, con dirigentas locales. Ellas hacían todo el trabajo pesado. Ahora que volvió la democracia siento que ha llegado una multitud de hombres a ocupar cargos y, en cierta manera, las mujeres se asustaron, se hicieron a un lado, dejaron el espacio. Se podría pensar que existe conciencia en este sentido porque en las reuniones siempre se habla de que tiene que participar un mayor número de mujeres. Pero en la práctica no se les dan los espacios que ellas requieren. Decididamente hay más discurso que efectividad en este aspecto.

Además, me parece que las mujeres no están trabajando muy activamente, no están luchando para ganarse ese espacio. Diría que hay un cierto interés y ese interés se convierte en planes y proyectos para capacitarlas, pero no se hace nada demasiado sistemático. Se habla mucho, pero no se concreta.

La mujer tiene que prepararse para asumir cargos políticos. Es preciso hacer una especie de concientización, dar a conocer qué es, en qué consiste este trabajo. No es llegar y lanzarlas dentro de un partido si carecen de formación. No me refiero a capacitación profesional porque hay muchas mujeres -al igual que hombres- muy capaces en ese sentido. La mujer tiene que prepararse para la lucha política, en el buen sentido de la palabra, porque si no lo hace la arrollan. Este es un trabajo duro.

Para empezar, el campo de la política además de ser difícil es muy competitivo y existe el afán de jugar un rol protagónico. En mi opinión una de las fallas del quehacer político es el anhelo de competencia, de figuración. Es una tarea que induce a hacer zancadillas a los demás. Se pierde mucho tiempo en eso. Para la mujer es aún más difícil; aunque luchadora, no es en sí una persona conflictiva. En política las discusiones siempre son muy apasionadas y eso da origen a conflictos que dejan secuelas y a la mujer le cuesta más borrar esos residuos de animosidad. Queda más resentida porque las discusiones políticas generalmente son muy duras y ella tiene otra sensibilidad, no disimula su malestar, se siente agredida. Los hombres no, entre ellos se dicen cualquier cosa y siguen tan amigos. Además, en la práctica, entre las propias mujeres no hay demasiado apoyo. Muchas buenas maneras, muchas buenas palabras, pero al entrar a competir definitivamente no nos apoyamos.

En mi caso las cosas fueron algo distintas. En el Partido había interés porque hubiera una mujer senadora. Si resultaba sería la primera vez que ocurriría en la Democracia Cristiana y yo tenía muy buenas posibilidades. La campaña interna no fue muy dura: gané con bastante facilidad. Luego la campaña como tal no presentó mayores problemas. Pero en el Senado sí he encontrado dificultades. Aunque en verdad nos ha costado a todos, a hombres y mujeres por igual. Prácticamente había que reiniciar el trabajo legislativo y no conocíamos cómo era. Nos demoramos un buen año en conocer el manejo de las comisiones, la tramitación de una

ley, todo el tejemaneje. El trabajo legislativo no es nada de fácil y además ¡habían pasado tantos años! Y hay algo más. He pensado muchas veces que en política la mujer va rápidamente a las cosas más esenciales, sin tanto rodeo y sin tanta palabrería. Eso es lo que más me cuesta en el Senado porque frente a cualquier tema se habla, se habla y se habla; todo se vuelve grandes discursos. Yo soy más concreta. Es tremendamente difícil para mí estar tardes enteras escuchando discursos en cuyos primeros diez minutos ya se ha dicho todo y sin embargo hay que quedarse cuatro horas más oyendo lo mismo.

Es un hecho que los senadores han sido muy deferentes, muy amables, pero en el trabajo se ponen más duros. No nos dan espacio gratuitamente, tenemos que ganarlo. Y aun dentro de nuestra propia bancada a veces he tenido que extremar mi dureza para que se me escuche porque hay temas que los hombres simplemente dicen que no son para las mujeres. Cuando elegí el tema de minería y me decidí por ese campo fue porque lo conozco. Como representante de una región minera pensé en la necesidad de humanizar este trabajo -las leyes tienen que ser leyes humanas y si no, no sirven-, pero noté que ellos pensaban: «¿Qué sabe una mujer de minería?» Según ellos este era un asunto de hombres, aunque jamás me lo dijeron directamente. Ahora creo que me he ganado su respeto. Por ejemplo, cuando tramitamos las leyes del Sernam, normalmente decían: «Bueno, la Carmen se encarga de eso». Todo lo de la mujer lo deben ver las mujeres. Yo pedí mucho que los hombres tomaran ese tema. Quería que se involucraran, que conocieran bien una materia que debería interesarles. Pero fue inútil, para ellos todo lo que es social o que trata de las mujeres es para «la Carmen». Tenían roles muy claramente determinados, al menos en el grupo en que trabajo. Ahora saben que conmigo eso no corre, he logrado imponerme en ese sentido. Están conscientes de que manejo el tema de la Comisión de Minería. Claro que he tenido que hacer un esfuerzo considerable. Sí, el manejo de ese tópico me ha obligado a estudiar, viajar al interior de la zona, meterme en los campamentos mineros, conocer a los mineros,

estudiar las leyes, etc. Un esfuerzo enorme pero muy enriquecedor; estoy contenta de haberlo hecho. ¡Pero no ha sido nada fácil!

A veces pienso que es injusto que los hombres sin tanta preparación, sin tanta necesidad de estudiar y sólo por el hecho de ser hombres tiendan a abordar cualquier tema, a demostrar que todo lo conocen, todo lo saben. Esa es una falla del mundo político. Se piensa que quien llega a tener un cargo político tiene que saberlo todo. Muchas veces digo que no sé algo y pido que me lo expliquen. Los hombres jamás reconocerían eso con tanta facilidad.

En mi bancada tengo fama de ser un poco dura, de ser muy peleadora. Ellos saben que soy peleadora, pero también saben que me las he jugado, que trato de estar preparada. Siento que mi actitud es absolutamente legítima. Y actúo tal como soy. Sòy mala para los garabatos, nunca los uso, pero hablo con firmeza, como mujer. Me doy cuenta que me he ganado el respeto de los hombres, pero no ha sido fácil.

Estoy casada con un parlamentario, tengo tres hijos grandes. Los dos mayores ya casados. María Paz, la mayor, es economista; el segundo, Eugenio, licenciado en Historia y con un postgrado en Ciencias Políticas; la tercera, Francisca, tiene 21 años y estudia Sociología. De Eugenio, mi marido, he recibido en todo aspecto un apoyo enorme que se debe a la tradición de su familia. Su madre era una persona muy integrada, siempre al día en todo, y su padre fue uno de los fundadores del Partido en Maule. El siempre me ha respaldado, me ha impulsado a hacer cosas y a no sacarle el cuerpo a nada. Incluso hubo temporadas en que quería quedarme en la casa, más tranquila, pero la verdad es que él me ha obligado a salir porque entiende que no estaría contenta sin esta actividad. Por ejemplo, en la campaña pasada de parlamentarios el Partido también le planteó que fuera senador. Lo analizamos muy francamente y vimos que era imposible, no podíamos enfrentar dos campañas de senadores con un costo económico altísimo. Estábamos conscientes de que era necesario que hubiera una mujer

senadora en nuestro partido. Fue algo absolutamente conversado y así tomamos la opción de que fuera yo.

Al contrario de lo que la gente piensa, en nuestra vida familiar no se han presentado problemas. Estamos juntos tres días de la semana en Valparaíso y eso es una gran cosa; los demás están solos, nosotros no. Almorzamos casi siempre juntos y el trabajo lo hacemos muy unidos. El presidió la Comisión de Gobierno de Regionalización y Descentralización de la Cámara y yo también estoy en esa Comisión en el Senado. Al principio, debo reconocerlo, habíamos pensado que podríamos dar conferencias de prensa juntos. Tuvimos dos o tres conferencias y siempre terminábamos medio enojados. Nos preparábamos antes y decíamos: «Ya, estos temas tú, estos temas yo». Pero nos interrumpíamos y uno de los dos terminaba alegando: «Para qué te metiste en lo mío, habíamos quedado...» Por último, lo solucionamos drásticamente y decidimos dar conferencias de prensa y entrevistas cada uno por su lado. Nos dimos cuenta de que había problemas de competencia y no era sano que eso nos sucediera.

Nosotros jamás hemos hecho una división entre la vida familiar y la vida pública. Los niños, siempre que se puede, nos acompañan en las giras, siempre están con nosotros y buscamos los fines de semana para salir con ellos. Están muy integrados. Es cierto que el trabajo de la casa se ha recargado; de todas maneras tengo que estar pendiente del gas licuado, de las compras, de todo. Nunca se abandona esa parte. Aunque todos en la casa ayudan, existe esa responsabilidad y se me recarga el trabajo.

Siempre pienso que en el futuro seguiré trabajando, en lo que sea y donde sea. Antes que nada soy senadora por la II Región, ahí tengo mi espacio y deseo hacerlo bien. Hay desafíos que se presentan día a día y es preciso asumirlos. Es difícil que me retire de la vida política, creo que nunca lo voy a hacer; aunque también sé que es muy importante ir dejando lugar a la gente que viene detrás. En mi opinión una no debe retirarse totalmente, porque

va teniendo experiencias que es bueno compartir. Tal vez no continuaría en un cargo público, trabajaría al interior del Partido. Puedo ser consejera, participar en el Departamento de la Mujer, un departamento que realmente espero se suprima algún día. Lo pienso seriamente, ojalá se elimine el Departamento de la Mujer.

Cuando me hice cargo de esta problemática en el Partido existía una instancia paralela que se llamaba «Frente de la Mujer». Las mujeres trabajábamos en el «Frente» y no nos dejaban dedicarnos a otra actividad. Si queríamos trabajar en otra cosa decían: «No, la mujer al Frente de Mujeres». Era tan ridículo. El Partido de hecho estaba separado en Frente Femenino y Frente Masculino y los hombres hablaban del «Partido Demócratacristiano». Finalmente conseguimos suprimir el Frente y crear el Departamento de la Mujer. La idea nuestra era tener un Departamento Técnico de la Mujer, pero no por eso dejar de participar y de trabajar en el Consejo del Partido o tener cargos en la directiva. Todavía eso no se practica mucho, siempre existe la tendencia a circunscribirnos al Departamento de la Mujer. Creemos que en el futuro puede haber un departamento de esta índole para las cosas técnicas que se relacionan con la mujer. Algo así como el Departamento de Pobladores o el de la Juventud, pero con la mujer integrada absolutamente en todo. Diría que la idea está ganando bastante fuerza, pero todavía hay gente que quiere volver al Frente, que piensa que a través de él puede tener más espacio. Eso es desconocer la realidad.

Sé que hay partidos, como el Partido Socialista y el PPD, que han planteado el 20% de discriminación positiva. En el Consejo de la Democracia Cristiana se discutió esa idea. A mí no me gusta. Siento que la discriminación positiva implica encasillar, digamos, al 20% de las mujeres. ¿Por qué no el 100% igual que los hombres? No me parece que haya que dividir: esto para las mujeres, esto para los hombres. Pero a la larga, con la experiencia, nos hemos dado cuenta lamentablemente de que quizás es un mal necesario para que, por lo menos, exista esa obligación de dar espacio a la mujer.

Respecto a la relación entre mi trabajo y el Partido, éste obliga, y creo que es justo, a tener una cierta disciplina partidaria. Nos dejan discutir todo lo que se quiera mientras no se haya determinado una posición partidaria, pero cuando se fija esa posición es preciso acatar la mayoría. En ocasiones ganan otras posiciones y entonces una dice: «¿Por qué, si yo tengo la razón?» Pero si se pertenece a un Partido se debe aceptar una disciplina que es igual para hombres y mujeres. Lo que ocurre es que a mí personalmente me cuesta más asumirlo.

Algo que he podido observar es que los hombres se preocupan o desconfían más cuando los temas los plantean las mujeres. Por ejemplo, si un senador da un informe en una comisión lo que él dice se acepta más fácilmente. En cambio si yo presento el informe mi impresión es que me interrogan más, indagan más, como si necesitaran tener mayor seguridad ante lo que expongo. Se percibe una cierta desconfianza y eso, en general, a las mujeres nos molesta. Bueno, ¡es que hay una tradición machista de tantos siglos! Ahí es donde noto que a la mujer le falta empuje, se molesta y se retira. Por ejemplo, terminó la dictadura y las mujeres se fueron a la casa y no dieron la pelea.

Sí, creo que a la mujer le falta realmente el deseo, la motivación para integrarse a la política. Se ha marginado, se ha desvinculado. Tuvimos un movimiento muy articulado en el pasado y actualmente hay muy pocas mujeres en la vida pública. Las mujeres están acostumbradas a un trabajo bastante silencioso y sacrificado, sobre todo si se considera lo que hicieron en un momento dado frente a la dictadura. Y creo que también la dictadura tiene una buena parte de culpa en esta situación. La gente vivió frustrada durante muchos años y después llegó una avalancha de personas que legítimamente querían acceder a puestos y a responsabilidades. Pienso que ahí pasaron a llevar a la mujer. En esa competencia para asumir cargos, para figurar, la mujer se desconcertó un poco. Estaba acostumbrada a trabajar, a las marchas, a salir a la calle, a hacer cosas distintas y le faltó decir: «Bueno, yo también me gané

un espacio, yo peleé más que nadie». Quedó como un poco pasmada frente a muchos hombres que querían asumir puestos y no habían hecho nada, que volvieron de las sombras y se autoproclamaron.

Cuando se trató el tema de las elecciones municipales en el Consejo del Partido, pedí expresamente que se incluyeran candidatas mujeres. Habíamos pedido que en todas las comunas se llevara a una mujer, pero no fue posible.

A mi juicio la comuna, el municipio, es el lugar ideal para el trabajo político de la mujer porque implica justamente preocuparse de la vida diaria de las familias que en él viven. Es como tratar de manejar bien una familia grande. Es integrar la realidad de toda una comuna para que funcione y la vida sea más fácil y grata. Las mujeres deben tratar de ser concejales para servir a su municipio, realizar una tarea y no tomar ese cargo como un peldaño para una carrera política, para ser más en el partido o tener más influencia. La mujer tendrá que estudiar la Ley Municipal, saber en qué consiste el municipio, cuál es la realidad de su comuna, trabajar a conciencia pero sin asustarse. Todo es posible si uno lo enfrenta bien y con naturalidad. Ser concejal significa preocuparse no sólo de que se disponga de un buen presupuesto sino de que el entorno sea bueno, que todo funcione en forma racional: las ferias, los colegios, las botillerías; que se solucionen los problemas de la familia, que la vida sea más agradable y segura para todos. La mujer puede hacer del municipio un espacio armónico porque todo eso lo conoce: sabe de presupuesto, qué comprar, le gusta salir y ver un poco de verde, le gusta la recreación.

Es mucha la gente, y en ese sentido los partidos tienen el discurso claro, que quieren alcaldesas y concejales mujeres. Pero cuando llega el momento de la votación eligen a los hombres. Eso es el machismo. Al hombre -aunque lo niegue- le cuesta votar por una mujer. ¡Por algo ha sido EL hombre durante siglos de siglos! Especialmente el hombre latino se siente menoscabado en su machismo si la mujer ocupa un cargo político o tiene un puesto

alto, y eso durará hasta el día en que se entienda que somos iguales y que debemos construir juntos.

Pero sigo pensando que a las mujeres, y también a los hombres, nos falta conocimiento, información. Creo que es fundamental conocer un poco la historia política, la historia económica de nuestro país. En ese aspecto los chilenos somos terriblemente ignorantes: no sabemos historia, no conocemos la tradición de los partidos, ignoramos por qué Chile es una democracia, desconocemos los errores del pasado que a veces se vuelven a cometer porque la historia se repite. No podemos olvidar que somos la síntesis de algo que ha venido sucediendo a lo largo de muchos años, no estamos sueltos en el mundo. Con frecuencia miramos hacia otros países. Conocer lo propio enriquece y podríamos tener mucho más éxito sin necesidad de estar copiando lo de afuera. Los chilenos somos un poco acomplejados, no conocemos el Chile de hoy ni el de ayer. Además, no sabemos nada de nuestras mujeres.

Cada día estoy más convencida, absolutamente convencida, de que las mujeres tenemos igual capacidad que los hombres. Lo he visto en mi matrimonio en el que hemos tenido que pelear los dos para salir adelante. Pero gracias a eso me he dado cuenta de que el hombre y la mujer nos complementamos. Tenemos que ser y somos muy distintos, pero finalmente esa es la gracia. Ser diferentes, con distintas sensibilidades y con aproximaciones diversas a los problemas. La riqueza está justamente en ese encuentro en que los dos podemos aportar con la misma responsabilidad, con el mismo interés y la suma de esos aportes nos sirve para ser mejores, alcanzar el éxito, vivir mejor. Eso es lo que le falta a la sociedad en que vivimos, es una sociedad coja que tiene más de uno y menos del otro. Y esa sociedad que todos queremos construir, más humana, más solidaria, más responsable, es difícil de alcanzar justamente porque falta el aporte de los dos. Ese es nuestro gran desafío: cómo enfrentar un nuevo siglo con una mujer que se complemente con el hombre, no con una mujer que se hace más hombre. Cuando lo logremos vamos a andar mejor.

Para alcanzar esa meta se requiere una autovaloración enorme de la mujer, de lo que es ser mujer, de sus sensibilidades. No mirarnos como un reflejo del hombre; esa es la gran falla de la mujer. Nunca nos miramos en relación a nosotras mismas. Nunca vemos la riqueza que significa ser una mujer desarrollada, en plenitud, con todas sus capacidades, con toda su potencialidad. Eso implica ser nosotras nuestro propio modelo sin mirar a otros. Antes que nada es necesario que la mujer no trate de asemejarse al hombre, de aparecer como hombre. Debe ser muy auténtica en su lenguaje, en su manera de ser. Si una mujer trata de actuar como un hombre o de igualarse a él para ganar espacios, será rechazada tanto por las mujeres como por ellos mismos. En ese sentido pienso que la lucha entre los dos sexos es fatal, no ha conducido a mucho. Es mejor pensar en una integración con el hombre. No se trata de quitarle espacio, por el contrario, le estamos agrandando su espacio porque todos -ellos y nosotras- estamos compartiendo y asumiendo en plenitud.

Hay algo de cierto cuando dicen que las mujeres somos inseguras. Somos inseguras porque estamos intentando competir con el hombre, tratando de llegar a ser igual o más que él. Pero no somos en absoluto débiles, todo lo contrario. La mujer de este país tiene una fuerza y un coraje extraordinario y lo ha demostrado. No sé de dónde saca esa fuerza y esa enorme capacidad de sacrificio. Lo que nos falta es preparación y una mayor autovaloración en todos los aspectos. Ser dueña de casa tiene un valor muy grande y en ese plano la mujer se subvalora. Por ejemplo, cuando en las reuniones se le pregunta: «¿Usted qué hace?», la respuesta es «nada, yo soy dueña de casa, nada más». Las mujeres no se dan cuenta de la tremenda riqueza que hay en eso: manejar un hogar, criar a los hijos entendiendo que eso no sólo implica alimentarlos y cuidar que tengan una cama donde dormir. No, por el contrario, es estar creando seres humanos, con democracia, con valores. Ser madre ya es una gran responsabilidad y una gran tarea. Por eso, la mujer debe valorizarse, asumir ese potencial para que cuando se le pregunte qué hace responda con orgullo: «Sí, soy dueña de casa, crío hijos, mantengo una familia. Trabajo.»



Soledad Larraín

Mi padre era dueño de fundo. Cuando se lo quitaron se dedicó a las importaciones y exportaciones. La mamá empezó a trabajar sólo cuando ellos se separaron; yo tenía 12 años. Primero en la Radio Minería, luego en el Diario La Segunda y ahora, en El Mercurio. En mi medio familiar no existía gran interés por la política. Era una familia bastante de derecha, digamos que del sector alto. Tal vez mi padre durante un período estuvo más cerca de la Democracia Cristiana. Hasta la edad en que viví con él teníamos muy buena situación económica, veraneábamos en Zapallar. Ni siquiera éramos pequeña burguesía, más bien éramos burguesía.

Empecé a participar políticamente cuando entré a la universidad a estudiar Psicología, fue en el período de la Reforma en 1966-1967. En esa época un tío mío, jesuita, Director de la Escuela de Psicología y de la Revista Mensaje, ejerció una gran influencia en mí. Era una persona muy de vanguardia en todo lo relacionado con el punto de vista social de la Iglesia, y a través de él comenzó mi actividad política en el contexto de la Universidad Católica, de la Reforma Universitaria, de la Escuela de Psicología, donde no había nadie que no fuera de izquierda.

Primero estuve un año en Arquitectura, pero la verdad es que siempre me interesó, me gustó y me motivó la Psicología, los aspectos del desarrollo humano, el desarrollo personal. Entré a estudiar en 1966; al año siguiente ocurrió la toma de la Universidad. Ahí empecé

a participar con la gente del sector rebelde de la Juventud Demócratacristiana, que estaba a punto de irse. Nunca milité en la Democracia Cristiana, pero formé parte del grupo de Sociología y Psicología. Más tarde se creó el MAPU y me integré desde el principio, desde la Asamblea Constituyente.

Eso en la Universidad, porque la época de colegio no significó ningún aporte para mí. Estudié en varios, me echaban de todos. En términos de formación, de educación, ninguno de los tres colegios donde me eduqué tuvo importancia. Me casé, tengo dos hijos, me separé en 1980 y ahora hace cuatro años que vivo con Jorge. Tenemos una buena relación de pareja, bastante autónoma, independiente, con un buen apoyo del uno hacia el otro.

Volviendo al aspecto político, llevo en el cuerpo como 22 años de militancia. He militado más de la mitad de mi vida en un partido político. Primero entré al MAPU y después, cuando ocurrió la división del Partido -en 1973-, me quedé en el MOC. Posteriormente, en 1980 o 1981, cuando el MOC se fue al Bloque Socialista, estuve en el Bloque. Por último en 1983 o 1984 ingresé al Partido Socialista. En el Partido Socialista, antes de la unidad, estuve en el Primer Comité Central Designado y luego, cuando se hizo elección, fui elegida para el Comité Central. Más tarde, durante un período de dos años estuve como encargada de la Federación de Mujeres Socialistas. Ese también era un cargo electivo. Y en la primera elección del Partido Por la Democracia estuve en el Consejo General; actualmente soy miembro del Comité Central.

Toda esta militancia no ha estado exenta de problemas. Cuando ingresé al Partido ya estaba militando en lo que era el Movimiento de Mujeres. En el Partido Socialista se ha librado una gran batalla para que se dé al tema de la mujer la debida importancia. Pero no tiene una gran sensibilidad en este sentido; las mujeres feministas hemos hecho ahí un gran trabajo, muchas veces difícil. A mi juicio el Partido tiene una estructura terriblemente rígida, arcaica e inflexible, que pocos aplican pero que nadie quiere

cambiar. Por esa razón no tengo militancia orgánica, o sea no voy a las células ni cumplo con una serie de ritos que en la práctica nadie cumple, porque los socialistas en este aspecto son bastante poco rígidos.

Pienso que todas las mujeres que estamos en el Comité Central tenemos, en términos de funciones y responsabilidades, dificultades concretas por el hecho de ser mujeres. En mí se suma otra característica: soy la compañera del Presidente del Partido. Si voy con Jorge a un acto del Partido él es el Presidente del Partido y yo soy su esposa; dejo de ser Soledad Larraín miembro del Comité Central. Es decir, no se me considera como dirigente del Partido, soy la señora de... y eso de ser la señora de ... implica de plano que eres considerada en otra condición. Cuando voy sola las cosas son distintas.

En lo que se refiere a mi ascenso dentro del Partido no tengo muy claro si es el Partido quien me ha puesto límites o soy yo. Dedicarse por entero a la política -algo que he vivido bastante tironeada y que no deseo para mi vida- significa que una se va comprometiendo, se va restando espacios de libertad para otras cosas. Cuando estuve a cargo de la Federación de Mujeres Socialistas sentía el agobio terrible de tener que representar a las mujeres socialistas, hablar en nombre de ellas, de una cantidad de mujeres a quienes, en realidad, no representaba para nada. Todo lo que implica mayor responsabilidad y representación me produce mucha tensión porque me quita libertad para opinar como deseo, para hacer lo que quiero. Hay un freno mío personal también. Tengo la sensación de que si me jugara más y dedicara más tiempo a la actividad política tendría mayores responsabilidades. Obviamente nunca llegaría a las instancias más altas porque está muy lejano el día en que el Partido pueda aceptar a una mujer como presidenta. Pero sí tendría más espacio para desarrollarme y llegar a la Comisión Política, a alguna Vicepresidencia... Aquí ha actuado mi propio freno. En verdad, fuera de lo que he dicho no creo que pueda individualizar dificultades concretas. Es la suma de hechos cotidianos la que hace más difícil el trabajo político para una mujer.

En el Partido, en el grupo de mujeres que tuvo la experiencia del Movimiento, desarrollamos una relación bastante solidaria que aún existe y diría que eso fue lo más importante: coordinar una estrategia común, aunque con ciertas deficiencias. Esa estrategia debió haber sido mucho más significativa y relevante, pero el grupo inicial se fue quebrando y empezaron las tensiones, las divisiones, las descalificaciones que frecuentemente vienen de parte de las mujeres. Toda esta lucha es muy deteriorante y agotadora.

Ese tipo de descalificaciones se presenta siempre en la medida en que a una le empieza a ir mejor que a las demás por distintos factores. Comienzan las tensiones, los rumores, los chismes en el sentido de que alguna está haciendo carrera porque se acuesta con un dirigente, y así por el estilo. Esa típica situación entre las mujeres se dio también acá y el grupo original terminó bastante deteriorado, en un momento en que se necesitaba el mayor apoyo del resto de las mujeres. Una empieza a percibir que los asuntos que le preocupan están absolutamente ausentes, que hay un lenguaje ajeno y que existe una terrible dificultad para introducir los temas de la mujer. Llegó un momento en que vimos muy clara la necesidad de salir de los temas específicos de mujer, nos habíamos localizado mucho. Si en las reuniones de Comité Central no se abordaba este asunto las mujeres no teníamos de qué opinar.

No es una estrategia que haya fracasado... Siento que puede ser culpa de todas mis desviaciones de psicóloga. Se necesita mucho mayor trabajo basado en confianzas y lealtades personales y entender que estamos en un proyecto común. Entender, por ejemplo, que el hecho de que la Nany sea diputada es espectacular para todas porque es la presencia de una de nosotras en el Parlamento y no pensar «¿por qué está ella ahí y no yo?».

Todo lo anterior no significa que no haya tenido apoyo en mi carrera. Lo tuve, sí, de distintas personas en diferentes etapas. En el último tiempo en el Partido Socialista lo más relevante fue la solidaridad del grupo de mujeres y el apoyo de algunos sectores

de hombres del Partido que han tenido confianza en nosotras. Es un respaldo que ha adoptado diversas formas. En el grupo de mujeres significó fijar la estrategia en común, compartida. Eso se tradujo en que en el momento de la transición nos reunimos y dijimos, «bueno, a ti y a mí nos interesa el Gobierno, te apoyamos para el Gobierno», «a mí me interesa el Parlamento, te respaldamos para el Parlamento». Hubo una estrategia compartida en que cada una apoyaba a la otra, conscientes de lo difícil que era dar la pelea para ocupar esos espacios. Y en otras etapas, en distintos aspectos, se siente ese aval, esa protección. Por ejemplo, la gente del Instituto para el Nuevo Chile organizó foros, paneles, donde teníamos un rol importante; la revista del Partido, da espacio siempre que una lo pide; APSI ha incluido algo escrito por mí cada vez que quiero.

En lo que se refiere a mi relación con el Partido y especialmente en mi trabajo con el Gobierno, siento el apoyo del Partido; en los momentos difíciles, en todos los últimos conflictos que han surgido, he recibido un gran respaldo. Me doy cuenta de que tengo autonomía, independencia y apoyo en los momentos en que lo pido. Pero, si empezamos a debatir el programa para el año, me gustaría saber que hay un grupo de referencia autorizado con quienes me pueda sentar, discutir y me dé su aporte. Hoy no existe esa instancia. Siento el apoyo político, pero no el respaldo relativo al contenido de los programas de la mujer.

Otro problema es que no percibo que se tome en cuenta la vida privada, el quehacer cotidiano de la mujer como madre, como dueña de casa. Nada más ajeno que eso a las preocupaciones del Partido. Las jornadas siempre se hacen en sábado y domingo, o fuera de Santiago, en Temuco, en cualquier parte. Nadie se preocupa de qué van a hacer las mujeres con hijos, nadie.

Por otra parte encuentro que mi trabajo es potencialmente interesante. La propuesta de la mujer es una experiencia nueva que implica la posibilidad de diseñar políticas públicas. Es un trabajo muy motivante, todo un desafío. Pero existe la dificultad de poder

plasmar esto en cosas concretas. Pienso que hay dos obstáculos: uno, que no existe la voluntad política para hacerlo. Por parte de la Democracia Cristiana, que es el grupo más hegemónico, hay una visión tremendamente conservadora respecto al tema de la mujer. No existe consistencia para plantear efectivamente condiciones de igualdad para este sector. Segundo, que es difícil insertar dentro de toda la maraña burocrática un Servicio cuya finalidad es que estas políticas sean asumidas por el conjunto de los Ministerios. Por un lado, estoy haciendo un trabajo que plantea grandes desafíos y oportunidades y por el otro tengo una gran frustración al no poder llevarlo a una forma concreta.

En cuanto a mí, pienso que tengo características personales favorables que me han llevado adonde estoy y otras desfavorables. Entre las primeras, mi gran tolerancia -un cuero duro como el de un elefante que me ha ayudado a soportar todo- y ciertas condiciones para evadir los conflictos, no para enfrentarlos sino para evadirlos. Eso es relativamente importante para trabajar en política. Luego está mi forma de pensar, un tipo de raciocinio que muchas veces puede ser bastante masculino y facilita el diálogo con los hombres. Suelo mostrarme más racional que emocional lo cual, aparentemente, me ha permitido una mejor relación con ellos, pero a costa de reprimir mucho toda la parte afectiva. Me puedo sentar y discutir de política de igual a igual porque hay más posibilidades de diálogo en un mismo lenguaje, me he adaptado al lenguaje de los hombres; no han sido ellos quienes han incorporado un lenguaje femenino. Esto ha servido para darme cierta legitimidad de persona inteligente en el espacio masculino y estimo que esa también ha sido un arma positiva.

Entre mis características desfavorables, que no sólo operan en este ámbito, puedo mencionar que soy poco persistente porque tengo distintas inquietudes y me produce mucha angustia darme cuenta de que me estoy casando con una sola. Si me dedico a la política y soy política las 24 horas del día mi vida sería una lata terrible. Lo que me interesa es tener la capacidad de influir en la toma de

decisiones, participar en esa instancia, pero no aumentar el grado de responsabilidad. No es para mí la alternativa del Parlamento pues significa una opción de vida. No. Lo importante es conservar mi espacio, tener tiempo para mi profesión, para la casa. Siempre estoy tratando de conjugar ambas cosas. No estoy dispuesta a cortarme las venas por una carrera política. Dejaría la política en el momento en que sienta que no tengo nada que hacer ahí, cuando me dé cuenta de que las características del Partido se contradicen con mi manera de ser y de pensar.

Me gustaría tener algún tipo de responsabilidad relacionada con las otras cosas que sé hacer. Por ejemplo, estar a cargo de la capacitación de mujeres en el Partido. Eso me interesa, porque una cosa es el trabajo de mujeres y otra es capacitar mujeres. Pero no desearía ser una dirigente del Partido que tiene que saber cómo se está negociando para las elecciones municipales. No me parece para nada atractivo pues significaría entrar en un tema que no conozco, sería una lucha estrictamente por el poder. Mi idea es cómo poder influir en el Partido desde lo que soy, desde mi larga experiencia en el tema de la mujer, desde mi larga experiencia como psicóloga. Sobre esa base quiero aportar al Partido, pero rara vez le preguntan a una qué desea hacer.

A veces lo único que me falta es tener más tiempo para mi hogar, para mis hijos; aunque en ese sentido no he tenido mayores problemas excepto cuando me corresponde salir afuera muy seguido. Tiene que ver con opciones que implican estar más tiempo fuera de la casa. Por esa razón me parecen poco atractivas. No haría la vida que hoy hace un parlamentario, entre otras cosas porque eso, en un 80 por ciento, significaría tener cero relación con mis hijos. Además soy bastante desorganizada para la vida doméstica y eso influye para que no me funcione muy bien todo el sistema. Durante mucho tiempo viví sola con mis hijos -tienen 17 y 13 años- y la relación con ellos es una cosa muy mía. En lo que se refiere al aspecto doméstico asumo básicamente todo lo que es comprar, porque la Fresia dispone, organiza, dirige la casa, lo

que es muy bueno pues carezco de una mentalidad organizada. No tengo idea de qué se hace, nunca he logrado comprar para más de una semana aunque siempre creo que estoy comprando para un mes. Como no me alcanza, ello me obliga a ir todas las semanas al supermercado. Hago lo más posible en relación con la casa, pero cuando Jorge invita gente él se preocupa.

Y todo esto del manejo del hogar me lleva a la ausencia de oportunidades para las mujeres en relación a la política y a la vida partidaria. Más allá del problema doméstico, que es real y concreto y que en otros sectores sociales se complica más todavía, hay muchas otras dificultades que plantean los maridos, los compañeros, para que la mujer pueda desarrollarse políticamente.

Además, es muchísimo más difícil que -en igualdad de condiciones con el hombre- la mujer pueda tener cargos de dirigente. Por ejemplo, se hace una elección en un Regional y una mujer saca la primera mayoría pero el Regional decide que ella tiene que ser encargada del trabajo de mujeres y no la Presidenta Regional del Partido. Ese es un gran obstáculo y una injusticia. Los Regionales del Partido son cerca de 40 y hay una sola Presidenta. Todavía hay gente que piensa que la mujer tiene que dedicarse sólo al tema de las mujeres.

Con los estereotipos y la biología parental que existen, el problema de la vida cotidiana no está para nada incorporado al Partido y dificulta que las mujeres puedan dedicarle mayor tiempo. Porque el Partido, como todos, comienza sus actividades a las siete de la tarde y parte importante de las decisiones no se adoptan en las reuniones. Eso ocurre después, durante la comida, mientras se toma el traguito. Todos los lazos informales funcionan en horarios y en espacios que son de difícil acceso para la mujer, y allí opera el prejuicio de que ese no es el lugar más apropiado para ella. Opinión general: la mujer tiene que asumir la responsabilidad doméstica y cuando se mete en política debe hacerse cargo sólo del tema de la mujer.

A mi juicio las mujeres no tenemos un desarrollo adecuado en lo que se refiere a las estrategias de acceso al poder. Eso fluctúa desde las mujeres que venimos del feminismo -que durante un tiempo tuvimos esa idea de no contaminarnos con el poder, que íbamos a lograr cambiar el poder maligno con nuestra pura presencia (algo que estoy convencida es absolutamente imposible)- hasta las mujeres que de hecho llegan al poder con los métodos más masculinos que puedan existir. Entonces el hombre entre enfrentarse a ella o a otro hombre prefiere a sus pares. Insisto, creo que la única alternativa es desarrollar una estrategia de poder a partir de las mujeres. Por ejemplo, que las mujeres del Partido nos juguemos el próximo año porque haya diez dirigentas regionales y que para alcanzar esa meta trabajemos todas. Hoy no es así: la que quiere ser dirigenta regional se tiene que rascar con sus propias uñas. No formamos un organismo de pares; la que logra llegar lo hace absolutamente sola, por su esfuerzo personal.

Para conformar una estrategia que ejerza una influencia efectiva en las instancias de decisión, lo primero es crear un lazo de cohesión entre las mujeres sin la presencia de comportamientos competitivos. Me parece importante conservar espacios de reflexión entre mujeres, pero es preciso hacer causa común con la estructura general de los partidos. Pienso que ya se ha superado la estrategia de los departamentos femeninos, los grupos de mujeres, las federaciones de mujeres. Lo primero y más importante es plantearse una estrategia de poder, cosa que a nosotras nos cuesta bastante, y luego poner las cartas sobre la mesa respecto a cuáles son las expectativas de cada una en relación a ese poder. Ver cómo conciliamos, cómo nos apoyamos todas en esto. Porque las mujeres seguimos todavía con la idea de «qué asco el poder», de que trabajamos en política para el bien de la humanidad y no porque ello signifique realizaciones y espacios de poder. Asimismo, tenemos dificultades para explicar qué queremos hacer lo cual facilita enormemente el que nos transformemos en seres utilizables por una tendencia o una fracción para conseguir votos.

¿Qué debe perseguir esta estrategia? Tener opinión sobre el conjunto de los temas y para eso debemos hacer un gran esfuerzo. Hay personas que sí lo han logrado en el nivel del Partido. Es el caso de Clarisa Hardy, quién es hoy la persona que más sabe sobre el aspecto municipal y además tiene una visión desde la mujer. Ella se legitima porque conoce el cuento municipal. Entonces es importante que empecemos a hablar de la totalidad de los temas, es un desafío pendiente. Para ello se requiere capacitación, no sólo conocer el tema de la mujer sino saber de municipio, las medidas de seguridad, el discernimiento de los niños a los 14 años, el aumento de la dotación de carabineros. O sea, estar en los temas contingentes y no únicamente cuando se va a hablar del divorcio o del aborto.

Otro ámbito en el que pienso que nos falta muchísimo es atrevernos a reivindicar una forma distinta de hacer política. Por ejemplo, que frente al tema de las elecciones municipales yo pueda tener un discurso que parta desde la propia identidad de la mujer, pero que vaya al problema global; un discurso más integral. Creo que hay muchas mujeres -a mí me pasa con bastante frecuencia- que se inhiben en los espacios masculinos porque piensan que no saben hablar, que no hablan igual que los hombres. Es necesario hacer un esfuerzo para legitimar un discurso que no sea de hombres ni de mujeres, sino el discurso propio de cada uno y obligar a que se nos escuche. Debemos tener mayor seguridad y no intentar ser como ellos para que nos acepten. Hay que tratar de obtener esa aceptación a partir de nosotras mismas. No es que la mujer no esté igualmente preparada, lo que sucede es que la preparación que se considera válida es la masculina.

El bajo número de mujeres en el Gobierno y en el Congreso se relaciona con el hecho de que la mujer no está bien entrenada para pelear por los puestos de poder. Al interior del Partido la batalla para quedar en el Parlamento fue a cuchillo y en ese tipo de lucha la mujer se desanima antes de comenzar. Por eso es necesaria una estrategia común que permita enfrentar las batallas sin riesgo de quedar 'knock out', mutiladas, con un brazo menos.

A mi juicio a las mujeres les va a ir bien en las elecciones municipales, aunque hay pocas candidatas. Las mujeres poseen la legitimidad de todo el trabajo a nivel local, son excelentes para la tarea de comunicarse puerta a puerta, con grupos pequeños, para el contacto más personal. En cuanto a la imagen de una candidata, cualquiera sea el cargo político al que opta, debería ser una mujer que represente al promedio, pero que sobresalga de él: «Es igual a mí, pero es mejor que yo». Una mujer que no presente una imagen atemorizante, que sea autónoma, independiente, pero que al mismo tiempo demuestre sensibilidad frente a los problemas. No debe ser extraordinariamente seductora porque eso produce tensión no sólo en las mujeres sino también en los hombres. Todo esto es super difícil porque siempre está la tentación de caer en una imagen terriblemente más conservadora (la que no es casada aparece con argolla), o en una imagen muy de vanguardia en su rol de mujer, muy avasalladora, lo cual puede causar rechazo.

En general, la mujer tiene un creciente interés en la política; no en la gran política, pero sí en la política traducida a la vida cotidiana. Tal vez no está presente en la discusión sobre las alternativas de desarrollo, pero le importa si subió o no el costo de la vida, el reajuste, la incorporación de nuevos temas a la agenda política como aquellos relacionados con el quehacer diario, con el divorcio, con la sexualidad, etc. También existe un grupo de mujeres a quienes les interesa la política como medio de poder llegar al hombre, por ejemplo, la dueña de casa que ve las noticias porque le dan tema para conversar con su marido. Es decir, tiene una primera aproximación a la política para poder agradar al otro, para incorporarse.

Estimo también que la mujer tiene igual capacidad que el hombre para el trabajo político. Puede ser igualitaria en términos cuantitativos, aunque distinta en términos cualitativos. Y una de las características importantes de las mujeres para la política es su intuición, unida al sentido común en los juicios políticos. Esto en la política todavía no tiene un espacio, porque es preciso traducirlo

a un juicio muy complicado para justificar el uso de la intuición. Sin embargo, tengo la impresión de que las mujeres que estamos en la política tenemos una especie de habilidad para percibir mucho mejor el primer impacto de las cosas; después, claro, nos es más difícil elaborar la argumentación, la propuesta. Tenemos también la capacidad de dar mayor relevancia a los hechos más concretos, de entender que al país le puede importar mucho más el asunto de la delincuencia que la discusión de la Ley Municipal. Otra característica que poseemos las mujeres es que, en general, podemos incorporar elementos de subjetividad al discurso. Elementos que a lo mejor no sirven para enardecer a las masas, pero que favorecen una identidad con el conjunto de la población y generan mayor interés. El hombre se queda sólo en el discurso racional, cognitivo, y cuando incorpora elementos emocionales lo hace desde su racionalidad; es algo super manipulador y bastante evidente.

Por otra parte, me doy cuenta de que las mujeres estamos mucho menos disponibles que los hombres para viajar, para trabajar horas extra, para estar en los espacios informales, para asumir todas las exigencias que implica la participación política. En mi experiencia personal eso significa tomar opciones todos los días, opciones que son a veces bastante dolorosas, restarse el tiempo para la casa, conciliar las dos vidas. En cambio el hombre no se ve obligado a optar porque se siente mucho más liberado de toda la problemática de los hijos, del manejo de un hogar, del trabajo doméstico.

Esas son las razones de la falta de disponibilidad de las mujeres. En ningún caso se puede atribuir a que sean inestables, a menudo son bastante más estables que los hombres. Aunque sí creo que existe un grado de inseguridad porque hay un entorno que las descalifica en forma permanente. Hay que ser profundamente segura para soportar todo lo que significan las descalificaciones y para abrirse espacios. La seguridad es algo importante y su fortalecimiento es fundamental. Tener la certeza de que una lo está haciendo realmente bien y que da lo mismo lo que los demás

opinen. Para eso es útil tener un grupo de referencia que preste apoyo. Es necesario asumir que veinte mil veces va a ocurrir que si hay cinco personas de igual nivel que una, y van a nombrar a cuatro, entre esas cuatro no vas a estar tú. Lo importante es no deprimirse, tomarlo con sentido del humor y devolverlo en forma no agresiva.

Pero algo ha cambiado en la práctica concreta del liderazgo femenino y estoy pensando específicamente en Laura Rodríguez. El de ella es un liderazgo distinto al masculino, es capaz de utilizar elementos más integrales, decir «aquí estamos hablando del ahora». Implica salir del estereotipo de qué tiene que decir, cómo lo tiene que hacer y cómo se debe comportar un político. Siento que Laura, en el tipo de lenguaje que usa y en su actitud, ha logrado romper un poco los moldes.

En la perspectiva de que la mujer política tenga éxito, ante todo debe fijarse metas muy claras y sin pudores, sin intentar disfrazarlas. En segundo lugar, es importante determinar una estrategia para lograr los fines. Esa es una de las fallas importantes que tenemos las mujeres. En ese aspecto los hombres nos llevan claramente la delantera; ellos pueden saber lo que quieren hacer de aquí a veinte años y van a trabajar para eso. Nosotras no, somos mucho más inmediatistas.

En términos de trabajo personal, tiene mucha significación trabajar con un estilo de comunicación en el cual una se sienta cómoda, actuar tal como se es. De lo contrario, en algún momento eso tendrá un costo negativo. Esa estrategia de comunicación debe partir de las características positivas de la imagen, de la posibilidad de potenciarlas para lograr la meta que se ha fijado. También es importante la seguridad, la autoestima, tener como referente la autovalorización. Si se está muy pendiente de la opinión del entorno -característica muy propia de la gente que está en la política pues portan elementos narcisistas bastante relevantes- puedes estar en la cresta de la ola si te aplauden o irte de cabeza

al suelo si te pifian. Para superar esto es necesario hacer un trabajo más estable desde el punto de vista emocional, basado en el juicio que se tiene de sí misma y entender que en algún momento pueden pasar las dos cosas.

Respecto a la estrategia, es esencial considerar al grupo de pares, fortalecer un grupo de mujeres que te apoyen cuando sientas que estás en el suelo y que te den la posibilidad de irte retroalimentando. Es convertir esa estrategia individual en una estrategia colectiva también. Y agregaría algunas cosas más concretas. Hoy es importante ser capaces de plantear una propuesta global y no estrictamente de la mujer, ser capaces de incidir en el conjunto de los temas porque si no nos encerramos en un ghetto.



Adriana Muñoz

Para mí la necesidad de entrar a la política, de militar en un partido surgió, en parte, del medio ambiente que me tocó vivir: «Escuela de Sociología Revolucionaria». Por ejemplo, en 1966 gran parte de los actuales dirigentes del Partido Socialista eran estudiantes de Sociología. Además, teníamos grandes profesores: Clodomiro Almeyda, Gunther Frank, Theotonio Dos Santos, es decir toda la intelectualidad de las ciencias sociales latinoamericana que con los golpes militares había ido llegando a Chile. Creo que llegué a la política por una evolución intelectual, teórica. En la opción de militancia influyó determinantemente mi grupo de amigos, sin negar por esto el importante papel que también jugó el momento político que se vivía. Toda la etapa de Allende, los movimientos sociales, Cuba. Ese fue el entorno que nos hizo gente de izquierda muy comprometida, doctrinarios, ideologizados y militantes.

Empecé a militar en el Partido Socialista en 1966, al finalizar mi primer año de Sociología. Tuve cargos de representación en lo que era el núcleo de estudiantes de Sociología durante tres años, luego fui delegada ante la FECH por la Escuela de Sociología. Finalmente en 1971, ocupé un cargo de gobierno en el Departamento de Desarrollo Campesino de la Corporación de Reforma Agraria. Era muy joven: nosotros asumimos cargos de gobierno y políticos alrededor de los 21 años y pienso que eso fue bien formador. Lo que me marcó mucho en mi

calidad de militante fue el haber entrado a un partido muy flexible, que vive una democracia interna.

Estuve 10 años en el exilio y en ese tiempo, en 1974, me separé del Partido Socialista. Entonces me dediqué a militar en las organizaciones sociales y políticas de Austria, país donde estuve exiliada; en esa época me hice feminista. Durante esos años incorporé muy fuertemente el aprendizaje de una nueva manera de hacer política, me fui renovando. Toda esta experiencia y vivencia fueron determinantes en el cambio que experimenté frente a la política y al Socialismo.

Volví a Chile y me reinserté en el Partido para trabajar por la renovación del Socialismo en nuestro país. En 1983, me incorporé al Partido que dirigía Ricardo Núñez. He sido por muchos años miembro del Comité Central y de la Comisión Política, antes de la reunificación. Fue un trabajo exitoso, porque fuimos capaces de reconstruir orgánicamente el Partido, renovarlo en su política y definir un camino de derrota de la dictadura.

Mi reinserción en el Partido fue de una manera muy distinta, con plena conciencia de la desigualdad de mi condición de militante por el hecho de ser mujer, conciencia que nunca antes había tenido. Siempre pensé que todo era de igual a igual, pero al revisar mi historia de militante me di cuenta de que nunca fue así. Entonces, con otras mujeres activas, decidimos hacer renacer dentro del Partido la Federación de Mujeres Socialistas que se creó en 1967 en el Congreso de La Serena, y la hicimos renacer con una plataforma feminista socialista. Esto provocó una revolución interna tanto a nivel de los militantes hombres como de las mujeres. Nos atacaron, nos trataron de pequeñas burguesas, de marimachos, como resultado de un gran prejuicio hacia el feminismo, hacia una corriente de pensamiento que muy pocos entendían lo que era.

Nuestro gran triunfo es que hoy el Partido tiene una plataforma feminista socialista. Las mujeres socialistas feministas impulsamos

el estudio programático de la condición de la mujer con un equipo de mujeres investigadoras, académicas, dirigentas poblacionales y políticas. Logramos elaborar un programa que se transformó en la base de la propuesta programática que las mujeres de los partidos de la Concertación por la Democracia hicieron al Gobierno Democrático.

Fue un gran éxito político programático. A nivel orgánico, el gran logro fue incorporar al Partido la cuota de acción positiva de un 20%, aun en el Comité Central. Hemos entendido la acción positiva como un mecanismo transitorio que busca provocar, en el corto plazo, profundos cambios en la conducta y actitudes discriminatorias que se tienen hacia las mujeres en el Partido. El machismo es muy resistente al cambio y está demasiado encarnado en hombres y mujeres, por lo que se hace necesaria la aplicación de medidas de fuerza para lograr igualdad en el corto plazo. La acción positiva obliga a que las mujeres tengan el mismo derecho y las mismas oportunidades que los hombres a postular a cargos directivos dentro del partido y a cargos de representación pública en el Estado.

Actualmente hay muchas voces masculinas y también femeninas que opinan en contra de la acción positiva, sosteniendo que ésta atenta contra la dignidad de la mujer en la medida que tiene acceso a cargos públicos no por su capacidad sino por una cuota establecida.

Pienso que plantear así las cosas, significa comprender poco o nada acerca de lo que viven las mujeres en la política. Porque el problema no es poner en duda la capacidad de las mujeres, sino que cuestionar profundamente la tolerancia a aceptar como natural la falta de oportunidades que les impide acceder a cargos de representación pública, siendo más capaces que muchos hombres. Me pregunto ¿por qué estos detractores o detractoras de la acción positiva, no le exigen a los hombres el mismo certificado de capacidad que exigen a las mujeres para acceder a cargos públicos,

ya que prácticamente el 100% de estos cargos están ocupados por hombres y varios de ellos de dudosa capacidad?

Al parecer, la cultura machista da por supuesto que el hombre es capaz, mientras que la mujer debe demostrarlo una, mil veces y muchas más. Un político hombre que aspira a un determinado cargo público, no es mirado con sospecha cuando busca un cupo para postular y entrar en competencia con otros por dicho espacio. En cambio, una mujer que aspira a un cargo público, antes de entrar en competencia con los otros postulantes y demostrar sus capacidades para ejercer el cargo, debe demostrar (en el partido o en la institución donde se desempeñe) que tiene méritos para postular al cargo a que aspira, vale decir, demostrar dos veces que es capaz.

Con la acción positiva se pretende abrir esos cupos mediante una negociación que permita «arrancar cuotas de poder a los hombres» y, de este modo, poder entrar en competencia en el mundo público y demostrar nuestras capacidades. Mientras los partidos políticos, las instituciones sociales y el Estado, no levanten las barreras discriminatorias hacia las mujeres que le impiden tener acceso a cargos públicos, será muy difícil para nosotras demostrar que somos capaces y para la sociedad en su conjunto imposible reconocer esa capacidad.

Es claro que es difícil que hombres y mujeres compitamos en igualdad de condiciones. Para que esto suceda, las sociedades del mundo actual deben vivir una profunda revolución social y cultural que lleve a los hombres a asumir el mundo privado de la familia con la misma capacidad y eficiencia con que las mujeres han asumido el mundo público. Mientras esto no ocurra, las mujeres siempre estaremos en desventaja ya que la total responsabilidad de la familia y el trabajo doméstico que sobre nosotras recae, hace difícil nuestra competencia con los hombres en el mundo público; ellos, al estar liberados de esas tareas, se pueden dedicar enteramente y como única responsabilidad a sus actividades en lo público.

Pero, en esto de la igualdad hay mucho que decir y si algo comparto con los detractores/as de la acción positiva, es que ésta no es suficiente para lograr la plena igualdad entre hombres y mujeres. Porque estamos conscientes de que los partidos políticos son instituciones masculinas, con una organización y estructura masculinas, donde los horarios, los tiempos y los ritmos de trabajo conspiran contra nosotras. El Partido Socialista, al igual que todos los partidos políticos, tiene una estructura orgánica pensada, definida y diseñada por hombres. Por ejemplo, para nosotras participar en una reunión de Comité Central que dure hasta altas horas de la noche, significa pleito en casa, a menos que el marido o el compañero sea comprensivo y acepte quedarse solo, atender los quehaceres domésticos y cuidar a los hijos. Como esto no suele suceder, las mujeres, generalmente, no estamos hasta el final de las reuniones o sencillamente no asistimos a ellas.

Si una decide estar presente en las reuniones y acatar el horario establecido, entonces suceden otras cosas con una misma: las culpas y los temores. La culpa por dejar a los hijos solos y el temor al enojo del marido. La decisión de estar en la política tiene un alto costo para las mujeres, porque podemos militar sólo cuando hemos dejado «arreglada la casa». Enfrentamos el trabajo político llevando tras de nosotras un fuerte desgaste físico y sicológico producto de esta cadena de arreglos que debemos efectuar para ajustarnos a una estructura partidaria masculina.

Hay otra forma de hacer política y es en las organizaciones sociales, que son más laxas, más flexibles, que están ahí cerca de la comuna o en el barrio. Sin embargo, la tensión permanece igual: trabajar afuera, insertándose en el mercado laboral y/o en la militancia política y compatibilizar todo esto con el trabajo doméstico. Este es el gran nudo a resolver para lograr una real igualdad de la mujer en la sociedad y, por consecuencia, en el ámbito de la política.

Hasta ahora hemos hablado de los grandes problemas y barreras que tenemos las mujeres para militar en los partidos políticos y

para acceder a cargos de poder. Pero no hemos hablado acerca de lo que nos pasa a las mujeres cuando ejercemos esos cargos, cuando ejercemos el poder.

La Federación de Mujeres Socialistas (F.M.S.), logró en 1986 que tres mujeres integráramos el Comité Central con derecho a voz y voto, y una mujer con derecho sólo a voz en la Comisión Política. Entre 1986-88 fue Soledad Larraín la presidenta y entre 1988-90 la F.M.S. delegó en mí su representación en la Comisión Política; esto me significó incursionar en aquellas esferas de la organización partidaria donde es posible conocer algunos secretos del poder. Esa etapa fue muy importante para mí.

Esos años que estuve en la Comisión Política fueron la gran escuela para llegar a ser dirigenta del Partido con alguna habilidad en el ejercicio del poder. Porque en realidad, el discurso, la habilidad y el manejo en las negociaciones, los códigos en el lenguaje, se aprenden en las esferas de decisión. Desgraciadamente, como son muy pocas las mujeres que acceden a estos niveles, son muy pocas las que han empezado a conocer cómo se ejerce el poder.

Desde mi experiencia en este ejercicio como parlamentaria, he aprendido que el poder es un gran secreto que hay que ir descubriendo momento a momento, día a día. Uno de los primeros secretos que descubrí es que el poder no es algo que tomo, que conquisto, que lo guardo para mí y me lo llevo a casa, sino que el poder se va haciendo en actos cotidianos y repetidos, es un ejercicio continuo y simultáneo de hacer y pensar. Otro secreto del poder es la fuerza y hasta la violencia que se debe desplegar para ejercerlo, porque este es un asalto permanente a la acción. Quien no se «toma» oportunamente y a como dé lugar -voz fuerte, codazos, intrigas, conspiraciones, descréditos, muñequeos, etc.- la palabra, un acto, una elección o una negociación, pierde poder.

Después de ir descubriendo algunos secretillos del poder, me he llegado a preguntar si realmente quiero y puedo aprender a

ejercerlo de esta forma. Difícil dilema porque si, por un lado, quiero hacer política, avanzar en mi trabajo y tener éxito, debo aprender en poco tiempo a ejercer el poder de la forma como está establecido que se hace. Pero, por otro lado, mi condición de mujer hace difícil que me involucre con rapidez en una lógica del poder que es netamente masculina.

Hasta ahora parece ser que, tarde o temprano, las mujeres han resuelto este dilema masculinizando su quehacer político. Porque les resulta realmente difícil llevar a cabo tantas batallas a la vez: el acceso al poder, aprender el ejercicio del poder y hacer poder en femenino.

Sin embargo, cada vez más mujeres nos sentimos violentadas con la idea de pedir pantalones prestados a los hombres para hacer política, y estamos trabajando decididamente para alterar las lógicas masculinas que imperan desde siempre, y para lograr que el poder tenga también secretos de mujer.

En 1989, la F.M.S., propuso al Partido y al Comité Central mi postulación como candidata a diputada para las elecciones que se realizarían ese año, con el propósito de que las mujeres socialistas tuviésemos también el derecho a competir por ocupar cargos de representación pública en el gobierno de transición a la democracia que nos aprontábamos a vivir. Fui electa diputada con la primera mayoría y esa experiencia me dio mucha seguridad en mí misma y me confirmó la enorme capacidad que tenemos las mujeres cuando hacemos política. Estas son pruebas que una va pasando: en primer lugar, luchar, luchar y ganarse el derecho a acceder a una candidatura; en segundo lugar, demostrar que una es capaz de hacer una campaña y competir; en tercer lugar, alcanzar el triunfo. Se gana mucho en cuanto a experiencia, conocimiento y seguridad, como también el reconocimiento y el respaldo de los demás.

En mi trabajo como diputada, me siento bien; creo que he hecho un avance desde el punto de vista personal y político. Este desarrollo ha sido reconocido por mi Partido, por mis colegas diputados socialistas y PPD, pero también por otros partidos de la Concertación y la oposición.

En todo esto, hay algo muy importante que me interesa destacar: mi intento por lograr estos avances sin abandonar mi ser mujer y eso lo valoro, porque creo que las mujeres políticas de generaciones anteriores a lo mejor castraron su condición de mujer para hacerse iguales a los hombres. Yo intento, en todo momento, ir avanzando en condiciones de igualdad, sin desdibujar mi condición de mujer. No creo que haya una moral femenina de la política ni tampoco una dimensión femenina de la política establecida, pienso que la estamos creando. La estamos creando cuando intentamos hacer una política mucho más integrada, con más armonía, menos hostilidad, menos polarización, buscando más el consenso. Disminuyendo los infantilismos y las bravatas.

En relación al proceso seguido hasta llegar a ocupar este cargo público, primero para ser candidata y luego diputada, debo decir que fue parte de una estrategia de la Federación de Mujeres Socialistas. Es decir, mi postulación fue una propuesta que hizo la Federación de Mujeres Socialistas al Partido y al Comité Central, con una perspectiva muy clara: hacer que el Partido Socialista tuviese en el período de transición, a lo menos un parlamentario mujer. Por esto, la F.M.S. pidió al Partido que la candidata a diputada dispusiera de un cupo «Clase A», vale decir, un distrito con la más alta probabilidad de ser electa.

Sin embargo, nada fue fácil al interior del Partido para lograr este objetivo. Esto, tanto por nuestra propia inexperiencia para llevar adelante negociaciones de cierto nivel de complejidad y sutilezas, como también por las barreras puestas por las distintas corrientes involucradas en la negociación. Si bien es cierto que, en una primera etapa de la negociación, fue aceptada nuestra propuesta

de disponer de un cupo «Clase A», en el transcurso del proceso fuimos perdiendo cada vez más esta posibilidad. Al final, en el momento de las decisiones, mi candidatura entró en conflicto con la candidatura de dos representantes de la Federación Juvenil Socialista, ya que con uno de ellos yo ocupaba el mismo distrito. El Partido entregó a la Dirección de la Juventud Socialista la decisión de definir un sólo candidato a diputado, decisión que fue favorable al candidato que ocupaba el mismo distrito mío. Significó que yo perdiera ese distrito desde el inicio de las negociaciones y ocupara uno nuevo que me entregó la Comisión negociadora del Partido.

Estoy segura que todas estas dificultades surgieron por el hecho de ser mujer, porque aunque el discurso decía que contaba con el apoyo del Comité Central, de la Comisión Política y de la Comisión Negociadora, en la práctica mi candidatura fue la más vulnerable.

Aunque para las mujeres es difícil llegar al Parlamento, he vivido mi trabajo como diputada como una muy buena experiencia. Creo que es fundamental para ir rompiendo las discriminaciones e injusticias que viven las mujeres el que las propias mujeres seamos parte del Estado y desde ahí poder incidir en las grandes decisiones políticas del país. Claro está que hablo de mujeres con las faldas bien puestas, decididas a luchar por los Derechos de la Mujer. Para mí, como persona y como mujer, es una gran oportunidad ser parte del Poder Legislativo y pensar, definir y hacer leyes que ayuden a mejorar la condición de vida de la gente y, en particular, de las mujeres.

Estoy feliz de haber iniciado mi trabajo legislativo con la elaboración del Proyecto de Ley que busca prevenir y sancionar como delito la Violencia Familiar, y de saber que en el transcurso de este año 1993, este Proyecto será ley. Mi felicidad ha sido aún mayor porque fue elaborado en conjunto con el Diputado Socialista Sergio Aguiló, lo cual es una muestra de la gran conciencia y compromiso que muchos hombres han empezado a tener en relación a la condición de la mujer.

Entre el año 1990 y 1993 han ingresado a la Cámara de Diputados y al Senado alrededor de 20 proyectos de ley en materia de mujer y familia, de los cuales yo he patrocinado 12. Hasta ahora, ninguno de ellos es ley, porque el tema mujer y familia no ha estado dentro del interés central ni en el primer orden de prioridades en la agenda legislativa actual. Estoy convencida de que es un gran error dejar fuera del debate político temas que son parte de la vida cotidiana de millones de seres humanos, porque el no considerarlos parcializa y empobrece las leyes y también la política.

Una parte importante de estos proyectos apunta a modificar la Ley de Matrimonio y el Código Civil, porque esta es una legislación tan añeja que urge cambiarla a la brevedad. En este sentido, fue presentado por la Diputada Laura Rodríguez, el Proyecto de Ley relativo al Divorcio, así como también el proyecto de Sernam que modifica el Código Civil en materia del Régimen Patrimonial del Matrimonio. De igual forma, los proyectos de ley presentados en materia de filiación, del reconocimiento de hijos ilegítimos y del pago de pensiones alimenticias muestran una gran preocupación por modificar el Código Civil. Otros proyectos de ley han buscado mejorar la condición de la mujer trabajadora, a través de algunas modificaciones al Código del Trabajo. Algunos beneficios logrados están en relación a las trabajadoras de casa particular. Sin embargo, no fue posible establecer que estas trabajadoras quedaran asimiladas al salario mínimo que es válido para todos los trabajadores del país. Pienso que, en este sentido, la legislación sigue siendo discriminatoria para ellas.

Con las reformas al Código del Trabajo se ha logrado alguna justicia para la mujer trabajadora. Sin embargo, no ha habido voluntad política para abordar el gran cuello de botella que enfrenta la madre trabajadora: dónde dejar los niños mientras trabaja fuera de la casa. El tema de las guarderías y jardines infantiles no ha sido considerado dentro de las reformas, lo que significa que las trabajadoras siguen sujetas a una legislación que data de mediados de siglo y que es inútil para las actuales necesidades de la mujer

incorporada al mercado de trabajo. Incluso en relación a la mujer temporera fue imposible introducir normas que establecieran la obligatoriedad de contar con guarderías y jardines en las empresas agroexportadoras. En este sentido no hubo ninguna voluntad de parte del Ministerio del Trabajo.

A finales de 1991, presenté un Proyecto de Ley que establece derecho a indemnización por Asedio Sexual, también en la perspectiva de mejorar la condición de la Mujer Trabajadora. Este es un Proyecto que quiero mucho. Provocó una reacción casi de histeria entre los hombres y particularmente entre los parlamentarios. En realidad, no podía dejar de provocar esa reacción, porque apunta directamente a la esencia patriarcal de la lógica legislativa, en la medida que este proyecto busca sancionar conductas que están admitidas como naturales por parte de los hombres. Es por esto que el proyecto que sanciona el Asedio Sexual, duerme el sueño de los justos en la Cámara de Diputados.

Como son muchos los Proyectos de Ley que en materia de mujer, familia, esperan ser tratados en la Cámara de Diputados, presenté en mayo de 1991 un Proyecto de Reforma al Reglamento de la Cámara para crear como comisión permanente: la Comisión de la Mujer, la Familia y la Juventud. Al parecer este proyecto quedará aprobado durante el mes de Marzo de 1993 en el contexto del debate general sobre reforma al reglamento que se realiza en la Cámara de Diputados.

Otro aspecto del trabajo parlamentario que a mí me importa mucho, es el trabajo en las comunas de mi distrito. Estoy convencida de que no se puede llegar a ser una buena legisladora si no se aprende a estar con la gente, escucharla, entenderla, sentir lo que la gente vive... Y a partir de ese contacto, de esa relación, definir líneas de trabajo, de investigación y de elaboración de proyectos de ley. Muchas de las ideas legislativas que he desarrollado durante estos años de trabajo parlamentario las he recogido en el trabajo directo que hago con la gente y siento que esto otorga

mucha riqueza, profundidad y concreción a las leyes que se elaboran.

Ha sido también parte importante del trabajo parlamentario, durante el período de transición a la democracia, ser transmisores de los programas y políticas definidos por el Gobierno con el propósito de mejorar la condición de vida de la gente, especialmente de los más pobres. La ausencia de autoridades elegidas democráticamente en la gran mayoría de las comunas del país, durante más de dos años, hizo que los parlamentarios asumiéramos funciones de concejales y muchas veces de alcaldes. Nos ha correspondido acercar el Estado a la gente; promover programas de vivienda y trabajar con los allegados y los deudores habitacionales, promover los programas de capacitación laboral para jóvenes, los programas de deportes y recreación, dar a conocer las políticas de pavimentación e infraestructura urbana, etc. Ha sido un trabajo difícil, pero hermoso porque ha permitido vivir junto a la gente procesos de organización y participación activa en la búsqueda de una vida mejor.

Yo siento que mi trabajo como diputada ha sido positivo e interesante, me ha permitido aprender mucho, pero no puedo negar que es muy agotador y muchas veces disgregador, porque exige realizar actividades muy distintas a la vez: legislador, gestor de soluciones y también militante del partido político al cual se pertenece. A esto hay que agregar que a la generación de parlamentarios del período 1990-1994 nos correspondió echar a andar el Poder Legislativo después de 17 años de receso, en un edificio en construcción lo que significó trabajar dos años prácticamente en un andamio, sin oficinas e inaugurando la exótica ubicación del Parlamento en Valparaíso.

Por cierto que esta situación y la intensidad del trabajo parlamentario, repercuten fuertemente en la vida personal y familiar. Tengo un hijo de 19 años al cual prácticamente no veo, porque los lunes, viernes y sábados, que son los días que estoy en Santiago, los dedico

al trabajo distrital: desde las 9 de la mañana hasta las 23 ó 24 horas. He logrado dejar los días domingos para estar en casa con mi hijo y mi madre, que son mi familia, pero desgraciadamente, a veces tampoco resulta este «escape a casa» porque surge una reunión de partido o algún campeonato deportivo, un bingo o un rodeo en el distrito y hay que partir.

Sé que ser diputada es duro, difícil y por eso para estar en esto se requiere voluntad y mucha pasión por la política. Hace cinco años que opté por la política, alejándome de mi otra gran pasión: el trabajo académico en Sociología. No fue fácil porque había desarrollado una vida académica intensa, con investigaciones realizadas y algunos libros y estudios escritos. Opté por la política, estoy en la política y voy a seguir en ella mientras tenga fuerzas para luchar.



Lily Pérez

Entré al colegio a los tres años y como en esa época no había jardines infantiles estuve en un colegio de monjas durante un año. Era una niña muy inquieta...me subía arriba de las mesas ¡era salvaje! Estudié en el Instituto Hebreo toda mi vida, desde los cuatro hasta los diecisiete años. Siempre fui buena alumna, responsable sobre todo. Participaba mucho en las clases, me encantaban todos los ramos relacionados con el humanismo. Estaba muy orientada a esa área y ahora, proyectándolo en el presente, me doy cuenta de que en general la gente que está en política tiene una formación distinta, hay muchos abogados, ingenieros, etc. Estudié cinco años publicidad -soy publicista-, me especialicé en «marketing» y después hice un post grado en Filosofía Política.

Para el golpe militar tenía diez años. Hoy tengo 29. Vengo de una familia de derecha, aunque sin militancia. Tengo sólo un hermano, psicólogo, un año menor que yo: él es un liberal de derecha. Recuerdo que en mi casa siempre escuchaba hablar de temas políticos, a mi padre le interesaban (estuvo metido en organizaciones no políticas, en gremios del comercio por ejemplo). Había una actividad política, pero no una actividad partidaria.

Guardo muy buenos recuerdos de la niñez. Mi madre es una gran amiga mía, es una mujer cálida, muy dulce, comprensiva hasta decir basta. Mi padre tiene una personalidad fuerte; yo creo que he heredado de él ese

rasgo: un don de liderazgo muy claro. Mi papá es más bien conservador pero curiosamente, nos dio libertad de elegir. Fue exigente en cuanto a disciplina, tal vez rígido en el cumplimiento de horarios, en el colegio, pero abriendo el abanico para que haya diversidad. Los dos me dieron mucho, me hicieron muy segura, y eso es algo que estoy proyectando en mis hijos.

Tengo una niñita y un niñito que se llevan por un año ocho meses. Mi madre me dejó la vara alta; cuando comencé a tener mis niños sentía que en comparación con ella, yo no lo estaba haciendo bien. Pero superé la culpa hace mucho tiempo. Porque siento que lo que estoy haciendo en política lo hago por mis hijos, por un país mejor para ellos y también por muchos otros niños que lo necesitan, no solamente por los míos. En ese sentido lo veo como una entrega muy fuerte, por lo tanto no tengo sentimientos de culpa.

En cuanto a mi relación de pareja, él no es político, pero no se opone; la política es una opción que yo he tomado. Obviamente esto influye en estar mucho menos tiempo juntos, pero también ayuda a enriquecer la relación con otras cosas. Cuando Jorge me conoció estaba estudiando; me casé estudiando, hace ocho años. En el colegio fui Vicepresidenta del Centro de Alumnos y después, cuando estaba en la Escuela de Publicidad, ayudé a crear el Centro de Alumnos porque no existía.

Pienso que en las opciones que se toman es clave la base que uno tiene en la niñez y en la juventud, y yo fui feliz. Me siento afortunada y como creo mucho en Dios, siempre estoy dando las gracias, todos los días. Me siento segura en lo que estoy haciendo. Para mí es muy importante tocar tierra y sentir que tengo los pies bien puestos. Todas las cosas que he comenzado las he terminado, me gusta hacerlas bien; soy muy autoexigente. A veces me siento cansada, pero creo que tengo que hacerlo. Hay tantas otras mujeres que a lo mejor quisieran tener la posibilidad de hacer estas cosas y no pueden, por problemas económicos, porque no pueden dejar a los niños, porque no tienen quien les ayude, etc.

A la política llegué el año 87 más o menos. Cuando ya se sabía que iba a haber plebiscito el 88, empecé a interesarme en leer las revistas políticas. Siempre me atrajo, pero no conocía a nadie que militara en un partido, absolutamente a nadie. El año 88 ya estaba terminando mi tesis y pensaba: «Esta cosa está perdida, ¡qué mala la campaña del SI, tengo que hacer algo! Se nota que en la Derecha no hay gente que entienda de comunicaciones, yo tengo que aportar». Entonces se separó la Unión Demócrata Independiente (UDI) de Renovación Nacional (RN) y me sentí atraída por el discurso de Allamand. Encontré que era un discurso atractivo. Había firmado el Acuerdo Nacional, tenía un sentido joven, hablaba realmente de lo que era la democracia, de hacer reformas constitucionales, no queriendo que Pinochet fuera el candidato. A Pinochet le tengo gran respeto, hasta cariño podría decir, pero yo también consideraba que no era el mejor candidato. Tomé la decisión, me fui a la sede de RN y dije: «Quiero inscribirme», sin conocer a nadie.

Después del plebiscito se hizo una reunión para analizar los resultados. Hice mi aporte desde un punto de vista comunicacional con una crítica a la franja de propaganda en televisión. En esa ocasión conocí a don Sergio Onofre Jarpa; él se acercó a decirme que mis comentarios le parecían muy inteligentes y me presentó a gente del Partido. Conocí a la Evelyn, ella me pidió que me hiciera cargo de la parte de prensa de su campaña. Hice una carrera absolutamente meteórica, pero trabajando fuerte; no me ha sido difícil, pero sí duro porque como mujer, joven y no fea, he tenido que estar demostrando siempre que tengo mucha capacidad.

Del tema de las comunicaciones fui derivando al tema de la mujer; es un tema que siempre encontré atractivo (y que no ha sido bien tocado en Chile). Si hablamos de lo personal, nunca me he sentido discriminada, más bien vivo como un privilegio el ser mujer. Estuve en un colegio mixto, o sea la competencia con los hombres siempre se me ha dado; no sé si es difícil o no, pero siempre he estado en ese mundo. Estoy contenta de ser mujer; sin embargo, sí he visto

que respecto de otras mujeres que me rodean hay mucha discriminación. Ahora que estoy en política me doy cuenta de que la discriminación es así, muy sutil, muy solapada.

Por otra parte, soy super competitiva: a mí me gusta demostrar que las mujeres somos absolutamente capaces, me lo inculcaron desde chica. Siempre estuve muy metida en el mundo de los hombres, nunca jugué con muñecas, me cargaban, en el patio yo era la reina de las bolitas. A pesar de eso no me siento poco femenina, al contrario, soy super femenina y he utilizado la seducción en el buen sentido de la palabra cuando es necesario demostrar que uno es mujer. A lo mejor las mujeres no han desarrollado la competitividad, pero no es que no la tengan; hombres y mujeres tenemos polos masculino y femenino, hay gente que desarrolla más uno que el otro. Es una cuestión de educación.

Volviendo a lo de la discriminación en el Partido, percibo que más que por ser mujer hay una discriminación generacional. Por lo menos dentro de RN, creo que hay una pugna entre la vieja y la nueva ola. En términos de temas por ejemplo, yo nunca le he pedido a nadie que comparta mis opiniones pero sí que las respeten. Hasta el minuto siempre las han respetado, pero igual te hacen llegar mensajes: «¿Para qué opinaste del divorcio? ¿por qué opinaste de una reforma?...» El gran rol de los partidos políticos en el país, en la sociedad, en el mundo, es tener opinión respecto a temas que son importantes y si uno está representando a la gente debe tener una opinión, no necesariamente un juicio uniformado. Además un tema no deja de existir porque no se hable de él.

En general no se crean condiciones para que la gente joven se destaque ni mucho menos, es una dura lucha. Y el hecho de ser mujer significa que hay que trabajar el doble para imponer criterios. Ahora, en el Partido, es una tremenda gracia que pidan mi opinión para distintas cosas, que me pregunten, por ejemplo, si quiero participar en un comando presidencial. Pero eso ha sido después de demostrar durante años mi habilidad sin ser reconocida por

nadie, sin ser remunerada ni mucho menos, metiéndome en el computador muchos días, muchos meses para entregar documentos; hasta que empiezan a darse cuenta de tu valor.

Es un mundo donde los códigos son todos masculinos. Por ejemplo, entras a una reunión donde hay puros hombres y, tal vez sin ninguna mala intención, te dicen: «Hola muñeca ¡qué estas linda!...» Para ellos eso puede ser una galantería, pero a mí me cae mal porque significa que ya entré a la reunión con la desventaja de ser la rosita de la fiesta, y que te van a mirar las piernas y todo.

Además, a menudo soy la única mujer. Tengo que reconocer que algunos hombres me piden opiniones. Lo que pasa es que las mujeres generalmente estructuramos los planteamientos de manera distinta, lo cual puede resultar más original para algunas personas, o menos positivo para otras. Porque hay quienes no toman para nada en cuenta la opinión de la mujer. Creo que particularmente en política hay muchos misóginos, muchos hombres que desprecian a las mujeres. Debe haber algunos que piensan: «Bueno si tenemos que tener una mujer en la mesa, tengamos una bonita». Claro, da buena imagen. No es mi caso, pero es algo que ocurre.

Las mujeres que estamos en la política, por lo menos en mi Partido, es por un voluntarismo propio, por una opción de poder. Yo misma, cuando ingresé hace cuatro años dije: «Si me meto es para hacerlo bien, para llegar hasta el final; para mí no es un entretenimiento de dos meses». Y no he tenido mayor problema con los hombres, tal vez porque siempre me he juntado con ellos. En ocasiones, como fue una invitación a Alemania por dos semanas en que yo era la única mujer de una delegación de 19 personas y donde me integré muy bien, me dijeron :«Lily, si no hubieras sido tú, tal vez la cosa habría sido distinta». Pero tampoco tengo conflictos con las mujeres. Siento que en general, llego bien a las mujeres.

Creo que el éxito radica en que plantees bien los temas, si te metes y los desarrollas la gente cree en ti, te tiene confianza. De pronto

empiezas a liderar ciertos temas que pueden ser un poco arrriesgados para el sector en el cual estás más involucrada. En este sentido me he dado cuenta de que a veces me han puesto el pie encima, que me vetan en muchos temas y es, probablemente, porque soy un peligro para mucha gente.

Yo tengo espacios no porque sea simpática sino porque he hecho cosas que lo ameritan. Es por eso que soy absolutamente opuesta a los cargos de cuoteo político; lo he dicho públicamente: «Yo quiero estar por logros y no porque soy mujer». Todo lo que he logrado, ha sido sacándome la mugre, entonces sería muy triste que llegara otra al mismo lugar sólo porque es mujer. Para promover a la mujer, para compensar sus desventajas, la ayuda debe venir de otra parte. Si las mujeres llegan a un cargo por designación, ese cargo no le da un poder real, es un poder formal. A la hora de tomar decisiones su posición no será considerada legítima, «está ahí porque es mujer». El poder real es aprender a negociar; es lo que yo estoy haciendo.

Mi propuesta en este sentido es otra. Para que la mujer logre poner sus temas debe negociar, hacer «lobby», ejercer presión, y para eso es necesario que se junten todas las mujeres de distintos partidos en torno a ciertos temas, como pasó con la violencia intrafamiliar. Es decir, el día en que se juntan cuatro o cinco mujeres de distintas corrientes y van al Congreso a presionar, cuando la mujer se constituye en una amenaza para el hombre dentro de la política, entonces, las cosas resultan. Hay que aprender a negociar y a presionar donde corresponde, en el Gobierno, en el Sernam. Por ejemplo, si voy por mi cuenta a proponer la Ley de Divorcio, lo más probable es que alguien de mi Partido me diga: «Lily, ¿para qué te metes en ese embrollo?» Pero la presión es muy distinta si va un grupo de mujeres de varios partidos, con una misma propuesta. En la medida en que las mujeres representan peligro, se las considera mucho más. No sé si es peligro o una amenaza, pero en el fondo se trata de que podemos disputar un poder real.

Hay varias razones que me permiten pensar que podemos hacer frente común en ciertos temas: primero, porque somos mujeres y en general los temas -yo lo converso con todo el mundo- son los mismos, las mismas inquietudes. Eso no quiere decir que formemos el partido de las mujeres, pero sí que las mujeres nos asociemos para ciertos intereses, tal como se asocian los alcaldes en la Asociación de Municipios. Por otra parte, percibo que en los partidos políticos actuales como el PS y la UDI, hay puros getthos femeninos donde a las mujeres les dan puestitos para que conversen cosas de mujeres, para que se digan entre sí las mismas cosas de siempre. Entonces los hombres están felices. Por eso encuentro que pedir cuoteos es super discriminador. Los más contentos con eso son los machistas.

¿Para dónde va mi propuesta? Primero, hacia la capacitación básica; dentro de los partidos las mujeres se pueden capacitar y hacer intercambio de conocimientos. Y aquí está lo otro, ayudarnos entre nosotras mismas y no desvalorizarnos. Porque además es super curioso que cuando una mujer dice algo ninguna la acoge.

También hay otras formas. Por ejemplo, hablé con un senador y le vendí la idea: «Mira, ningún hombre ha tomado el tema de la mujer, es un tema de punta, tiene que ser tocado... hay que meterse. Te conviene ya que eres candidato nuevo para las elecciones, es bueno para ti». Y nos estamos juntando para trabajar un documento más elaborado acerca de la situación de la mujer, propuestas legales, etc., para entregárselo a nuestro candidato presidencial.

También estamos discutiendo el tema del aborto. Yo estoy absolutamente en contra del aborto, pero ¿qué es lo que proponemos? Este no es un «problema de las mujeres», es un problema de dos personas, de la paternidad responsable. Lo que quiero decir es que me parece muy importante que el tema de la mujer esté en el ambiente. Lo que a mí me interesa es que se hable del tema, que se hagan propuestas aunque no esté de acuerdo con ellas, porque de todas maneras se provoca controversia, y los hombres empiezan

a decir: «Este es un tema atractivo, hay que empezar a preocuparse un poco...», aun cuando sea por afanes electorales.

Pensando en el próximo período, yo insisto en el tema de la capacitación; creo que muchas mujeres fallan en la llegada final porque no están preparadas; incluso porque no se atreven. Por ejemplo, en La Florida y en todas las comunas hay muchas mujeres presidentas de Juntas de Vecinos y de Uniones Comunales, pero hubo muy pocas precandidatas a concejales y menos candidatas definitivas. Hay algo en la pirámide del poder pues la mujer no llega, no sólo porque le pongan un pie encima, sino porque la propia mujer se va automarginando. Creo sinceramente que argumentos como la casa, los horarios, son excusas. A ningún hombre se le ocurre invitarte a un Club de Golf a las tres de la mañana a una reunión política, pero si tú estás metida te tienen que considerar; si te has ganado un espacio y hay una reunión, por más lejos que sea, vas a la reunión. Es una cuestión de opción, hay que responder, sin sentimientos de culpa.

Yo les diría a las mujeres que se atrevan, que se entreguen, pero que estudien, que se especialicen en temas. Por ejemplo, mi especialidad son las comunicaciones y no voy a perder esa especialidad. Eso no quita que se opine de una encuesta, de la delincuencia, etc., pero la forma de llegar a obtener puestos es a través de la especialización: si eres abogada, te metes en los temas judiciales y empiezas a escribir documentos, a mandar a los diarios y a decir cosas sobre el tema. Las mujeres en política también deben ser capaces de abrir nuevos temas: el divorcio, la mujer golpeada. O el tema de SIDA. Este ha sido tratado como si fuera una preocupación de los izquierdistas, de las feministas o de los homosexuales, cuando es un problema de todos.

También les diría que deleguen, que confíen en otras mujeres para sumar esas cosas que ellas no van a poder hacer. Lo otro importante es buscar aliados, empezar a crear redes donde también haya conciencia, cariño y lealtad. Hemos visto últimamente sucesos

políticos que nos indican que no hay redes de confianza, sino puras redes políticas. Hay que crear redes de cariño y en eso las mujeres tenemos mucho más que dar. Si creamos estas redes, se hace mucho más fácil establecer alianzas políticas. Es muy importante, porque es necesario tener aliados para estar en los puestos a que aspiras. O sea, yo no saco nada con demandar algo si otra persona no me ayuda en otros frentes. Esto es algo que estoy aprendiendo ahora, hacer alianzas e intercambiar apoyos.

La lógica de la política masculina es hacer máquinas, cambullones, zancadillas, a veces los cargos no están ocupados por los más idóneos. Yo misma creo estar mejor capacitada que muchos, pero no mostré bien lo que he hecho, no negocié, no tenía un grupo de apoyo. En fin, pueden haber muchas razones pero no hay que pensar que estos mecanismos no existen, hay que insertarse y «muñequear».

Seguramente esto sería distinto si hubiera más mujeres en los partidos, porque la mujer se mueve más por el objetivo de hacer cosas. Su interés es mucho más concreto, le importa la inflación porque le van a subir las cosas en el supermercado. Ojalá haya más mujeres políticas, nuestro discurso es mucho mejor recibido por las mujeres, hablamos de cosas que todo el mundo entiende; los hombres se ponen a discutir de la alta teoría, de las reformas, cuestiones que si la mujer las ve en el diario se las salta. En cambio si hablas de temas que ella los siente más propios -el alza de la vida, la delincuencia, el divorcio, el aborto-, le va a interesar. Por eso creo que el cambio en los partidos pasa porque haya más mujeres, concretan mucho más y pueden llegar a ser excelentes negociadoras.

Respecto a mi propia carrera política mi objetivo es el poder. Yo estoy en política porque quiero tener poder para hacer cosas; porque me doy cuenta de que teniendo poder se puede hacer mucho más por la gente. No le tengo miedo al poder. Y la política para mí es una gran pasión, la dejaría sólo si descubriera una pasión mayor.

En mi postulación a concejal por ejemplo, yo dije: «Perfecto, voy, pero encabezando la lista... aquí la que puede sacar votos soy yo y ustedes se tienen que sumar». Y así fue, saqué 22 mil votos, el que me siguió sacó 5.000 (de la UDI), el otro de mi lista, 1.800. Hubo zancadillas, fue más difícil legitimarse en el frente interno porque en el frente externo, con la gente en general, la llegada es más fluida.

La gente que no me conoce se hace la imagen de una mujer ejecutiva, exitosa y dura. Los hombres sobre todo, porque en mi relación con ellos queda muy claro que no voy a hacer guiños ni a mostrar las piernas. Mi compromiso con la actividad política, con la gente y conmigo misma es ser cada día más intachable. La gente aprecia mucho la franqueza y la transparencia. Además, no hay que olvidar que los ojos del mundo están más puestos sobre uno que sobre los hombres, primero, porque somos muchas menos; pero también porque tenemos que demostrar lo que somos.



Fanny Pollarolo

Soy la segunda de cinco hermanos. Me tocó jugar el papel de hermana mayor de una familia de origen italiano. Todos mis bisabuelos son italianos que vivieron en la provincia de Linares. Mi padre militar, mi madre dueña de casa; mi familia materna tiene bastante importancia en mi formación y de ella, las figuras masculinas más que las femeninas. Eso es bien clave, ha sido parte de mi «rollo», como dicen ahora los adolescentes, de mis neuras, mis problemas de identidad. Las figuras masculinas más significativas son las de mi padre y de mi abuelo materno, que era político pero no tradicional. Lo fuerte para mí eran sus características; un hombre que unía muy bien la calidez, la humanidad, la simpatía con el sentido social.

El era hijo de inmigrantes. Vino con su madre viuda y su hermano pequeño e hizo historia en sacar adelante a la familia, instalando un almacén que fue muy importante también en mis propios recuerdos. Un almacén donde se contactaba naturalmente, con mucha calidez hacia la gente. Además, es un verdadero símbolo para mí porque en la trastienda del almacén, editaba lo que fue el primer periódico de Linares, El Heraldo de Linares. Tengo recuerdos de esa bodega donde estaban los linotipos, esas letritas que colocaban en unos cajoncitos. Esa combinación de gente que llegaba a comprar, de cómo se sacaba la harina, el arroz y se vendía, con esa linotipia detrás, es un bello recuerdo.

Después tuvo un pequeño campo que fue también parte muy importante de mi desarrollo.

Mi abuelo era radical y fue Intendente de Linares durante los tres períodos del gobierno radical. Ahora lo veo como el patriarca de los radicales en Linares en la época en que el su partido tenía mucho peso. Pero al mismo tiempo, se cuenta en la familia que nunca quiso ir más allá, en el sentido de que pudo haber sido diputado o senador radical de la zona, pero respaldó a otros. Era una persona muy linda, yo lo quise mucho, y él también me quiso harto.

Mi abuela materna, en cambio era una figura muy compleja. Una mujer muy bella, inteligente, yo diría una figura contrastante con la de mi abuelo. También hija de emigrantes pero de un origen más aristocrático, estudiaba piano -en esa época las mujeres estudiaban piano-, pintaba. Esta es parte de una historia que uno recogió sin palabras: ella se fue a enterrar a esa ciudad de Linares después de haber visitado Italia; creo que debe haber tenido una neurosis, ahora lo veo así. Era, entonces, la mujer sacrificada que se dedicó a la familia, al marido y volcó toda su energía hacia la casa, a ser la perfecta dueña de casa. Todas esas cosas fueron parte de mi propio rechazo a un modelo femenino que nunca me gustó. Mi madre ha sido también muy importante, aunque de una manera compleja: yo quería tener sus cualidades de dueña de casa, pero me salía distinto. Mi padre era una muy buena persona. Siempre me sentí muy unida a él, con las contradicciones de verlo en una carrera que nunca entendí, formarse para la guerra, en circunstancias de que él era un hombre pacífico, bondadoso, inteligente, amplio. Con mis hermanos tengo hermosos recuerdos, muchos juegos, mucha fantasía. Y la «nana», una mujer maravillosa, cálida, inteligente, una persona mágica, ¡fue muy importante en mi vida!

Fui la típica adolescente inquieta intelectualoide, con mucho sentido social y de la justicia, muy emotiva, llorona; muy católica primero y después muy crítica al ver las contradicciones, la hipocresía. Mi inquietud social se alimentaba a través de libros, de gente

que conocí. Sentía que había que cambiar la sociedad y que había que cambiarla ¡totalmente! Recuerdo que me sentí muy conmocionada con el libro que leí sobre la Revolución Bolchevique. Coincidió con mi crisis religiosa. En Traiguén fui presidenta de la Acción Católica en un momento en que había que tomar muy en serio ir a la misa de ocho, me indignaba este asunto de las misas «sociales» en una Iglesia que todavía era preconciliar, conservadora. El cura disolvió la Acción Católica porque nosotros estábamos proponiendo actividades de tipo social (como visitar a los ancianos). Todo eso desencadenó un proceso dentro de mí, porque me hizo identificarme con una Izquierda que yo no conocía físicamente, hasta que entré a la Universidad. Al entrar a Medicina rápidamente identifiqué a la Izquierda como mi grupo de referencia. Fue mi primera aproximación a la militancia política. Me ligué al grupo de la Juventud Comunista, que era fuerte en Medicina y quise militar, pero mi primera experiencia en esta organización fue mala y no seguí militando porque la sentí rígida, fanática, estrecha, ¡me cargó! Seguí participando en la Juventud, pero como independiente. Y esto se prolongó hasta el Gobierno de Allende, nunca milité en la década del 60.

En esa época, se sumaron también otros aspectos de mi vida. Me casé en segundo año de Medicina y tuve a mis dos hijos mayores mientras estudiaba. Mario, mi marido, militaba en el Partido Comunista y eso me hacía sentir participando. El es una persona muy amplia y también hizo su propia crisis; se retiró cuando fue la invasión a Hungría. Así es que los dos éramos médicos, académicos, simpatizantes o colaboradores del Partido Comunista, pero no militantes; con mucha inquietud social, pero realizada a través de la medicina.

Y así fue hasta que ocurre ese proceso en el cual nos involucramos tanto: el de la Unidad Popular. Desde ese momento comienzo, desde mi trabajo médico docente, a vincularme al mundo popular; y allí, un poco inconcientemente, asumí una militancia formal. Recuerdo que fue un compañero, presidente de una Junta de

Vecinos y comunista, el que me dijo: «Ya tiene que militar...» y me entregaron el carnet, en Villa Francia precisamente.

En ese tiempo, desde el punto de vista de los contenidos, de la reflexión absolutamente de tipo clasista, no se tocaba el tema de la mujer. Y yo estaba en eso en realidad; desde niña siempre fui feminista. No sé si era rebelde, pero sí totalmente distinta a las mujeres de mi familia; como era buena persona y estudiosa, no había choque. Era feminista y sin embargo nunca integré claramente eso en el discurso; entré a militar desde mi veta clasista y de cambio, digamos social, pero no cambio cultural.

Ahora, desde el punto de vista de cómo era aceptada yo como mujer, viví una experiencia particular, tal vez marcada por la época en que ingresé. No estaba en una posición específicamente de género, pero desde el primer minuto más bien sentí que se me empujaba a asumir muchas y muy altas responsabilidades, más allá de lo que conscientemente me consideraba preparada. Nunca sentí discriminación hacia mí. Al revés diría yo -no se trataba de utilización, porque eso es muy maquiavélico-; algo así como la importancia de que una mujer juegue un papel destacado y tenga responsabilidad, pero en tanto cuanto los temas son los temas del Partido. Uno está actuando en función del Partido. Hay que considerar que ese fue un período bastante corto al final de la Unidad Popular. Esa experiencia la viví especialmente después, a partir del año 83 cuando surge el MDP.

Cuando vino el golpe y por lo tanto la debacle y la necesidad de salvar vidas yo, desde mi visión, desde mi carácter, desde mi ser mujer y no sé cuántas cosas más, reacciono con actividad, ir para delante, no deprimirme sino intervenir. Eso naturalmente fue y es muy valorado: claro, una mujer que se la jugaba y no hacía problemas. Desde ese rol y en la actividad médica, comienzo a actuar públicamente en el tema de los Derechos Humanos, en el espacio que se va abriendo, denunciando la tortura.

Más adelante, un par de veces tuve que defenderme de cuestiones que se me plantearon, en el sentido de no querer entrar en un trabajo de otro tipo, pero fui respetada sin que se me juzgara. Llega 1983, se forman nuevos referentes políticos, surge el MDP y vivo de nuevo la experiencia de ser empujada, por los hombres del Partido Comunista, a asumir responsabilidades. Nunca se me va a olvidar esa mañana en que me llamaron a una reunión para formar parte de un Comité y un compañero me dice: «Bueno, usted compañera entonces va a formar parte de la Dirección y empieza a ir por el...». «No, yo soy médico, no voy a ir a todo lo que me está diciendo usted...», repliqué. Tuve todo un conflicto, pero ellos me empujan y ahí me voy metiendo, metiendo. Incluso cuando las cosas se precipitan mucho y las personas que están a la cabeza del MDP comienzan a ser detenidas y a ser expulsadas del país, en ese momento, me llaman con mucha formalidad a una reunión de lo más clandestina y curiosamente con mi compañero, con Mario, para plantear que se me quiere entregar la gran responsabilidad de encabezar, por parte del PC, este referente que es el MDP; que no se va a hacer público para disminuir los riesgos, etc. y le piden a mi compañero que tenga comprensión y que me dé toda clase de facilidades... ¿Sorprendente, no?

Las cosas fueron así, pero creo marcadas en parte por mis propias características y por el área en que yo estaba actuando, los Derechos Humanos. No lo he reflexionado mucho, pero creo hay ciertas características que son mías de fondo, aunque no tengo tan claro cómo estaban interviniendo. Sentía muchas ganas de actuar, una motivación y una voluntad muy grande hacia lo que consideraba justo. Además no aparecía cuestionadora ante la Dirección pues yo había colocado confianza en ella. Todo esto era muy importante en un Partido con las características del Partido Comunista, más aún en el momento que se vivía. Era considerada una compañera valiente, entregada ciento por ciento, tenía buenas condiciones familiares para entregarme. Leal y disciplinada (no eran esas las palabras que yo habría usado, pero me doy cuenta que ellos me tienen que haber sentido así: leal), y eso era óptim-

Además mujer y en el campo de los Derechos Humanos. Participaba en las discusiones políticas, pero con mi forma de ser, de entregar confianza; en el fondo con una cierta subordinación intelectual en ese ámbito. En otras esferas de pensamiento no, soy muy poco subordinada, soy harto autónoma, pero en el ámbito de la dirección política, de las grandes decisiones, las estrategias, sentía que sabía menos, que los políticos eran los que tenían una tremenda experiencia, que habían estudiado, que sabían marxismo. En fin, sentía que en ese campo era una pobre pendeja, que no iba a alcanzar a ponerme al día y que mis aportes podían ser más en la acción, más con la gente, más en el trabajo.

Es decir, seguía primando más lo social que lo político. ¡Sí! y fue un problema: mi gran fuerza y también mi gran debilidad. Me daba cuenta de ello y seguía tratando de estudiar, leía, pero era muy complicado, más aún en un mundo de clandestinidad. Por otra parte, se me trataba muy bien. No notaba condescendencia, porque eso a mí me carga; pero quizá sí... había una fina condescendencia, se me escuchaba. Yo opinaba partiendo de la base de que en ciertas cosas estaba limitada, y claro ¡para qué insistir o porfiar!... porque la política es de los hombres. Resumiendo, ninguna discriminación, pero en las condiciones que he descrito. En parte, la no discriminación tiene que ver también con que estoy colocada en una temática de otro tipo: Derechos Humanos y lucha contra la dictadura.

Entonces se empieza a vivir un proceso que va incorporando, en medio de la política, la temática de la mujer. Se comienza a mirar a las mujeres como un factor de protagonismo, a valorarlo inmensamente. Allí se estaba incorporando la dimensión de género y yo iba a ser parte de esto. Hablé de ser feminista muy precozmente, hablaba de doble militancia, participaba en Mujeres por la Vida. Ahora bien, a ellos les encantaba esta idea de que participara en Mujeres por la Vida entendiendo que salíamos a la calle, que hacíamos cosas, que teníamos convocatoria. Pero yo incorporaba en el discurso toda la temática de género, y nunca recibí reproches por eso; sin embargo, tampoco recibí ningún tipo de estímulo. Se

hacían los lesos por decirlo de algún modo, ahora lo miro así, ni siquiera bromas. Quizás también porque, dentro de mi estilo, no era una persona muy punzante. Nunca lo escondí, pero tampoco di una pelea más clara sobre el tema de la mujer adentro del Partido.

Lo que se dio en el PC, y lo seguimos viviendo nosotros en el PDI en mi experiencia actual, es valorar la presencia de las mujeres en la acción política, pero sin entrar en la otra polémica, en la de las limitaciones que tenemos las mujeres, las formas concretas que tiene la discriminación y la escasa participación de la mujer. Es algo así como: «estupendo que sea mujer, pero en tanto sea una buena militante». La línea la da la Dirección, no la dan los hombres, la da la Dirección. La Dirección históricamente ha estado en manos de hombres, pero ahí está el fenómeno Gladys Marín. No tengo claro cómo ejerce el poder, y qué poder.

En mi partido, el PDI, desde el punto de vista de nuestras ideas, de lo que buscamos, diría que hay un alto nivel de consistencia respecto de la temática de la discriminación, de plantearse la superación de todas las formas de discriminación. Por lo tanto, el reconocimiento de la mujer es una cuestión aceptada absolutamente. Hay, además, otras discriminaciones más complicadas, como la discriminación sexual, la discriminación racial y esas luchas y esos derechos los asumimos, pero no los estamos operativizando adecuadamente. Está en el corazón, porque no es discurso hipócrita, es verdadero, es sincero, pero no lo estamos llevando a la práctica en un esfuerzo más consistente. Nos cuesta entender que tenemos que realizar acciones de discriminación positiva, la famosa discriminación que es mucho más que cuotas. Estamos tan llenos de necesidades, de problemas económicos, relaciones políticas, de esto, de lo otro...y vamos dejando el tema de las mujeres; lo voy dejando y me siento muy responsable de eso, me da vergüenza. Actuamos como si dijéramos: «Sí, estupendo que las mujeres estemos participando; ojalá hubiera muchas más, pero siempre y cuando sean capaces por ellas mismas, sólo por

méritos». Es decir, no es que se ponga un alto standard, pero no nos hemos preocupado de apoyar, de ayudar, de ver cuál es la situación de cada mujer que participa; de ver cómo opera la triple jornada, el factor del compañero o quizás sus rasgos de desvalorización o de inseguridad; qué pasa con sus miedos, etc. Y también la cuestión de cómo queremos hacer política.

Aquí están mis propios problemas. Estoy encabezando el PDI, soy la Presidenta, pero tiendo a hacer la política que a mí me gusta y no cualquier política, y eso es una limitación. La política que me gusta es la política con la gente, con la organización, de movimiento social, pero también es de creación. Ya me liberé de esta historia de andar deslindando responsabilidades, y delegar toda la confianza en otros. Fue duro haberlo hecho, me he sentido muy dolida por eso. Hablé públicamente, llamé a los jóvenes a una cantidad de cosas, y es una irresponsabilidad tremenda hacerlo sin tomar parte, realmente, en la elaboración de aquello que sustenta el llamado: ¡eso nunca más! en lo que me queda de vida. Por eso dedico mucho tiempo a llenar todos los vacíos, a leer cuanto documento me cae en la mano, a escribir, aunque no es algo que me guste, a discutir, a estudiar los temas. Me gusta mucho, sobre todo en este período, la política de la propuesta. Para eso hay que estudiar, informarse, meterse en economía, armar equipos. Para lo que no sirvo y no me gusta tampoco, es la otra política, la de las llamadas relaciones políticas, de los acuerdos, de la muñeca, de negociar; me da lata, me aburro, me empieza a doler el estómago.

Creo que esta es una característica de las mujeres, excepto para una minoría. Me siento parte de la mayoría de las mujeres. Este es uno de los nudos en que estamos metidas respecto de cómo se maneja el poder; un poder que queremos que se ejerza de una manera distinta, en un modelo de sociedad distinta, un poder distribuido, no concentrado ni elitista. Pero, para poder hacer esos cambios, tenemos que meternos en la forma en que hoy día se hace el poder. Siento que este es un punto débil. Y hay otro problema,

que es mío y no sé si le ocurrirá a la mayoría de las mujeres, a mí no me gusta tanto la cosa partidista. Sí me entusiasma mucho el trabajo movimientista, no me gusta lo que estrecha. Por estas razones, a veces pienso que no debería seguir presidiendo el PDI y debiera concentrarme en aquellas cosas que más me gustan, que hago bien y con las que podría contribuir muchísimo más.

Respecto a los partidos en general, tengo la impresión de que sí hay discriminación de las mujeres, pero de distinta forma y en distinto grado. No conozco a la derecha, pero me imagino que es distinto. Incluso en la Concertación o en la izquierda es distinto. No es igual en un Partido Humanista que en un partido grande y viejo, llamémoslo así, como el Partido Socialista. La forma en que el tema de la mujer se está encarando es otra; y en el nuestro, pequeño y nuevo, es diferente. En el nuestro no hay reconocimiento de todo lo que debemos hacer para estimular la participación. Puede ser una forma sutil de discriminación o de no asumir en plenitud lo que se dice que se quiere asumir, pero claro, hay otros partidos en que hay discriminación activa y de hecho.

El cómo opera esta discriminación es, primero de un modo más sutil: la mujer tiene que probar que es buena, y el hombre, no. A la mujer se la escucha hablar y hay algo previo, un supuesto, se trata de alguien que debe probar que es capaz, convencer de que no es imperfecta o insegura. Nosotros sentimos ese juicio previo como parte de ese engranaje que nos hace elusivas, que nos frena, nos inseguriza, etc. Para mí, este es el fenómeno más importante, porque es un hecho mental, es un fenómeno que genera reacciones defensivas. Nosotros, las mujeres estamos muy exigidas y autoexigidas.

También la discriminación se ve en lo que podemos llamar desconsideraciones, esto es la no consideración de las realidades que hoy día tenemos las mujeres: pasar por alto las dificultades, el peso del hogar, la triple jornada. Hacer como si todos estuviéramos en la misma situación, como si no se mantuvieran las diferencias de

roles y la sobrecarga del rol de la mujer. Esos son los mecanismos que se traducen después en que las mujeres no estén en los cargos de más alta responsabilidad, que las mujeres aparezcamos como las «insistentes» que andamos pidiendo condiciones especiales, que las mujeres somos colocadas en roles más practicistas.

Y se expresa también en que las mujeres participan menos en la toma de decisiones; no están o están muy débilmente, en las Comisiones Políticas. Siempre existen unos super equipos donde se toman las decisiones, llámense comisiones políticas, cabezas de una tendencia, y las mujeres no están allí. No es el caso mío, estoy en una situación especial, en un partido pequeño y nuevo, y yo sigo siendo la querida compañera Fanny, que es buena persona además.

Pensando en los caminos, en las estrategias para transformar esta realidad, tengo que detenerme en el concepto de «humanizar la vida». Este elemento constituye para mí el eje. Si humanizamos la vida, toda la vida, la vida familiar, la vida laboral y la vida política, implica que ayudamos a cambiar la política con la postura de integrar, de globalizar. Significa golpear algo que es muy fuerte, rígido y masculino, porque la política se vive como una práctica que lo absorbe todo, que copa todo el tiempo, que no deja espacio para otras cosas y ¡se convierte en una especie de obsesión, de locura, de neurosis, de ansiedad! La ansiedad por el micrófono, la ansiedad por no perder el status y el nivel en que se está. Es lo más antihumano que existe, estar ansiosamente corriendo detrás de algo que no se sabe mucho qué es. Una actividad que te deja ausente de otras áreas de la vida, y si eso sucede, te deshumanizas y por lo tanto deshumanizas tu práctica y tu visión. Es tan amplio como eso.

A partir de aquí diría aquellas cosas que para las mujeres son fortalezas y debilidades. Una de las fortalezas es la integración de lo racional y lo emocional, por ejemplo. Sobre esto, me alegré mucho cuando en una entrevista que le hicieron en televisión, Frei

lloró al hablar de su padre. Me encantó que se permitiera unas lágrimas ahí, frente a la cámara y creo que eso es un elemento femenino de él, que está muy bien y que nosotros debemos aplaudir. Es unir el elemento de la calidez, del afecto, con la seriedad de la idea.

Otro elemento que ponemos las mujeres tiene relación con los problemas del modelo de desarrollo. Las mujeres decimos que no queremos la competitividad y anhelamos la fraternidad. Contamos también, por ejemplo, con las lealtades entre las mujeres, queremos ayudarnos, ser amigas y nos queremos y eso para mí es un elemento que proyecta esta visión de sociedad solidaria y humanista, fraterna, no competitiva; que lucha contra el egoísmo y la fragmentación que lleva a la soledad existencial y al daño psicológico y social.

También hay otras cosas. El elemento que para mí es clave en la política es la relación entre lo político y lo social, o sea que la política no se haga sólo en el ámbito de los partidos políticos, sino que la haga el movimiento social y en la sociedad entera: socializar la política. Esta estrategia tiene que ser mucho más concientizada, desarrollada, ampliada y profundizada, vincularnos como movimiento social y movimiento político. Nosotros tenemos que jugar un papel muy grande para transformar la política en un sentido más movimientista, donde la relación entre lo político y lo social sea recreada de modo de contar con una sociedad civil activa y con movimientos sociales autónomos. Con un movimiento social que tiene no sólo mucho que decir sino también que hacer, con los partidos políticos que tienen que escuchar al movimiento social; porque los partidos no se las saben todas y los procesos políticos no vienen de directivas iluminadas. Y en esto sí que las mujeres -desde nuestra propia tendencia a estar más en lo social, desde la práctica que hemos vivido en estas dos últimas décadas, desde nuestra visión de sociedad- podemos y debemos jugar un papel muy importante de cambio.

Creo que nos interesa desarrollar aquella forma, aquel estilo de hacer política que a nosotros nos gusta y que debemos tener la

autoconfianza de reconocer que es la mejor, no sólo en los términos de humanizar, sino en los términos de una política más de creación, de cambio, de proyecto, de transformación, de hacer avanzar a la sociedad y no la política del negocio, del puro manejo del poder. A nosotras nos gustan las obras, nos gusta crear, lo pasamos bien creando y aunque es una desventaja para «el negocio», es una cuestión muy buena, porque nos ayuda a querer cambiar la política y el poder. No puede ser que la energía de los políticos esté en un ochenta por ciento metida en la disputa del poder, a veces puramente personal.

En mi opinión, en Chile necesitamos tener una visión de país y una visión de futuro. Ese es el gran desafío, y el riesgo es que nos dediquemos simplemente a administrar, a arreglar las cosas para que no se nos desarmen y seamos super cautos. No nos interesa el conflicto -menos en el sentido de la confrontación- porque si queremos el cambio, queremos mejorar las cosas. Y además, nosotras necesitamos cambiar nuestra situación de mujeres. Somos agentes de cambio y, al mismo tiempo, no nos gusta el conflicto; y para eso estamos en un estupendo minuto, para empujar el cambio sin que sea confrontacional, un cambio con estabilidad del proceso, conversado, hablado, buscando acuerdos, alianzas y construcción de mayoría. Todo lo que necesitamos hacer para nuestro cambio de género, se aviene con el cambio de la sociedad. Se ajusta.

Construcción de mayoría: creo en eso, en la estrategia de alianzas: alianza entre las mujeres, alianza con los otros movimientos de cambio cultural. Ecologistas en primer lugar. Es muy importante la no discriminación de las minorías sexuales; de las minorías étnicas, los pacifistas. En el PDI tenemos estos contenidos en nuestros documentos, pero es complicado en la práctica el grado de apoyo que estamos dispuestos a dar.

Acerca de las estrategias individuales, recién ahora estoy empezando a mirarme hacia el futuro, porque más bien siempre esperé

lo que la vida me fuera dando. Entonces, ¿cuál es la estrategia? Por una parte, quiero asumir el trabajo de la mujer del PDI porque es una cuestión mínima que me corresponde. Desde ahí mantener lo que llamo mi doble militancia con lo social, con el movimiento de mujeres tratando de que todas estas alianzas temáticas las desarrollemos al máximo dentro del Partido. Y, como ubicación en la cosa política tradicional, me gustaría el Parlamento, una diputación ahora.

Respecto de cómo me muevo en la cotidianidad política, lo que me pasa es que necesito, me gusta y quiero ser muy auténtica. Por mis características tiendo a ser medio cariñosa. Cuando era más joven me decían que era coqueta, pero no me sentía así. Nunca pienso si eso sirve o no como estrategia, además no me gusta, lo paso mal. Entonces, soy yo, nada más. Por otro lado, me doy cuenta de que mi actitud habitual es no mirar hacia futuro, no pensar en un plan, no tener un plan. Los hombres en la política tienen un plan (yo creo que se les pasa la mano, pero a mí en la vida también se me ha pasado la mano). Durante un tiempo lo sentí como un valor pero, en mi profesión, debería haber planificado más mi formación, mi desarrollo. Se trata de una mezcla entre inseguridad y narcicismo. En lo que se hace se va demostrando capacidad. Por un lado, uno se cree muy capaz y, por otro lado, está esperando el reconocimiento. Nunca he peleado por puestos; no pelearía jamás, me repugna pelear por puestos y reconocimientos. Pechar, lo que se llama pechar, es una de las cosas que más me irrita en la vida. ¡No lo tolero!



Laura Rodríguez

Tengo 34 años. Estudié en la Scuola Italiana. Mi padre murió cuando yo tenía tres años. Hasta que me casé viví siempre en el sector del Parque Bustamante con mi mamá, mi hermano -que es dos años mayor que yo- y mi abuelita, además de mi nana. Mi mamá siempre ha sido comerciante.

Cuando terminé el colegio ingresé a estudiar Ingeniería Civil Industrial y me especialicé en Análisis Computacional. Primero entré a estudiar arquitectura porque era buena para las matemáticas y el dibujo y, como era mujer, se suponía que tenía que estudiar arquitectura. Estuve siete días y me di cuenta de que eso no era realmente lo que me gustaba, que prefería lejos las matemáticas y la física. Entonces mi decisión fue estudiar Astronomía y por eso entré a la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas.

Mi hogar no era muy tradicional porque mi papá y mi abuelito habían muerto, mi mamá trabajaba todo el día y a mi hermano y a mí se nos inculcó que, en cierta forma, cada uno tenía que velar por su vida. En ese sentido nunca percibí una discriminación en comparación con mi hermano, nunca noté diferencia en cuanto a los permisos, a la confianza que podía existir hacia él o hacia mí. Creo que eso fue muy importante. Por otra parte fue muy significativo ver todo lo que hacía mi mamá, porque en esa época no era tan común que una mujer trabajara, con dos hijos, con todas las dificultades del caso, con todo lo que significó postergar su vida

personal, su vida de pareja. Mi mamá no se volvió a casar y me dio una formación que valoro muchísimo, porque siempre confió en nosotros y le otorgó un valor especial a nuestra libertad y a nuestra capacidad de decisión. Nos enseñó a decidir sin prohibirnos cosas; al contrario, mostrándonos todas las alternativas. Recuerdo la vez que mi mamá nos explicó lo que era el funcionamiento sexual y como nacían las guagüitas: lo hizo sentada con mi hermano y conmigo, con dibujitos, porque en esa época no había tantos libros. Me imagino que para ella fue bastante difícil, pero nos explicó todo. Además mi mamá llegó sólo hasta lo que hoy sería tercero medio porque su familia tuvo que venirse de Italia por los problemas de la guerra. Pero tiene una experiencia de vida muy grande y eso fue lo que nos transmitió a nosotros.

En mi casa nunca hubo un modelo de actividad política, más bien tuvimos el modelo de la vida personal de mi mamá. Cuando posteriormente me incorporé a la Comunidad y al Movimiento Siloísta, ella también participó.

Me casé hace 15 años con Dario Ergas, él fue quien me invitó a participar en el Movimiento Siloísta. Tengo un hijo de ocho años. El cargo que desempeño no presenta problemas para la vida con mi pareja. La dificultad básica es que fuimos formados en otra época, para otro momento histórico y eso es un problema tanto para Dario como para mí. Es lo que nosotros llamamos nuestro paisaje de formación. Resulta que la vida que llevamos es absolutamente distinta a aquella para la cual fuimos formados, o para lo que suponíamos que iba a ser nuestra vida. Esto requiere de permanentes conversaciones e intercambios, acuerdos y evaluaciones de lo que estamos haciendo, porque una se va chocando con ese paisaje de formación que a veces puede ser una imposición en cuanto a formas que sabe que no son su propia aspiración, adonde una quiere llegar. Explico, a él lo formaron en el sentido de que iba a tener una señora preocupada de la casa y de los niños; esa no es su aspiración y él valora mucho lo que yo hago. Pero esos contenidos que le incorporaron cuando chiquitito muchas

veces operan y si no se da cuenta que están funcionando se puede entrampar y confundir la relación.

Mi trayectoria política tiene varias etapas. En el año 1978 egresé de la universidad con una frustración bastante grande respecto a lo que realmente era. Había salido del colegio con la idea de que allí iba a realizar todos los sueños que nunca pude hacer realidad en el colegio: investigar, crecer, organizarme. Y me encuentro con una universidad en la que, si pegabas un boleto de micro en una pared, al otro día aparecía toda pintada de blanco, es decir, cero participación. Fue una frustración absoluta. En ese momento me vuelco a organizaciones fuera de la universidad y me incorporo al Movimiento Siloísta.

Luego, en 1980, ingresé a la Comunidad para el Desarrollo Humano, la organización que se gestó a partir del Movimiento Siloísta. Allí, con muchas otras personas, empecé a hacer una serie de trabajos relacionados con las Naciones Unidas y con el tema del armamentismo y la violencia en el mundo. Además me puse a trabajar en las poblaciones, en los barrios. Toda esa actividad en la Comunidad para el Desarrollo Humano duró un largo tiempo, hasta 1984, fecha en que se funda el Partido Humanista y me incorporo al grupo fundador. Desde los inicios del Partido me aboqué a un trabajo que no tiene nada de público, un trabajo absolutamente interno de organización del Partido.

Me di cuenta entonces, que todo el proceso político del país iba requiriendo que la política fuera mucho más pública, mucho más externa. Así me fui incorporando de a poco en lo que son los problemas públicos del Partido. Luego vino la elección interna, fui elegida Vicepresidenta y en la siguiente, Presidenta del Partido. Paralelamente, se me eligió Vicepresidenta de la Internacional Humanista.

En este punto es preciso decir algo. El Partido nació con ciertas concepciones renovadoras en cuanto a las relaciones humanas y

nunca he identificado ningún tipo de discriminación de género. Por una parte, el hecho de que no contemos con ramas femeninas ni Departamento Femenino es un elemento fundamental para que no exista esa discriminación, porque en definitiva creo que son los departamentos femeninos los que han aislado a la mujer. El Partido cuenta con una Secretaría Técnica de la Mujer en la que participan hombres y mujeres y donde la problemática de la mujer se inserta en el ámbito social como cualquier otro tema. Diría que existe un tratamiento absolutamente igualitario y un ejemplo claro de ello es mi relación con Sergio, mi Secretario Político. Soy la única parlamentaria cuyo Secretario Político es un hombre. A mi juicio, en estas relaciones no hay ninguna diferencia por motivos de sexo.

Ahora, si uno pudiera hacer un análisis de qué significa dentro del Partido la labor política de las mujeres o de los hombres ahí sí se nota cierta diferencia. Creo que hay una diferencia global que no es sólo del Partido. Las mujeres tienen una capacidad mucho mayor de adaptación a los cambios que los hombres. Eso es porque la evolución del mundo y de nuestra sociedad impacta mucho más directa y bruscamente la vida cotidiana de las mujeres. Por lo tanto, la mujer necesita una adaptación cada vez mayor y permanente pues tiene que empezar a modificar muchas cosas. Por ejemplo, la incorporación de la mujer al trabajo ejerce un impacto en los hombres, aunque pienso que los hombres y la sociedad todavía no lo han querido reconocer del todo.

En mi Partido hay una gran participación de la mujer. Somos cuatro mujeres en el Consejo Nacional y en la Directiva actualmente somos tres mujeres. Un elemento importante, repito, es que no existe rama femenina, tampoco rama juvenil. Otro elemento significativo es el trabajo en equipo. Mucho se habla del trabajo en equipo, pero en el Partido no existe lo que se puede llamar un «jefe» sino que, en un determinado equipo que tiene un proyecto específico, cada uno cumple una función distinta y no porque se desempeñe una función más o menos pública tiene autoridad sobre otra persona. Por ejemplo, en el equipo que trabaja conmigo en

toda la labor parlamentaria, yo no soy jefe de ellos, cada uno cumple su función y aporta su iniciativa y su creatividad. Esa es una forma de trabajo muy importante y participativa. Nos preocupamos más bien del proyecto y no del logro personal o individual.

Otro elemento importante es que cuando hay que elegir personas para asumir ciertas funciones, ésta se hace en base a la democracia del trabajo. Es decir, se va haciendo evidente quiénes tienen que asumirlo, quiénes le dedican más esfuerzo; no es una cosa de voto ni de máquinas políticas. Por otra parte hay toda una forma de trabajo a nivel más local: los núcleos de organización del Partido, los centros de comunicación directa. Esos son los núcleos orgánicos del Partido. Y en ellos se trabaja -como su nombre lo dice- la comunicación directa en distintos temas que van surgiendo desde las personas. No hay una cosa impuesta, todo se genera de acuerdo a la realidad y a los intereses locales.

Un factor fundamental es la forma en que valoramos la vida personal al interior del Partido. De hecho, nuestro planteamiento ideológico es que se requiere un cambio social y personal, por lo tanto dentro de todas estas reuniones de trabajo se hace mucha referencia a la actitud y al cambio personal. En este sentido hay un elemento esencial que orienta nuestras tareas y que lo vamos elaborando en retiros y en jornadas: es el pensar, sentir y actuar en una misma dirección, es la coherencia con uno mismo y también la coherencia con los demás, es tratar al otro como uno quiere ser tratado. Estos son los elementos que estamos trabajando para ir aplicándolos en nuestro entorno más cercano, más personal, hasta llegar a los ámbitos donde tenemos mayor influencia. La coherencia es el elemento fundamental de orientación en nuestra acción política y personal.

Por supuesto, aún estamos construyendo este proyecto. Hay un elemento importante que me gustaría incluir en este proyecto y es tener un órgano de difusión propio. Muchas veces los medios de comunicación tergiversan algunos temas o no dan lugar a lo

importante y sólo publican lo confrontacional, lo crítico. Por esa razón y porque generalmente los medios poco nos toman en cuenta, me gustaría que tuviéramos un órgano de difusión para poder plantear claramente nuestras propuestas.

En el Partido no existe control sobre mi actividad política. Utilizamos, en cambio, los mecanismos de planificación y evaluación. Frente a cualquier reunión, a cualquier postura que sea necesario determinar, se coordina, se prevén temarios, etc. y creo que esa es una forma muy organizada y eficaz de trabajar. Las reuniones siempre se hacen con algún objetivo y allí compruebo que en los demás partidos políticos hay mucho guitarreo, poca eficacia, poco avance.

En cuanto a la discriminación de la mujer, es cierto que la sociedad la discrimina y que ella tiene que vencer muchos obstáculos cuando el medio no le es favorable para llegar a las esferas de poder. Es muy importante entender la raíz de esa discriminación, comprender que esa discriminación no es algo que busca atentar contra mi persona y que tampoco es culpa de los hombres. A mi juicio, es básico poder discernir que tanto hombres como mujeres somos parte de un sistema en el cual ellos han aprendido ciertos roles y nosotras hemos aprendido otros. En definitiva no creo que haya una intención maléfica de parte de los hombres. Por otra parte es fundamental que la mujer no se autodiscrimine, que asuma el ser mujer. Que realmente visualice en ella las mismas capacidades y las mismas posibilidades del hombre y que perciba que las limitantes que existen en lo personal, en la esfera doméstica, se deben resolver en el ámbito familiar y en la relación de pareja.

Hay otro tipo de limitantes que tiene que ver con la formación. Quizás a una no le han enseñado a hablar en público, a escribir, a hacer un sinnúmero de cosas. Entonces tiene que tratar de desarrollar esas habilidades, pero entendiendo que no se trata de un condicionamiento natural. Creo que tanto hombres como mujeres son exactamente iguales. Sé que muchas mujeres no

concuerdan conmigo, pero opino que somos exactamente iguales con una diferencia que siempre menciono: la carrocería. Y sin duda con otra diferencia en lo que se refiere a la formación cultural. Pero en realidad, como definición de seres humanos -que para mí no radica en lo natural ni en la formación cultural sino más bien en la intencionalidad y en el deseo de llevar adelante un proyecto-, somos exactamente iguales.

Esta percepción hace posible que yo trabaje en cualquier ámbito. Participo con los jefes de los partidos de la Concertación -soy la única mujer- y presido la Comisión de Salud. Allí no veo ninguna diferencia y ellos tampoco ven ninguna diferencia en mí. Aunque hay ciertos elementos en esta actividad que no niego me preocupan. Por ejemplo, es obvio que trate de terminar temprano para llegar a casa antes de que se duerma mi hijo porque eso me encanta. Siento que es fundamental lo que se da en el ámbito más cercano de trabajo, entre los más amigos, en el entorno familiar y de pareja. Veo como imposible mi evolución si allí no se produce una relación y un crecimiento importantes: cómo desarrollarnos y evolucionar juntos con mi pareja, con mi hijo, con mi familia. Eso es vital.

A pesar del medio esquizofrénico que es la política, en la vida privada los hombres me tratan fantástico, son muy cariñosos conmigo y no tenemos ningún problema. Pero, obviamente, muchas veces nos confrontamos públicamente en ciertos temas. Y allí percibo una dificultad real de su parte para poder asumir una negociación con una mujer. Es decir, en una negociación la mujer necesita plantearse en forma fuerte y dura respecto a un tema y a ellos les cuesta actuar de esa manera frente a nosotras y también les es difícil ver a una mujer en esa postura. Cuando tenemos acuerdo es mucho más fácil trabajar los temas, pero cuando debo negociar me doy cuenta de que los hombres se desestabilizan un poco. He tratado de decirles que olviden que soy mujer y que analicemos juntos las cosas, pero el problema es más de ellos que mío. Al hombre le cuesta la competencia directa, el frente a frente con la mujer. Discutir para sacar una ley, un proyecto o competir

con argumentos para tratar de destruir la postura de una mujer, los inhibe. Están acostumbrados a ser más amables, más blandos.

Claro que eso tiene un lado positivo, a mí me favorece mucho el hecho de ser mujer y veo como algo absolutamente ventajoso la forma como ello opera en las distintas esferas políticas. Siempre están pendientes de no dejarme fuera, más por una amabilidad hacia la mujer que por un factor político. Por ejemplo, no es difícil mi presidencia de la Comisión de Salud porque en ella hay sólo hombres: son muy gentiles, muy atentos y siempre me dan la palabra. Eso me es muy útil, puedo revertir la situación en favor mío.

Claro que, innegablemente, a veces percibo una cierta discriminación. Los hombres me siguen viendo -por muy parlamentaria que sea, por muy Presidenta de Partido que sea- como una persona cuyo rol está en la casa y no en el Parlamento; en muchas ocasiones sucede que si nos quedamos hasta tarde para una discusión o una votación, se escucha más de un comentario: «Laurita, qué pena que esté aquí y no esté en su casa». Una nunca ha oído un comentario de esa especie dirigido a un hombre. Ellos siguen considerando que en realidad una está aquí en desmedro del hogar. Hacen muchas preguntas «¿cuántos hijos tienes?, ¿de qué edad es tu hijo?, ¿tu marido te da permiso para quedarte aquí hasta tarde...?». Entre ellos nunca se preguntan si su señora les da permiso para quedarse hasta tarde. Y esa mirada que ellos tienen todavía... muchas veces percibo que tratan de volcar su relación conmigo hacia lo privado. No siento que se haya generado una discriminación fuerte, pero sí, hay algo de eso.

Asimismo, creo que es alegórico que a mí me digan Laurita, todos me dicen Laurita, hasta los de la UDI. Ciertamente es un trato algo raro, es como si a José Antonio Viera-Gallo le dijeran Josecito. En esa forma de nombrarme hay una alegoría de lo que ellos perciben de una mujer: que la tienen que tratar bien, le tienen que dar el asiento, etc. Todo ese tipo de situaciones las puedes volcar en tu

favor, pero muchas veces van dirigidas a tratar de debilitar tu postura cuando planteas algo. En general, para hacer mis planteamientos soy bastante dura y los defiendo con todo. Obviamente los distintos partidos políticos no están acostumbrados a trabajar con mujeres, no tienen idea como hacerlo y por eso se les complican las negociaciones. No saben negociar con una mujer, saben hacerlo entre hombres. Eso ellos lo perciben.

En lo que se refiere a mis relaciones con las mujeres, con las de la Concertación son muy estrechas. Diría que con las demás hay una relación que se basa fundamentalmente en la afinidad o no afinidad política. En estas relaciones no influye para nada la condición de género y he podido comprobar cómo muchas veces, al tratar de ponerse de acuerdo en temas relacionados con la mujer, son las propias mujeres las que hacen todo más difícil. Aquí hubo un solo parlamentario en todo este Congreso que votó en contra del Proyecto del Sernam: fue una mujer. El sólo hecho de que existan mujeres en el Parlamento no significa un avance en la condición de género. Lo he podido comprobar acá. Debo reconocer que muchas veces me he frustrado por el trabajo de algunas de ellas relacionado con los problemas de la mujer, como también me he frustrado al observar el trabajo de algunos hombres hacia un tema general. Yo esperaba que los proyectos relacionados con la mujer fueran defendidos con mayor ahínco por las parlamentarias y no ha sido así. Por ejemplo, los proyectos que he presentado sobre las trabajadoras de casa particular no han tenido un apoyo realmente importante. Hoy se negoció el tema del contrato individual, en el cual aún no se incorpora el sueldo mínimo para la trabajadora de casa particular.

Pero esas dificultades no influyen en mí. Dejaría la política sólo en el caso de que se decidiera canalizar el proyecto humanista por otra vía que no fuera la política. Y no es que no visualice obstáculos en este ámbito. Veo una incapacidad en los partidos tradicionales, de izquierda y de derecha, para percibir la existencia y la problemática cotidiana de las personas. Son muy hábiles para la reforma

constitucional, para lo importante, pero no tienen tiempo para lo urgente. Entonces la política se empieza a alejar de la gente en forma absoluta, con una total incapacidad para entender que detrás de un artículo hay un ser humano, quizás un sufrimiento. Esa es la dificultad mayor que veo, cómo poder empapar este ámbito con ese tipo de elementos que son la experiencia humana, el acercamiento a la gente. Este edificio de Valparaíso es una alegoría porque el hecho de que no se vea para afuera es absolutamente sintomático. Aquí podríamos estar en la luna legislando para marcianos, daría igual.

Para lograr éxito en toda esta función parlamentaria faltan dos elementos: uno, que el número de parlamentarios humanistas fuera más elevado y dos, que existan canales reales de participación de la gente. Siempre me preguntan quién me asesora y en realidad me asesora mi gente, esa gente que vive el problema en torno al cual estoy trabajando. Si esos mecanismos de participación estuvieran más institucionalizados se podría trabajar en muchas más cosas. Pero a la gente le cuesta entrar a este edificio, hay una serie de impedimentos, trámites, burocracia. ¡Me encantaría que la gente supiera qué está pasando aquí! He planteado varias propuestas de reforma al Reglamento orientadas, en definitiva, a abrir los puentes con la gente. He propuesto también la iniciativa legislativa popular, es decir, que no sólo los parlamentarios y el Gobierno presenten proyectos sino que la gente lo pueda hacer con un número determinado de firmas. Esa es, en cierto modo, mi forma de trabajar, que no es común aquí.

Me doy cuenta de que existen muchos asesores que estudian las cosas en un libro. Creo que no hay nada que estudiar en los libros. Entonces presento proyectos y me dicen que están mal desde el punto de vista legislativo, desde el punto de vista de esto y de lo otro. Pero esos proyectos han sido elaborados con las organizaciones, allí reside todo su valor.

Desde un punto de vista estrictamente personal diría que la primera dificultad que se presenta en esta actividad es el tipo de vida que

una tiene que llevar y el lograr compatibilizar la vida cotidiana con lo que pensaba o soñaba hacer. Por ejemplo, un tema super personal: yo tengo un hijo de ocho años. Planear si vas a tener o no otro hijo tiene que ser una decisión pensada y asumida. Otra cosa es la relación de pareja; mi marido también tiene mucha actividad dentro y fuera de Chile, él participa en el Movimiento Siloísta. Entonces es preciso ir logrando acuerdos para que cada uno pueda llevar adelante sus proyectos, ir logrando acuerdos sobre qué tenemos que hacer. Ese es todo un aprendizaje porque, en definitiva, nadie te lo enseñó. Esta es la primera gran dificultad, pero hoy la siento resuelta o como que estoy aprendiendo a salir de ella.

Hay otro problema que ya mencioné: tomar conciencia de que los temas que se debaten en el Parlamento no son los que le interesan a la gente. Eso produce una profunda frustración respecto a lo que estoy haciendo y me pregunto «¿será bueno estar aquí o sería más interesante invertir todas estas horas en otra cosa?». Sí, es algo que muchas veces me cuestiono, la falta de eficacia, la falta de modernidad. Este es un ámbito totalmente obsoleto en cuanto a sus formas de trabajo, a su mecánica, a su estructura. Es absolutamente arcaico. La forma en que se desarrollan las sesiones, cómo se realizan los trabajos, cómo se legisla, nada de eso va con los tiempos actuales. Me parece como de otra era, prehistórico total.

En cuanto a mi trabajo hay todo un apoyo del Partido, del equipo que trabaja conmigo en la gestión parlamentaria, el equipo que trabaja en la función dentro del distrito, que trabaja en relación con la gente. Eso en el contexto político. Y también siento la fuerza del apoyo de mi familia, de mi hijo, de mi pareja. Eso me hace admirarlos mucho; a quienes más admiro es a mi pareja y a la gente de mi familia. En lo más público admiro a Silo, porque advierto que desde su pensamiento se ha generado toda una corriente de opinión que ha influido en distintas esferas y que al parecer es la más válida en este momento histórico. También admiro a mucha

gente del Partido. Por ejemplo a Sara Campos, la Vicepresidenta, que ha hecho un trabajo muy importante en lo que se refiere a la gestión parlamentaria, sin ser ella parlamentaria. La iniciativa acerca del divorcio es un proyecto gestionado por Sara, en realidad he sido sólo la vocera de esa propuesta. Admiro a Leonardo Guerra, que es del Partido y trabaja con las organizaciones de nivel local. Y a mucha gente más. Siento admiración por mucha gente y de ella aprendo muchas cosas.

El escaso número de mujeres en el Congreso, en el Gobierno, en las alcaldías, se debe a la discriminación que se ejerce al interior de los partidos políticos. Los mecanismos comienzan por la participación dentro de un partido político y allí se revela la fuerte discriminación que hay. Esto de la discriminación positiva es un chiste que no funciona, es mentira. Y lo que digo es válido para el caso de las candidatas a concejales. Sucede que a la hora de los cupos y de los cargos de poder se olvidan de todos los discursos demagógicos respecto a la mujer.

En cuanto a las candidatas a concejales o a cualquier otro cargo, lo primero que deben entender es que no existe ninguna diferencia entre un hombre y una mujer. Segundo, tienen que trabajar con la verdad y con honestidad. Tercero, no prometer nada; los votos no se consiguen prometiendo porque la gente no es tonta, la gente sabe cuando se la está engañando o tratando de comprar. Lo mejor es establecer una relación muy estrecha, muy humana y muy verdadera con la gente. Es fundamental, decir todo lo que se siente, piense y opine con verdad. La gente sabe valorar eso. Además, al votar se fija en un elemento muy importante: en la credibilidad del candidato y en cómo ese candidato le puede mostrar una imagen de futuro que le abra sus expectativas de vida, pero no con promesas demagógicas porque la gente realmente es muy sabia.

A la mujer -como a la población en general- la política no es un asunto que les interese demasiado, a menos que toque temas que afectan su vida cotidiana. Consideran la política más bien como

un medio de participación y un mecanismo para poder influir en nuestra sociedad y generar cambios. Yo no diría tajantemente que a las mujeres no les interesa la política, lo que sucede es que tienen una forma de hacer política que está alejada de las esfera de poder. Es muy interesante observar a las dirigentas en los grupos de vivienda, en las juntas de vecinos, donde el porcentaje de mujeres es mucho más elevado que el de hombres porque es allí, en ese nivel, donde se origina el poder local. Pero en el momento de acceder al poder público que es donde se toman las decisiones, empiezan a influir por una parte los partidos pues discriminan y, por la otra, el cuestionamiento de la propia mujer: «¿Me la puedo, será que me corresponde, estará bien o no?».

No creo que las mujeres aporten a la política características específicas que no poseen los hombres. En realidad hay personas -tanto hombres como mujeres- que contribuyen a una política más coherente y más digna. Para mí la contribución que ha hecho Andrés Aylwin es fundamental en la política, y es un hombre. De modo que no diría que hay elementos fundamentales diferenciadores, positivos o negativos, en unas o en otros.

Por otra parte, si las mujeres muestran inseguridad, es por formación cultural. Hay ciertas experiencias que no han sido incorporadas o aprendidas. Y eso sucede desde chiquititas. Por ejemplo, cuando está la familia sentada tomando un refresco se le dice al niñito que él hable y pida la cuenta. A la niñita se la valora más mientras menos hable, mejor se comporte y más tranquila sea. Si el niño habla es muy hombrecito; si la niña habla es cotorra. La formación cultural opera y cuando la mujer entra a la política -un campo en el cual lo que se dice es muy importante- y tiene que defender sus ideas metiéndose y hablando en todas partes, esa formación lo dificulta todo. Por eso es que se necesita un nuevo aprendizaje. También los hombres requieren un aprendizaje pues están en desventaja por su lejanía de lo afectivo y del sentir cotidiano. Debido a esa carencia terminan haciendo una política totalmente en el aire. Ese sentir lo cotidiano recién comienza a surgir ... creo que es interesante.

El hecho de ser mujer no fue un elemento en absoluto gravitante en mi campaña. Fue esa necesidad de la gente de que se les hable con la verdad. Perciben a las mujeres como más reales y auténticas porque tradicionalmente han sido los hombres quienes han estado en la política, esa política demagógica y lejana a la gente la asocia más con el hombre. Visualiza como algo nuevo el hecho de que aparezca una mujer política, se le abre una esperanza.

En el caso de mi campaña yo no formé mi equipo, no elegí a nadie. Esa fue una decisión del Partido que me permitió un verdadero trabajo en grupo, porque cuando eliges a alguien siempre lo estás haciendo por razones afectivas, por afinidad personal. Este fue un equipo que el Partido seleccionó con gente que tenía capacidad para trabajar. Me pareció la mejor forma.

Desde aquí, desde el Parlamento y en el distrito, se ha hecho un trabajo muy interesante y se ha establecido una relación muy positiva con las personas de tercera edad y con jóvenes. Hemos estado trabajando en un proyecto orientado a que el Gobierno ofrezca algún mecanismo, o servicio, para abordar el tema de la tercera edad. Reconozco en las personas de tercera edad esa sabiduría de la que siempre se habla en los discursos y que es absolutamente cierta. Es la gente que ha vivido, que ha visto los líos de la política en nuestro país; a ella le es muy fácil reconocer tanto las dificultades políticas actuales como los errores que se están cometiendo. Respecto a la gente joven, básicamente he hecho un trabajo en el nivel del distrito con muchos grupos tratando de generar mecanismos para que ellos puedan participar y desarrollar sus propios proyectos.

Me he planteado trabajar la temática de la mujer tal como me he planteado trabajar todos los aspectos relacionados con los grupos discriminados. Tal vez eso haya servido como imagen, como un modelo que hasta ahora no existía. Pero como avance concreto de los proyectos que atañen a la mujer, diría que no he notado una incidencia importante de las propias mujeres parlamentarias. Y si

hubiese más mujeres no creo que se lograran más avances porque son justamente estos los temas en que las mujeres estamos absolutamente divididas.

Pero sí tengo la sólida creencia de que vamos a salir adelante. Lo positivo es esa capacidad que tiene la mujer de ir concretando las cosas, de hacer frente a los problemas. Por su propia formación no deja cosas pendientes y eso es sumamente útil porque la política es muy dilatoria, tiene un ritmo que en realidad no va con los tiempos. Esas capacidades de la mujer son muy necesarias para la política. Además, la gente percibe nuestra actividad política como algo interesante, novedoso. A mi juicio esto de complementarnos, de ponernos de acuerdo, de asumir funciones, hacer frente a los conflictos y realizar el trabajo de organización es muy útil y muy significativo.



María Antonieta Saa

Tengo 48 años. Nací en Santiago, pero vivimos un tiempo en Pitrufquén y cinco años en Quillota. Cuando tenía 14 años regresamos a Santiago. Mi padre era abogado, fue notario en provincia y en Santiago. Mi madre fue profesora y además estudió leyes. Provengo de una familia de profesionales, capa media-media.

Mi papá fue primero falangista y luego demócratacristiano y creo que él influyó bastante en mí. Diría que desde pequeña tuve vocación pública. Desde el kindergarten fui presidenta de curso. A los 11 años, sola, tomaba el tren en Quillota para ir a unas reuniones de la Juventud Estudiantil Católica (JEC) en Valparaíso. Cuando regresamos a Santiago fui fundadora y primera Presidenta del Centro de Alumnas de mi colegio, el Liceo de Niñas Nº 7 y dirigenta nacional de la JEC.

Siempre estuve en actividades colectivas que se canalizaron posteriormente hacia inquietudes políticas. Mis padres me estimulaban y me dejaban hacer. No recuerdo haber pedido nunca permiso para nada; siempre decía voy a tal parte, voy a tal otra y organizaba mi vida.

Soy profesora de Castellano y Literatura. En 1960 entré al Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile y egresé en 1964. Pienso que elegí esa carrera principalmente influenciada por un profesor que tuve en el Liceo. Nos enseñaba literatura, teníamos un

grupo de teatro y otro de novela. A los 15 años leí a Sartre, a Camus, era una gran lectora. Entonces, tal vez por la admiración hacia este profesor y por todo ese mundo que él me abrió estudié pedagogía, con gran enojo de mi familia. Obtuve un muy buen puntaje en el bachillerato y todos en mi casa querían que fuera abogada o médica. Encontraban que ser profesora era desaprovechar mis facultades.

Mi vocación era entre social y pedagógica. Cuando estaba en pedagogía pensé estudiar también periodismo y de hecho estuve un año en esa carrera, pero se me hizo muy pesado el estudio; quería ganarme la vida y no pude continuar. Posteriormente traté de estudiar Economía, pero abandoné esa idea.

Además de la influencia de mi padre, pienso que mi vocación política proviene básicamente de las mujeres de mi familia: mi bisabuela y mi abuela. Eran mujeres muy independientes, de clase media baja. Mi abuela estudió pedagogía y logró crear un colegio grande frente a la Plaza del Roto Chileno. Una tía abuela fue también pedagoga. Mi vocación por la cosa pública data desde pequeña. Por ahí tengo un escrito en que le pedía a mi mamá disculpas por algo y firmaba: «Tu hija, futura regidora, diputada, Presidenta de la República». No tenía más de nueve años.

En 1970 ingresé al MAPU. Una semana después ya formaba parte de la Dirección Nacional. Se hizo un congreso y alguien, una mujer, me dijo: «Antonieta, tú tienes que ir a la Dirección Nacional del Partido». Le contesté: «Cómo se te ocurre, si llegué recién». Sabía que era importante que hubiera una mujer, pero quería que me eligieran por mis capacidades y no por ser mujer. Finalmente, acepté y obtuve una votación bastante buena. Eso sucedió porque cuando entré a militar ya conocía a mucha gente; era dirigenta gremial de la CORA, Vicepresidenta de la Confederación de Trabajadores del Agro, iba a la CUT como delegada cuando Luis Figueroa era presidente. Era una lola todavía y la única mujer que asistía al Plenario de Federaciones.

Seguí por un tiempo en la Dirección Nacional y cuando el MAPU se dividió, opté por el MAPU Obrero Campesino (MOC). Estuve en la Comisión Política hasta después del golpe. En 1982 decidí salirme para dedicar mis energías al Movimiento de Mujeres que en ese tiempo estaba emergiendo. En 1983 fui Coordinadora del Círculo de Estudios de la Mujer. Me correspondió actuar en todo el embate de la Academia de Humanismo contra el Círculo. Formamos con Julieta Kirkwood y otras mujeres el Movimiento Feminista y estuve en Mujeres por el Socialismo. Después comencé a volver a la política a través de la Convergencia y el Bloque Socialista.

En 1984 decidí ingresar al Partido Socialista como independiente. Decidí ingresar nuevamente a un partido político porque pensaba -y pienso- que en nuestro país éstos son los mediadores entre la sociedad y el Estado; por lo tanto era muy importante para nosotras, las mujeres, participar en ellos para hacer llegar nuestras reivindicaciones al Estado. No me equivoqué: hoy tenemos un Servicio Nacional de la Mujer y se están creando políticas que favorecen a la mujer. Esto no quiere decir que se reemplace al movimiento autónomo de mujeres, movimiento que es necesario e irremplazable y que debe tener una enorme fuerza.

En el Partido estuve en la Comisión Política. Luego fui fundadora y dirigente nacional del PPD.

Personalmente, en toda esta trayectoria de militancia he tenido muchos problemas por mi condición de mujer. Por ejemplo, estar en la Dirección pero ser invisible. Soy muy sensible a todo lo que es la discriminación porque la he sentido. Después de haber sido dirigenta sindical me di cuenta de que cuando entré al MAPU fui desvalorizada inmediatamente. Me desvalorizaron y me desvaloricé en ese mundo de hombres. Era la única mujer en la Comisión Política y apenas escuchaban las opiniones que emitía. Hoy todos mis pares son diputados, ministros, senadores.

En los Partidos en que he militado he tenido problemas, causados tanto por el machismo de los hombres como por la actitud de las mujeres. Pienso que en los partidos políticos y en otros espacios, a las mujeres nos cuesta mucho reconocernos entre nosotras y reconocer que hay espacio para todas. Los hombres saben reconocer la experiencia. Un dirigente joven sabe que Ricardo Lagos u otro dirigente tienen una trayectoria y eso se respeta. A nosotras nos cuesta reconocer los liderazgos de otras mujeres, reconocer la experiencia acumulada en ellas. Siempre estamos compitiendo entre nosotras. Pareciera que nos desvaloriza reconocer el valor de «otra». Yo he sido víctima de eso, así, dolorosamente. Creo que las mujeres debemos establecer complicidad y valorarnos mutuamente. De hecho, se han abierto espacios y a veces hasta nos faltan mujeres para esos espacios. Pero es complejo.

También pienso que no fui candidata a diputada porque era menos amiga de los hombres. Eso pesa en términos de las redes de poder que se forman al interior de los partidos. Cuando una es muy independiente o muy contestataria todo se complica. Especialmente ahora, después de la vuelta a la democracia donde los espacios de poder son muy apetecidos.

Cuando entré al Partido Socialista hubo dos mujeres que se opusieron a que fuera al Comité Central; hablaron con el líder que me llevaba y le dijeron: «¿Por qué la María Antonieta, si viene recién llegando al Partido?». Después, fueron básicamente dos o tres mujeres las que me impidieron ser dirigenta nacional del PPD. El resultado: no fui candidata a diputada el 89. Eso en cuanto a las mujeres. Los hombres en general no votan por las mujeres. Ellos frente a las mujeres reaccionan de dos maneras: por un lado, la mujer tiene que ser muy capaz, algo muy difícil en este mundo de inteligencia en que nosotras nos movemos, o tiene que ser muy amiga y estar en las redes de lealtades. Por el otro, muchas veces el histerismo los asusta. Hacer escenas es un instrumento usado en política y no sólo por las mujeres. A mí me gusta la política, me gusta hacer cosas, el servicio público, pero no me gustan los juegos de poder para lograr hacer esas cosas.

Lógicamente, para superar esos obstáculos me habría gustado contar con una complicidad de mujeres, una estrategia de mujeres. Cuando la hemos tenido nos han resultado las cosas. Por ejemplo, con Berta Belmar y otras mujeres dimos una batalla muy linda en el PPD por la cuota del 20 por ciento de discriminación positiva. Fue absolutamente concertada, super inteligente y clara y la ganamos, arrasamos. Otra cosa buena fue formar la Concertación de Mujeres por la Democracia. Estoy convencida de que si no hubiésemos formado la Concertación de Mujeres para la Democracia no existiría un Programa de la Mujer en este Gobierno, ni Sernam, nada. Y eso se debe más a la fuerza de las feministas que a los partidos. Sin embargo, no pudimos ponernos de acuerdo en la estrategia de poder. Tratamos de hacer un frente para apoyar a mujeres en el Gobierno y a mujeres candidatas, pero debíamos haber llevado una lista de 10 mujeres bien afirmadas para ser candidatas. Y al final hicimos una lista de 150 mujeres.

Independientemente de esos problemas, siento que tengo vocación, capacidad. Pero estoy consciente de que soy muy torpe para desarrollar estrategias de poder. Siempre digo lo que pienso. Es una de mis desventajas. Creo que he llegado donde estoy, lo digo sin falsa modestia, por mi capacidad de trabajo, porque tengo una historia de entrega, una vocación y una paciencia a toda prueba.

Pero mi anhelo es poder desarrollar, junto a otras, una estrategia de poder con mucho apoyo, generosidad y solidaridad.

Respecto al futuro, quiero ser diputada. Quiero serlo porque deseo influir en diversos aspectos: el municipal, los problemas de las mujeres, de los jóvenes. Pero siento que el Partido no me estimula. El Partido no es una entelequia, está formado por personas. He dicho en repetidas ocasiones que quiero ser candidata a diputada. No pueden decir ahora que no me conocen porque desde la alcaldía he demostrado ser capaz. Pero percibo que mañana puede llegar alguien más relacionado con los aparatos partidarios y es probable que me dejen sin candidatura.

Esta alcaldía la he hecho con bastante colaboración de los organismos no gubernamentales y entidades internacionales, pero con poca colaboración del PPD. En el Partido piensan que María Antonieta lo ha hecho bien, que puede tener votos, pero esos votos no son votos PPD. Sé que al interior del Partido me valoran, pero no me consideran entre las personas que tienen poder. Además, aunque me gusta la cosa colectiva, disciplinada, debido a este cargo que ocupo ahora, que es tremendamente absorbente y en el cual trabajo mucho, no me queda tiempo para ir regularmente a las reuniones y esto lo toman como un desapego. Tal vez parezca muy crudo todo lo que estoy diciendo, pero es así.

Ser alcaldesa es muy lindo. Claro que soy alcaldesa porque me sacaron de otro lado. Yo no estoy resentida porque realmente es el mejor favor que pudieron hacerme. He aprendido una barbaridad, pese a que he tenido que hacer frente a innumerables problemas: falta de recursos, tener cada 15 días una reunión de Consejo de Desarrollo Comunal (Codeco) con 16 personas del régimen pasado, etc. He aprendido a negociar, a manejar. Peleé y negocié el presupuesto del próximo año hasta que lo aprobaron. El otro día un industrial me decía: «Alcaldesa, si usted se presenta a las elecciones, yo votaría por usted». Imagínate algo así de un tipo de derecha, un dueño de fábrica. Esto ha sido algo muy bonito, muy interesante y de mucho aprendizaje.

Es un municipio que tiene una población de 500 mil personas, un presupuesto de 10 millones de dólares, 1.500 profesores, 500 trabajadores de la salud, personal administrativo. Todo el trabajo lo hemos hecho con mucha imaginación y entusiasmo, con un equipo pequeño. Estoy muy, pero muy contenta de lo que hemos logrado.

Para realizar toda esta labor me he apoyado mucho en una vocación de servicio; esa que tenemos las mujeres. Me he analizado mucho para saber qué es lo que me importa: ¿qué mi nombre o mi foto salgan en los diarios? Nada de eso. Tampoco tengo una pasión

por el poder desde el punto de vista del ego. Sí pienso que tengo capacidad de convencimiento, una muy buena comunicación con la gente en general. Me gusta comunicar, embarcar gente en proyectos, sumar la gente al quehacer. No sé si soy muy buena organizadora, diría que todo va más por el lado de ser ocurrente, entusiasta. Creo que todo eso es positivo.

En los aspectos negativos, parece que de repente soy un poquito llevada de mi idea aunque trato de ser respetuosa. Por este ímpetu mío hay gente que tal vez se siente dejada de lado. Quizás tengo mucha audacia pero soy poco sistemática, aunque esa audacia compensa porque las cosas resultan. En política todo está en el imaginario, hay mucho de simbólico. Pero la alcaldía es algo concreto. Otro aspecto que podría calificarse como negativo es que soy muy complaciente y a veces autocomplaciente.

En este momento no sabría decir cuales son mis perspectivas políticas a futuro. Estoy cansada, tengo ya 48 años, he tenido una vida agitadísima. Me encanta ser alcaldesa, pero siento que no tengo mucho espacio personal. Me levanto a las siete de la mañana y salgo de mi casa a las nueve o nueve y media. Ese sólo rato es mi mundito propio.

Para mí dejar la política será muy difícil, a no ser que me vaya al extranjero. He tenido muchos conflictos de esos del tipo Büchi, contradicciones vitales. Mi aspiración en la vida sería alcanzar serenidad, tranquilidad del alma. No creo que sea incompatible con la política, pero me gustaría tener espacios más míos, de más calma. No percibo todo esto como que tenga que retirarme de la vida pública. Ahora mis planes son ser diputada, pero si me preguntaran si quiero ser senadora u otro cargo sentiría un tremendo agotamiento. No van por ahí mis aspiraciones. Me desgasta mucho la lucha por el poder, me cuesta entenderla, me deprime. Me gusta el quehacer, estar con la gente.

¿Por qué quiero ser diputada? Primero, porque creo que debe haber más mujeres en el Parlamento y, segundo, porque desde allí se

pueden plantear temas en la opinión pública. Con todos los conocimientos que tengo ahora deseo tener tiempo para formar corrientes de opinión sobre distintos temas. Quisiera tener tiempo para pensar leyes, para cambiar situaciones, etc. Por ejemplo, uno de los grandes desafíos es lograr una legislación que asegure condiciones de igualdad de la mujer o darles más facultades a los municipios, pues realmente aquí hay una fantástica posibilidad de acción y de potencialidad democrática.

En lo que se refiere al control de parte de los partidos, tanto en el Partido Socialista como en el PPD, prácticamente no hay control político. Creo que soy objeto de crítica, que es distinto. Es cierto que hay temas complicados para el Partido y ahí tal vez existe control. Los temas de las mujeres son mirados con un poco de susto: hasta dónde va a llegar, cómo va a llegar, qué va a decir. Son temas difíciles por las características de la Concertación, la alianza con la DC, estar en el Gobierno. De hecho me siento menos libre para hablar sobre divorcio, para abordar determinados temas porque estoy en un cargo de gobierno.

Es una cuestión de tener más cuidado, no de control. Pienso que eso se da menos en los hombres. Los políticos que se destacan son aquellos que se atreven a opinar públicamente, a polemizar, a plantear temas. En los partidos se hace una especie de marco general y se emiten opiniones. Quien espera que le digan que hable queda fuera del juego. Nosotras en ese sentido somos más tímidas. Los hombres obviamente elaboran una plataforma individual; esto se da menos en las mujeres. Esos pasos individuales dependen de cuánta convocatoria se tenga, dónde se digan las cosas, la ocasión, que la prensa la recoja, que tenga un impacto.

En general las mujeres no tenemos ni nos hacemos plataforma debido a nuestra propia formación y condicionamiento. En cambio una ve mucho más políticos que, aunque no todos son voceros de los colectivos, se ponen de acuerdo en lo general y lanzan sus propias opiniones.

Tenemos el caso de algunas diputadas que siéndolo y teniendo cargos partidarios no tienen iniciativas públicas, opinan poco. Diría que estamos muy condicionadas, tenemos más susto, somos menos seguras en estos espacios.

No estoy diciendo que las mujeres no tienen iguales oportunidades que los hombres en el Partido; son dos cosas distintas. La política se hace de determinada manera y tiene un determinado lenguaje y son pocas las mujeres que pueden dominar ese lenguaje y esa forma de actuar porque hay un condicionamiento cultural.

Una cosa es la evaluación de los partidos y otra la de la gente y pienso que en esta última las mujeres tenemos mucho arraigo. En mi opinión Renovación Nacional, como es un partido mucho más pragmático, se dio cuenta que era necesario tener mujeres porque eran rentables desde el punto de vista político. Entonces muy generosamente le abrieron espacio a Evelyn Matthei, economista, desenvuelta, rubia y bonita, simpática e inteligente, que viene del mundo del poder.

Los hombres se deshacen mucho por las buenasmozas y los coqueteos. Por el contrario, cuando una es común y corriente, inteligente pero no brillante, cuando no es la supermujer buenamoza y tampoco es condescendiente, cuando comprende más de las cosas del poder y no es tan inocente sino que entiende los juegos y los vicios, pasa a ser una competencia difícil. Eso incide mucho porque los partidos están hechos para los hombres y a su medida. Son clubes cerrados con sus propias tradiciones y lenguaje donde las mujeres estorban porque podrían cambiar las costumbres masculinas, como dice Simone Weil. Por otro lado está nuestra autocensura, nuestra timidez, nuestro ser poco «entradoras». Por eso que es tan importante la complicidad entre mujeres.

No es que piense que el partido determina límites concretos para las mujeres; no, son muy sutiles. Sólo se manifiesta en cuánta atención le ponen a lo que una dice. Recuerdo muy bien que una

vez en el MAPU estábamos en un Pleno muy importante, en toda la determinación de la ruptura MAPU-MOC. Yo era la única mujer, muy querida y estimada. Pido la palabra y digo algo bastante sensato, pero en ese momento -y es algo que siempre pasa- viene la distracción, prender el cigarrito, mirar para otro lado, conversar con el vecino. Nadie me escuchó. La misma idea, dicha en forma más adornada, con más argumentos, con más color, la planteó un dirigente una hora después y fue la gran idea del Pleno. Porque ahí juega nuestra autocensura, el no querer hablar mucho, la inseguridad, el decir las cosas como pidiendo permiso. Realmente para tener influencia y legitimidad en ese mundo una tiene que ser muy especial, muy decidida o tener una ambición muy grande.

En lo que se refiere a la incompatibilidad entre la familia, los hijos, manejar una casa y la actividad política, encuentro que sí son incompatibles. No me imagino mi cargo actual con marido e hijos porque esta labor que desempeño implica mucha entrega, es muy difícil. Hay que asistir a reuniones políticas, a veces todo el día sábado o domingo y, además, tener mucha paciencia. El hecho de no estar casada, no tener hijos, me da más facilidades que a otras mujeres. Yo voy con mi casa, con mi propio hogar a cuestas. Julieta Kirkwood hizo una frase muy linda, hablaba de la caracola y decía que a las mujeres la política les es difícil porque llevan la casa a cuestas, en el sentido de que adonde van cargan con todas las obligaciones domésticas.

Pienso que esa dificultad ha sido determinante en la menor inserción de la mujer en la actividad política. Cuántas mujeres tremendamente valiosas no están dispuestas a entregar su tiempo porque para ellas tiene muchísimo más valor la privacidad, compartir con su marido, con los hijos. No es cuestión de tirar eso por la ventana por un partido político.

En mi caso pienso que no he dejado espacio mental para otra cosa. En ese sentido creo que las mujeres somos muy vulnerables. Una vez leí un estudio sobre Gabriela Mistral que decía que alguna vez

ella había declarado que el sentirse vulnerable la había hecho «asexuada».

Tengo la teoría de que, a menos que una sea emocionalmente muy segura o tenga una vida afectiva muy clara, eso de los romances o coqueteos al interior de los partidos es un «boomerang» en términos del respeto «político» que una debe inspirar. Mi opinión es que en los partidos, como soy yo y con mi carácter, es mejor aparecer como asexuada. Así me siento menos vulnerable y menos manejable. Pero depende, hay mujeres que se manejan distinto y utilizan sus armas para tener mayor influencia, más poder. Todo eso conforma una estrategia: el coqueteo es el arma de poder de los oprimidos y en el caso de las mujeres es un arma de poder frente al opresor, si queremos llevarlo a ese lenguaje tan terrible. Pero es así. Una puede manejar a un hombre mediante el coqueteo, palpar cómo cambia el hombre y cómo es de débil; es esa debilidad de la que habla el libro de Esther Vilard, «El varón domado». Me reí mucho con ese libro porque es cierto, no es la relación franca, honesta, clara, sino el coqueteo como forma de manipulación. Este juego hay que jugarlo cuando una es poco vulnerable, porque si lo eres y te enamoras pasas a ser un instrumento o te transformas en el reposo del guerrero o en la mujer disponible. Quien entre en este juego tiene que ser una mujer muy segura de sí misma para que no se le vuelva en contra. Pero ha pasado a formar parte de una especie de preparación de la mujer para toda las actividades de su vida.

Aunque pienso que hombres y mujeres están igualmente preparados para la vida pública, siento que el mundo de la política y el mundo público son muy masculinos y que, lógicamente, en ellos los hombres se mueven como pez en el agua. Para nosotras es más difícil, como es más difícil estar en el mundo intelectual y en el mundo de las ideas porque también es un mundo masculino. En ese sentido creo que estamos menos preparadas. Dentro de nuestra experiencia de vida hay otros temas que nos interesan más; por ejemplo, las relaciones entre las personas. Estamos tremendamen-

te marcadas por nuestro condicionamiento: la gran cantidad de psicólogas, de profesoras, de enfermeras es porque esas profesiones reflejan la experiencia de mujer. Tendemos a visualizar las materias relacionadas con la economía y otras como ciencias ocultas. Pero, en primer lugar, es necesario que la mujer se interiorice más sobre esos aspectos y trate, en el largo plazo, de cambiar la política, cambiarla en el sentido de que pasen a la política temáticas como la violencia contra la mujer, el trabajo doméstico, etc., que hoy se consideran privadas y no públicas, como lo sostienen muchas feministas. Todo lo que es el mundo privado hay que lanzarlo a lo público en el sentido de que lo personal es político. Es una de las formas de que las mujeres sientan la política como algo más propio. En segundo lugar, tenemos que legitimarnos con nuestras propias características: que nuestra diversidad no sea inferioridad. Percibo que hoy para triunfar en la política es preciso que una se asimile a lo masculino. Es terrible y difícil porque una no es hombre. Una sabe que hay un lenguaje masculino y uno femenino. No es para que tengamos menos rigor, no es para disculpar a las mujeres pues soy una defensora de la inteligencia, del rigor. Pero siento que nosotras tenemos otro lenguaje. Me contaban hace poco que en la reunión de Clacso se habló acerca de la posmodernidad y todas las características relacionadas con esta época eran las características femeninas: intuición, imaginación, entusiasmo, sentimientos, emociones. Si eso se legitima como algo importante, creo que a las mujeres se nos abre un campo muy amplio que no significa eliminar el rigor, la inteligencia, la preparación, la capacidad. Diría que estamos en un momento en que tal vez la historia juegue a nuestro favor, pero de todas maneras debemos prepararnos. Es decir, si una mujer quiere ser concejala tiene que entender de ítems y presupuesto, de la Contraloría y todo lo administrativo, de las ordenanzas municipales y del plan regulador. No puede llegar a ser concejala sin saber eso, sería absurdo. Quizás los concejales hombres no saben todo eso. Hay hombres que no manejan nada, son unos ignorantes, pero se las dan de sabios.

Hablando de las candidaturas a concejales, creo que nuestra gran trampa son los partidos. La gente confía en las mujeres, valora su honestidad, su espíritu de justicia, y está dispuesta a votar por ellas. El gran escollo está en los partidos. Va a ser difícil porque es la primera elección después de 20 años y están como locos. A mi juicio, una vez más las estrategias nos pillan tarde. Deberíamos haber comenzado hace un año y medio a preparar gente, a analizar estrategias.

No me cabe duda que las pocas mujeres que van de candidatas van a ser elegidas. Me doy cuenta por lo que comenta la gente. Me siento sumamente aceptada como alcaldesa, no por ser yo sino por ser mujer. Porque conozco los temas del municipio, de la vida cotidiana, de la vida concreta. Les aconsejaría a las candidatas a concejalas que se preparen, que crean en su capacidad, que se ganen sus espacios, que no se queden en el rincón. Que ojalá lo hagan sin pelea, pero si de vez en cuando hay que lanzar un berrido, que lo lancen. Otro consejo sería que no tengan plataformas demagógicas ni retóricas, pienso que la gente aprecia cada vez más lo concreto. Y algo más que para mí tiene una enorme importancia. Tiene que ser muy ella, muy auténtica. La gente es muy perceptiva frente a la autenticidad, valora la sencillez, una buena comunicación interpersonal, el discurso honesto y directo. Los municipios son muy débiles todavía y se les puede sacar trote. Pero no hay que prometer cosas que no se pueden hacer. Es preciso manejarse en el rango de la realidad y de la potencialidad concreta. Y, por último y absolutamente significativo, vencer la timidez. Timidez no tanto frente a los hombres sino frente a los espacios. Para eso deben convencerse que no se enfrentan a una labor demasiado difícil. Es agobiante, pero si una estudia, conoce, desmitifica el municipio, no va a tener grandes problemas ni grandes fracasos.



Jacqueline Saintard

Estudié primaria y secundaria en el Instituto Santa María. Tengo 38 años. Después entré a la Escuela de Servicio Social de la Universidad de Chile y más tarde, en el segundo semestre, ingresé a Economía. Funcioné un semestre en las dos carreras, pero me di cuenta de que era imposible y me quedé en Economía. En el undécimo semestre me echaron, me imagino que por haber sido dirigente estudiantil.

Esto fue en 1976. Me quedaban cinco ramos para terminar la carrera y ahí quedé. Después ejercí profesionalmente como economista o en el área de Ingeniería Comercial, marketing y evaluación de proyectos. Nunca pude volver a la universidad porque me echaron con un timbre que decía: «sin ulterior recurso». Lo intenté con dos rectores y no hubo caso.

Mi padre fue fundador de la Falange Nacional. Mi madre también fue falangista, aunque ingresó después. Creo que mi mamá fue la primera regidora demócratacristiana, en 1952 o 1953, en La Ligua. La reeligieron por tres períodos y luego fue alcaldesa de la Comuna de Ñuñoa. Crecí entre volantes, panfletos, engrudos, diarios murales. Mi papá fue el generalísimo de Frei en la campaña de 1958.

Ya en el colegio llegué a ser presidenta del Centro de Alumnos. Después, en la universidad, fui dirigente estudiantil tanto internamente en la Democracia Cristiana (DC),

como en el Centro de Alumnos de la Facultad de Economía. En 1977 me casé con un ingeniero comercial. Actualmente llevo 14 años de matrimonio y tengo cuatro hijos. Comencé con gemelos que ya tienen 13 años y luego llegaron uno que tiene ahora 11 años y una que tiene 10.

En mi casa éramos seis hermanos y tres hermanas. Yo era la mayor de las mujeres, con cinco hermanos menores. Como hermana mayor fui criada en el deber ser: cuidar a los hermanos menores y responder por las chambonadas que hacían. Mi papá era muy regalón en todo lo que concernía a la vida doméstica, no movía un dedo. Era algo muy tradicional.

Mi mamá, siendo una persona muy independiente, asistente social, con ideas muy propias, asumía la vida doméstica con absoluta naturalidad: las comidas, la ropa, los jardineros. Pero, en el aspecto doméstico, yo soy bastante diferente. Me encanta cocinar porque me entretiene, lo encuentro creativo; pero no lo haría si fuera una rutina. El trabajo doméstico fue compartido con mi marido por una cuestión natural, pues los primeros hijos fueron gemelos. No había vuelta, cada uno tenía que asumir a un niño y de repente lloraban juntos, se hacían juntos, todo sucedía por partida doble. Pero mudar fue superior a su carácter, lo intentó buenamente varias veces pero no era capaz. Yo no me hacía mayor problema, no tenía trancas liberacionistas de ese tipo.

Actualmente tengo quien me ayude, hay una nana en la casa. Yo siempre trabajé, incluso cuando los mellizos tenían cinco o seis meses salí a trabajar y los dejé en una sala cuna. Lo mismo hice cuando nacieron Pablo y la Macarena. Trabajaba jornada completa y me dedicaba a la actividad política fuera de las horas de oficina. Ingresé en 1980 a la Radio Cooperativa a hacer estudios de sintonía, marketing, y luego asumí la Subgerencia Comercial de la Radio. Después de 10 años, cuando era Gerente Comercial, me retiré.

Todas esas actividades no afectaron mi relación de pareja. Tal vez si en algún momento pudimos hacer crisis fue en la campaña del NO. En esa época estaba en la Radio Cooperativa, era Presidenta Comunal de Ñuñoa por el PDC y Presidenta de la Concertación de Partidos. Eso significaba actos todos los días sábado, domingo y a veces a mitad de semana también. Agreguemos a eso el trabajo, la casa, los niños en el colegio. Claro, no existe la supermujer ni el superhombre y entonces por alguna parte haces agua. Ese fue el período más complejo de nuestra relación no sólo de pareja sino también familiar; los niños resintieron la ausencia y la falta de dedicación.

Yo seguí el modelo político de mi familia. En primer lugar el de mi papá y en cierto sentido también el de mi madre. Aprendí de ellos algo muy importante: percibir que la mujer tiene que compartir las dos cosas. Cuando mi padre iba a ordenarse de sacerdote, a los 16 o 17 años, falleció mi abuela y como no tenía papá y era el único hombre con cuatro hermanas tuvo que interrumpir abruptamente su decisión vocacional y empezar a trabajar. Tenía una formación de Iglesia muy fuerte, entró a la Juventud de Estudiantes Católicos y por esa vía llegó a la Falange Nacional. Nunca fue conservador.

En mi madre siempre vi una mujer que compartía en forma excelente su vida pública con la vida privada, una mamá que tejía, cosía, cocinaba, era regidora y era alcalde y metía los pies al barro en las poblaciones para formar, junto a mi papá, centros de madres, juntas de vecinos. Muchas veces nosotros los acompañábamos en ese trabajo en las poblaciones. Eso me creó desde bien chica un nexo muy natural y muy próximo con la pobreza. Tal vez esa relación con la pobreza me hizo tomar conciencia. Por otra parte una conoce felicidad en la pobreza, felicidad en los niños, en las familias, en los hogares.

A los nueve años aprendí a hacer arroz, tallarines, todas esas cosas sencillas. Cuando mi mamá tenía Sesión de Consejo Municipal o

tenía Sesiones Extraordinarias y estábamos sin empleada yo faltaba a clases. Otro elemento que marca es pertenecer a una familia grande. Ese es para mí uno de los recuerdos más maravillosos: hay toda una aproximación no egoísta, aprender a compartir los problemas y hacer toda clase de cosas muy unidos. Era un hogar bien poco tradicional, pero de una riqueza enorme.

En 1969, cuando tenía 15 o 16 años, empecé a ir a reuniones de la Democracia Cristiana, a leer temas de formación política que me indicaba mi papá: León Bloy, de quien creo que leí 8 o 10 libros, Morris West, Ignaz Lepp y después Jacques Maritain. Teníamos en casa una biblioteca espectacular, una inmensa pieza que era toda biblioteca. Eso también influye.

Viví siempre muy motivada por hacer cosas hacia afuera, por proyectarme como familia hacia el exterior y eso queda para siempre. Recuerdo que mis padres tenían una especie de asignación de roles definida entre ellos respecto a qué cosas les gustaba más hacer y en qué cosas cada uno era más eficiente.

Todo eso se transmitió a mi matrimonio. Hay cosas que yo no hago, no por problemas de rol cultural sino porque Toño las hace mejor. Por ejemplo, él es mucho más eficiente para administrar el dinero; pero yo sé cocinar y él no. Esto no es un asunto de roles femeninos y masculinos. Tampoco siento que haya discriminación en mi hogar. De repente cuando él me lo hace notar y me dice «esto te corresponde a ti», ahí yo exploto.

Ya en 1971, a los 18 años, juré como militante; en el fondo estaba esperando cumplir los 18. Entré a la JDC como estudiante secundaria; ahí mi participación fue bastante más distante. Con una amiga organizamos el centro de alumnos del colegio, redactamos los estatutos, todo, ayudadas por una monja macanuda. Cuando salí del colegio y entré a Servicio Social busqué de inmediato integrarme al grupo DC, saber quiénes eran, dónde trabajaban e igual cosa hice cuando ingresé a la Escuela de Economía. Allí fue

al revés, conocían las listas y a una más bien la estaban esperando. Me acogió el jefe de grupo de la Escuela de Economía. Participé en la DC universitaria y paralelamente iba, aunque mucho menos, al trabajo territorial en Ñuñoa.

En la labor universitaria fui Secretaria de Organización y Control de mi grupo y subjefe de grupo en el núcleo DC de la Escuela de Economía; luego pertenecí al Centro de Alumnos de la Facultad en representación de la DC. Fui vocal de bienestar en el Centro de Alumnos y representante ante el Consejo de Facultad de los Estudiantes.

Después pasé entre la crianza y la asistencia a reuniones de base, en la cosa más cotidiana, sin cargo y muy dedicada a los niños en el primer tiempo. En esa época me vinculé por mi cuenta al exilio, a la Comisión Chilena de Derechos Humanos que después se transformó en Mujeres por la Vida, donde participé en forma muy activa. Posteriormente volví a lo territorial, a mi zona de Ñuñoa, cuando el Partido decidió reestructurar el esqueleto que había, empezar de cero y armar orgánica de nuevo.

Para el plebiscito ya teníamos más o menos nuestras estructuras completas y algo de base en ca. todas las comunas, por lo menos en Santiago y en los centros poblacionales más grandes del país. Con un equipo de más o menos 120 jóvenes de la JDC, me correspondió volcarme a lo territorial. Nos dedicamos absolutamente a eso, yo en Ñuñoa y mi marido en Peñalolén. Por esa vía llegué a ser dirigente. Primero Vicepresidente Provincial de la Zona Oriente y luego Presidente Comunal, Delegada a la Junta Nacional, Consejera Nacional del Partido, Miembro de la Mesa Nacional y, ahora, nuevamente en el Consejo Nacional. No quedé en las últimas elecciones porque perdí democráticamente por tres votitos, en forma muy estrecha.

En cuanto a los mecanismos en el PDC para tener acceso a niveles de decisión, no quisiera visualizarlos como una cuestión de género.

Creo que las personas se ubican en la medida en que van tomando opciones en la vida. Una no puede mantenerse permanentemente aséptica, todos los partidos tienen «sensibilidades» en su interior y el nuestro no es una excepción. De repente las cosas se exacerban más de lo necesario a partir de cuestiones históricas, de determinadas posiciones políticas respecto de cómo se hubiese querido enfrentar un mismo tema. Un ejemplo de ello fue el punto de vista al interior de la DC de ir con un candidato único junto con el PR o un solo candidato DC en 1970, el tema del camino propio. De allí parten dos grandes corrientes al interior de la DC: una más progresista y una menos progresista, sin que esto último sea peyorativo. Después hay un gran salto hasta la consolidación de la Alianza Democrática. Soy una de las personas que tiene la mejor impresión de la conducción de don Gabriel Valdés, de cómo él contribuyó a dar pasos importantes en los encuentros hasta lograr el resultado final. Hubo una elección y se llegó a una Junta Nacional de 100 personas y allí se determinó que Valdés sería Presidente del Partido. En esa Mesa quedó también Carmen Frei, quien asumió el tema de la mujer y me invitó a trabajar con ella. Fue una linda experiencia trabajar con Carmen en términos de no ser un ghetto de mujeres al interior del Partido. Diseñamos una propuesta de lo que hoy es el Departamento de la Mujer, cuya labor es fundamentalmente formar a la mujer para que sea una militante activa.

En este momento, en la Dirección del Partido, hay menos mujeres que antes, pero en el Consejo hay más. Nosotros no hemos adoptado la discriminación positiva, pero la verdad es que en varios de los partidos en que se ha adoptado -excepto en el Partido Radical- no han tenido que utilizarla. Creo que nosotros vamos en un proceso similar, aún cuando nuestra estructura es bastante más piramidal. En el PPD o en el PS hay más mujeres porque los Consejos son más amplios en número. Nuestro Consejo Nacional era de 15 personas; hoy tiene 30 y se incorporó una mujer más.

En la Mesa, donde éramos dos, sólo quedó Mariana Aylwin. A mi juicio eso estuvo más relacionado con posiciones políticas internas.

No quiero visualizar la participación femenina como una opción de género, creo que es una cuestión de opciones políticas personales y opciones de caminos.

Para una buena parte de la gente del Partido yo soy chascona. Nunca fue mi propósito entrar al grupo chascón, pero la verdad es que mis afinidades tienen mucho más que ver con ese que con otros sectores del Partido. Pero me entiendo muy bien con quienes están supuestamente encasillados en los otros grupos.

Por otra parte, para mí la cuestión de género es algo cultural, va más allá del hecho de ser demócratacristiana y de la sociedad en que estamos. Una puede constatar que en el ámbito político, en la medida en que la jerarquía crece las mujeres van desapareciendo paulatinamente y eso pasa en el mundo laboral, en el mundo sindical, en el mundo de la empresa. Aunque hoy está cambiando, aún es raro ver mujeres en altos cargos ejecutivos.

Yo diría que en el Partido, por una cuestión de idiosincrasia, no es tan difícil tener acceso a ciertos espacios cuando se es mujer. Al interior de la corriente que represento eso no ha sido un problema, excepto en situaciones puntuales. Ahí es donde empiezo a tener mis complicaciones. Cuando me dicen que las mujeres no votan por las mujeres, bueno ¿por qué las mujeres tienen que votar por las mujeres? Una cosa es la solidaridad de género y otra es elegir a un dirigente; para eso primero tengo que reconocer en él o en ella capacidades dirigenciales. Mi primera aproximación no es darle mi apoyo porque es mujer. No quisiera llegar a un partido de la mujer, no está en mis perspectivas. Todo esto de los partidos feministas puede ser una opción legítima, pero no la comparto. Creo más en la lucha por una igualdad de oportunidades que en la discriminación positiva que a la larga es, en mi opinión, igualmente discriminatoria.

Al principio sí percibí esa discriminación: tenía que hacer diez para que se notara uno. Eso me sucedió en la comuna. Allí me gané

un liderazgo que era bastante natural a nivel de base, pero al decidirse quién iba a ser el candidato tuve que entrar en una competencia en la que claramente se percibía un problema de género. Durante los tres primeros meses había una cierta desconfianza y estuve un poco a la defensiva, pero pensé que la mejor defensa es el ataque y me ofrecí para el tema municipal. Gutemberg Martínez dijo que a él también le interesaba ese tema. Decidimos tomarlo juntos, Gutemberg asumió la presidencia de la Comisión Municipal y yo la Vicepresidencia. Tal vez Andrés Zaldívar tenía una cierta reticencia. El no me conocía en términos personales, yo no había tenido un liderazgo claro, era un nombre que estaba recién emergiendo, no era la Carmen Frei. Una no distingue si es por un problema de género o es por desconocimiento, porque es una persona nueva. Primera vez en la historia del Partido que había dos mujeres en la Mesa de la DC. Me hicieron muchas entrevistas en los medios de comunicación, hasta que llegó el momento en que me agoté y tuve que decirles a los periodistas que yo quería que me trataran como dirigente política, que deseaba opinar sobre los temas de la política contingente, sobre la reforma municipal, la descentralización del país, la Comisión Rettig, etc. No sólo quería que destacaran que era una mujer Vicepresidenta Nacional de la DC, sino que era una buena dirigente de la DC. A medida que fui desarrollando mi trabajo noté que aumentaba la confianza.

Si se nos mira como conjunto, no cabe duda que no es casual que tantas mujeres accedan a nivel comunal y provincial y tan pocas a nivel nacional. Si hablamos de proporciones, es un Partido que tiene en el país alrededor de 5.000 personas entre dirigentes comunales, consejeros comunales, consejeros provinciales, etc., y de esa cifra el porcentaje de mujeres es muy inferior al de hombres y es aún mucho menor en la medida en que uno va subiendo. Eso tiene que ver con una situación cultural del país y creo que de alguna manera contribuimos a abrir el camino con Carmen Frei y con Graciela Bórquez. Graciela fue la precursora de la participación de la mujer en política al interior del Partido en una perspectiva distinta y el costo fue que en ese momento el Partido no estaba preparado para ello.

Respecto a la creencia de que las mujeres que llegan a cargos de importancia política tienen que asumir estereotipos masculinos, recuerdo siempre una entrevista que me hizo Mónica González en La Nación. Ella dijo que le había llamado mucho la atención esta dirigente nacional que hablaba con gran seguridad sobre los temas de la política y esta niña menudita, de minifalda, maquillada, con una visión muy femenina que, sin enronquecer la voz, podía decir las cosas con absoluta firmeza y seguridad. Y esa figura me hizo pensar que, en realidad, en el pasado se había hecho un estereotipo que uno asociaba, a nivel universal, con las figuras de Golda Meier; de Margaret Thatcher, la mujer de hierro; Indira Ghandi, quien tal vez era más dulce. Al mismo tiempo creo que en el caso de ellas -que eran madres con hogares, marido, hijos, no eran lesbianas- los hombres tendieron a fabricar esos estereotipos como mecanismos de defensa al sentir invadidos sus espacios.

Hoy eso está absolutamente desmoronado. En el espectro chileno Carmen Frei, Evelyn Matthei, Laura Soto, Adriana Muñoz, Eliana Caraball son personas que proyectan una imagen muy femenina, muy normales como mujeres, con relación de pareja, con hogar, familia, hijos. Tal vez al comienzo trataron de imponernos un estilo y nosotras tuvimos que hacer todo un aprendizaje, competir con eso. La llamada competitividad per se no la visualizo como una cosa absolutamente negativa, para mí es algo que puede ser virtud y puede ser defecto.

Diría que en una primera etapa la aproximación de la mujer a la política era casi una prolongación de su rol femenino, doméstico, hasta que se fue dando cuenta de que había algo llamado poder y que es en esa esfera donde se toman las decisiones. Si quería tener acceso a la toma de decisiones debía también acceder a las esferas de poder. Si el acceso al poder implica competitividad, hay que entrar en el juego. A eso la mujer le ha puesto su propio estilo, le ha incorporado su afectividad. Creo que estamos en una transición entre lo femenino y lo masculino que hay en hombres y mujeres. Desde un punto de vista cultural las mujeres tenemos roles que

vienen marcados desde atrás, por muy liberadas y feministas que seamos. Son roles que no nos molestan, que nos gustan y que se relacionan con la armonía de los espacios, la armonía de la relación humana. Esa capacidad de armonizar que en la mujer está más exacerbada que en el hombre (no digo que el hombre no la tenga pero la tiene más escondida, es parte de su femenino oculto), desmorona, desarma un poco la incorporación de la mujer a la política. En política hay que ser más agresiva, más asertiva y sagaz, más audaz, aunque digan que soy machista. Hay un sentimiento en el aire de que la política es algo mucho más cotidiano de lo que todo el mundo se imagina. A la gente le interesan las cosas cotidianas y espera de los políticos el tratamiento de esos temas. Esto último ha sido claramente un aporte de la mujer política.

En lo que se refiere a la discusión de lo privado al interior del PDC, después de mucho tiempo siento que hay espacio para eso. La Iglesia ha jugado un rol importantísimo en la apertura de estos temas. En mi opinión, la aproximación a estos asuntos fue en cierta forma muy burda. Comprendo que había que aproximarse al tema, pero decir «queremos legalizar el aborto» es distinto a explicar que más de 150 mil mujeres abortan al año, que el número de adolescentes que abortan es altísimo, que esto deja secuelas, causa problemas posteriores en la relación de pareja, etc. Si me aproximo en esta última forma al problema del aborto voy a encontrar soluciones bastante más ricas. En cuanto al divorcio tampoco estamos haciendo un buen acercamiento al tema. En Chile hay un principio que sostiene la DC, la Iglesia Católica, la derecha y también la izquierda: preservar la familia. La familia, para usar una frase hecha, es el núcleo fundamental de la sociedad.

Entonces ¿qué familia queremos preservar en Chile? Nos damos cuenta, a poco andar, que además de la familia bien constituida existe una serie de otras formas con relaciones, sólo de fidelidad, sólo de conyugalidad, pero todas son familias. Hay niños que crecen en muchas de esas familias y los modelos que tienen esos niños son de parejas que se quieren, se respetan, se ayudan

mutuamente. Esas familias, que son tan familias como las otras, por diversas causas han llegado a una situación civil absolutamente irregular por la cual la sociedad tiene que responder. Entonces no puedo entender que los hijos de esas familias tengan derechos de herencia distintos cuando los padres son anulados o cuando no lo son, que queden dentro o fuera del matrimonio. Me habría gustado una discusión mucho más democrática acerca de este tema. Sobre este aspecto es necesario abrir un gran debate, muy amplio, con todas las familias de Chile. Allí tendrán que opinar la Iglesia, la justicia, los partidos políticos, las juntas de vecinos, los centros de padres en los colegios, todos. Es necesario poner los temas del ámbito privado en el ámbito público, pero en el juego de la democracia; no digamos que sólo para los derechos humanos o para la Constitución exigimos la democracia.

Ahora, en cuanto a si el PDC tiene en cuenta la vida privada, diría que el hombre respeta la vida privada bastante menos y que la mujer exige mucho más ese respeto. Yo me impuse que el domingo se lo dedico a mi familia -lo que ya es bastante poco- y que sólo en casos de absoluta fuerza mayor eso no ocurriría. Cuando el hombre trabaja en política arriesga mucho más su vida familiar y de pareja que la mujer. La mujer prioriza lo afectivo mucho más que el hombre y lo pone en su agenda en el lugar que le corresponde. Mi pareja y mis hijos son fundamentales en mi vida y no por una diputación, una concejalía o el plebiscito del NO voy a transgredir los límites cuando estime que esa prioridad se está vulnerando. A lo mejor tiene costos, pero nada puede desgarrar tu vida, nada, ni la política, ni la religión pueden alejarte de lo que para ti es más importante. Lo demás es sencillamente perder la brújula. Eso fácilmente ocurre en la política porque es muy absorbente, muy omnicomprensiva. Frente a eso, a la mujer no le queda nada más que jerarquizar. En cambio el hombre pierde con mucha facilidad esos límites.

Pasando a mis logros y aspiraciones en el campo político, creo que logré perfilar una opción de liderazgo de la mujer en política que

no pasó inadvertida, no quisiera que eso se perdiera por el solo hecho de no haber quedado en la Mesa. Por otra parte, tal vez intente ver la posibilidad de postular al Parlamento en 1993. Entiendo que en un partido tan grande como la DC es más difícil pasar la interna y para eso tendré que trabajar desde ya. Pero antes que nada no quisiera perder de vista el hecho de que entré a la política para servir. Eso no es fácil, se corre el riesgo de caer en una cosa muy egocéntrica relativa al éxito, al prestigio personal. No quisiera llegar a ser sólo una parlamentaria DC, eso no tendría sentido. Quisiera llegar al Parlamento, pues aún está vivo y válido el anhelo de transformación social que había en la Falange Nacional. La pobreza sigue existiendo en nuestro país y nos golpea moralmente. En este aspecto, el anhelo de cambio es prioritario.

Por otra parte, me gusta tener opinión pública y ejercer este derecho, despertar interés y contribuir a enriquecer ciertos temas, a encontrar caminos de solución a los problemas que se van planteando. Podría poner el acento en algunos aspectos de la Comisión Verdad y Reconciliación, entendiendo que la verdad se cumplió muy ampliamente con ese informe, pero que queda un vacío que tiene que ver con la justicia.

En cuanto a las dificultades que he encontrado en mi trayectoria debo decir que la vida familiar es algo que se resiente. Por mucho que una trata de armonizar se da cuenta que aquello de que «la calidad es más importante que la cantidad» es un poquito cuento. No cabe duda de que si una ve a sus hijos una vez a la semana la cuestión no anda bien aunque la calidad del día domingo sea espectacular. Igual les haces falta de lunes a sábado. Por otra parte, Toño participa bastante, fue Secretario Provincial de la DC en la Zona Oriente. A él no le molesta que yo sea la dirigente, le gusta, se siente orgulloso de mis éxitos y los goza conmigo. Le duelen mis fracasos, mis tropiezos. Sin ser criticón es muy crítico, en realidad es el más honesto de mis críticos, lo que me ha ayudado muchísimo. El otro día hablamos largamente sobre lo que él pensaba que eran mis logros y mis fracasos. Una se siente bien con

eso, pero cuando de pronto tu pareja te dice que le hace falta estar más contigo tienes que sopesarlo muy bien. No puedo pensar que voy a dejar de ser esposa, amante, madre, porque para mí eso es más importante que esto otro. Ojalá nunca llegue el momento en que perciba que mi familia es un escollo para mi desarrollo en la vida política. Entonces, me plantearía dejar el Partido aunque no me guste llegar a eso; me parecería muy injusto. El punto está en preocuparse de que las cosas tengan un equilibrio adecuado.

Es terrible darse cuenta de que las mayores bajezas y las mayores noblezas se dan en la política, partiendo de la base que todo se hace con muy buena intención. Lo dije muy sentidamente en la Junta. Todos sabemos que el poder absoluto corrompe y que el poder mal administrado también corrompe. Una no puede olvidar que llega al poder para servir y si pierde de vista ese objetivo todo se empieza a desequilibrar, a destruir.

Respecto a la relación con las mujeres yo soy muy solidaria, he recibido solidaridad y he tenido conflictos con muchas mujeres. En este último caso reclamaría solidaridad de género. Hay mujeres que te evalúan con una enorme criticidad, tal vez porque se crean sentimientos de envidia, porque se piensa que no te corresponde estar en ese lugar. La crítica que genera conflicto no me gusta, aquella que es constructiva no me produce ningún tipo de problemas y la agradezco. Entre mis pares la solidaridad ha sido impresionante, es como moverse en un mundo que consiste en crecer juntas. Hay todo un sector en que la mujer es hincha absoluta de las otras mujeres. Sí, creo que ahí hay una tremenda solidaridad de género sin términos medios: o es con admiración, con «tira p'arriba y échale p'adelante» o es con bronca total.

Otro rasgo importante de este liderazgo es el haber podido conocer Chile entero. Ahí creo que las mujeres estamos en desventaja porque tenemos una visión de país mucho más reducida, porque cuesta mucho más salir de la casa, dejar a la familia. El país es algo muchísimo más complejo de lo que la gente se imagina. La

pobreza del norte es distinta a la del sur y a la de Santiago. Eso da una visión mucho más universal acerca de qué puedes hacer para que este país progrese, a qué le puedes sacar partido, qué debes priorizar.

Ahora, en lo que se refiere a mi relación con los hombres, hay actitudes discriminatorias que van desde decir que «lo único bueno que tiene la Jacqueline son las piernas», así como para graficarlo, hasta decir «¡quién se iba a imaginar que ibas a dar el fuego que diste, me he llevado una sorpresa!» De esa actitud se desprende que había gente que no daba un peso por ti, que no esperaba nada por el sólo hecho de que eres mujer.

Además, en esto de la política, hay toda una cuestión con los horarios. Yo no me hago problema con los horarios por mi condición de mujer, pero sí lo percibía cuando en la Mesa preguntaban: «¿Esa hora de reunión es problema para ti?». O la gente que me escoltaba en auto hasta mi casa. Yo lo encontraba super rico, pero absolutamente innecesario. No es que me escoltaran porque el viaje era largo, que eso a lo mejor podría entenderlo. Hay una actitud de considerarte como algo muy delicado que no deja de ser agradable. Y hay también esa actitud de que te miran como mujer sexo o 'rica' o qué se yo. Un poco mujer objeto, un poco mujer cosita delicada, la rosa que adorna la reunión. Pero en las reuniones con el Gobierno, en las reuniones políticas, yo siempre logré sentir que estábamos conversando de dirigente a dirigente.

La mujer, a mi juicio, tiene una potencialidad natural, una capacidad de armonizar, una relación con lo cotidiano. El municipio es un espacio importante para la mujer, es una tarea lindísima. Por esta razón pienso que va a haber una gran cantidad de candidatas mujeres y será muy decisivo ver cómo proyectan eso los partidos. Hay que exigir que consideren la presencia de mujeres en sus listas como un aspecto positivo. Para esto la mujer debe incorporar la política como una cuestión cotidiana y entonces lo

va a saber hacer y se va expresar con la misma facilidad con que prepara la papa de la guagua y con que hace la comida, porque de lo que una sabe puede hablar sin ninguna inhibición.

Pienso que a las mujeres les puede ir bien en las municipales. Para eso tienen que actuar tal como son, no deben adoptar estereotipos ajenos sino proyectar su condición de mujer sin hacer uso de ella. Cuando una explota su condición de mujer, su físico, su ternura, su feminidad, cae antipática o provoca anticuerpos.

Además, a la mujer le interesa la política tanto como al hombre, aunque más orientada hacia lo cotidiano, su barrio, su plaza, su parroquia, su municipalidad, el lugar donde paga las cuentas, el boliche de la esquina. Estoy pensando en la mujer a un nivel más masivo. Pero me preocupa que ella sienta que la política es un tema de hombres; creo que tiene que acercarse a ella con toda naturalidad. La gente espera que el municipio le solucione los problemas de todos los días y, en ese sentido, las mujeres tenemos una tremenda capacidad para generar propuestas pensadas en conjunto. Las mujeres no somos ni más débiles ni más inestables que los hombres y tenemos una serie de ventajas comparativas que podemos utilizar muy bien en la actividad política.

Estar en la dirección del Partido me ha dado mucho. La dirección y conducción de un grupo importante de personas me ha significado crecer exponencialmente durante 17 meses, tal vez mucho más de lo que pude crecer cronológicamente en dos, cuatro o cinco años, humanizarme mucho más. Tenía una visión ética muy sólida de la política y hoy puedo decir que eso se ha reafirmado mucho más por el hecho de haber tomado decisiones, haberme visto forzada a discernir, a escoger un camino.

BIBLIOGRAFIA

Alburquerque, Mario. 1990. «Una reflexión sobre la virtualidad política de los nuevos actores sociales». Ponencia presentada al Seminario *El nuevo significado de lo popular en América Latina*, Lima.

Aldunate, Carlos. 1992. «La urgente tarea de reformar el Estado», *Diario La Epoca*, domingo 18 de octubre, Santiago.

Alfaro, Rosa María. 1992. «Educación desde una perspectiva de género», en Revista *La Piragua*, CEAAL, Santiago.

Amorós, Celia. 1990. «Mujer y participación política», en *Participación política de las Mujeres,* Centro de Investigaciones Sociológicas y Siglo XXI, España.

Arditi, Benjamín. 1992. «La intervención social ante las transformaciones de la política», en *Jóvenas,* diciembre, Centro de Empleo de Mujeres Jóvenes y Ministerio de la Cultura, Paraguay.

Arteaga, Ana María. 1989. «Politización de lo privado y subversión del cotidiano», en *Mundo de mujer. Continuidad y cambio.* Ediciones CEM, Santiago.

Astelarra, Judith. 1990. *Participación política de las mujeres.* Centro de Investigaciones Sociológicas y Siglo XXI, España.

——— 1992. «Recuperar la voz: el silencio de la ciudadanía», en *Fin de siglo, género y cambio civilizatorio,* ISIS Internacional, Edición de Mujeres N. 17, Santiago.

Berman, Morris. 1981. *El reencantamiento del mundo.* Editorial Cuatro Vientos, Santiago.

Bitar, Sergio. 1992. «Los partidos políticos y su cultura», en Curso-Taller *Liderazgo político femenino*, CEM, Santiago.

Boffil, Cristián. 1993. *Los muchachos impacientes.* Ediciones Copesa, Santiago.

Bonder, Gloria. 1993. *La igualdad de oportunidades para mujeres y varones. Una meta educativa.* Ediciones Ministerio de Cultura y Educación, Buenos Aires.

Capra, Fritjof. 1982. *El punto crucial.* Editorial Integral, Barcelona.

CENDOC-Mujer. 1991. *El movimiento popular de las mujeres como respuesta a la crisis.* Serie Paquete Informativo N. 2, documento de trabajo, Lima.

CEPAL/PNUD. 1990. *Magnitud de la pobreza en América Latina en los años ochenta* (LC/L.533), mayo, Santiago, Chile. Ver también CEPAL/PNUD. *¿Se puede superar la pobreza en América Latina?* (E/CEPAL/G.1139), Santiago, Chile.

CERC. 1992. *Mujeres chilenas, 1992. Estudios y encuestas.* Santiago.

Coraggio, José Luis. 1992. «Educación para la participación y la democratización», en Revista *La Piragua,* CEAAL, Santiago.
Coria, Clara. 1992. *Los laberintos del éxito.* Paidós, Buenos Aires.
Davis, Kathy y otras. 1991. *The Gender of Power.* Sage Publications, Londres.
De Barbieri, Teresita. 1991. «Acerca de los ámbitos de acción de las mujeres», en *Revista Mexicana de Sociología,* enero-marzo, México.
——— 1991. «Sobre la categoría de sexo-género. Una introducción metodológica». *Instituto de Investigaciones Sociales,* documento, UNAM, México.
——— 1992. *Las mujeres y la crisis en América Latina.* Edición Red Entre Mujeres, Lima.
Délano, Bárbara y Rosalba Todaro. 1993. *Asedio sexual en el trabajo.* Ediciones CEM, Santiago.
De la Maza, Gonzalo; Iglesias, Margarita; Sepúlveda, Leandro (investigadores) y otros. *Mujer, participación y democracia.* ECO Comunicaciones-Alondra, Tomo I y II, Santiago.
Dos Santos, Mario. 1989. «Lo político y lo social. Bifurcación o síntesis en la crisis», en Calderón, Fernando (comp). *Socialismo, autoritarismo y democracia.* Ediciones IEP, CLACSO, Lima.
Falaha, Boris. 1992. «Chile: ¿transición o democracia limitada?». Ponencia presentada al Segundo Congreso Nacional de Ciencia Política, Iquique, 24 al 27 de noviembre.
Ferguson, Marilyn. 1985. *La conspiración de Acuario.* Editorial Kairós, Barcelona.
Filgueira, Nea. 1989. *Participación política de las mujeres. Realidad y obstáculos en el Uruguay hoy.* GRECMU, Montevideo.
French, Marilyn. 1985. *Beyond Power.* Simon and Schuster, Nueva York.
García, Alvaro. 1991. «Orientaciones de la política social», en *Colección Estudios CIEPLAN,* N. 31, marzo, Santiago.
Garretón, Manuel Antonio. 1990. «Espacio público, mundo político y participación de la mujer en Chile», documento FLACSO, Santiago.
——— 1991. «Discutir la 'transición'. Estrategias y escenarios de la democratización política», documento FLACSO, Santiago.
——— 1992. «Ni tanto ni tan poco. Cambio y continuidad en la política chilena», documento FLACSO, Santiago.
——— 1992. «Coaliciones políticas y proceso de democratización». Ponencia presentada al XVII Congreso Internacional de LASA, Los Angeles, California, 24-27 de Septiembre.
Guiddens, Anthony. 1979. *La estructura de clases en las sociedades avanzadas.* Alianza Editorial, Madrid.
Guillett, Margaret. s/f. *Strategies for Power.* McGill University, documento de trabajo, Montreal.
Guzmán, Virginia y Alicia Pinzás. 1992. «Sociología comprensiva y metodologías cualitativas», en *Seminario-Taller Género, políticas públicas y desarrollo.* CEM-SERNAM, mimeo, Santiago.

Harris, Olivia y Kate Young. 1979. *Antropología y feminismo.* Editorial Anagrama, Barcelona.

Hola, Eugenia y Rosalba Todaro. 1992. *Los mecanismos del poder. Hombres y mujeres en la empresa moderna.* Ediciones CEM, Santiago.

Hopenhayn, Martin. 1992. «Desencantados y triunfadores camino al siglo XXI: una prospectiva de atmósferas culturales en América del Sur», documento, s/r, Santiago.

Instituto de Estudios Contemporáneos. 1991. *Un año de transición a la chilena,* Taller de análisis político, IEC, Santiago.

ISIS-MUDAR. 1987. *Mujeres, crisis y movimiento.* Ediciones ISIS N. 9, Santiago.

Jelin, Elizabeth. 1987. «Movimientos sociales y consolidación democrática en la América Latina actual», en Jelin, Elizabeth (comp). *Movimientos sociales y democracia emergente* N. 1, Centro Editor de América Latina, Biblioteca Política Argentina, Buenos Aires..

——— y Pablo Vila. 1987. «La política y la democracia en el discurso cotidiano», en Jelin, Elizabeth (comp). *Movimientos sociales y democracia emergente* N. 2. Centro Editor de América Latina, Biblioteca Política Argentina, Buenos Aires.

——— 1992. «La construcción de la ciudadanía: entre la solidaridad y la responsabilidad». Ponencia presentada al Seminario *Derechos Humanos, Justicia y Sociedad,* CEDES, Buenos Aires.

Kanter, Rosabeth Moss. 1977. Men and Women of the Corporation, New York, Basic Books.

Kirkwood, Julieta. 1986. *Ser política en Chile. Las feministas y los partidos.* FLACSO, Santiago.

Lagarde, Marcela. 1989. «Enemistad y sororidad: hacia una nueva cultura feminista», en Revista *Memoria,* Vol.IV, N. 28, septiembre-octubre, México.

——— 1990. «¿Qué es el poder?». Ponencia presentada al T*aller de educación popular y liderazgo de mujeres en la construcción de la democracia,* s/r, Quito.

——— 1991. «Poder y liderazgo entre mujeres» en Memoria del Curso *Poder y Liderazgo.* Ediciones Punto de Encuentro de Mujer, Managua.

——— 1993. «Identidad política genérica. Acción positiva entre nosotras», en Seminario *Las mujeres y el poder: una perspectiva de género y desarrollo,* IULA, I. Municipalidad de Santiago, SUR Profesionales y otros organismos, documento de trabajo, Santiago.

——— s/f. *El feminismo: alternativa al estado patriarcal mexicano.* UAM-Xochimilco, México.

Lazarte, Jorge. 1991. *Mujeres y problemas de participación política.* CIDEM, La Paz.

Lechner, Norbert. 1992 a. «El debate sobre Estado y mercado», Serie *Estudios Políticos* N. 19, FLACSO, Santiago.

——— 1992 b. «La urgente tarea de reformar el Estado», en *Diario La Epoca,* 18 de octubre, Santiago.

López Maya, Margarita (editora). 1991. *Desarrollo & Democracia,* Venezuela, UNESCO, Rectorado Universidad Central de Venezuela, Editorial Nueva Sociedad,Venezuela.

Lukes, Steven.1985. *El poder. Un enfoque radical.* Editorial Siglo XXI, España.

Maira, Luis. 1992. Conferencia «Chile hoy: realidad política, social y económica», en Curso-Taller *Liderazgo político femenino,* CEM, Santiago.

Marx, Jutta. 1992. *Mujeres y partidos políticos.* Editorial Legasa, Buenos Aires.

MIDEPLAN. 1992. *Acción social del Gobierno, 1990-1991. Un proceso de integración al desarrollo.* Santiago, Chile.

Molina, Natacha. 1989. «Propuestas políticas y orientaciones de cambio en la situación de la mujer», en Garretón, Manuel Antonio (ed.). *Propuestas políticas y demandas sociales.* Vol. III. FLACSO, Santiago.

——— 1992. *La acción de las mujeres de cara al desarrollo.* Instituto de la Mujer, documento de trabajo, Santiago.

Montero, Cecilia. 1990. «La evolución del empresariado chileno: ¿surge un nuevo actor?», en *Colección Estudios CIEPLAN,* N. 30, diciembre, Santiago.

Munizaga, Giselle y Lily Letelier. 1989. «Mujer y régimen militar», en *Mundo de mujer. Continuidad y cambio.* Ediciones CEM, Santiago.

Muñoz, Adriana. 1986. *El movimiento de mujeres en Chile: una realidad deseada.* CIEREN-INC, documento de trabajo, Santiago.

Nordstrom, Bitte. 1990. «Política y sistema social de género», en Astelarra, Judith. *Participación política de las mujeres.* Centro de Investigaciones Sociológicas y Siglo XXI, España.

Oakley, Ann. 1972. *La mujer discriminada. Biología y sociedad.* Tribuna Feminista, España.

OCDE. 1992. *Conducir el cambio estructural.* Serie Documentos, N.13, Ministerio de Asuntos Sociales/Instituto de la Mujer, España.

Ottone, Ernesto. 1992. *Reflexiones para el futuro*, Universidad Academia de Humanismo Cristiano, Santiago.

Palermo, Vicente. 1987. «Movimientos sociales y partidos políticos: aspecto de la cuestión en la democracia emergente en la Argentina», en Jelin, Elizabeth (comp). *Movimientos sociales y democracia emergente,* N.2. Centro Editor de América Latina, Biblioteca Política Argentina, Buenos Aires.

Pischedda, Gabriela. 1992. «El liderazgo político de las mujeres. Un desafío histórico». CEM-UNICEF, documento de trabajo, Santiago.

Przenworski, Adam. 1987. «Ama la incertidumbre y serás democrático», en Revista *Krítica* N. 25, julio-agosto, Santiago.

Rojas Hernández, Jorge. 1990. «Rasgos visibles de la modernización autoritaria en una sociedad en transición a la democracia», Centro de Estudios Sociales y Educación SUR, documento, Santiago.

Rosaldo, M.Z. y L. Lamphere (eds). 1974. *Women, Culture and Society.* Stanford University Press, Stanford.

Rubin, Gayle. 1986. «El tráfico de mujeres. Notas sobre una economía política del género», en *Nueva Antropología,* N. 30, México.

Scott, Joan. 1990. «El género: una categoría útil para el análisis histórico», en Amelang, James y Nash, Mary. *Historia y Género: las mujeres en la historia moderna y contemporánea.* Edicions Alfons El Magnanim, Institucio Valenciana d'estudis i investigacion, Valencia.

Serrano, Claudia. 1992. *Femmes: changement culturelle, identité et citoyennete.* Tesis doctoral, Escuela de Estudios de Ciencias Sociales, Paris.

——— y Valdés, Ximena. 1993. «Ideas para una más plena incorporación de la mujer». Comisión Programática Comando Candidatura Ricardo Lagos, documento de trabajo, Santiago.

SUR. 1992. *Construcción de identidad y protagonismo social.* Programa Mujer, documento N. 125, Santiago.

Toffler, Alvin. 1990. *El cambio del poder.* Editorial Plaza y Janés Ed., Barcelona.

Universidad Nacional Autónoma de México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Fondo de Cultura Económica. 1992. *Coloquio de Invierno,* Tomo I: «La situación mundial y la democracia» y Tomo II: «En el horizonte del cambio», México.

Valdés, Teresa et. al. 1989. «Centros de madres 1973-1989 ¿sólo disciplinamiento?». FLACSO, documento de trabajo, Santiago.

——— 1991. «Participación social y participación política de las mujeres en la Región Bolivariana y el Cono Sur». FLACSO, documento de trabajo, Santiago.

——— y Enrique Gomáriz. 1993. *Mujeres latinoamericanas en cifras.* FLACSO, Santiago.

——— y Maritza Weinstein. 1989. «Organización de pobladoras y construcción democrática en Chile». FLACSO, documento de Trabajo, Santiago.

——— 1992. «Mujer popular y el Estado. El caso de Chile». FLACSO, documento de trabajo, Santiago.

Vargas, Virginia. 1989. *El aporte de la rebeldía de las mujeres.* Ediciones Flora Tristán, Lima.

——— y Vicky Meynen. 1991. «La autonomía como estrategia para el desarrollo desde los múltiples intereses de la mujer». Ediciones Flora Tristán, documento de trabajo, Lima.

Varikas, Eleni. 1992. «L'emergence d'une conscience de glure» en *Construyendo diferencias.* Guzmán, Pinzás, Ediciones Flora Tristán, Lima, Perú.

Vega, Juan Enrique. 1992. «El desafío de una cultura ciudadana» (mimeo), Santiago.
Ween van der, Fineke. 1991. *Autonomía para las mujeres. Un desafío para la cooperación al desarrollo.* ISIS, documento de trabajo, La Haya.
Zemelman, Hugo. 1992. «Educación como construcción de sujetos sociales», en Revista *La Piragua,* CEAAL, Santiago.

¿Qué impide que más mujeres tengan acceso a la política, al poder, al poder político? ¿Qué hay detrás de la subrepresentación de las mujeres en cargos de decisión, a pesar de que son más del 50% de la población y una proporción similar de la militancia partidaria? ¿Cuáles son las formas, las opciones y las estrategias que han adoptado aquellas que sí son reconocidas por la opinión pública como mujeres políticas?

Estas son algunas de las interrogantes que condujeron la investigación que da origen a este libro, realizada a partir del análisis de entrevistas a mujeres líderes del mundo político nacional.

Las mujeres, el poder y la política son tres términos de una relación conflictiva, o por lo menos contradictoria, particularmente en el espacio partidario. Dilucidar los elementos de tensión de esta relación es un aporte para la necesaria superación de la discriminación de las mujeres en éste y otros ámbitos de la vida nacional.

En la segunda parte, nueve de las entrevistadas -Soledad Alvear, Carmen Frei, Soledad Larraín, Adriana Muñoz, Lily Pérez, Fanny Pollarolo, Laura Rodríguez, María Antonieta Saa y Jacqueline Saintard- hablan en primera persona de su recorrido por un mundo signado por la clásica tensión entre conservadurismo y cambio.

Esta investigación, que viene a enriquecer el acervo creciente de los estudios de género en la comunidad académica nacional e internacional, toca aspectos de gran significación ética, política y social que no dejarán indiferentes a quienes están preocupados por enraizar profundamente en Chile los valores democráticos.

centro de estudios de la mujer